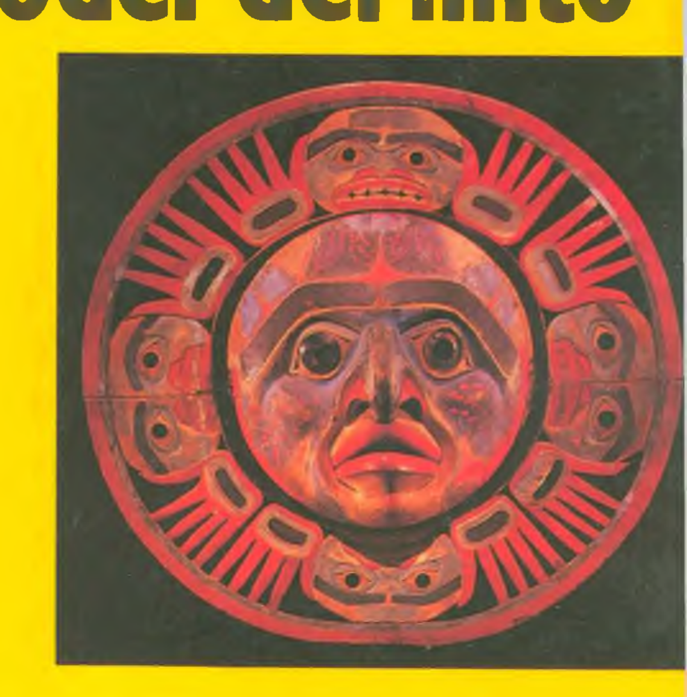
Joseph Campbell

en dialogo con **Bill Moyers**

El poder del mito



COLECCION REFLEXIONES

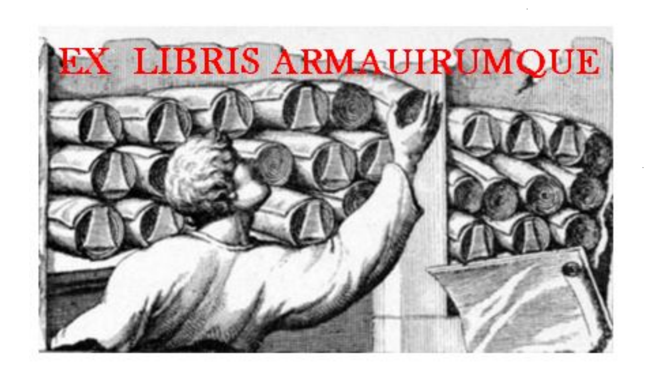
EMECE

Joseph Campbell

en diálogo con

Bill Moyers

El poder del mito



COLECCIÓN REFLEXIONES

EMECÉ EDITORES
Barcelona

Título original: *The Power of Myth*

Traducción: César Aira
Corrección: J.E. Martínez Lapuente
Revisión: Esther Andrés

Portada: Ernesto Aparicio

Emecé Editores, c/E. Granados 114, 08008 Barcelona. Tel. 415.71.00

ISBN: 84-7888-066-6

Depósito legal: B-34.699-1991

Printed in Spain

Fotomecánica: M.D. S.A., c/ J. Vayreda, N 17, Pol. Ribó, 08911 Badalona
Compaginación: José Neira, La Floresta, Barcelona. Tel. 674 17 63
Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer 1, 08786 Capellades, Barcelona

A Judith, que ha escuchado mucho tiempo la música

Índice

Introducción		13
I	El mito y el mundo moderno	27
II	El viaje interior	71
III	Los primeros narradores	113
IV	Sacrificio y bienaventuranza	139
V	La aventura del héroe	179
VI	El don de la Diosa	235
VII	Cuentos de amor y matrimonio	259
VIII	Máscaras de eternidad	285

Nota sobre la edición:

Esta conversación entre Bill Moyers y Joseph Campbell tuvo lugar en 1985 y 1986, primero en el Rancho Skywalker de George Lucas, y después en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Muchos de los que leímos la transcripción original quedamos asombrados por la riqueza y la abundancia del material vertido en las veinticuatro horas de filmación, gran parte del cual debió ser cortado para realizar la serie de seis horas que se emitiría más tarde por televisión. La idea de un libro ha surgido del deseo de poner este material al alcance no sólo de quienes vieron la serie sino también de todos cuantos han admirado a Campbell a través de sus libros durante muchos años.

Al compilar este libro, me he propuesto ser fiel al fluir de la conversación original, al tiempo que he aprovechado la oportunidad de intercalar material adicional sobre el tema, trayéndolo de cualquier sitio donde apareciera en la transcripción. En la medida en que ello ha sido posible, he seguido el formato de la serie de televisión. Pero el libro tiene su propia forma y espíritu, y ha sido pensado como un complemento de la serie, no como una réplica. El libro existe, en parte, porque esta conversación es un intercambio de ideas tan digno de presenciarse como de ser objeto de reflexión.

Pero, sobre todo, este libro existe porque Bill Moyers estuvo siempre dispuesto a encarar el fundamental y difícil tema del mito, y porque Joseph Campbell respondió con reveladora sinceridad a las penetrantes preguntas de Moyers, sinceridad basada invariablemente en una vida entera de convivencia con el mito. A ambos les estoy muy agradecida por la oportunidad de disfrutar de este encuentro. Deseo también expresar mi reconocimineto a Jacqueline Kennedy Onassis, asesora

de la editorial Doubleday, cuyo interés en las ideas de Joseph Campbell fue el impulso inicial para la publicación del libro. También estoy en deuda con Karen Bordelon, Alice Fisher, Lynn Cohea, Sonya Haddad, Joan Konner y John Flowers por su apoyo, y especialmente con Maggie Keeshen por las muchas veces que ha mecanografiado el manuscrito y por su pericia como correctora. Asimismo, agradezco a Judy Doctoroff, Andie Tucher, Becky Berman y Judy Sandman la ayuda que me brindaron en el transcurso de la redacción del manuscrito. Finalmente, Bill Moyers y Joseph Campbell leyeron el manuscrito y me hicieron muchas sugerencias útiles; pero sobre todo les agradezco que hayan resistido la tentación de reescribir sus palabras de forma libresca. Han permitido que la conversación siga su libre curso y exista, tal como fue, sobre estas páginas.

Betty Sue Flowers
Universidad de Texas, Austin

INTRODUCCIÓN

Después de la muerte de Joseph Campbell, durante semanas todo lo que veía me traía a la memoria su recuerdo.

Al salir del metro en Times Square y sentir la energía de la muchedumbre, sonreía recordando la imagen que una vez había concebido, precisamente allí, Joseph Campbell: «La más reciente encarnación de Edipo, el romance ininterrumpido de la Bella y la Bestia, está esta tarde en la esquina de la calle Cuarenta y Dos y la Quinta Avenida, esperando que cambie el semáforo».

Tras ver la última película de John Huston, *Los muertos,* basada en un cuento de James Joyce, volví a pensar en Campbell. Una de sus primeras obras importantes fue una clave para *Finnegans Wake.* Lo que Joyce llamaba «lo grave y constante» en el sufrimiento humano era para Campbell un tema central de la mitología clásica. «La causa secreta de todo sufrimiento», decía, «es la mortalidad misma, que es la condición primordial de la vida. No se la puede negar si se quiere afirmar la vida.»

En una ocasión, hablando del tema del sufrimiento, mencionó juntos a Joyce y a Igjugarjuk. «¿Quién es Igjugarjuk?», le dije, casi sin poder pronunciarlo. «Ah», respondió Campbell, «era el chamán de los caribú, una tribu al norte de Canadá, quien decía a los visitantes europeos que la única verdadera sabiduría "vive lejos de los hombres, en la gran soledad, y sólo puede obtenerse mediante el sufrimiento. Únicamente la privación y el sufrimiento abren la mente a todo lo que permanece oculto para los demás".»

«Por supuesto», dije. «Igjugarjuk.»

Joe pasó por alto mi ignorancia. Habíamos dejado de caminar. Le brillaban los ojos cuando dijo: «¿Te imaginas una larga velada alrededor del fuego con

Joyce e Igjugarjuk? ¡Eso es algo que me habría gustado ver!».

Campbell murió un día antes del vigésimo cuarto aniversario del asesinato de John F. Kennedy, tragedia que había analizado en términos mitológicos durante nuestra primera reunión años atrás. Ahora, cuando vuelve ese melancólico recuerdo, les hablo a mis hijos mayores sobre las reflexiones de Campbell al respecto. Describió el solemne funeral oficial como «un ejemplo del alto servicio que presta el ritual a una sociedad» al evocar temas mitológicos cuya raíz se hunde en las necesidades humanas. «Ésta era una ocasión ritualizada, estrictamente necesaria desde el punto de vista social», había escrito Campbell. El asesinato, a plena luz del día y ante todos, de un presidente «que representaba a toda nuestra sociedad, al organismo social vivo del que somos miembros, arrebatado en un momento de plenitud vital, exigía un rito compensatorio para restablecer el sentimiento de solidaridad. De ahí que una enorme nación formara una sólida comunidad unánime durante esos cuatro días, con todos nosotros participando del mismo modo, simultáneamente, en un único acontecimiento simbólico». Decía que constituía «la primera y única cosa de ese tipo que en tiempos de paz me haya hecho sentir miembro de esta comunidad nacional, volcada como una unidad en la celebración de un rito profundamente significativo».

Recordé también esa descripción cuando a uno de mis colegas una amiga le preguntó por nuestra colaboración con Campbell: «¿Para qué necesitan la mitología?». Esta mujer sostenía la opinión, muy corriente y moderna, de que «todos esos dioses griegos y sus historias» nada tienen que ver con la actual condición humana. Lo que ella no sabía (e ignora la mayoría) es que las reliquias de esas «viejas historias» adornan las paredes de nuestro sistema interior de creencias, como restos de antiguos utensilios en un yacimiento arqueológico. Pero como somos seres orgánicos, hay energía en todos esos restos. Los rituales la evocan. Pensemos en la posición

de los jueces en nuestra sociedad, que Campbell analizó en términos mitológicos, no sociológicos. Si esta posición fuera solamente un papel a desempeñar, el juez podría asistir con un traje gris al tribunal en lugar de vestir la toga negra. Para que la ley tenga autoridad más allá de la mera coacción, el poder del juez debe ser ritualizado, mitologizado. Y lo mismo ocurre en otros ámbitos de la vida actual, decía Campbell, desde la religión y la guerra hasta el amor y la muerte.

Una mañana, tras la muerte de Campbell, cuando iba al trabajo caminando, me detuve ante el videoclub del barrio, en cuyo escaparate estaban pasando escenas de la *La guerra de las galaxias,* de George Lucas. Recordé la ocasión en que Campbell y yo habíamos visto juntos la película en el Rancho Skywalker de Lucas en California. Lucas y Campbell se habían hecho amigos después de que el primero, reconociendo una deuda con el trabajo de Campbell, lo invitara a una proyección privada de la trilogía. Campbell gozó con los antiguos temas y motivos de la mitología que se desplegaban por la pantalla en vigorosas imágenes contemporáneas. Durante esta visita, después de aplaudir los peligros y hazañas de Luke Skywalker, Joe se animó hablando de cómo Lucas «había dado el más nuevo y enérgico impulso» a la clásica historia del héroe.

«¿A qué te refieres?», le pregunté.

«A lo que ya Goethe dijo en el *Fausto,* y que Lucas ha plasmado en un lenguaje moderno: la advertencia de que la tecnología no nos salvará. Nuestras computadoras, nuestras herramientas, nuestras máquinas no son suficientes. Hemos de apoyarnos en nuestra intuición, en nuestro ser más genuino.»

«Pero ¿no es eso una afrenta a la razón?», le dije. «¿Y acaso no estamos ya apartándonos vertiginosamente de la razón?»

«El periplo del héroe no tiene ese objetivo. No se trata de negar la razón. Por el contrario, al sobreponerse a las pasiones oscuras, el héroe simboliza nuestra capacidad de controlar al salvaje irracional que todos

llevamos dentro.» En otras ocasiones Campbell había deplorado nuestra incapacidad «para admitir dentro de nosotros la fiebre carnívora y lasciva» que es endémica en la naturaleza humana. Ahora estaba describiendo la trayectoria del héroe no como un acto de valor sino como una vida vivida en el autodescubrimiento: «Luke Skywalker no es nunca tan racional como cuando encuentra dentro de sí los recursos de carácter para hacer frente a su destino».

Irónicamente, para Campbell la finalidad del periplo del héroe no es el engrandecimiento de su persona. «Es», decía en una de sus conferencias, «no identificarse con ninguna de las figuras de poder experimentadas. El yogui hindú, luchando por la liberación, se identifica con la Luz y nunca regresa. Pero nadie con la voluntad de servir a otros se permitiría semejante evasión. El objetivo último de la hazaña no debe ser ni la liberación ni la felicidad personales, sino la sabiduría y el poder para servir a los demás.» Una de las muchas diferencias entre el personaje famoso y el héroe, decía, es que uno vive sólo para sí mientras el otro actúa para redimir a la sociedad.

Joseph Campbell afirmó la vida como aventura. «Al diablo con todo eso», exclamó cuando su tutor universitario le aconsejó que se ciñera a un estrecho programa académico. Renunció a obtener su doctorado, y prefirió retirarse al bosque, a leer. Toda su vida siguió leyendo libros: antropología, biología, filosofía, arte, historia, religión. Y siguió recordando a la gente que un camino seguro por el mundo es el que va por la página impresa. Pocos días después de su muerte, recibí una carta de una de sus ex alumnas que ahora colabora en la dirección de una revista. Habiéndose enterado de la serie televisiva en que yo había estado trabajando con Campbell, me escribía para contarme cómo «el ciclón de energía de este hombre atravesó todas las posibilidades intelectuales» de las estudiantes que asistían «sin aliento a sus clases» en la Universidad Sarah Lawrence. «Aunque todas lo escuchábamos fascinadas», me escribía, «nos abrumaba la

cantidad de lecturas que nos mandaba cada semana. Al fin, una de nosotras le hizo ver lo imposible de la tarea (en el estilo Sarah Lawrence): "Estoy haciendo otros tres cursos, ¿sabe? Todos dan lecturas obligatorias, ¿sabe? ¿Cómo cree que podría leer todo esto en una semana?". Campbell se limitó a reír y le dijo: "Me asombra que lo haya intentado. Tiene todo el resto de su vida para hacer las lecturas"».

Concluía diciendo: «Y todavía no he terminado; es el ejemplo, que nunca cesará, de su vida y su obra».

El homenaje que se realizó en su memoria en el Museo de Historia Natural de Nueva York dio una idea del impacto que causaba sobre los demás. Campbell pisó por primera vez ese museo siendo un niño, y quedó fascinado por los postes totémicos y las máscaras. ¿Quién los hizo?, se preguntaba. ¿Qué significan? Empezó a leer todo lo que encontró sobre los indios, sus mitos y leyendas. A los diez años ya estaba en el camino que lo llevaría a ser uno de los grandes eruditos en mitología y uno de los más estimulantes maestros de nuestro tiempo; alguien dijo que «podía dar vida a los huesos del folklore y la antropología». Ahora, en su homenaje póstumo en aquel museo donde tres cuartos de siglo atrás su imaginación se había despertado, se reunía la gente para honrar su recuerdo. Hubo una actuación de Mickey Hart, el batería de The Grateful Dead, el grupo de rock con el que Campbell compartía su interés por la percusión. Robert Bly tocó una flauta y leyó poemas dedicados a Campbell. Hablaron ex alumnos suyos, así como amigos que había hecho tras haberse jubilado y trasladado con su esposa, la bailarina Jean Erdman, a Hawai. Estaban representadas las grandes editoriales de Nueva York. Y también había escritores y estudiosos, jóvenes y viejos, que habían encontrado en Joseph Campbell la figura de un auténtico pionero.

Y periodistas. Yo me había acercado a él ocho años atrás, cuando, por propia decisión, estaba intentando llevar a la televisión a las mentes más vivas de nuestro tiempo. Habíamos grabado dos programas en el museo,

y su presencia en la pantalla había causado tal impresión que más de catorce mil personas nos escribieron pidiendo copias del diálogo. Me prometí entonces que volvería a hablar con él, esta vez para una exploración más sistemática y detallada de sus ideas. Campbell escribió o compiló unos veinte libros, pero yo lo consideraba más como maestro, un maestro rico en el saber del mundo y en las metáforas del lenguaje, y quise que otros pudieran experimentar su magisterio. Fue así como el deseo de compartir el tesoro de aquel hombre inspiró mi serie televisiva, y este libro.

Se dice que un periodista es alguien que ha recibido permiso para completar su educación en público; somos unos afortunados a quienes se les permite pasar los días en un curso continuo de educación para adultos. Nadie me enseñó tanto como Campbell, y cuando le dije que tendría que admitir la responsabilidad por lo que resultara de tenerme como alumno, se rió y citó un viejo proverbio latino: «El destino arrastra sólo a quien se deja arrastrar».

Como los grandes maestros, enseñaba mediante el ejemplo. Nunca trataba de convencer a nadie de nada (salvo una vez, cuando persuadió a Jean de que se casara con él). Los predicadores se equivocan, me decía, tratando «de convencer a la gente con palabras; más valdría que expresaran la alegría de su propio descubrimiento». Y él, por cierto, sabía expresar su alegría de vivir y aprender. Matthew Arnold creía que la forma más elevada de crítica es «conocer lo mejor de cuanto se sabe y se piensa en el mundo, y al transmitirlo crear una corriente de ideas verdaderas y nuevas». Es la mejor definición de lo que hizo Campbell. Era imposible escucharlo, escucharlo de verdad, sin advertir en la propia conciencia un movimiento de vida nueva, el despertar de la propia imaginación.

Decía que la «idea guía» de su trabajo era hallar «los elementos temáticos comunes en los mitos del mundo, que señalan una necesidad constante en la psique humana de centrarse en cuanto a sus principios profundos».

«¿Te refieres a una búsqueda del sentido de la vida?», le pregunté.

«No, no, no», dijo. «Se trata de la *experiencia* de estar vivos.»

He dicho en alguna ocasión que la mitología es un mapa interior de la experiencia, dibujado por gente que lo ha recorrido. Sospecho que Campbell no se habría conformado con esa prosaica definición de periodista. Para él la mitología era «el canto del universo», «la música de las esferas», una música que bailamos aun cuando no podamos reconocer la melodía. Estamos escuchando su estribillo «cuando oímos, divertidos y distantes, el griterío de un curandero del Congo, o leemos con cultivado éxtasis traducciones de poemas de Lao-Tsé, o cuando alguna vez nos adentramos en las dificultades de un razonamiento de santo Tomás de Aquino, o captamos de pronto el sentido brillante de un extravagante cuento de hadas esquimal».

Se imaginaba que este gran coro cacofónico había comenzado cuando nuestros primeros antepasados se contaban historias sobre los animales que mataban para comer, y sobre el mundo sobrenatural al que los animales parecían ir cuando morían. «Allá afuera, a lo lejos», más allá de la llanura invisible de la existencia, estaba el «señor de los animales», que tenía poder sobre la vida y la muerte de los seres humanos: si él dejaba de mandar más animales para que volvieran a ser sacrificados, los cazadores y sus familias morirían de hambre. Así fue como las primitivas sociedades supieron que «la esencia de la vida está en que se vive matando y devorando; ése es el gran misterio sobre el que tratan los mitos». La caza se convirtió en un ritual de sacrificio, y los cazadores, a su vez, realizaron actos de expiación para con los espíritus de los animales, con la esperanza de convencerlos de que volvieran para ser sacrificados otra vez. Los animales eran considerados enviados de ese otro mundo, y Campbell aventuró «un acuerdo mágico y maravilloso» entre el cazador y la presa, como si ambos partici-

paran de un ciclo «místico e intemporal» de muerte, entierro y resurrección. El arte (las pinturas sobre los muros de las cavernas) y la literatura oral dieron forma al impulso que hoy llamamos religión.

Cuando estos primeros pueblos pasaron de la caza a la agricultura, cambiaron las historias que contaban para interpretar los misterios de la vida. Ahora fue la semilla la que ocupó el lugar como símbolo mágico del ciclo sin fin. La planta moría, y era enterrada, y su semilla volvía a nacer. A Campbell le fascinaba el modo en que este símbolo era retomado por las grandes religiones del mundo como la revelación de la verdad eterna: que la vida proviene de la muerte o, en sus palabras, «del sacrificio, la bienaventuranza».

«Jesús tenía buen ojo», decía. «Qué magnífica realidad vio en el grano de mostaza.» Citaba las palabras de Jesús en el Evangelio de san Juan: «En verdad os digo que si un grano de trigo no cae a tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto», y de inmediato pasaba al Corán: «¿Acaso piensas que entrarás en el Jardín de la Gloria sin pasar por las pruebas que sufrieron los que te precedieron?». Recorrió toda esta inmensa literatura espiritual, incluso traduciendo textos hindúes del sánscrito, y siguió recogiendo historias más actuales que sumaba a la sabiduría de las antiguas. Una historia que le gustaba especialmente es la de la mujer que fue al santo y sabio Ramakrishna y le dijo: «Ay, Maestro, no creo amar a Dios». Y él le preguntó: «¿Acaso no hay nada que ames en el mundo?». A lo que ella respondió: «A mi pequeño sobrino». Y él le dijo: «En tu amor y entrega a ese niño está tu amor y entrega a Dios».

«Y ahí», dijo Campbell, «está el alto mensaje de la religión: "Lo mismo que hagas con el más humilde de todos..."».

Era un hombre espiritual, que encontró en la literatura de la fe los principios comunes al espíritu humano. Pero esos principios debían ser liberados de su forma tribal, o las religiones del mundo seguirían siendo, como

lo son hoy en el Medio Oriente o en Irlanda del Norte, fuente de odio y violencia. Las imágenes de Dios son muchas, decía, y las llamaba «las máscaras de la eternidad» que a la vez cubren y revelan «el Rostro de la Gloria». Quería saber qué significado tenían esas diferentes máscaras de Dios en las diferentes culturas, y por qué en tradiciones divergentes pueden hallarse historias comparables, historias de creación, de nacimientos virginales, encarnaciones, muerte y resurrección, segundas venidas y días del juicio. Le gustaba esa reflexión perspicaz de la escritura hindú: «La verdad es una; los sabios le dan muchos nombres». Todos nuestros nombres e imágenes de Dios son máscaras, decía, que significan la realidad última que por definición trasciende la lengua y el arte. Un mito es también una máscara de Dios, una metáfora de lo que yace debajo del mundo visible. Por mucho que las tradiciones místicas difieran, decía, todas concuerdan en llevarnos a una más profunda conciencia del acto mismo de vivir. El pecado imperdonable, según Campbell, era el pecado de inadvertencia, de no estar alerta, no estar totalmente despierto.

Nunca conocí a nadie que pudiera contar tan bien una historia. Escuchándolo hablar de sociedades primitivas, me sentía transportado a las grandes llanuras bajo la cúpula del cielo abierto o a lo más profundo e inextricable de la selva, bajo un dosel de árboles, y empecé a comprender cómo hablaban las voces de los dioses en el viento y el trueno, y el espíritu de Dios fluía en cada arroyo de montaña, y la tierra entera florecía como un lugar sagrado, el campo de la imaginación mítica. Y me pregunté: ahora que los hombres modernos han despojado a la tierra de su misterio, ahora que han hecho, según la descripción de Saul Bellow, «una limpieza general de creencias», ¿qué alimentará nuestra imaginación? ¿Hollywood y la televisión?

Campbell no era pesimista. Creía que hay «un punto de sabiduría más allá de los conflictos de ilusión y verdad, gracias al cual las vidas pueden volver a unirse». Hallarlo es «la cuestión primordial de la época». En sus

años finales se esforzaba en hallar una nueva síntesis de ciencia y espíritu. «El paso de una cosmovisión geocéntrica a una heliocéntrica», escribió después de que los astronautas pisaran la Luna, «pareció apartar al hombre del centro. Y el centro parecía ser muy importante. Pero, espiritualmente, el centro está donde está la visión. Subamos a una cima y miremos el horizonte. Situémonos en la Luna y miremos cómo se alza la Tierra... aunque lo hagamos, mediante la televisión, en la sala de estar». El resultado es una expansión sin precedentes del horizonte, que podría servir en nuestra época, como las viejas mitologías lo hicieron en las suyas, para abrir las puertas de la percepción «a la maravilla, terrible y fascinante a la vez, de nosotros mismos y el universo». Decía que no es la ciencia la que ha empequeñecido a los humanos o nos ha divorciado de la divinidad. Al contrario, los nuevos descubrimientos de la ciencia «nos unen a los pueblos de la antigüedad» permitiéndonos reconocer en este universo entero «un reflejo aumentado de nuestra naturaleza más profunda, porque somos, en realidad, sus oídos, sus ojos, su pensamiento y su habla o, en términos teológicos, los oídos de Dios, los ojos de Dios, el pensamiento de Dios y la Palabra de Dios». La última vez que lo vi le pregunté si todavía creía, como lo había escrito una vez, «que en este momento estamos asistiendo a uno de los más grandes saltos del espíritu humano hacia un conocimiento no sólo de la naturaleza externa sino también de nuestro más genuino y profundo misterio interior».

Lo pensó un minuto y respondió: «El más grande en toda la historia».

Cuando oí la noticia de su muerte, abrí el ejemplar que me había regalado de *El héroe de las mil caras*. Y pensé en la época en que descubrí el mundo del héroe mítico. Estaba en la pequeña biblioteca pública del pueblo en el que me crié y, revolviendo en las estanterías encontré un libro que me reveló mundos maravillosos: Prometeo robando el fuego de los dioses para el bien de la humanidad; Jasón enfrentándose al dragón para apoderarse del Vellocino de Oro; los Caballeros de la Tabla

Redonda en busca del Santo Grial. Pero sólo cuando conocí a Joseph Campbell comprendí que las películas de vaqueros que veía en las sesiones matinales del sábado habían tomado mucho prestado de aquellos cuentos antiguos. Y que las historias que aprendíamos en el catecismo se correspondían con las de otras culturas que también relataban las elevadas aventuras del alma, el esfuerzo de los mortales por aprehender la realidad de Dios. Campbell me ayudó a ver las conexiones, a comprender cómo encajaban las piezas, y a no temer sino a dar la bienvenida a lo que él describía como «un futuro poderosamente multicultural».

Fue, por supuesto, criticado por hacer tanto hincapié en la interpretación psicológica del mito, por dar la impresión de querer confinar el papel contemporáneo del mito a una función ideológica o terapéutica. No tengo elementos para entrar en esa discusión. Pero sé que él nunca le dio importancia. Se limitaba a seguir enseñando, abriendo a los demás a una nueva manera de ver.

Lo que más nos instruye es, sobre todo, la vida auténtica que vivió. Cuando decía que los mitos son claves para nuestro potencial espiritual más profundo, capaces de llevarnos al deleite, a la iluminación y aun al éxtasis, hablaba como alguien que ha estado en los sitios que nos invita a conocer.

¿Qué me atraía en él?

La sabiduría, sí; era un hombre muy sabio.

Y la erudición; él realmente «conocía la vasta extensión de nuestro pasado panorámico como pocos hombres la han conocido nunca».

Pero había más.

Una historia es la manera de contarla. Él era un hombre con mil anécdotas. Ésta era una de sus favoritas. Estaba en Japón asistiendo a un congreso internacional sobre religión, y oyó que otro delegado norteamericano, un filósofo social de Nueva York, le decía a un sacerdote sintoísta: «Hemos presenciado muchas de sus ceremonias y hemos visto bastantes templos. Pero lo que no capto es su ideología. No capto su teología». El

japonés hizo un silencio, sumido en profundos pensamientos, y después sacudió la cabeza. «Creo que no tenemos ideología», dijo. «No tenemos teología. Bailamos.»

Y eso fue lo que hizo Joseph Campbell. Bailó, con la música de las esferas.

Bill Moyers

EL PODER DEL MITO

I

EL MITO Y EL MUNDO MODERNO

Se dice que todo cuanto ansiamos es encontrarle un sentido a la vida. No creo que sea eso lo que realmente buscamos. Creo que lo que buscamos es experimentar el hecho de estar con vida, de modo que nuestras experiencias vitales en el plano puramente físico tengan resonancias dentro de nuestro ser y realidad más internos, y así sentir realmente el éxtasis de estar vivos.

MOYERS: ¿Por qué los mitos? ¿Por qué deberían interesarnos los mitos? ¿Qué tienen que ver con mi vida?

CAMPBELL: Mi primera respuesta sería: «Adelante, vive tu vida, es una buena vida. No necesitas la mitología». No creo que haya que interesarse en un tema sólo porque digan que es importante. Creo más bien que el interés es algo que a uno lo atrapa de un modo u otro. Pero es muy probable que, con una introducción adecuada, la mitología te aprese. Y entonces sí, podemos preguntarnos, ¿qué puede hacer la mitología por ti, si te atrapa?

Uno de nuestros problemas en la actualidad es que no estamos familiarizados con la literatura del espíritu. Nos interesan las noticias del día y los problemas de la hora. Antes una universidad era una especie de área herméticamente cerrada donde las novedades del momento no entraban a distraer la atención de la vida interior y del espléndido tesoro que constituye nuestra gran tradición: Platón, Confucio, Buda, Goethe y otros

que hablaron de los valores eternos que están en el centro de nuestras vidas. Cuando uno envejece, y todas las preocupaciones cotidianas han sido atendidas, y uno se vuelve hacia la vida interior... bueno, si no sabe dónde está o qué es, lo lamentará.

Antes, las literaturas griega, latina y bíblica formaban parte de la educación de todo el mundo. Ahora que se han abandonado, toda una tradición de información mitológica occidental se ha perdido. Antes esas historias estaban en la mente de todos. Cuando una historia está en tu mente, puedes ver su aplicación a algo que ocurre en tu propia vida. Te da una perspectiva sobre lo que te está pasando. Con su desaparición hemos perdido realmente algo importante porque no tenemos una literatura comparable que la reemplace. Estos fragmentos de información de los tiempos antiguos, que están relacionados con temas en los que se ha apoyado la vida humana, se han construido civilizaciones y se han alimentado las religiones durante milenios, son el reflejo de problemas internos muy profundos, misterios interiores, umbrales de pasaje internos, y si no sabes cuáles son las señales a lo largo del camino, tienes que hacerlo todo solo. Pero una vez que este tema te atrapa, es tal la sensación, a partir de cualquiera de estas tradiciones, de disponer de una información tan rica y vivificante, que ya no querrás abandonarlo.

MOYERS: ¿De modo que contamos historias para tratar de ponernos de acuerdo con el mundo, para armonizar nuestras vidas con la realidad?

CAMPBELL: Creo que sí, así es. Las novelas, las grandes novelas, pueden ser maravillosamente instructivas. Cuando tenía veinte años, treinta y hasta cuarenta, James Joyce y Thomas Mann fueron mis maestros. Leí todo lo que escribieron. Los dos escribían en términos de lo que podría llamarse la tradición mitológica. Toma, por ejemplo, la historia de Tonio, en el *Tonio Kröger* de Thomas Mann. El padre de Tonio era un comerciante próspero, un hombre importante en su ciudad. Pero el pequeño Tonio tenía un temperamento artístico, así que se

trasladó a Munich y se unió a un grupo de escritores que se sentían por encima de los meros especuladores financieros y hombres de familia.

Pues bien, ahí tienes a Tonio entre dos polos: su padre, que ha sido un buen padre, responsable y todo eso, pero que nunca hizo lo que quería en toda su vida; y por otro lado, el joven que abandona su ciudad natal y se vuelve un crítico de esa clase de vida. Pero Tonio descubrió que él en realidad amaba a esa gente de su ciudad. Y aunque intelectualmente se creía un tanto superior a ellos, y podía describirlos con palabras crueles, de todos modos su corazón estaba con ellos.

Pero cuando se marchó a vivir con los bohemios, encontró que éstos eran tan desdeñosos de la vida que no podía soportarlos tampoco. Así que los dejó y le escribió una carta a alguien del grupo diciendo: «Admiro a esos seres fríos y orgullosos que se aventuran por la senda de la gran belleza demónica y desprecian a la "humanidad"; pero no los envidio. Pues si hay algo que pueda hacer de un literato un poeta, es mi amor pueblerino a lo humano, a lo viviente y común. Toda calidez se deriva de este amor, toda bondad y todo humor. De hecho, me parece incluso que éste debe de ser ese amor del que está escrito que "puede hablarse con las lenguas de los hombres y de los ángeles", mientras que sin amor suena "como bronce de un címbalo".»

Y agrega: «El escritor debe ser fiel a la verdad». Y eso es lo difícil, porque sólo se puede describir verídicamente a un ser humano describiendo sus imperfecciones. El ser humano perfecto no tiene interés... ya sabes, el Buda que abandona el mundo. Sólo podemos amar las imperfecciones de la vida. Y cuando el escritor lanza el dardo de la verdad, duele. Pero lo lanza con amor. Esto es lo que Thomas Mann llamó «ironía erótica», el amor por lo que uno mismo está matando con su palabra cruel y analítica.

MOYERS: Me gusta esa imagen: el amor hacia el pueblo natal, los sentimientos que ese lugar te inspira, a pesar de todo el tiempo que hayas estado ausente, o

aunque no regreses nunca. Allí fue donde uno descubrió a la gente. Pero ¿por qué dices que amamos a la gente por sus imperfecciones?

CAMPBELL: ¿Los niños no son adorables porque se están cayendo todo el rato y tienen cuerpos pequeños con cabezas demasiado grandes? ¿No lo sabía muy bien Walt Disney cuando hizo los siete enanitos? Y esos graciosos perritos que tiene la gente: los queremos porque son muy imperfectos.

MOYERS: La perfección sería aburrida, ¿no?

CAMPBELL: Necesariamente. Sería inhumana. El punto umbilical, la humanidad, aquello que te hace humano y no sobrenatural e inmortal; eso es lo que amamos. Por eso a mucha gente se le hace tan difícil amar a Dios, porque no encuentran la imperfección. Se lo puede reverenciar, pero eso no se parece al verdadero amor. Es a Cristo en la cruz al que podemos amar.

MOYERS: ¿Por qué?

CAMPBELL: Por el sufrimiento. El sufrimiento es una imperfección, ¿no?

MOYERS: La historia del sufrimiento humano, de las luchas, la supervivencia...

CAMPBELL: ...y la juventud que llega a conocerse, a saber lo que le espera.

MOYERS: Leyendo tus libros (*Las máscaras de Dios* o *El héroe de las mil caras,* por ejemplo) llegué a comprender que lo que tienen en común los seres humanos lo podemos hallar como revelación en los mitos. Los mitos son historias de nuestra búsqueda de la verdad a través de los tiempos, del sentido. Todos necesitamos contar nuestra historia y comprenderla. Todos necesitamos comprender la muerte y llegar a un acuerdo con ella, y todos necesitamos ayuda en nuestros pasajes del nacimiento a la vida y después a la muerte. Lo necesitamos para que la vida signifique algo, para que se comunique con lo eterno, para que atraviese el misterio y podamos descubrir quiénes somos.

CAMPBELL: Se dice que todo cuanto ansiamos es encontrarle un sentido a la vida. No creo que sea eso lo

que realmente buscamos. Creo que lo que buscamos es experimentar el hecho de estar con vida, de modo que nuestras experiencias vitales en el plano puramente físico tengan resonancias dentro de nuestro ser y realidad más internos, y así sentir realmente el éxtasis de estar vivos. Al fin y al cabo, de eso se trata, es lo único importante, una serie de pistas que nos ayuden a encontrarnos dentro de nosotros mismos.

MOYERS: ¿Los mitos son pistas?

CAMPBELL: Los mitos son pistas de las potencialidades espirituales de la vida humana.

MOYERS: ¿De lo que somos capaces de conocer y experimentar en nuestro interior?

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: Has cambiado la definición del mito, de ser la *búsqueda* del sentido pasa a ser la *experiencia* del sentido.

CAMPBELL: La experiencia de la *vida*. Del sentido se ocupa la mente. ¿Cuál es el sentido de una flor? Hay una historia Zen sobre un sermón de Buda que consistió simplemente en coger una flor. Hubo un solo hombre que con los ojos le hizo un signo de que entendía lo que había dicho. Ahora bien, el mismo Buda se llama «el que viene». No hay sentido. ¿Cuál es el sentido del universo? ¿Cuál es el sentido de una pulga? Es algo que está ahí, nada más. Eso es todo. Y tu propio sentido es que estás ahí. Estamos tan ocupados en hacer cosas para lograr fines con valores externos que olvidamos que el valor interior, el éxtasis que se asocia con la vida, es lo único que importa.

MOYERS: ¿Cómo llegar a esa experiencia?

CAMPBELL: Leyendo mitos. Te enseñarán que puedes volverte hacia dentro, y empezarás a recibir el mensaje de los símbolos. Lee mitos de otros pueblos, no los de tu propia religión, porque tu propia religión tiendes a interpretarla desde el punto de vista de los hechos; pero si lees los otros, empiezas a captar el mensaje. El mito te ayuda a poner tu mente en contacto con esta experiencia de estar vivo. Te dice qué es la

experiencia. El matrimonio, por ejemplo. ¿Qué es el matrimonio? El mito te dice qué es. Es la reunión de la díada separada. Originalmente eras uno. Ahora eres dos en el mundo, pero el reconocimiento de la identidad espiritual es lo que es el matrimonio. Es muy diferente de un amorío. No tiene nada que ver con eso. Es otro plano mitológico de la experiencia. Cuando la gente se casa pensando que inician un prolongado idilio, se divorciarán muy pronto, porque todos los idilios terminan en la desilusión. El matrimonio en cambio es el reconocimiento de una identidiad espiritual. Si vivimos una vida adecuada, si nuestras mentes están sintonizadas con las cualidades adecuadas cuando miramos al otro sexo, encontraremos nuestra contrapartida masculina o femenina adecuada. Pero si nos distraen los intereses sensuales, nos casaremos con la persona que no nos conviene. Al casarnos con la que sí nos conviene reconstruimos la imagen del Dios encarnado, y eso es el matrimonio.

MOYERS: ¿La persona adecuada? ¿Cómo elegir a la persona adecuada?

CAMPBELL: El corazón te lo dirá. Debería decírtelo.

MOYERS: El ser interior.

CAMPBELL: Ahí está el misterio.

MOYERS: Reconoces a tu otro yo.

CAMPBELL: Bueno, no sé, pero hay un relámpago que atraviesa el espacio, y algo en ti sabe que ésa es la persona.

MOYERS: Si el matrimonio es la reunión del yo con el yo, con la otra parte masculina o femenina de nosotros, ¿por qué se ha convertido en algo tan frágil en la sociedad moderna?

CAMPBELL: Porque no es considerado como un matrimonio. Yo diría que si el matrimonio no constituye una prioridad absoluta en tu vida, es que no estás realmente casado. El matrimonio significa los dos en uno, los dos que son una carne. Si el matrimonio dura lo suficiente, y si tú te riges constantemente por él en lugar de hacerlo por tu capricho individual, entonces llegas a

confirmar que es cierto: los dos encarnan realmente uno.

MOYERS: Uno, no sólo biológicamente sino espiritualmente.

CAMPBELL: *En primer lugar* espiritualmente. Lo biológico es la distracción que puede llevarte a una identificación errónea.

MOYERS: Entonces la función social del matrimonio, la reproducción de la especie, no es la primordial.

CAMPBELL: No, eso en realidad es sólo el aspecto primario del matrimonio. En el matrimonio hay dos estadios completamente diferentes. Primero está el matrimonio joven que sigue el impulso maravilloso que les ha dado la naturaleza para producir hijos mediante la interacción biológica de los sexos. Pero llega un momento en que los hijos se independizan de la familia y la pareja queda sola. Me asombra ver la cantidad de amigos míos que a sus cuarenta o cincuenta años se separan. Han tenido una vida matrimonial muy buena mientras estaban los hijos, pero interpretaron su unión como una relación mediada por los hijos. No la interpretaron centrándose en su propia relación personal.

El matrimonio es una relación. Cuando te sacrificas en aras del matrimonio, te estás sacrificando no a tu cónyuge sino a la unidad existente en una relación. La imagen china del Tao, con su interacción de luz y sombra, ésa es la relación del yang y el yin, lo masculino y lo femenino, y de eso trata el matrimonio. Y en eso te has transformado cuando te casas. Ya no eres esta persona sola; tu identidad se halla inscrita en una relación. El matrimonio no es un simple amorío, es una ordalía, y la ordalía es el sacrificio del ego a una relación en que los dos se han vuelto uno.

MOYERS: De modo que el matrimonio es totalmente incompatible con la idea de desarrollar una vida individual.

CAMPBELL: No se trata sencillamente de llevar una vida individual, sabes. En cierto sentido sí, pero es que

la vida ya no es individual de uno solo, sino de los dos juntos como uno. Y ésa es una imagen puramente mitológica que significa el sacrificio de la entidad visible para lograr un bien trascendente. Es algo que se realiza hermosamente en el segundo estadio del matrimonio, en lo que yo llamo el estadio alquímico, de los dos experimentando ser uno. Si siguen viviendo como en el estadio primario del matrimonio, se separarán cuando sus hijos se vayan del hogar. Papá se enamorará de alguna adolescente y correrá tras ella, y mamá se quedará con la casa y el corazón vacíos, y tendrá que arreglárselas sola, a su modo.

MOYERS: Eso porque no comprendemos los dos niveles del matrimonio.

CAMPBELL: Porque no se adquiere un compromiso.

MOYERS: Pero decimos hacerlo... Nos comprometemos para lo mejor y lo peor.

CAMPBELL: Ésos son remanentes de un ritual.

MOYERS: Y el ritual ha perdido su fuerza. El ritual que en una época transmitía una realidad interior, ahora es sólo forma. Y eso es cierto tanto para los rituales de la sociedad como para los rituales personales del matrimonio y la religión.

CAMPBELL: ¿Cuánta gente, antes del matrimonio, recibe adiestramiento espiritual sobre el significado del mismo? Cualquiera puede ir a la oficina de un juez, y en diez minutos ya está casado. La ceremonia matrimonial en la India dura tres días. Esa pareja queda pegada.

MOYERS: Estás diciendo que el matrimonio no es sólo una disposición social, sino también un ejercicio espiritual.

CAMPBELL: Primordialmente es un ejercicio espiritual, y se supone que la sociedad nos ayuda a comprenderlo. El hombre no debería estar al servicio de la sociedad, sino la sociedad al servicio del hombre. Cuando el hombre se pone al servicio de la sociedad, tienes un Estado monstruo, y eso es lo que está amenazando al mundo hoy.

MOYERS: ¿Qué sucede cuando una sociedad ya no se adhiere a una mitología poderosa?

CAMPBELL: Sucede lo que hoy tenemos en las manos. Si quieres saber qué significa tener una sociedad sin rituales, lee el *New York Times*.

MOYERS: ¿Y qué encuentras?

CAMPBELL: Las noticias del día, incluyendo actos destructivos y violentos por parte de jóvenes que no saben cómo comportarse en una sociedad civilizada.

MOYERS: La sociedad no les ha proporcionado rituales mediante los cuales ser miembros de la tribu, de la comunidad. Todos los niños necesitan nacer dos veces, aprender a funcionar racionalmente en el mundo, dejando la infancia atrás. Pienso en ese pasaje del primer libro de los Corintios: «Cuando yo era niño, hablaba como niño, comprendía como niño, pensaba como niño, pero cuando me volví un hombre dejé a un lado las cosas infantiles».

CAMPBELL: Así es, exactamente. Ésa es la función de los ritos de pubertad. En las sociedades primitivas se arrancan dientes, se practican escarificaciones, circuncisiones, se hacen toda clase de cosas. Lo que importa es despojarse del cuerpo de niño pequeño, volverse otra persona.

Cuando yo era pequeño usábamos pantalones cortos, sabes. Y después venía el gran momento en que te ponías los pantalones largos. Hoy los chicos ya no tienen eso. Veo a niños de cinco años con pantalones largos. ¿Cuándo sabrán que ya son hombres y que deben dejar atrás las cosas infantiles?

MOYERS: ¿De dónde sacan sus mitos hoy en día los chicos que crecen en una ciudad, en la calle Ciento veinticinco esquina con Broadway, por ejemplo?

CAMPBELL: Los fabrican ellos mismos. Es por eso que hay pintadas cubriendo toda la ciudad. Esos chicos tienen sus propias bandas, sus propias iniciaciones y su propia moralidad, y lo hacen lo mejor que pueden. Pero son peligrosos porque sus leyes no son las de la ciudad. No han sido iniciados en nuestra sociedad.

MOYERS: Rollo May dice que la violencia de la sociedad norteamericana actual se debe a la desaparición de grandes mitos que ayuden a los jóvenes de ambos sexos a relacionarse con el mundo o a comprenderlo más allá de lo que puede verse.

CAMPBELL: Sí, pero otra razón para nuestro alto nivel de violencia es que los Estados Unidos es un país sin un carácter nacional.

MOYERS: Explícate.

CAMPBELL: En el fútbol americano, por ejemplo, las reglas son muy estrictas y complejas. Pero si vas a Inglaterra, verás que las reglas del rugby no son tan rígidas. Cuando yo era estudiante, en los años veinte, había un par de jóvenes que formaban una fantástica pareja de delanteros. Fueron a terminar sus estudios a Oxford y se unieron al equipo de rugby, y un día introdujeron el pase adelantado. Y los jugadores ingleses les dijeron: «Bueno, nosotros no tenemos una norma para eso, así que por favor no lo hagan. Nosotros no jugamos así».

En una cultura que ha sido homogénea durante cierto tiempo, hay una cantidad de reglas sobreentendidas, no escritas, de acuerdo con las cuales vive la gente. Ahí hay un carácter nacional, hay una modalidad, un acuerdo de «no hacerlo así».

MOYERS: Una mitología.

CAMPBELL: Una mitología tácita, podría decirse. Así es como manejamos el cuchillo y el tenedor, así es como nos entendemos con la gente, y todo lo demás. No todo está escrito en libros. Pero en los Estados Unidos tenemos gente procedente de todas partes, viviendo todos juntos, y en consecuencia la ley se ha vuelto muy importante en este país. Los abogados y las leyes son los que nos mantienen unidos. No hay un carácter nacional. ¿Comprendes a qué me refiero?

MOYERS: Sí. Es lo que describió Tocqueville cuando llegó aquí hace ciento sesenta años y descubrió «un tumulto anárquico».

CAMPBELL: Lo que tenemos hoy es un mundo desmitologizado. De ahí que los estudiantes tengan tanto

interés en la mitología, porque los mitos les dan mensajes. Ahora bien, no puedo decirte qué mensajes les está aportando a los jóvenes de hoy el estudio de la mitología. Sé lo que a mí me dio. Pero algo está haciendo por ellos. Cuando doy una conferencia en cualquier universidad, la sala está repleta de estudiantes que han ido a oír lo que tengo que decir. Suelen asignarme un aula que resulta pequeña, porque los organizadores no sospechaban cuánto entusiasmo despertaría el tema entre los estudiantes.

MOYERS: Conjetura. ¿Qué crees que les aporta la mitología, las historias que escuchan de tu boca?

CAMPBELL: Son historias sobre la sabiduría de la vida, y lo son de verdad. Lo que aprendemos en nuestras escuelas no es la sabiduría de la vida. Aprendemos tecnologías, recibimos información. Entre el profesorado existe hoy una inquietante negativa a enseñar a los alumnos los valores de la vida relacionados con las asignaturas. En nuestras ciencias de hoy (y esto incluye a la antropología, la lingüística, el estudio de las religiones, etc.) hay una tendencia a la especialización. Y cuando ves todo lo que tiene que saber un especialista para ser un buen especialista, puedes entender esta tendencia. Para estudiar budismo, por ejemplo, tienes que acceder no sólo a todas las lenguas europeas en las que se ha expuesto la materia oriental, particularmente francés, alemán, inglés e italiano, sino también sánscrito, chino, japonés, tibetano y varias más. Solamente eso ya es una tarea tremenda. Un especialista así no puede empezar a interrogarse además sobre las diferencias entre el iroqués y el algonquino.

La especialización tiende a limitar el campo de problemas de los que se ocupa el especialista. Sin embargo, la persona que no es un especialista, sino un generalista como yo, se ocupa de una cosa que ha aprendido de un especialista, de otra cosa que ha aprendido de otro especialista, y ninguno de los dos ha considerado el problema de por qué esto ocurre aquí y también allí. Así es como el generalista (y entre académicos éste es

un término peyorativo) pasa a un espectro de problemas distintos que son más humanos, podría decirse que específicamente culturales.

MOYERS: Y después viene el periodista que tiene licencia para explicar cosas que no entiende.

CAMPBELL: No es sólo una licencia sino una carga; el periodista tiene la obligación de educarse a sí mismo en público. Recuerdo haber asistido a las clases de Heinrich Zimmer cuando era joven. Él fue el primero, que yo sepa, que habló de los mitos como vehículos de mensajes válidos para la vida, no sólo como asuntos interesantes para estudiosos. Y eso me confirmó un presentimiento que yo tenía desde mi infancia.

MOYERS: ¿Recuerdas la primera vez que descubriste el mito? ¿La primera vez que una historia tomó vida en ti?

CAMPBELL: Fui educado en la religión católica. Una de las grandes ventajas de una formación católica es que te enseñan a tomar en serio el mito y a dejarlo operar en tu vida y a vivir en función de estos temas míticos. Fui educado siguiendo una relación estacional con el ciclo de la venida al mundo de Cristo, sus enseñanzas, su muerte, su resurrección y su regreso al cielo. Las respectivas ceremonias a lo largo del año te mantienen en contacto con el centro eterno de todo lo que cambia en el tiempo. El pecado es simplemente perder contacto con esa armonía.

Y después me enamoré de los indios norteamericanos, porque Buffalo Bill venía todos los años al Madison Square Garden con su maravilloso «Show del Salvaje Oeste». Y quise saber más sobre los indios. Mis padres me compraron todos los libros que encontraron sobre indios americanos. Fue así como empecé a leer los mitos de los indios americanos, y no pasó mucho tiempo hasta que empecé a encontrar los mismos temas en las historias que me hacían leer las monjas en la escuela.

MOYERS: La creación...

CAMPBELL: ...la creación, la muerte y la resurrección, el ascenso a los cielos, el alumbramiento de una madre

virgen... No sabía bien de qué se trataba, pero reconocía el vocabulario. Uno tras otro.

MOYERS: ¿Y qué sucedió?

CAMPBELL: Me entusiasmé. Fue el comienzo de mi interés por la mitología comparada.

MOYERS: ¿Empezaste a preguntarte: por qué aquí lo dice de este modo, y en la Biblia lo dice de forma diferente?

CAMPBELL: No, no empecé el análisis comparativo hasta muchos años después.

MOYERS: ¿Qué te atraía de las historias de los indios?

CAMPBELL: En aquellos días la tradición indígena todavía se mantenía en el ambiente. Los indios continuaban siendo una realidad. Incluso ahora, cuando trabajo con mitos procedentes de todo el mundo, encuentro que los cuentos y narraciones de los indios norteamericanos son muy ricos, están muy bien desarrollados.

Y además mis padres tenían una casa en los bosques donde habían vivido los indios Delaware, quienes fueron atacados por los iroqueses. Había una colina donde podíamos cavar en busca de puntas de flechas y cosas así. Y los mismos animales que juegan un papel tan importante en las historias indias estaban por entonces en el bosque, a mi alrededor. Fue una gran introducción a la materia.

MOYERS: ¿Todas estas historias chocaron con tu fe católica?

CAMPBELL: No, no hubo choque. El choque con mi religión vino mucho después, provocado por estudios científicos y cosas de ese tipo. Más tarde me interesé por el hinduísmo, y volví a encontrar las mismas historias. Así que no puedes decirme que no son las mismas historias. He vivido con ellas toda mi vida.

MOYERS: Proceden de todas las culturas, pero con temas intemporales.

CAMPBELL: Los temas son intemporales, pero la inflexión es de la cultura.

MOYERS: ¿Pueden las historias tomar el mismo tema universal pero aplicarlo de un modo ligeramente distinto, según el acento del pueblo que esté hablando?

CAMPBELL: Oh, sí. Si uno no está atento a los paralelismos, podría pensar quizás que se trata de historias completamente diferentes, pero no lo son.

MOYERS: Tú enseñaste mitología durante treinta y ocho años en la Universidad Sarah Lawrence. ¿Cómo lograbas que esas jóvenes, todas provenientes de hogares de clase media y de religiones establecidas, se interesaran por los mitos?

CAMPBELL: Los jóvenes tienen un interés natural en todo esto. La mitología te enseña qué hay detrás de la literatura y el arte, te enseña sobre tu propia vida. Es un tema vasto, muy estimulante, enriquecedor. La mitología tiene mucho que decir sobre los estadios de la vida, las ceremonias de iniciación cuando uno pasa de la infancia a las responsabilidades adultas, de soltero a casado. Todos esos rituales son ritos mitológicos. Tienen que ver con tu reconocimiento del nuevo papel que asumes, el proceso de desembarazarse de la vieja personalidad y adoptar la nueva, o acceder a una profesión con responsabilidades.

Cuando un juez entra en la sala del tribunal y todos se ponen de pie, no están reverenciando al hombre sino a la toga que está usando y al papel que representa. Lo que lo hace digno de ese papel es su integridad, como representante de los principios de ese papel, y no un conjunto de prejuicios personales. De modo que cuando te pones de pie en un tribunal de justicia, lo haces ante un personaje mitológico. Supongo que algunos reyes y reinas son las personas más estúpidas, absurdas y banales que nadie pueda imaginarse, probablemente interesados nada más que en caballos y mujeres, ya sabes. Pero el súbdito no responde a ellos como personalidades sino como encarnaciones de un papel mitológico. Cuando alguien adopta el papel de juez, o presidente de los Estados Unidos, el hombre ya no es ese hombre, es el representante de una función eterna; tiene que sacrifi-

car sus deseos personales e incluso sus posibilidades vitales a la función que está representando.

MOYERS: Así que en nuestra sociedad hay rituales mitológicos en vigor. Uno es la ceremonia del matrimonio. La ceremonia de juramento de un presidente o un juez es otra. ¿Qué otros rituales tienen importancia en la sociedad actual?

CAMPBELL: Ingresar en el ejército, ponerse un uniforme, es otro. Tú abandonas tu vida personal y aceptas un modo de vida socialmente determinado al servicio de la sociedad de la que formas parte. Por ello encuentro obsceno que se juzgue a la gente con códigos civiles por lo que hicieron en tiempos de guerra. Allí actuaron no como individuos sino como agentes de algo que estaba por encima de ellos y a lo que se habían entregado por dedicación. Juzgarlos como si fueran seres humanos individuales es totalmente incorrecto.

MOYERS: Hemos visto lo que sucede cuando las sociedades primitivas son desplazadas por la civilización del hombre blanco. Se caen en pedazos, se desintegran. ¿No nos ha estado pasando lo mismo desde que nuestros mitos comenzaron a desaparecer?

CAMPBELL: Exactamente, eso es lo que ha pasado.

MOYERS: ¿Por eso las religiones conservadoras reclaman hoy una recuperación de la antigua tradición religiosa?

CAMPBELL: Sí, y están cometiendo un terrible error. Están volviendo a algo que es arqueológico, que ya no sirve a los fines de la vida.

MOYERS: Pero ¿no nos ha servido a nosotros?

CAMPBELL: Claro que sí.

MOYERS: Comprendo esa nostalgia. En mi juventud yo tenía estrellas fijas. Me confortaban con su permanencia. Me daban un horizonte conocido. Y me decían que había un padre amante, bueno y justo allá arriba mirándome, dispuesto a recibirme, pensando en mí todo el tiempo. Ahora, Saul Bellow dice que la ciencia ha barrido todas las creencias. Pero para mí esas cosas tenían valor. Hoy soy lo que soy gracias a

esas creencias. Me pregunto qué pasará con chicos que no tienen esas estrellas fijas, ese horizonte predecible, esos mitos.

CAMPBELL: Bueno, como ya he dicho, basta leer el periódico. Es un desastre. En determinado nivel de vida y estructura, los mitos ofrecen modelos de comportamiento. Pero los modelos tienen que ser adecuados al tiempo en que se está viviendo, y nuestro tiempo ha cambiado tan deprisa que lo que era adecuado cincuenta años atrás hoy ya no lo es. Las virtudes del pasado son los vicios del presente. Y mucho de lo que se creía que eran los vicios del pasado son las necesidades de hoy. El orden moral tiene que ponerse a tono con las necesidades morales de la vida real en el tiempo, aquí y ahora. Y eso es lo que no estamos haciendo. Nuestras religiones pertenecen a otra edad, a otra gente, a otro conjunto de valores humanos, a otro universo. Retrocediendo no hacemos otra cosa que perder el ritmo de la historia. Nuestros hijos pierden su fe en las religiones que se les han enseñado, y pasan a un mundo propio.

MOYERS: A veces con la ayuda de una droga.

CAMPBELL: Sí. Ahí tienes una experiencia mística inducida mecánicamente. He asistido a muchos congresos de psicología que se han ocupado de este problema tan importante de la diferencia entre la experiencia mística y el derrumbe psicológico. La diferencia es que el que se derrumba se está ahogando en el agua en la que el místico nada. Es preciso prepararse para esta experiencia.

MOYERS: Tú has hablado de la cultura del peyote, que emerge y se convierte en dominante entre los indios americanos, como una consecuencia de la pérdida del búfalo y de su antiguo modo de vida.

CAMPBELL: Sí. La nuestra es una de las peores historias que tenga cualquier nación civilizada sobre su relación con los pueblos nativos. Son *no personas*. Ni siquiera se los reconoce en las estadísticas del censo votante de los Estados Unidos. Poco después de la Revolución Norteamericana hubo un momento en que

cierto número de indios distinguidos participaron realmente en el gobierno y la vida norteamericanos. George Washington dijo que los indios debían ser incorporados a nuestra cultura. Pero, en vez de eso, se los convirtió en reliquias del pasado. En el siglo pasado, todos los indios del sudeste fueron encerrados en vagones y transportados bajo vigilancia militar a lo que entonces se llamaba Territorio Indio, que fue entregado a perpetuidad a los indios como su tierra inviolable, hasta que un par de años después les fue arrebatada.

Recientemente algunos antropólogos han estudiado a un grupo de indios en el noroeste de México que viven a poca distancia de un área importante de crecimiento natural del peyote. El peyote es su animal: es decir, lo asocian con el venado. Y tienen la especial misión de ir a recoger el peyote y traerlo.

Estas misiones son viajes místicos con todos los detalles del típico viaje místico. Primero, está el desprenderse de la vida secular. Quien desee participar en este viaje tiene que hacer una confesión completa de sus faltas en su vida reciente. Si no lo hace, la magia no surtirá efecto. Luego inician la experiencia. Incluso hablan un lenguaje especial, un lenguaje negativo. En lugar de decir «sí», por ejemplo, dicen «no», o en lugar de decir «vamos» dicen «venimos». Están en otro mundo.

Después llegan al umbral de la aventura. Hay altares especiales que representan estadios de transformación mental en el camino. Y después viene el gran momento de coger el peyote. Lo matan como si fuera un venado. Se acercan con sigilo, le arrojan una pequeña flecha, y luego realizan el ritual de recolectar el peyote.

Todo el ritual reproduce a la perfección el tipo de experiencia que se asocia con el viaje interior, cuando se abandona el mundo externo para entrar en el reino de los seres espirituales. Identifican cada pequeño estadio con una transformación espiritual. Transitan un camino que es una vía sagrada.

MOYERS: ¿Por qué lo hacen de un modo tan complicado?

CAMPBELL: Bueno, tiene que ver con el hecho de que el peyote no solamente produce un efecto biológico, mecánico, químico, sino un efecto de transformación espiritual. Si uno sufre una transformación espiritual y no se ha preparado para esa experiencia, no sabe cómo evaluar lo que le ha pasado, y tiene la terrible experiencia de un «mal viaje», como se lo llamaba con el LSD. Si sabes adónde vas, no tendrás un «mal viaje».

MOYERS: Ésa es la explicación de que se produzca una crisis psicológica si uno se hunde en el agua donde...

CAMPBELL: ...donde debería poder nadar, si lo hubieran preparado. Es cierto para la vida espiritual, al menos. La transformación de la conciencia es una experiencia aterradora.

MOYERS: Hablas mucho de la conciencia.

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: ¿Cómo la definirías?

CAMPBELL: Es característico del pensamiento cartesiano el considerar la conciencia como algo específico de la cabeza, creer que la cabeza es el órgano donde se origina la conciencia. No es así. La cabeza es el órgano que tuerce la conciencia en cierta dirección, o con vistas a cierto conjunto de propósitos. Pero hay conciencia aquí, en el cuerpo. Todo el mundo viviente está informado por la conciencia.

Yo siento que la conciencia y la energía son lo mismo, de algún modo. Dondequiera que veas una auténtica energía vital, allí hay conciencia. Por cierto, el mundo vegetal es consciente. Y cuando vives en los bosques, como lo hice yo de niño, puedes ver a todas estas diferentes conciencias relacionándose. Hay una conciencia vegetal y hay una conciencia animal, y nosotros aunamos ambas. Si comes determinada comida, la bilis sabe si hay alguna sustancia en ella por la que tenga que salir a trabajar. Todo el proceso es conciencia. Tratar de interpretarlo en términos simplemente mecánicos no sirve.

MOYERS: ¿Cómo transformamos nuestra conciencia?

CAMPBELL: Eso depende de lo que estés dispuesto a pensar sobre el asunto. Y para eso está la meditación. Toda la vida es una meditación, la mayor parte no intencional. Mucha gente pasa la mayor parte de su vida meditando sobre cómo ganar dinero y cómo gastarlo. Si tienes una familia que mantener, piensas en tu familia. Son preocupaciones muy importantes, pero tienen que ver con condiciones físicas en su mayor parte. Pero ¿cómo podrás comunicar la conciencia espiritual a los niños si no la tienes tú mismo? ¿Cómo la consigues? Los mitos están ahí para llevarnos a un nivel de conciencia que es espiritual.

Pongamos un ejemplo: estoy en la esquina de la calle Cincuenta y uno con la Quinta Avenida y entro en la catedral de San Patricio. Dejo atrás esa ciudad tan activa, gobernada como pocas por la economía. Entro en la catedral, y todo a mi alrededor habla de misterios espirituales. El misterio de la cruz, ¿qué es todo eso? Los vitrales, que crean una atmósfera distinta. Mi conciencia ha sido transportada a otro nivel, y me encuentro en una plataforma diferente. Y entonces salgo, y de nuevo estoy en la calle. Ahora bien, ¿puedo retener algo de la conciencia de la catedral? Ciertas plegarias o meditaciones están pensadas para retener la conciencia en ese nivel en lugar de dejar que se pierda por completo. Y después, lo que finalmente puedes hacer es reconocer que éste no es más que un nivel inferior de esa conciencia más alta. El misterio allí expresado está operando en el campo de tu dinero, por ejemplo. Todo el dinero es energía congelada. Creo que ésta es la clave de cómo transformas tu conciencia.

MOYERS: ¿No piensas a veces, cuando estudias estas historias, que te estás ahogando en sueños ajenos?

CAMPBELL: No escucho sueños ajenos.

MOYERS: Pero todos esos mitos son sueños ajenos.

CAMPBELL: Oh, no, no lo son. Son los sueños del mundo. Son sueños arquetípicos que tratan de los grandes problemas humanos. Sé cuando alcanzo uno de esos umbrales. El mito me dice cómo responder a

ciertas crisis de desilusión o placer o fracaso o éxito. El mito me dice dónde estoy.

MOYERS: ¿Qué pasa cuando la gente se convierte en leyenda? ¿Puedes decir, por ejemplo, que John Wayne es un mito?

CAMPBELL: Cuando una persona encarna un modelo para vidas ajenas, ha entrado en la vía de la mitologización.

MOYERS: Esto sucede frecuentemente con actores de cine, que es donde buscamos muchos de nuestros modelos.

CAMPBELL: Recuerdo que cuando yo era pequeño, Douglas Fairbanks era mi héroe. Adolphe Menjou lo era para mi hermano. Por supuesto, esos actores representaban papeles de figuras míticas. Nos educaban para la vida.

MOYERS: Para mí, en el cine, no hay figura tan conmovedora como Shane. ¿Conoces la película *Shane?*

CAMPBELL: No, no la he visto.

MOYERS: Es la historia, ya clásica, del forastero que viene de lejos, hace el bien a la gente y se va, sin esperar recompensa. ¿Por qué será que esa película nos afecta tanto?

CAMPBELL: Hay algo mágico en las películas. El actor al que estás viendo está también en otro lugar al mismo tiempo. Ésa es la condición del dios. Si un actor de cine entra en un lugar público, todos se vuelven para mirarlo. Es el héroe del momento. Ocupa otro plano. Es una presencia múltiple.

Lo que estás viendo en la pantalla no es él en realidad, y sin embargo «él» aparece. A través de múltiples formas, la forma de las formas de la que sale todo está aquí.

MOYERS: El cine parece crear estas grandes figuras, mientras que la televisión sólo crea celebridades; no modelos, sino objetos para el chismorreo.

CAMPBELL: Quizás sea porque a las personalidades de la televisión las vemos en nuestra casa y no en un templo especial, como es la sala de cine.

MOYERS: Ayer vi una foto de la más reciente figura de Hollywood, Rambo, el veterano de Vietnam que regresa para rescatar prisioneros de guerra, y los lleva de vuelta tras una orgía de muerte y destrucción. Tengo entendido que es la película más taquillera en Beirut. En la fotografía vi el nuevo muñeco Rambo, que ha sido creado por una compañía que fabrica delicadas muñequitas. En la publicidad se ve, al fondo, una dulce y encantadora muñequita, y en primer plano a Rambo, la fuerza bruta.

CAMPBELL: Son dos figuras míticas. La imagen que me viene a la mente es la *Minotauromaquia* de Picasso, un grabado que muestra un gran toro monstruoso acercándose. El filósofo está subido a una escalera, aterrorizado por escapar. En la arena hay un caballo muerto, y sobre el caballo sacrificado yace el torero, que es una mujer, también muerta. La única criatura que se enfrenta al monstruo es una niñita con una flor. Y son las dos figuras de las que acabas de hablar: la inocencia infantil y la amenaza terrible. Ahí puedes ver los problemas del presente.

MOYERS: El poeta Yeats pensaba que vivíamos el final de un gran ciclo cristiano. Su poema «La Segunda Venida» dice: «Girando y girando en el torbellino que crece, / el halcón no puede oír al halconero; / las cosas se derrumban; el centro no resiste; / la anarquía pura se desencadena en el mundo, / la marea de sangre sube, y en todas partes / la ceremonia de la inocencia es anegada». ¿Qué ves tú en el futuro?

CAMPBELL: No sé qué vendrá, como tampoco lo sabía Yeats, pero cuando se llega al fin de una época y al comienzo de una nueva, un periodo de tremendo dolor y turbulencia nos sacude. La amenaza que sentimos, que sienten todos... bueno, es esa idea del Armagedón inminente, ya sabes.

MOYERS: «Me he convertido en la Muerte, la Destructora de mundos», dijo Oppenheimer cuando vio explotar la primera bomba atómica. Pero tú no piensas que ése será nuestro fin, ¿no?

CAMPBELL: No será el fin. Quizá sea el fin de la vida en este planeta, pero eso no es el fin del universo. Es apenas una explosión menor en comparación con todas las explosiones que están sucediendo en todos los soles del universo. El universo es un racimo de calderas atómicas explotando, como nuestro sol. Así que lo nuestro es una pequeña imitación del gran trabajo.

MOYERS: ¿Puedes imaginarte otras criaturas en algún otro lugar, ocupando sus días fugaces con la clase de sentido que crean nuestros mitos y grandes historias?

CAMPBELL: No. Cuando comprendes que si la temperatura sube cincuenta grados y permanece ahí, no existirá vida en la Tierra, y que si cae, digamos, cien grados, y se mantiene, no habrá vida en todo el planeta; cuando comprendes cuán delicado es este equilibrio, qué importante resulta la cantidad de agua... bueno, cuando piensas en todos los accidentes del medio que produjeron la vida, ¿cómo puedes pensar que la vida que conocemos pueda existir en cualquier otra partícula del universo, por muchos satélites de estrellas que pueda haber?

MOYERS: Esta vida frágil siempre se ve amenazada por su posible extinción. ¿Y la imagen de la dulce muñequita yuxtapuesta al violento Rambo no contradice lo que sabemos de la vida gracias a la mitología?

CAMPBELL: No.

MOYERS: ¿Descubres alguna nueva metáfora que surja en un medio moderno para referirse a las viejas verdades universales?

CAMPBELL: Veo la posibilidad de nuevas metáforas, pero no veo que se hayan hecho mitológicas todavía.

MOYERS: ¿Cuáles crees que serán los mitos que incorpore la máquina en el nuevo mundo?

CAMPBELL: Bueno, los automóviles ya han entrado en la mitología. Forman parte de los sueños. Y los aeroplanos están en gran medida al servicio de la imaginación. El vuelo del avión, por ejemplo, equivale en lo

imaginario a una liberación de la superficie terrestre. En cierto modo, representan lo mismo que simbolizan los pájaros. El pájaro simboliza la liberación del espíritu de sus vínculos a la tierra, así como la serpiente simboliza el vínculo con la misma. Ahora es el avión el que cumple esa función.

MOYERS: ¿Algún otro?

CAMPBELL: Las armas, por supuesto. Todas las películas que he visto en el avión viajando entre California y Hawai muestran personajes con revólveres. Es el Señor de la Muerte, cargado de armas. Instrumentos diferentes toman el papel de los viejos que ya no sirven. Pero no veo más que eso.

MOYERS: De modo que los nuevos mitos servirán a las viejas historias. Cuando vi *La guerra de las galaxias* recordé la frase del apóstol san Pablo: «Lucho contra príncipes y poderosos». Eso ocurrió hace dos mil años. Y en las cavernas de los primeros cazadores de la Edad de Piedra ya hay escenas de luchas contra príncipes y poderosos. Y aquí en nuestros modernos mitos tecnológicos, seguimos luchando.

CAMPBELL: El hombre no debería someterse a los poderes externos, sino dominarlos. El problema es cómo hacerlo.

MOYERS: Mi hijo menor fue al cine a ver *La guerra de las galaxias* una y otra vez. Cuando lo hacía por duodécima o décimo tercera vez, le dije: «¿Por qué vas tantas veces?». Me respondió: «Por el mismo motivo que tú has releído el Viejo Testamento toda tu vida». Él estaba en un mundo nuevo de la mitología.

CAMPBELL: Es cierto que esa película proyecta una perspectiva mitológica válida. Muestra al Estado como una máquina y pregunta: «¿La máquina debe aplastar a la Humanidad para servirla?». Lo humano no proviene de la máquina sino del corazón. Lo que descubro en *La guerra de las galaxias* es el mismo problema que nos plantea *Fausto:* Mefistófeles, el hombre máquina, puede darnos todos los medios, y es probable que así determine también los objetivos de la vida. Pero, por

supuesto, la característica más importante de Fausto, aquello que lo hace candidato a la salvación, es que busca objetivos que no son los de la máquina.

Ahora bien, cuando Luke Skywalker desenmascara a su padre, está anulando el papel de máquina que ha jugado el padre. El padre era el uniforme. Eso es el poder, el papel del Estado.

MOYERS: Las máquinas nos ayudan a consumar la idea de un mundo hecho a nuestra imagen y semejanza, y queremos que sea lo que creemos que debería ser.

CAMPBELL: Sí. Pero llega un momento en que la máquina empieza a dictar órdenes. Por ejemplo, yo me compré esta maravillosa máquina, un ordenador. Yo soy algo así como una autoridad en dioses, así que no me dio trabajo identificar a la máquina: me pareció una especie de dios del Viejo Testamento, con muchas reglas y sin ningún género de piedad.

MOYERS: Hay una anécdota muy graciosa sobre el presidente Eisenhower y las primeras computadoras...

CAMPBELL: Eisenhower entra en una sala llena de computadoras, y les hace una pregunta: «¿Existe Dios?». Y todas las máquinas se echan a andar, las ruedas giran, las luces se encienden, y al cabo de un momento una voz dice: «*Ahora* sí».

MOYERS: Pero ¿no es posible adoptar ante la computadora la misma actitud de aquel que dijo que todas las cosas hablan de Dios? Si no se trata de una revelación especial y privilegiada, Dios está en todas partes, incluida la computadora.

CAMPBELL: Es cierto. Lo que sucede en esa pantalla es un milagro. ¿Alguna vez has visto por dentro una de esas cosas?

MOYERS: No, y no tengo intención de hacerlo.

CAMPBELL: No puedes dar crédito a tus ojos. Es toda una jerarquía de ángeles, todo en tablillas. Y esos tubitos... son milagrosos.

Gracias a mi ordenador tuve una revelación sobre la mitología. Tú te compras un determinado programa, y hay toda una serie de signos que te conducen a la

consecución de tu propósito. Si empiezas a mezclar signos provenientes de otro programa, ya no funcionará.

Con la mitología pasa algo similar. Si tienes una mitología donde la metáfora para el misterio es el padre, tendrás un conjunto de signos diferente del que tendrías si la metáfora para la sabiduría y el misterio del mundo fuera la madre. Y son dos metáforas perfectamente buenas. Ninguna es un hecho. Son metáforas. Es como si el universo fuera mi padre. Es como si el universo fuera mi madre. Jesús dice: «Nadie llega al padre sino por mi intercesión». El padre del que hablaba era el bíblico. Es posible que tú puedas llegar al padre sólo por el camino de Jesús. Por otra parte, supón que vas por el camino de la madre. En ese caso puedes preferir a Kali y los himnos a la diosa, y todo eso. Es simplemente otro camino para llegar al misterio de tu vida. Debes comprender que cada religión es una especie de programa de software con su propio conjunto de signos, y funcionará.

Si una persona está realmente comprometida con una religión, y realmente construye su vida sobre ella, será mejor que se limite al programa que ha elegido. Pero un tipo como yo, al que le gusta experimentar con el software... bueno, puedo enterarme de muchas cosas, pero probablemente nunca tendré una experiencia comparable a la de un santo.

MOYERS: Pero ¿acaso algunos de los más grandes santos no han tomado todo el material que necesitaban allí donde lo han encontrado? Han cogido elementos de aquí y de allá, hasta construir un programa nuevo.

CAMPBELL: Eso es lo que se llama el desarrollo de una religión. Puedes verlo en la Biblia. En el comienzo, Dios era simplemente el dios más poderoso entre muchos. Es sólo un dios tribal local. Y después, en el siglo VI, cuando los judíos estaban en Babilonia, apareció la idea de un salvador del mundo, y la divinidad bíblica pasó a una nueva dimensión.

Se puede mantener viva una vieja tradición renovándola a partir de las circunstancias presentes. En el

periodo del Viejo Testamento, el mundo era una pequeña tarta de tres pisos, consistente en unos pocos cientos de kilómetros alrededor de los centros poblados del Cercano Oriente. Nadie había oído hablar de los aztecas, ni siquiera de los chinos. Cuando el mundo cambia, entonces la religión debe ser transformada.

MOYERS: Pero me parece que eso es, de hecho, lo que estamos haciendo.

CAMPBELL: Es de hecho lo que nos convendría hacer. Pero mi idea del horror más temible es lo que puedes ver hoy en Beirut. Allí tienes las tres grandes religiones occidentales, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, y como las tres tienen nombres distintos para el mismo dios bíblico, no pueden reunirse. Están atascados en su metáfora y no comprenden cuál es la referencia. No han permitido que el círculo que los rodea se abra. Es un círculo cerrado. Cada grupo dice: «Nosotros somos los elegidos, y tenemos a Dios de nuestra parte».

Mira Irlanda. En el siglo XVII, Cromwell trasladó a la isla un grupo de protestantes, que nunca llegó a ser mayoría. Los católicos y protestantes representan dos sistemas sociales totalmente diferentes, dos ideales distintos.

MOYERS: Cada uno necesita un nuevo mito.

CAMPBELL: Cada uno necesita su propio mito, y sin restricciones. Ama a tu enemigo. Ábrete. No juzgues. Todas las cosas son Buda. Todo está en el mito. Ya está ahí.

MOYERS: Tú has contado una historia sobre un nativo de la jungla que una vez le dijo a un misionero: «Tu dios vive encerrado en una casa como si fuera viejo y enfermo. El nuestro vive en la selva y en los campos y en la montaña cuando cae la lluvia». Y creo que tenía razón.

CAMPBELL: Sí. Es el problema que se presenta en el Libro de los Reyes y en Samuel. Los reyes hebreos efectuaban sus sacrificios en la cima de las montañas. Y herían la vista de Yahvé. El culto de Yahvé fue un

movimiento específico en la comunidad hebrea, que finalmente se impuso. Se impuso un dios limitado al recinto de un templo frente a un culto a la naturaleza, que se celebraba en todas partes.

Y este movimiento imperialista de un determinado grupo cultural se prolonga en Occidente. Pero ahora se ha abierto a la naturaleza de las cosas. Si puede abrirse, todas las posibilidades están ahí.

MOYERS: Por supuesto, nosotros, los hombres de hoy, estamos vaciando el mundo de sus revelaciones naturales, de la naturaleza misma. Pienso en esa leyenda de los pigmeos sobre un niño que encuentra un pájaro que canta primorosamente en la selva y se lo lleva a su casa.

CAMPBELL: Le pide al padre que le traiga comida al pájaro, pero éste no quiere alimentar a un simple pájaro, así que lo mata. Y la leyenda dice que el hombre mató al pájaro, y con el pájaro mató el canto, y con el canto se mató a sí mismo. Cayó muerto, completamente muerto, y quedó muerto para siempre.

MOYERS: ¿El tema de esa historia no es lo que sucede cuando los seres humanos destruyen su medio ambiente? ¿Cuando destruyen su mundo? ¿Cuando destruyen la naturaleza y las revelaciones de la naturaleza?

CAMPBELL: Además, destruyen su propia naturaleza. Matan el canto.

MOYERS: ¿Y la mitología no es la historia del canto?

CAMPBELL: La mitología *es* el canto. Es el canto de la imaginación, inspirado por las energías del cuerpo. Una vez un maestro zen se plantó ante sus discípulos, a punto de pronunciar un sermón. Y en el momento en que abría la boca, cantó un pájaro. Entonces dijo: «El sermón ha sido pronunciado».

MOYERS: Yo iba a decir que estamos creando nuevos mitos, pero tú dices que no, que todo mito actual tiene su origen en nuestra experiencia anterior.

CAMPBELL: Los temas principales de los mitos permanecen inalterables, siempre han sido los mismos. Si quieres hallar tu propia mitología, la clave es: ¿a qué

sociedad te unes? Toda mitología ha crecido en una sociedad determinada, en un territorio limitado. Después chocan y se relacionan, y se amalgaman, y surge una mitología más complicada.

Pero hoy no hay límites. La única mitología válida hoy es la del planeta... pero no tenemos una mitología así. Lo más cercano que conozco a una mitología planetaria es el budismo, que ve todas las cosas como budas. El único problema es llegar a reconocerlo. No hay que hacer nada. La tarea es sólo conocer lo que es, y después actuar en relación a la hermandad de todos esos seres.

MOYERS: ¿Hermandad?

CAMPBELL: Sí. En la mayoría de los mitos que conozco, la hermandad está confinada a una comunidad limitada. En las comunidades limitadas, la agresión es proyectada afuera.

Por ejemplo, los diez mandamientos dicen: «No matarás». Pero en el capítulo siguiente dice: «Ve a Canaán y mata a todos los que encuentres allí». Se trata de un territorio limitado. Los mitos de participación y amor se refieren sólo al grupo interno, mientras que el externo es un otro absoluto. Ése es el sentido de la palabra «gentil»: una persona que no es del mismo orden.

MOYERS: Y si no usas mi traje, no eres de los míos.

CAMPBELL: Sí. Ahora bien, ¿qué es un mito? La definición que da el diccionario habla de historias sobre dioses. De modo que tienes que hacer otra pregunta: ¿qué es un dios? Un dios es una personificación de una fuerza motivadora o de un sistema de valores que funciona en la vida humana y en el universo: los poderes de tu propio cuerpo y de la naturaleza. Los mitos son metáforas de la potencialidad espiritual del ser humano, y los mismos poderes que animan nuestra vida animan la vida del mundo. Pero también hay mitos y dioses relacionados con unas sociedades específicas, o deidades protectoras de una sociedad. En otras palabras, hay dos órdenes de mitología totalmente distintos. Está la mitología que te vincula con tu naturaleza

y el mundo natural, del que eres parte. Y está la mitología que sólo es estrictamente sociológica, que te vincula a una determinada sociedad. Tú no eres simplemente un hombre natural, eres miembro de un grupo particular. En la historia de la mitología europea, puedes ver la interacción de estos dos sistemas. Por lo general, el sistema orientado socialmente corresponde a pueblos nómadas que se trasladan, y sirve para que sus miembros sepan dónde está su centro, en ese grupo. La mitología orientada hacia la naturaleza corresponde más bien a pueblos cultivadores de la tierra.

Ahora bien, la tradición bíblica es una mitología orientada socialmente. En ella se condena a la naturaleza. En el siglo XIX, los estudiosos contemplaban la mitología y sus ritos como intentos de controlar la naturaleza. Pero eso es la magia, no la mitología o la religión. Las religiones de la naturaleza no son tentativas para controlarla, sino una ayuda para establecer un acuerdo con ella. Pero cuando a la naturaleza se la ve como algo malo, no te pones de acuerdo con ella: la dominas o tratas de dominarla, y de ahí viene la tensión, la ansiedad, la destrucción de los bosques, la aniquilación de los pueblos indígenas. Acentuar este aspecto nos separa de la naturaleza.

MOYERS: ¿Es por eso que dominamos o subyugamos tan fácilmente a la naturaleza? ¿Porque la despreciamos, porque vemos en ella sólo algo que nos sirve?

CAMPBELL: Sí. Nunca olvidaré la experiencia que tuve cuando estaba en el Japón, país que nunca oyó hablar de la Caída o el Jardín del Edén. Uno de los textos sintoístas dice que los procesos de la naturaleza no pueden ser malos. El impulso natural no debe ser corregido sino sublimado, perfeccionado. Hay un interés enorme por la belleza de la naturaleza, de modo que en algunos de esos jardines no sabes dónde termina el arte y empieza la naturaleza. Fue una experiencia tremenda.

MOYERS: Sin embargo, Joe, hoy día Tokio refuta ese ideal del modo más flagrante. Tokio es una ciudad

donde la naturaleza virtualmente ha desaparecido, salvo la contenida en pequeños jardines que atesora alguna gente.

CAMPBELL: Existe un dicho en el Japón que dice así: «Muévete con las olas». Lo que en nuestra cultura quiere decir: «Asimila los golpes». Hace apenas unos ciento veinticinco años que Perry abrió el Japón. Y en ese lapso han asimilado una carga terrorífica de material mecánico. Pero lo que yo encontré en el Japón fue que estaban sosteniendo sus peculiaridades contra esto, y asimilando el mundo de la máquina. Cuando entras en los edificios, allí reaparece nuevamente Japón. Por fuera parece Nueva York.

MOYERS: Es una idea interesante: que aunque la ciudad crezca alrededor de ellos, en el alma, donde vive la persona interna, siguen, como tú dices, en un acuerdo con la naturaleza.

CAMPBELL: Pero en la Biblia la eternidad se retira, y la naturaleza es corrupta, la naturaleza ha caído. Según el pensamiento bíblico, vivimos exiliados.

MOYERS: Mientras estamos aquí sentados, charlando, se suceden las noticias sobre atentados en Beirut: de los musulmanes a los cristianos, de los cristianos a los musulmanes, y de los cristianos a los cristianos. Me parece que Marshall McLuhan tenía razón cuando dijo que la televisión ha hecho del mundo una aldea global... salvo que no sabía que la aldea global sería Beirut. ¿Qué te dice todo eso?

CAMPBELL: Me dice que no saben cómo aplicar sus ideas religiosas a la vida contemporánea y a los seres humanos en general, no ya a su propia comunidad. Es un ejemplo terrible del fracaso de la religión ante el mundo moderno. Estas tres mitologías están luchando a muerte. Con lo cual se han descalificado para el futuro.

MOYERS: ¿Qué clase de nuevo mito necesitamos?

CAMPBELL: Necesitamos mitos que identifiquen al individuo no con un grupo local sino con el planeta. Los Estados Unidos son un modelo de eso. Aquí existían trece pequeñas naciones coloniales diferentes, que

decidieron actuar en su mutuo interés, sin olvidar los intereses individuales de cada una de ellas.

MOYERS: Hay algo sobre eso en el Gran Sello de los Estados Unidos.

CAMPBELL: Es el motivo central del Gran Sello. Llevo en el bolsillo una copia del Gran Sello, en la forma de un billete de un dólar. Aquí está la afirmación de los ideales que llevaron a la formación de los Estados Unidos. Mira este billete. Aquí está el Gran Sello de los Estados Unidos. Mira la pirámide de la izquierda. Una pirámide tiene cuatro lados. Son los cuatro puntos cardinales. Hay alguien en este punto, hay alguien en aquel punto, y hay alguien en este punto. Cuando estás en los niveles inferiores de la pirámide, estarás en un lado o en otro. Pero cuando llegas a la cima, los puntos se reúnen todos, y allí se abre el ojo de Dios.

MOYERS: Que para ellos era el dios de la razón.

CAMPBELL: Sí. La nuestra es la primera nación del mundo que se estableció sobre la base de la razón, y no por asuntos de guerra. Aquellos caballeros eran deístas del siglo XVIII. Aquí leemos *In God We Trust,* «En Dios confiamos». Pero no es el dios de la Biblia. Estos hombres no creían en la Caída. No creían que la mente del hombre estuviera separada de Dios. La mente del hombre, limpia de preocupaciones secundarias y meramente temporales, brilla como un espejo reflejando la mente racional de Dios. La razón te pone en contacto con Dios. En consecuencia, según aquellos hombres, no hay revelación especial en ninguna parte, y no se la necesita, porque la mente del hombre, despojada de sus falibilidades, es capaz del conocimiento de Dios. Y todos los hombres del mundo son capaces de ello porque todos son capaces de razonar.

Todos los hombres pueden razonar. Ése es el principio fundamental de la democracia. Ya que la mente de cualquiera es capaz de albergar el conocimiento verdadero, no necesitas tener una autoridad especial, ni necesitas una revelación especial que te diga cómo hacer las cosas.

MOYERS: Y aun así, estos símbolos proceden de la mitología.

CAMPBELL: Sí, pero de cierta cualidad mitológica. No se trata de la mitología de una revelación especial. Los hindúes, por ejemplo, no creen en una revelación especial. Hablan de un estado en que los oídos se han abierto al canto del universo. Aquí es el ojo el que se ha abierto al brillo de la mente de Dios. Y ésa es una idea deísta fundamental. Una vez que rechazas la idea de la Caída, el hombre ya no está segregado de su fuente.

Ahora volvamos al Gran Sello. Cuando cuentas la cantidad de pisos de esta pirámide, ves que son trece. Y en el zócalo inferior hay una inscripción en números romanos. Es, por supuesto, 1776. Si sumas los dígitos, uno más siete más siete más seis, te da veintiuno, que es la edad de la razón, ¿no? Fue en 1776 cuando los trece Estados proclamaron la independencia. El número trece es el número de la transformación y del renacimiento. En la Última Cena había doce apóstoles y un Cristo, que pronto moriría para renacer. Trece es el número que resulta de salir de los límites del doce hacia la trascendencia. Tienes los doce signos del zodíaco y el sol. Aquellos hombres eran muy conscientes del número trece como número de la resurrección y el renacimiento y la nueva vida, y lo representaron claramente aquí.

MOYERS: Pero la realidad es que *eran* trece Estados.

CAMPBELL: Sí, pero ¿no era eso simbólico? No es una mera coincidencia. Los trece Estados ya eran un símbolo en sí mismos de lo que eran.

MOYERS: Eso explicaría la otra inscripción que hay aquí abajo: *Novus Ordo Seclorum*.

CAMPBELL: «Un nuevo orden del mundo». Éste es un nuevo orden del mundo. Y la inscripción de arriba, *Annuit Coeptis* significa «Él ha sonreído con nuestros logros» o «nuestras actividades».

MOYERS: Él...

CAMPBELL: Él, el ojo, lo que es representado por el ojo. La razón. En latín no es necesario poner el pronombre, que podría ser masculino, femenino o neutro. Pero el poder divino ha sonreído sobre nuestros hechos. De modo que este nuevo mundo ha sido construido en el sentido de la creación original de Dios, y el reflejo de la creación original de Dios, por intermedio de la razón, ha producido todo esto.

Si miras más allá de la pirámide, verás un desierto. Si miras delante, verás plantas que crecen. El desierto, el tumulto de Europa, guerras, guerras y guerras, es algo de lo que nos hemos liberado creando un Estado en nombre de la razón, no en nombre del poder, y de esa voluntad viene el florecimiento de la nueva vida. Tal es el sentido de esa parte de la pirámide.

Ahora mira al otro lado del billete. Aquí está el águila, el pájaro de Zeus. El águila es la representación del dios en el mundo temporal. El ave es el principio encarnado de la deidad. Se trata del águila calva, la contrapartida americana del águila del rey de los dioses, Zeus.

Se manifiesta, desciende al mundo de los pares de opuestos, el campo de acción. Un modo de acción es la guerra, y otro es la paz. Por eso en una de sus patas el águila sostiene trece flechas: ése es el principio de la guerra. En la otra sostiene una rama de laurel con trece hojas: el principio de la conversación pacífica. El águila mira en la dirección del laurel. Es la dirección en que querrían que miráramos aquellos idealistas que fundaron nuestro país: las relaciones diplomáticas y todo eso. Pero gracias a Dios el águila tiene las flechas en la otra pata, por si acaso las necesita.

Ahora bien, ¿qué representa el águila? Representa lo que indica este signo radiante sobre su cabeza. Una vez yo estaba dando clases de mitología, sociología y política hindúes en el Instituto del Servicio Exterior en Washington. Hay un dicho en política hindú según el cual el gobernante debe tener en una mano el arma de

guerra, el garrote, y en la otra el pacífico sonido del canto de la acción cooperativa. Y lo expliqué de pie, poniéndome con las dos manos así, y todos en el aula se rieron. Yo no entendía. Ellos me señalaban algo. Miré a mis espaldas, y allí estaba un cuadro del águila, en la pared, detrás de mi cabeza, justo en la misma postura en que estaba yo. Pero, al mirar, también noté este signo sobre su cabeza y que tiene nueve plumas en la cola. Nueve es el número del descenso del poder divino al mundo. Cuando suena el Angelus, suena nueve veces.

Pero sobre la cabeza del águila hay trece estrellas, dispuestas en la forma de una Estrella de David.

MOYERS: Que era el Sello de Salomón.

CAMPBELL: Sí. ¿Sabes por qué se lo llama Sello de Salomón?

MOYERS: No.

CAMPBELL: Salomón encerraba monstruos, gigantes y cosas así en ánforas y las sellaba. ¿Recuerdas en las *Mil y una noches* cuando abren la lámpara y sale el genio? Aquí noté la presencia del Sello de Salomón, compuesto de trece estrellas, y después vi que cada uno de los triángulos era una *tetrakys* pitagórica.

MOYERS: ¿Qué es la *tetrakys*?

CAMPBELL: Es un triángulo compuesto de diez puntos, un punto en el medio y cuatro a cada lado, hasta sumar nueve: uno, dos, tres, cuatro/cinco, seis, siete/ocho, nueve. Es el símbolo primordial de la filosofía pitagórica, susceptible de gran cantidad de interpretaciones mitológicas, cosmológicas, psicológicas y sociológicas interrelacionadas, una de las cuales admite que el punto en lo alto representa el centro creativo del que ha salido el universo y todas las cosas.

MOYERS: ¿El centro de energía?

CAMPBELL: Sí. El sonido inicial (un cristiano podría decir: la Palabra creativa) a partir del cual se precipitó todo el mundo, el *big bang*, el flujo de la energía trascendental que se expande sobre el tiempo. No bien entra en el tiempo, se rompe en pares de opuestos, el uno se convierte en dos. Ahora, cuando tienes dos, sólo hay

tres modos en que pueden relacionarse entre sí: uno es que éste domine a aquél; otro es que aquél domine a éste; y un tercer modo es que los dos estén en un acuerdo equilibrado. De estas tres modalidades de relación se derivan, al fin, todas las cosas en los cuatro cuadrantes del espacio.

Hay un verso en el *Tao-te King* de Lao-Tsé que dice que del Tao, de lo trascendente, viene el Uno. Del Uno viene el Dos, y del Dos el Tres; y del Tres vienen todas las cosas.

Lo que comprendí súbitamente al reconocer que en el Gran Sello de los Estados Unidos había dos de estos triángulos simbólicos entrelazados, fue que teníamos trece puntos, para nuestros trece Estados originales, y que además ahora había nada menos que seis vértices, uno arriba, uno abajo, y cuatro, por así decirlo, en los cuatro cuadrantes. El sentido de esto, me pareció, podía ser que de arriba o de abajo, o de cualquier punto del cuadrante, podía oírse la Palabra de la creación, lo cual es la gran tesis de la democracia. La democracia supone que cualquiera, desde cualquier lado, puede hablar, y decir la verdad, porque su mente no está separada de la verdad. Todo lo que tiene que hacer es dominar sus pasiones y después hablar.

De modo que lo que tienes aquí en el billete de un dólar es el águila que representa esta imagen maravillosa de lo trascendente manifestándose en el mundo. Sobre esa imagen se fundaron los Estados Unidos. Si quieres gobernar bien, debes gobernar desde el vértice del triángulo, en el sentido del ojo del mundo situado en la cima.

Cuando yo era pequeño, nos hacían leer el discurso de despedida de George Washington y nos pedían que reconstruyéramos toda la argumentación, relacionando las frases entre sí. Lo recuerdo perfectamente. Washington decía: «Como resultado de nuestra revolución, nos hemos desprendido de los compromisos con el caos de Europa.» Su última palabra decía que no debíamos hacer alianzas externas. Bueno, le hicimos caso hasta

la Primera Guerra Mundial. Y después cancelamos la Declaración de Independencia y nos unimos a la conquista inglesa del planeta. Y así es como ahora estamos a un lado de la pirámide. Hemos pasado de uno a dos. Ahora somos, política e históricamente, miembros de un bando en una discusión. Ya no representamos ese principio del ojo situado arriba. Y todas nuestras preocupaciones tienen que ver con la economía y la política y no con la voz y el sonido de la razón.

MOYERS: La voz de la razón... ¿es ése el camino filosófico sugerido por estos símbolos de carácter mitológico?

CAMPBELL: Sí, así es. Fíjate en la importante transición que tuvo lugar alrededor del año 500 a.C. Es la época de Buda, de Pitágoras, Confucio y Lao-Tsé, si es que existió Lao-Tsé. Es el despertar de la razón del hombre. Deja de estar informado y gobernado por los poderes animales. Ya no lo guía la analogía del planeta tierra, ni el curso de los planetas... sino la razón.

MOYERS: El camino de...

CAMPBELL: ...el camino del hombre. Y por supuesto, lo que destruye la razón es la pasión. En política, la pasión principal no es otra que la codicia. Eso es lo que te traiciona. Por eso estamos de este lado y no en la cima de la pirámide.

MOYERS: Por esa razón nuestros fundadores se oponían a la intolerancia religiosa.

CAMPBELL: Era algo impensable para ellos. Por eso también rechazaron la idea de la Caída. Todos los hombres pueden llegar a conocer la mente de Dios. No existe ninguna revelación especial para ningún pueblo en especial.

MOYERS: Entiendo que tú, con tus años de estudio y tu profunda compenetración con los símbolos mitológicos, interpretes como lo haces el Gran Sello. Pero ¿no les habría sorprendido a la mayoría de aquellos hombres, que eran deístas, como tú dices, descubrir estas connotaciones mitológicas alrededor de sus esfuerzos por construir un nuevo país?

CAMPBELL: Bueno, ¿y por qué los usaron?

MOYERS: ¿No son masones muchos de estos símbolos?

CAMPBELL: Son signos propios de la Masonería, y desde hace siglos se conoce el sentido de la *tetrakys* pitagórica. La información debía de estar en la biblioteca de Thomas Jefferson. Eran hombres muy instruidos. La Ilustración del XVIII fue un mundo de caballeros instruidos. No hemos tenido muchos hombres de esa talla en política. Es una enorme fortuna para nuestra nación que ese grupo de caballeros tuviera poder y se hallara en posición de influir sobre los hechos de su tiempo.

MOYERS: ¿Cómo se explica la relación entre estos símbolos y los masones, y el hecho de que tantos de nuestros padres fundadores pertenecieran a la orden de la masonería? ¿Esta orden expresa de alguna manera un pensamiento mitológico?

CAMPBELL: Sí, pienso que sí. Se trata de un intento erudito por reconstruir una orden de iniciación como resultado de una revelación espiritual. Estos padres fundadores, que eran masones, estudiaron cuanto pudieron del saber egipcio. En Egipto, la pirámide representa la colina primordial. Cuando la creciente anual del Nilo empieza a bajar, la primera colina que asoma es un símbolo del mundo renacido. Es lo que representa este sello.

MOYERS: A veces me confundes con la aparente contradicción que habita en el centro mismo de tu sistema de creencias. Por una parte elogias a estos hombres, que fueron creadores e hijos de la Edad de la Razón, y por otra aplaudes a Luke Skywalker, de *La guerra de las galaxias,* por ese momento en que dice: «Apaga la computadora y confía en tus sentimientos». ¿Cómo reconcilias el papel de la ciencia, que es razón, con el papel de la fe, que es religión?

CAMPBELL: No, no, tienes que distinguir entre razón y pensamiento.

MOYERS: ¿Distinguir entre razón y pensamiento? ¿Acaso no estoy razonando cuando pienso?

CAMPBELL: Sí, tu razón es una forma de pensamiento. Pero pensar las cosas no implica necesariamente razonar en ese sentido. Pensar cómo puedes echar abajo una pared no es razonar. El ratón que toca con la punta del hocico y se da cuenta de que puede salir por aquí, está pensando del modo en que solemos pensar nosotros. Pero eso no es la razón. La razón tiene que ver con hallar el fundamento del ser y la estructuración fundamental del orden del universo.

MOYERS: Entonces, cuando estos hombres decían que el ojo de Dios era la razón, ¿querían decir que el fundamento de nuestro ser como sociedad, como cultura, como pueblo, deriva del carácter fundamental del universo?

CAMPBELL: Eso es lo que dice esta primera pirámide. Es la pirámide del mundo, y es la pirámide de nuestra sociedad, y ambas son del mismo orden. Ésta es la creación de Dios, y ésta es nuestra sociedad.

MOYERS: Tenemos una mitología para los poderes animales. Tenemos una mitología para la tierra cultivada: la fertilidad, la creación, la diosa madre. Y tenemos una mitología para las luces celestes, para los cielos. Pero en los tiempos modernos hemos ido más allá de los animales, de la naturaleza y la tierra cultivada, y los astros ya no nos interesan salvo como curiosidades exóticas y terreno para los viajes espaciales. ¿En qué punto estamos ahora en la creación de una mitología?

CAMPBELL: No tendremos una mitología hasta dentro de mucho, mucho tiempo. Las cosas cambian demasiado rápido para que se las pueda mitologizar.

MOYERS: ¿Y cómo nos las arreglamos para vivir sin mitos?

CAMPBELL: El individuo ha de encontrar un aspecto del mito que se relacione con su propia vida. Básicamente el mito sirve para establecer cuatro funciones. La primera es la función mística: de ésa es de la que he estado hablando, la que nos hace advertir cuán maravilloso es el universo, y qué maravilla eres tú, y te hace

experimentar un pavor reverencial ante este misterio. El mito abre el mundo a la dimensión del misterio, a la comprensión del misterio que subyace en todas las formas. Si pierdes eso, ya no tienes una mitología. Si el misterio se manifiesta en todas las cosas, el universo se transforma, como lo era antes, en una imagen sagrada. Siempre estás frente al misterio trascendental a partir de las condiciones de tu mundo real.

La segunda es una dimensión cosmológica, la dimensión relacionada con la ciencia: mostrarte cuál es la forma del universo, pero mostrártela de tal modo que el misterio se haga patente. Hoy, tendemos a pensar que los científicos tienen todas las respuestas. Pero los grandes científicos nos dicen: «No, no tenemos todas las respuestas. Les estamos diciendo cómo funciona... pero no sabemos qué es». Enciendes una cerilla, ¿qué es el fuego? Puedes hablarme sobre la oxidación, pero eso no me dice nada.

La tercera función es la sociológica: fundamentar y validar un cierto orden social. Y aquí es donde los mitos varían enormemente de un lugar a otro. Puedes tener toda una mitología para la poligamia, toda una mitología para la monogamia. Cualquiera de las dos puede estar bien. Depende de dónde estés tú. Es esta función sociológica del mito la que se ha impuesto en nuestro mundo... y ya está anticuada.

MOYERS: ¿Qué quieres decir?

CAMPBELL: Leyes éticas. Las leyes de la vida tal como debería ser en una buena sociedad. Todas las páginas y páginas y páginas de Yahvé sobre qué clase de ropa usar, cómo comportarse con el prójimo y todo lo demás, en el primer milenio antes de Cristo.

Pero hay una cuarta función del mito, y es ésta la que creo que hoy debería interesarnos a todos: la función pedagógica, la enseñanza de cómo vivir una vida humana bajo cualquier circunstancia. Los mitos pueden enseñártelo.

MOYERS: ¿De modo que la vieja historia, sabida y transmitida durante tanto tiempo de generación en

generación, ya no funciona, y todavía no hemos aprendido una nueva?

CAMPBELL: La historia que tenemos en Occidente, en la medida en que está basada en la Biblia, está basada en una visión del universo que pertenece al primer milenio a.C. No coincide con nuestro concepto ni del universo ni de la dignidad del hombre. Pertenece por completo a otra parte.

Hoy debemos aprender a ponernos nuevamente de acuerdo con la sabiduría de la naturaleza y volver a entender nuestra hermandad con los animales y con el agua y el mar. Decir que la divinidad da vida al mundo y a todas las cosas es algo condenado como panteísta. Pero pan*teísmo* es una palabra que puede confundir. Sugiere la existencia de un dios personal que habita el mundo, pero no se trata de eso en absoluto. La idea es transteológica. Trata de un misterio indefinible, inconcebible, pensado como un poder, que es la fuente, fin y fundamento de toda vida y ser.

MOYERS: ¿No piensas que los norteamericanos modernos hemos rechazado la antigua idea de la naturaleza como divinidad porque eso nos habría impedido lograr nuestro dominio sobre la naturaleza? ¿Cómo podrías cortar árboles y excavar la tierra y secar los ríos sin matar a Dios?

CAMPBELL: Sí, pero ésa no es sólo una característica de los norteamericanos modernos; es la condena bíblica a la naturaleza que ellos heredaron de su religión y trajeron consigo, sobre todo de Inglaterra. Dios está separado de la naturaleza, y la naturaleza está condenada por Dios. Está en el Génesis: nacimos para ser los amos del mundo.

Pero si piensas en nosotros como provenientes de la tierra, ya no como seres arrojados aquí desde otra parte, verás que somos la tierra, somos la conciencia de la tierra. Estos ojos son los ojos de la tierra. Y ésta es la voz de la tierra.

MOYERS: Los científicos empiezan a hablar abiertamente sobre el principio de Gaia.

CAMPBELL: Ahí tienes, el planeta entero como un organismo.

MOYERS: La Madre Tierra. ¿De esta imagen brotarán nuevos mitos?

CAMPBELL: Bueno, algo podría salir. No puedes predecir lo que será un mito, como no puedes predecir lo que soñarás esta noche. Mitos y sueños vienen del mismo lugar. Vienen de un tipo de comprensión que debe hallar expresión en forma simbólica. Y el único mito en el que valdrá la pena pensar en el futuro inmediato será uno que hable sobre el planeta, no sobre la ciudad, no sobre esta gente, sino sobre el planeta y todo lo que hay en él. Eso es lo que creo que será el mito del futuro.

Y tratará exactamente de lo que tratan todos los mitos: la maduración del individuo, desde la dependencia hasta la edad adulta, la madurez, y después la muerte; y cómo vincularse con esta sociedad y cómo vincular esta sociedad al mundo de la naturaleza y el cosmos. De eso han hablado todos los mitos, y de eso hablará éste. Pero la sociedad de la que hablará es la sociedad del planeta. Y hasta que esa sociedad exista, no habrá nada.

MOYERS: ¿Dices entonces que de aquí nace el nuevo mito de nuestro tiempo?

CAMPBELL: Sí, ésta es la base de la que saldrá el mito. Ya está aquí: el ojo de la razón, no de mi nacionalidad; el ojo de la razón, no de mi comunidad religiosa; el ojo de la razón, no de mi comunidad lingüística. ¿Entiendes? Y ésta será la filosofía para el planeta, no para este grupo, aquél o aquel otro.

Cuando ves la Tierra desde la Luna, no ves ninguna división de naciones o Estados. Éste podría ser el símbolo, realmente, de la nueva mitología por venir. Éste es el país que celebraremos. Y ésos son los pueblos con los que nos confundimos.

MOYERS: Para mí, nadie encarna esa ética tan claramente, en las obras que tú has recopilado, como el Jefe Seattle.

CAMPBELL: El Jefe Seattle fue uno de los últimos portavoces del orden moral paleolítico. Alrededor de 1852, el gobierno de los Estados Unidos mostró interés en comprar tierras tribales para ciudadanos que querían asentarse, y el Jefe Seattle escribió una maravillosa carta en respuesta. Su carta expresa la moral de todo lo que hemos venido diciendo.

El Presidente en Washington dice que quiere comprar nuestra tierra. Pero ¿cómo se puede comprar o vender el cielo? ¿O la tierra? La idea nos resulta extraña. Si no somos los dueños de la frescura del aire o el brillo de las aguas, ¿cómo podríais comprarlos?

Para mi pueblo, cada parte de esta tierra es sagrada. Cada brillante aguja de pino, cada costa arenosa, cada niebla en el bosque oscuro, cada arroyo, cada insecto que zumba. Todos son sagrados en la memoria y la experiencia de mi pueblo.

Conocemos la savia que corre por los árboles como conocemos la sangre que corre por nuestras venas. Somos parte de la tierra y ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas. El oso, el venado, la gran águila, son nuestros hermanos. Las rocas, la hierba del prado, el calor en el cuerpo del caballo, y el hombre, todo pertenece a la misma familia.

El agua resplandeciente que corre en arroyos y ríos no es sólo agua, sino sangre de nuestros antepasados. Si os vendemos nuestra tierra, debéis recordar que es sagrada. Cada reflejo fantasmal en las aguas claras de los lagos habla de hechos y recuerdos en la vida de mi pueblo. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son nuestros hermanos. Sacian nuestra sed. Transportan las canoas y alimentan a nuestros hijos. De modo que debéis dar a los ríos el cariño que le daríais a un hermano.

Si os vendemos nuestra tierra, recordad que el aire es precioso para nosotros, que el aire comparte su espíritu con toda la vida que nutre. El viento que le dio su primer aliento a nuestro abuelo, también recibe su último suspiro. El viento les da a nuestros hijos el espíritu de la vida. De modo que si os vendemos nuestra tierra, debéis mantenerla aparte y consagrada, como un lugar donde el hombre puede ir a saborear el viento endulzado por las flores del prado.

¿Les enseñaréis a vuestros hijos lo que nosotros les enseñamos a los nuestros? ¿Que la tierra es nuestra madre? Lo que le sucede a la tierra les sucede a todos los hijos de la tierra.

Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre, el hombre pertenece a la tierra. Todas las cosas están conectadas como la sangre que nos une a todos. El hombre no tejió la trama de la vida, es apenas una hebra en ella. Todo lo que le haga a la trama, se lo hace a sí mismo.

Una cosa sabemos: nuestro dios es también el vuestro. La tierra es preciosa a sus ojos y dañar la tierra es despreciar a su creador.

Vuestro destino es un misterio para nosotros. ¿Qué pasará cuando todos los búfalos hayan sido exterminados? ¿Cuando estén domados todos los caballos salvajes? ¿Qué pasará cuando los rincones secretos de la selva estén cargados con el olor de muchos hombres y la visión de las colinas interrumpida por los cables que hablan? ¿Dónde estará el matorral? ¡Desaparecido! ¿Dónde estará el águila? ¡Desaparecida! ¿Y qué significa decirle adiós al caballo rápido y a la caza? El fin de la vida y el comienzo de la supervivencia.

Cuando el último Hombre Rojo se haya desvanecido junto con su territorio, y su recuerdo sea sólo la sombra de una nube pasando por la pradera, ¿seguirán aquí estas costas y bosques? ¿Quedará algo del espíritu de mi pueblo?

Amamos esta tierra como un recién nacido ama el latido del corazón de su madre. Entonces, si os vendemos nuestra tierra, amadla como nosotros la hemos amado. Cuidadla como nosotros la hemos cuidado. Guardad el recuerdo de la tierra tal como está cuando la recibís. Preservad la tierra para todos los niños, y amadla, como Dios nos ama a nosotros.

Como nosotros somos parte de la tierra, así vosotros sois parte de la tierra también. Esta tierra es preciosa para nosotros. Una cosa sabemos: sólo hay un Dios. Ningún hombre, sea Rojo o Blanco, puede apartarse, permanecer indiferente. Después de todo, somos hermanos.

II

EL VIAJE INTERIOR

Una cosa que sucede en los mitos es que en el fondo del abismo surge la voz de salvación. El momento más negro es el momento en que el verdadero mensaje de transformación está a punto de suceder. De lo más oscuro surge la luz.

MOYERS: Alguien me preguntó: «¿Por qué te atraen los mitos? ¿Qué ves en lo que dice Joseph Campbell?». Y respondí: «Estos mitos me hablan porque expresan lo que dentro de mí sé que es cierto» ¿Por qué es así? ¿Por qué me parece que estas historias me dicen lo que dentro de mí sé que es cierto? ¿Es algo que viene del fundamento de mi ser, del inconsciente que he heredado de todos los que vinieron antes de mí?

CAMPBELL: Así es. Tienes el mismo cuerpo, con los mismos órganos y energías que el hombre de Cro-Magnon hace treinta mil años. Al vivir una vida humana en la ciudad de Nueva York, o al vivirla en las cavernas, pasas por los mismos estadios de la infancia, la llegada a la madurez sexual, la transformación de la dependencia infantil en la responsabilidad de la vida adulta, el matrimonio, después la decadencia del cuerpo, la pérdida gradual de sus poderes, y la muerte. Tienes el mismo cuerpo, las mismas experiencias corporales, de ahí que respondas a las mismas imágenes. Por ejemplo, una imagen constante es la del conflicto del águila y la serpiente. La serpiente apegada a

la tierra, el águila en un vuelo espiritual... ¿no es un conflicto que experimentamos todos? Y entonces, cuando se amalgaman, tenemos un maravilloso dragón, una serpiente con alas. En toda la tierra la gente reconoce estas imágenes. En mitos polinesios o iroqueses o egipcios, las imágenes son las mismas, y hablan de los mismos problemas.

MOYERS: ¿Sólo usan distintos ropajes porque aparecen en épocas diferentes?

CAMPBELL: Sí. Es como si una misma obra teatral fuera de un lugar a otro, y en cada sitio los actores del lugar vistieran trajes del lugar y representaran la misma obra de siempre.

MOYERS: Y estas imágenes míticas son transportadas de generación en generación, de un modo casi inconsciente.

CAMPBELL: Lo que resulta sencillamente fascinante, porque están hablando del misterio profundo que hay en ti y en todo lo demás. Es un *misterium,* un misterio, *tremendum et fascinans,* tremendo, estremecedor, porque destruye todas tus ideas preconcebidas sobre las cosas, y al mismo tiempo fascinante, porque es tu propia naturaleza y tu propio ser. Cuando empiezas a pensar en estas cosas, en el misterio interior, la vida interior, la vida eterna, no dispones de muchas imágenes. Empiezas, por ti mismo, a ver las imágenes que ya están presentes en algún otro sistema de pensamiento.

MOYERS: En tiempos medievales existió la idea de que se podía leer el mundo, como si el mundo tuviera mensajes para uno.

CAMPBELL: Oh, claro que los tiene. Los mitos te enseñan a leer los mensajes. Te dicen las probabilidades típicas.

MOYERS: Dame un ejemplo.

CAMPBELL: Una cosa que sucede en los mitos, por ejemplo, es que en el fondo del abismo surge la voz de salvación. El momento más negro es el momento en que el verdadero mensaje de transformación está a punto de suceder. De lo más oscuro surge la luz.

MOYERS: Como en el poema de Roethke, «en un tiempo oscuro, el ojo empieza a ver». Quieres decir que los mitos te aportaron esta conciencia.

CAMPBELL: Yo vivo con estos mitos, y me lo dicen continuamente. Porque el problema puede ser comprendido metafóricamente, como la identificación con el Cristo que hay en ti. El Cristo que hay en ti no muere. El Cristo que hay en ti sobrevive a la muerte y la resurrección. Puedes identificarlo con Shiva. Yo soy Shiva... Ésta es la gran meditación de los yoguis del Himalaya.

MOYERS: Y el paraíso, la meta que deseamos casi todos, está dentro de nosotros.

CAMPBELL: El paraíso y el infierno están dentro de nosotros, y todos los dioses están dentro de nosotros. Ésta fue la gran aportación de los Upanishads de la India en el siglo IX a.C. Todos los dioses, todos los paraísos, todos los mundos, están dentro de nosotros. Son sueños magnificados, y los sueños son manifestaciones en forma de imagen de las energías en conflicto del cuerpo. Esto es el mito. El mito es la manifestación en imágenes simbólicas, en imágenes metafóricas, de las energías de los órganos en conflicto del cuerpo. Este órgano quiere esto, aquél quiere aquello. El cerebro es uno de los órganos.

MOYERS: Por eso cuando soñamos, estamos pescando en un vasto océano de mitología que...

CAMPBELL:... que va más y más y más lejos. Puedes mezclarlo con los complejos, y cosas así, ya sabes, pero en realidad, como dice el proverbio polinesio, estás «sobre una ballena pescando pececitos». Estamos sobre una ballena. El terreno del ser es el terreno de nuestro ser, y cuando miramos hacia el exterior, vemos todos estos pequeños problemas aquí y allá. Pero si miramos adentro, vemos que nosotros somos la fuente de todos ellos.

MOYERS: Hablas de una mitología que existe aquí y ahora en el sueño. ¿Qué es el sueño?

CAMPBELL: Te duermes y tienes un sueño que habla de las condiciones permanentes de tu psique tal

como se relaciona con las condiciones temporales de tu vida en este momento.

MOYERS: Explícate.

CAMPBELL: Por ejemplo, puedes estar preocupado por un examen que tengas que hacer. Entonces sueñas con un probable fracaso, y encuentras que el fracaso estará asociado con muchos otros fracasos en tu vida. Se hallan todos acumulados, juntos. Freud dice que ni el sueño más interpretado está interpretado totalmente. El sueño es una inagotable fuente de información sobre ti mismo.

Un sueño que contenga preguntas como «¿Aprobaré el examen?» o «¿Debo casarme con esa chica?», es puramente personal. Pero en otro terreno, el problema de pasar un examen no es simplemente un problema personal. Todos debemos superar pruebas de algún tipo. Se trata de algo arquetípico. De modo que ahí encontramos un tema básicamente mitológico aun cuando se trate de un sueño personal. Estos dos niveles (el aspecto personal y el gran problema general, del cual el problema personal es sólo un ejemplo) se hallan presentes en todas las culturas. Por ejemplo, todos tenemos el problema de enfrentarnos con la muerte. Se trata de un misterio que interesa a todo el mundo.

MOYERS: ¿Qué aprendemos de nuestros sueños?

CAMPBELL: Aprendes sobre ti mismo.

MOYERS: ¿Cómo prestamos atención a nuestros sueños?

CAMPBELL: Todo lo que tienes que hacer es recordar tu sueño en cuanto te despiertes, y anotarlo. Después tomas una pequeña fracción del sueño, una o dos imágenes o ideas, y haces asociaciones a partir de ellas. Escribe cuanto acuda a tu mente, lo que venga, lo que sea. Encontrarás que el sueño está basado en un cuerpo de experiencias que tiene cierta importancia en tu vida, y que no sabías que estaba influyendo sobre ti. Pronto habrá un nuevo sueño, y la interpretación irá más lejos.

MOYERS: Un hombre me dijo una vez que no recordó sus sueños hasta que se jubiló. De pronto, al quedarse

sin el lugar habitual en el que enfocaba su energía, empezó a soñar y soñar y soñar. ¿Te parece que en nuestra sociedad moderna tendemos a descuidar la importancia de los sueños?

CAMPBELL: Desde que se publicó *La interpretación de los sueños* de Freud, ha habido un reconocimiento general de la actividad onírica. Pero ya antes existía la interpretación de sueños. Había ideas supersticiosas sobre los sueños, por ejemplo, pasará tal cosa porque soñé que pasaría.

MOYERS: ¿En qué se diferencia un mito de un sueño?

CAMPBELL: Un sueño es una experiencia personal de ese terreno profundo y oscuro que constituye el soporte de nuestras vidas conscientes, mientras que un mito es el sueño de una sociedad. El mito es el sueño público y el sueño es el mito privado. Si sucede que tu mito privado, tu sueño, coincide con el de la sociedad, habrás logrado un buen acuerdo con tu grupo. Si no, te aguarda una aventura en la selva oscura.

MOYERS: De modo que si mis sueños privados están de acuerdo con la mitología pública, tengo más posibilidades de llevar una vida feliz en esa sociedad. Pero si mis sueños privados están en desacuerdo con los públicos...

CAMPBELL: ...tendrás problemas. Si te ves obligado a vivir en ese sistema, serás un neurótico.

MOYERS: Pero ¿no hay muchos visionarios, e incluso hombres públicos y héroes, cercanos a la neurosis?

CAMPBELL: Sí, los hay.

MOYERS: ¿Y cómo lo explicas?

CAMPBELL: Son personas que han abandonado la sociedad que los habría protegido, y se han internado en la selva oscura, en el mundo del fuego, de la experiencia original. La experiencia original no ha sido previamente interpretada, por lo que tendrás que arreglártelas solo. O puedes o no puedes. No tienes que salir muy lejos del sendero ya interpretado para encontrarte en situaciones muy difíciles. El coraje para enfrentarse

con las pruebas y dar a luz un cuerpo nuevo de posibilidades en el campo de la experiencia interpretada para que la experimenten otros... eso es lo que hace el héroe.

MOYERS: Dices que los sueños nacen de la psique.

CAMPBELL: No sé de qué otro lugar podrían venir. Vienen de la imaginación, ¿no? La imaginación tiene sus bases en la energía de los órganos del cuerpo, y éstos son los mismos en todos los seres humanos. Al provenir la imaginación de una base biológica, lo más probable es que produzca determinados temas. Los sueños son sueños. Hay ciertas características de los sueños que pueden ser enumeradas, no importa quién los esté soñando.

MOYERS: Pienso en el sueño como en algo muy privado, mientras que un mito es algo muy público.

CAMPBELL: En ciertos estadios un sueño privado trabaja sobre temas verdaderamente míticos, y no puede interpretarse sino mediante una analogía con un mito. Jung habla de dos órdenes de sueño, el personal y el arquetípico o de dimensión mítica. Un sueño personal puedes interpretarlo por asociación, viendo de qué asuntos de tu propia vida habla, o en relación a tus problemas personales. Pero de vez en cuando se produce un sueño que es puro mito, que transporta un tema mítico, o del que se dice, por ejemplo, que viene del Cristo interior.

MOYERS: De la persona arquetípica dentro de nosotros, el yo arquetípico que somos.

CAMPBELL: Exacto. Ahora bien, hay otro sentido, más profundo, del tiempo del sueño... que es el de un tiempo que no es tiempo, sino un estado perdurable de ser. Hay un mito importante de Indonesia que habla sobre esta edad mitológica y de su terminación. En el comienzo, según esta historia, nuestros antepasados no se distinguían en cuanto al sexo. No había nacimientos, no había muertes. Hasta que se celebró una gran danza pública, en el curso de la cual uno de los participantes fue sacrificado y despedazado, y sus trozos enterrados. En el momento de aquel asesinato los sexos se separaron, de modo que la muerte quedó equilibrada por el

engendramiento, el engendramiento por la muerte, mientras que de las partes enterradas del cadáver desmembrado nacieron las plantas alimenticias. El tiempo trajo al ser, la muerte, el nacimiento, y el matar y comer a otros seres vivos, para la preservación de la vida. El tiempo intemporal del comienzo concluyó en un crimen colectivo, un asesinato o deliberado sacrificio.

Ahora bien, uno de los problemas más importantes de la mitología es reconciliar la mente con esta brutal precondición de toda vida, que vive porque mata y se alimenta de otras vidas. Y no podemos engañarnos diciendo que sólo comemos vegetales, porque ellos también están vivos. ¡De modo que la esencia de la vida es devorarse a sí misma! La vida vive de las vidas, y la reconciliación de la mente y sensibilidad humanas con este hecho fundamental es una de las funciones de algunos de esos ritos tan brutales en los que el ritual consiste principalmente en matar; imitando aquel primer crimen primordial, del cual surgió este mundo temporal, en el que todos participamos. La reconciliación de la mente con las condiciones de la vida es fundamental en todas las historias de creación. En este aspecto todas se parecen mucho.

MOYERS: Tomemos la historia de la creación en el Génesis, por ejemplo. ¿En qué se parece a otras historias?

CAMPBELL: Bueno, tú lee el Génesis y yo leeré historias de creación de otras culturas, y ya veremos.

MOYERS: Génesis 1: «En el principio Dios creó los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo».

CAMPBELL: Esto es de «El Canto del Mundo», una leyenda de los indios pima de Arizona: «En el comienzo había sólo oscuridad en todas partes, oscuridad y agua. Y la oscuridad se espesó en lugares, reuniéndose y separándose, reuniéndose y separándose...».

MOYERS: Génesis 1: «Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: "Hágase la luz"; y la luz se hizo».

CAMPBELL: Y esto es de los Upanishads hindúes, sobre el siglo VIII a.C.: «En el comienzo, había sólo la gran conciencia reflejada en la forma de una persona. En el reflejo, no encontró nada más que a sí misma. Entonces su primera palabra fue: "Esto soy"».

MOYERS: Génesis 1: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó. Varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios; y díjoles Dios: "Creced y multiplicaos"».

CAMPBELL: Escucha esto, de una leyenda de los bassari, en África Occidental: «Unumbotte hizo un ser humano. Su nombre era Hombre. Unumbotte después hizo un antílope, llamado Antílope. Unumbotte hizo una serpiente, llamada Serpiente... Y Unumbotte les dijo: "La tierra todavía no ha sido apisonada. Debéis apisonarla hasta que quede bien lisa allí donde os sentáis". Unumbotte les dio semillas de toda clase, y les dijo: "Plantad esto"».

MOYERS: Génesis 2: «Y fueron acabados los cielos y la tierra y todo su ornamento. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo, y reposó ese día de toda la obra que había hecho».

CAMPBELL: Otra vez cito a los indios pima: «Hice el mundo, y he aquí que el mundo está acabado. Así es que hice el mundo, y acabado está el mundo».

MOYERS: Génesis 1: «Y vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era bueno en gran manera».

CAMPBELL: Y de los Upanishads: «Entonces advirtió: Yo, en realidad, yo soy esta creación, pues yo la hice brotar de mí mismo. De ese modo él se volvió la creación. Verdaderamente, el que sabe esto se vuelve en esta creación un creador».

Ésta es la clave. Cuando sabes esto, es que te has identificado con el principio creativo, que es el poder de Dios en el mundo, vale decir en ti. Es hermoso.

MOYERS: Pero el Génesis continúa: «"¿Has comido del árbol del que yo te prohibí que comieses?". Y el hombre respondió: "La mujer que me diste por compañera me dio fruta del árbol, y yo comí". Entonces Dios

dijo a la mujer: "¿Qué es lo que has hecho?". Y dijo la mujer: "La serpiente me engañó, y comí"».

Empezó muy temprano eso de pasarse las culpas.

CAMPBELL: Sí, y se ensañaron con las serpientes. La leyenda bassari sigue por el mismo camino: «Un día Serpiente dijo: "Nosotros también deberíamos comer de estos frutos. ¿Por qué pasar hambre?". Antílope dijo: "Pero no sabemos nada sobre este fruto". El hombre y su esposa tomaron el fruto y lo comieron. Unumbotte bajó del cielo y preguntó: "¿Quién ha comido el fruto?". Respondieron: "Nosotros". Unumbotte preguntó: "¿Quién os ha dicho que podíais comer de ese fruto?". Respondieron: "La Serpiente"». Como ves, en buena medida se trata de la misma historia.

MOYERS: ¿Cómo lo interpretas? Me refiero al hecho de que en estas dos historias los actores principales acusan a otro de haber sido el iniciador de la Caída.

CAMPBELL: No sólo eso, sino que es la serpiente. En ambas historias la serpiente es el símbolo de la vida que se desprende del pasado y sigue viviendo.

MOYERS: ¿Por qué?

CAMPBELL: El poder de la vida hace que la serpiente se desprenda de su piel, como la luna de su sombra. La serpiente se desprende de su piel para volver a nacer, como la luna de su sombra para renacer también. Son símbolos equivalentes. A veces la serpiente es representada por un círculo comiéndose su propia cola. Es una imagen de la vida. La vida se desprende de una generación a otra, para volver a nacer. La serpiente representa la energía y conciencia inmortal comprometida en el campo de batalla del tiempo, rechazando siempre la muerte y volviendo a nacer. Hay algo extraordinario, asombroso en la vida, cuando la ves bajo esa luz. Y por eso la serpiente transporta en sí tanto la fascinación como el terror de la vida.

Además, la serpiente representa la función primaria de la vida, que es principalmente comer. La vida consiste en comerse a otras criaturas. No se piensa en eso cuando se está ante una apetitosa comida. Pero lo

que estás haciendo es comer algo que poco tiempo antes estaba vivo. Y cuando miras la belleza de la naturaleza, y ves los pájaros picoteando... están comiendo cosas. Ves las vacas pastando, están comiendo cosas. La serpiente es un canal alimentario viajero, poco más. Y te da esa sensación primordial de rechazo, de la vida en su cualidad más primaria. Con ese animal no hay razonamiento posible. La vida vive matándose y comiéndose a sí misma, desprendiéndose de la muerte y renaciendo, como la luna. Es un misterio que estas formas simbólicas y paradójicas tratan de representar.

Ahora bien, a la serpiente, en la mayoría de las culturas, se le da una interpretación positiva. En la India, hasta la serpiente más venenosa, la cobra, es un animal sagrado, y el Rey Serpiente mitológico sólo es inferior al Buda. La serpiente representa el poder de la vida comprometida en el campo del tiempo, y de la muerte, pero eternamente vivo. El mundo no es más que su sombra, la piel que cae.

También en las tradiciones de los indios norteamericanos se veneraba a la serpiente. Se la consideraba una potencia importante con la que más valía trabar amistad. Entre las tribus suroccidentales, los hopi, por ejemplo, tienen la danza de la serpiente, en la que se ponen serpientes en la boca y traban amistad con ellas y luego las devuelven a las montañas. Las serpientes son devueltas para llevar a las montañas el mensaje humano, así como antes han llevado el mensaje de las montañas a los humanos. La interacción de hombre y naturaleza queda ilustrada en esta relación con la serpiente. Una serpiente fluye como agua, y por eso es acuosa, pero su lengua despide, continuamente, fuego. De ahí que tengas el par de opuestos unidos en la serpiente.

MOYERS: En la historia cristiana la serpiente es la que seduce.

CAMPBELL: Eso equivale a un rechazo a la afirmación de la vida. En la tradición bíblica que hemos heredado, la vida es corrupta, y todo impulso natural es pecado salvo que esté circuncidado o bautizado. La

serpiente fue la que trajo el pecado al mundo. Y la mujer fue la que le entregó la manzana al hombre. Esta identificación de la mujer con el pecado, de la serpiente con el pecado, y por ello de la vida con el pecado, es el giro peculiar que le ha dado a toda la historia el mito bíblico y la doctrina de la Caída.

MOYERS: ¿La idea de la mujer como pecadora aparece en otras mitologías?

CAMPBELL: No, no la he visto en otra parte. Lo más cercano sería quizás Pandora con su caja, pero ahí no se trata de pecado sino sólo de problemas. La idea en la tradición bíblica de la Caída es que la naturaleza, tal y como la conocemos, es corrupta, el sexo en sí es corrupto, y la hembra como epítome del sexo es corruptora. ¿Por qué les estaba prohibido a Adán y Eva el conocimiento del bien y el mal? Sin ese conocimiento, seríamos como niños todavía en el Edén, sin ninguna participación en la vida. La mujer trae la vida al mundo. Eva es la madre de este mundo temporal. Antiguamente tú tenías un paraíso de sueños allá en el Jardín del Edén: sin tiempo, sin nacimiento, sin muerte... sin vida. La serpiente, que muere y renace, desprendiéndose de su piel y renovando su vida, es el señor del árbol central, donde se reúnen el tiempo y la eternidad. En realidad, es el dios primordial del Jardín del Edén. Yahvé, el que entra con el fresco de la noche, es apenas un visitante. El Jardín es el hogar de la serpiente. Es una historia muy, muy vieja. Tenemos sellos sumerios del año 3500 a.C. mostrando la serpiente, el árbol y la diosa, esta última dándole el fruto de la vida a un hombre. Aquí está presente la vieja mitología de la diosa.

Ahora bien, hace muchos años vi una cosa fantástica en una película sobre una sacerdotisa de un culto de serpientes en Birmania, que tenía que producir lluvia para su pueblo subiendo por un sendero de montaña, llamando a una cobra para que saliera de su guarida y besándola tres veces en la nariz. Ahí estaba la cobra dadora de vida, dadora de lluvia, como una figura divina positiva, no negativa.

MOYERS: ¿Cómo explicas la diferencia entre esa imagen y la imagen de la serpiente en el Génesis?

CAMPBELL: En realidad hay una explicación histórica basada en la llegada de los hebreos a Canaán y su dominación del pueblo cananeo. La divinidad principal de este pueblo era la Diosa, a la cual está asociada la serpiente. Es el símbolo del misterio de la vida. Pero el grupo orientado hacia el dios masculino lo rechazó. En otras palabras, hay un rechazo histórico de la Diosa Madre implícito en la historia del Jardín del Edén.

MOYERS: Se diría que esta historia les ha hecho daño a las mujeres al colocar a Eva como responsable de la Caída. ¿Por qué se considera a las mujeres responsables de la Caída?

CAMPBELL: Las mujeres representan la vida. El hombre no entra a la vida si no es por una mujer, y es la mujer la que nos trae a este mundo de pares de opuestos y sufrimiento.

MOYERS: ¿Qué trata de decirnos el mito de Adán y Eva sobre los pares de opuestos? ¿Cuál es el sentido?

CAMPBELL: Todo empezó con el pecado... o, dicho de otro modo, empezó al salir de la zona mitológica y onírica del Jardín del Paraíso, donde no hay tiempo y donde hombres y mujeres no saben siquiera que son diferentes entre sí. Los dos son sólo criaturas. Dios y el hombre son prácticamente lo mismo. Con el fresco del atardecer Dios entra en el jardín donde están ellos. Y después comen la manzana, el conocimiento de los opuestos. Y cuando descubren que son diferentes, el hombre y la mujer cubren sus vergüenzas. Ves, no habían pensado en sí mismos como opuestos. Macho y hembra es una oposición. Otra oposición es humano y divino. Bueno y malo es una tercera oposición. Las oposiciones primordiales son las sexuales y la que hay entre humanos y Dios. Después viene la idea de bien y mal en el mundo. Y así es como Adán y Eva se ganaron la expulsión del Jardín de la Unidad Intemporal, podría decirse, sólo por el acto de reconocer la dualidad. Para salir al mundo, tienes que actuar a partir de los pares opuestos.

Hay una imagen hindú que muestra un triángulo, que es la Diosa Madre, y un punto en el centro del triángulo, que es la energía de lo trascendente entrando al terreno del tiempo. Y de este triángulo salen parejas de triángulos en todas direcciones. Del uno salen dos. Todas las cosas en el campo del tiempo son pares de opuestos. Éste es el paso de la conciencia, desde la conciencia de la identidad a la conciencia de la participación en la dualidad. Y entonces ya estás en el campo del tiempo.

MOYERS: ¿La historia está tratando de decirnos que, antes de lo que sucedió en este Jardín para nuestra destrucción, había una unidad de la vida?

CAMPBELL: Es una cuestión de planos de conciencia. No tiene que ver con nada que haya pasado. Está el plano de la conciencia donde puedes identificarte con lo que trasciende los pares de opuestos.

MOYERS: ¿Que es...?

CAMPBELL: Innombrable. Innombrable. Es trascendente a todos los nombres.

MOYERS: ¿Dios?

CAMPBELL: «Dios» es una palabra ambigua en nuestra lengua, porque parece referirse a algo que es conocido. Pero lo trascendente es incognoscible y desconocido. Dios trasciende, en última instancia, a todo lo que lleve el nombre «Dios». Dios está más allá de los nombres y formas. Meister Eckhart dijo que la última y más alta elección es dejar a Dios por Dios, dejar tu idea de Dios en favor de una experiencia de lo que trasciende todas las ideas.

El misterio de la vida está más allá de todas las concepciones humanas. Todo lo que sabemos está dentro de la terminología de los conceptos del ser y el no ser, múltiple y único, verdad y mentira. Siempre pensamos en términos de opuestos. Pero Dios, lo último, está más allá de los pares de opuestos, eso es todo lo que puede decirse de él.

MOYERS: ¿Por qué pensamos en términos de opuestos?

CAMPBELL: Porque no podemos pensar de otro modo.

MOYERS: Es la naturaleza de la realidad en nuestro tiempo.

CAMPBELL: Es la naturaleza de nuestra *experiencia* de la realidad.

MOYERS: Hombre-mujer, vida-muerte, bien-mal...

CAMPBELL: ...yo y tú, esto y aquello, verdad y mentira... todo tiene su opuesto. Pero la mitología sugiere que más allá de esa dualidad hay una singularidad sobre la que aquélla juega como un juego de sombras. «La eternidad está enamorada de los productos del tiempo», dice el poeta Blake.

MOYERS: ¿Qué significa que «la eternidad está enamorada de los productos del tiempo»?

CAMPBELL: La fuente de la vida temporal es la eternidad. La eternidad se derrama a sí misma en el mundo. Es la idea mítica básica del dios que se multiplica en nosotros. En la India, el dios que yace en mí es llamado el «habitante» del cuerpo. Identificarse con ese aspecto divino e inmortal de uno es identificarse uno mismo con la divinidad.

Ahora bien, la eternidad está más allá de todas las categorías del pensamiento. Éste es un punto importante en todas las grandes religiones orientales. Queremos pensar en Dios. Dios es un pensamiento. Dios es un nombre. Dios es una idea. Pero su referencia es a algo que trasciende todo pensamiento. El misterio definitivo del ser está más allá de todas las categorías del pensamiento. Como lo dijo Kant, la cosa en sí misma no es cosa alguna. Trasciende la categoría de cosa, va más lejos de cuanto pudiera ser pensado. Las mejores cosas no pueden decirse porque trascienden el pensamiento. Las segundas en importancia son malentendidas, porque son los pensamientos que se supone que se refieren a las que no pueden ser pensadas. Las terceras más importantes son aquellas sobre las que hablamos. Y el mito es ese campo de referencia a lo que es absolutamente trascendente.

MOYERS: Lo que no puede ser conocido o nombrado salvo en nuestro débil intento de vestirlo con lenguaje.

CAMPBELL: La palabra última para lo trascendente en nuestro idioma es Dios. Pero entonces tienes un concepto, ¿ves? Piensas en Dios como el padre. Ahora bien, en religiones donde el dios o creador es la madre, todo el mundo es su cuerpo. No hay más espacio que ése. El dios masculino suele estar en otra parte. Pero macho y hembra son dos aspectos de un principio. La división de la vida en sexos fue una división tardía. Biológicamente, la ameba no es macho ni hembra. Las células primitivas son sólo células. Se dividen y se convierten en dos por reproducción asexual. No sé en qué nivel interviene la sexualidad, pero sé que es tarde. Por eso es absurdo hablar de Dios como de alguien con éste o aquel sexo. El poder divino es anterior a la separación sexual.

MOYERS: Pero ¿no es el único modo que tenemos los humanos de poder captar esa idea inmensa, asignarle un idioma comprensible? Dios, hombre, Dios, mujer...

CAMPBELL: Sí, pero no lo comprendes si piensas en Dios como él o ella. Esos pronombres son un resorte que usas para impulsarte a lo trascendente, y trascendente significa «trascender», ir más allá de la dualidad. En el campo del tiempo y el espacio todo es *dual.* La encarnación aparece ya como masculina, ya como femenina, y cada uno de nosotros es la encarnación de Dios. Tú has nacido en sólo un aspecto de tu dualidad metafísica real, podríamos decir. Esto queda representado en las religiones de misterio, donde un individuo pasa a través de una serie de iniciaciones que lo abren a una dimensión más y más profunda de sí mismo, hasta llegar un momento en que advierte que él es a la vez mortal e inmortal, hombre y mujer.

MOYERS: ¿Crees que existió un lugar como el Jardín del Edén?

CAMPBELL: Por supuesto que no. El Jardín del Edén es la metáfora de esa inocencia que es inocente

del tiempo, inocente de los opuestos, y que es el centro primordial a partir del cual la conciencia capta los cambios.

MOYERS: Pero si en la idea del Edén hay esta inocencia, ¿qué sucede con ella? ¿No es destrozada, dominada y corrompida por el miedo?

CAMPBELL: Así es. Hay una maravillosa historia de la deidad, del Yo que dijo «Yo soy». Apenas lo dijo, sintió miedo.

MOYERS: ¿Por qué?

CAMPBELL: Porque ahora era una entidad en el tiempo. Entonces pensó: «De qué habría de tener miedo, si soy lo único que existe». Y no bien lo hubo dicho, se sintió solo, y deseó que hubiera otro, y entonces sintió deseo. Se hinchó, se dividió en dos, se volvió macho y hembra y engendró el mundo.

El *miedo* es la primera experiencia del feto en el vientre materno. Hay un psiquiatra checoslovaco, Stanislav Grof, que ahora vive en California, que durante años trató a sus pacientes con LSD. Y descubrió que algunos de ellos reexperimentaron el nacimiento, y al hacerlo el primer estadio es el del feto en el vientre de la madre, sin ningún sentido del «yo» o del ser. Hasta que poco antes del nacimiento el ritmo del útero comienza, ¡y ahí se manifiesta el terror! El miedo es lo primero, la cosa que dice «yo». Después viene el difícil momento de nacer, el complicado pasaje por el canal, y después... ¡Dios santo! ¡La luz! ¿Te imaginas? Es increíble que el proceso repita exactamente lo que dice el mito: el yo dice «Yo soy» e inmediatamente siente miedo. Y después cuando comprende que está solo, siente deseo de otro y se vuelve dos: esto es la irrupción en el mundo de la luz y los pares de opuestos.

MOYERS: ¿Qué dice sobre lo que todos tenemos en común, del hecho de que tantas de estas historias contengan elementos similares: el fruto prohibido, la mujer? Por ejemplo, estos mitos, estas historias de creación, contienen un «No debes». El hombre y la mujer se rebelan contra esta prohibición y hacen su voluntad.

Después de años y años de leer estas cosas, sigo asombrado por las similitudes en culturas tan alejadas.

CAMPBELL: Hay un tema común en los cuentos populares que podríamos llamar La Cosa Prohibida. Recuerda a Barbazul, que le dice a su esposa «No abras ese armario». Y siempre desobedece. En la historia del Viejo Testamento Dios señala la cosa prohibida. Ahora bien, Dios, seguramente, sabía muy bien que el hombre iba a comer del fruto prohibido. Pero al hacerlo, el hombre se convirtió en el iniciador de su propia vida. La vida realmente empezó con ese acto de desobediencia.

MOYERS: ¿Cómo explicas las similitudes?

CAMPBELL: Hay dos hipótesis. Una de ellas es que la mente humana es esencialmente la misma en todo el mundo. La mente es la experiencia interior del cuerpo humano, que es esencialmente el mismo en todos los seres humanos, con los mismos órganos, los mismos instintos, los mismos impulsos, los mismos conflictos, los mismos temores. De este campo común nace lo que Jung llamó los arquetipos, que son las ideas o mitos comunes.

MOYERS: ¿Qué son los arquetipos?

CAMPBELL: Son ideas elementales, las que podrían llamarse ideas «base». Jung definió estas ideas como arquetipos del inconsciente. «Arquetipo» es el mejor nombre porque «idea elemental» sugiere labor de pensamiento. Arquetipo del inconsciente significa que viene de abajo. La diferencia entre los arquetipos jungianos del inconsciente y los complejos de Freud es que los arquetipos del inconsciente son manifestaciones de los órganos del cuerpo y de sus poderes. Los arquetipos tienen base biológica, mientras que el inconsciente freudiano es una colección de experiencias traumáticas reprimidas durante una vida individual. El inconsciente freudiano es un inconsciente personal, biográfico. Los arquetipos jungianos del inconsciente son biológicos. Lo biográfico es secundario en su caso.

En todo el mundo y en momentos diferentes de la historia humana, estos arquetipos, o ideas elementales,

han aparecido con vestimentas muy diferentes. Estas diferencias resultan de las condiciones ambientales e históricas. Identificar y comparar estas diferencias es el trabajo principal del antropólogo.

Ahora bien, existe asimismo una contrateoría de la difusión para dar cuenta de la similitud de los mitos. Por ejemplo, el arte de arar la tierra proviene de la región en que inicialmente se desarrolló, y junto a él adviene una mitología que tiene que ver con fertilizar la tierra, con plantar y cultivar las plantas comestibles... algunos mitos como los que hemos descrito, matar a una divinidad, cortarla, enterrar sus miembros, hacer que crezcan las plantas comestibles. Tal mito acompañará una tradición agrícola o recolectora. Pero no lo hallarás en una cultura cazadora. De modo que hay aspectos históricos, así como psicológicos, en este problema de la similitud de mitos.

MOYERS: Los seres humanos creen en una o más de estas historias de creación. ¿Qué crees que estamos buscando cuando aceptamos uno de estos mitos?

CAMPBELL: Creo que lo que estamos buscando es un modo de experimentar el mundo que nos abra a lo trascendente, a lo que da vida al mundo y al mismo tiempo nos forme dentro de él. Eso es lo que quiere la gente. Es lo que pide el alma.

MOYERS: ¿Quieres decir que buscamos un acuerdo con el misterio que anima todas las cosas, lo que has llamado el vasto campo de silencio que todos compartimos?

CAMPBELL: Sí, pero no sólo para hallarlo sino para encontrarlo realmente en nuestro ambiente, en nuestro mundo... para reconocerlo. Para tener algún tipo de instrucción que nos permita experimentar la presencia divina.

MOYERS: En el mundo y en nosotros.

CAMPBELL: En la India hay un hermoso saludo, en el que las palmas se ponen juntas, y se hace una reverencia. ¿Sabes lo que significa?

MOYERS: No.

CAMPBELL: La posición de las palmas juntas es la que usamos al rezar, ¿no? El saludo significa que el dios que está en ti reconoce al dios que está en el otro. Este pueblo es consciente de la presencia divina en todas las cosas. Cuando entras en un hogar hindú como huésped, eres saludado como una deidad visitante.

MOYERS: Pero ¿no podría decirse que la gente que contó estas historias, que las creyó y actuó según ellas, estaba haciendo preguntas más simples? ¿No estaban preguntando, por ejemplo, quién creó el mundo? ¿Cómo fue hecho el mundo? ¿Por qué fue hecho? ¿No son éstas las preguntas que están tratando de responder estas historias de creación?

CAMPBELL: No. Es a través de esa respuesta que ven que el creador está presente en todo el mundo. ¿Comprendes lo que quiero decir? Esta historia de los Upanishads que hemos leído... «Veo que yo soy esta creación», dice el dios. Cuando ves que Dios es la creación, y que tú eres una criatura, comprendes que Dios está en ti, y en el hombre o mujer con el que estás hablando también. De ahí viene la comprensión de dos aspectos de una divinidad. Hay un motivo mitológico básico según el cual originalmente todo era uno, y después hubo una separación: cielo y tierra, macho y hembra, etc. ¿Cómo perdemos contacto con la unidad? Una cosa que puedes decir es que la separación fue culpa de alguien: comieron el fruto que no debían o le dijeron a Dios las palabras que no debían y él se enfadó y se marchó. De modo que ahora lo eterno está apartado de nosotros, y debemos encontrar algún medio de volver a ponernos en contacto con ello.

Hay otro tema, según el cual el hombre no proviene de arriba sino de abajo, del seno de la Madre Tierra. Con frecuencia en estas historias hay una gran escalera o una cuerda por la que se sube. Los últimos que quieren salir son dos personas grandes, gordas, pesadas. Toman la cuerda, dan un tirón, y la cuerda se corta. Así quedamos separados de nuestro origen. En cierto sentido, por causa de nuestras mentes, estamos

realmente separados, y el problema es reunir esta cuerda cortada.

MOYERS: Hay momentos en que me pregunto si quizás los hombres y mujeres primitivos no se habrán contado estas historias sólo para entretenerse.

CAMPBELL: No, no son historias para entretenerse. Sabemos que no son mera diversión porque sólo pueden contarse en determinados momentos del año y bajo ciertas condiciones.

Hay dos órdenes de mitos. Los grandes mitos, como el de la Biblia, por ejemplo, son los mitos del templo, de los grandes rituales sagrados. Explican los ritos según los cuales la gente vive en armonía consigo misma, con el prójimo y con el universo. Es normal entender como alegóricas estas historias.

MOYERS: ¿Piensas que los primeros humanos que contaron la historia de la creación tenían alguna conciencia intuitiva de la naturaleza alegórica de estas historias?

CAMPBELL: Sí. Lo que decían lo decían *como si* hubiera sido así. La idea de que alguien, literalmente, hizo el mundo, es conocida como artificialismo. Es el modo de pensar del niño: la mesa está hecha, luego alguien hizo la mesa. El mundo está aquí, luego alguien debe de haberlo hecho. Hay otro punto de vista que implica emanación y precipitación sin personificación. Un sonido precipita el aire, después el fuego, después el agua y la tierra... y así es como el mundo llega a ser. El universo entero está incluido en este primer sonido, esta vibración, que luego destina todas las cosas a la fragmentación en el campo del tiempo. En esta visión, no hay nadie fuera que diga: «Que esto sea».

En la mayoría de las culturas hay dos o tres historias de creación, no sólo una. Hay dos en la Biblia, aun cuando se las trata como una sola. Recuerdas la historia del Jardín del Edén en el Capítulo 2: Dios está tratando de pensar modos de entretener a Adán, a quien ha creado para que sea su jardinero, para que se ocupe de su jardín. Se trata de una antiquísima

historia, tomada de los antiguos sumerios. Los dioses querían a alguien que se ocupara de su jardín y cultivara la comida que necesitaban, por eso crearon al hombre. Ésa es la base del mito de los capítulos 2 y 3 del Génesis.

Pero el jardinero de Yahvé está aburrido. Entonces Dios trata de inventar juguetes para él. Crea los animales, pero todo lo que el hombre puede hacer con ellos es darles nombre. Entonces a Dios se le ocurre la grandiosa idea de extraer el alma de la mujer del cuerpo mismo de Adán, lo que es una historia de creación muy diferente de la del Capítulo 1 del Génesis, donde Dios creó a Adán y Eva juntos a imagen de sí mismos como macho y hembra. Allí Dios mismo es el andrógino primordial. El Capítulo 2 es, de lejos, la historia más antigua, proveniente quizás del siglo VIII a.C. más o menos, mientras que el Capítulo 1 proviene de uno de los llamados textos sacerdotales, del siglo IV a.C., o posterior. En la historia hindú del Yo que siente miedo, después deseo, y que más tarde se divide en dos, tenemos una contrapartida del Génesis 2. En el Génesis, es el hombre, no el dios, quien se divide en dos.

La leyenda griega que cuenta Aristófanes en *El banquete* de Platón es de la misma especie. Aristófanes dice que en el comienzo había criaturas compuestas de lo que ahora son dos seres humanos. Y estas criaturas eran de tres tipos: macho/hembra, macho/macho y hembra/hembra. Después los dioses las dividieron a todas en dos. Pero una vez divididas, no pudieron pensar en otra cosa que hacer que abrazarse tratando de reconstituir la unidad original. Por eso ahora pasamos nuestras vidas tratando de encontrar a nuestras otras mitades y reunirnos con ellas.

MOYERS: Tú dices que la mitología es el estudio de la gran historia única de la humanidad. ¿Cuál es esa gran historia única?

CAMPBELL: La que cuenta que procedemos de un campo único de ser, como manifestaciones en el campo del tiempo. El campo del tiempo es una especie de juego

de sombras sobre un fondo intemporal. Y jugamos el juego en el campo de sombras, ponemos en acción nuestro lado de la polaridad con todo nuestro poder. Pero sabemos que nuestro enemigo, por ejemplo, no es más que el otro lado de lo que veríamos como nosotros mismos si pudiéramos ver desde la posición central.

MOYERS: Entonces, ¿la gran historia única es nuestra búsqueda de nuestro papel en el drama?

CAMPBELL: De ponernos de acuerdo con la gran sinfonía que es este mundo, de poner la armonía de nuestro propio cuerpo de acuerdo con esa armonía.

MOYERS: Cuando leo estas historias, cualquiera que sea su cultura o su origen, me maravilla el espectáculo de la imaginación humana esforzándose por tratar de entender esta existencia, por ocupar su breve periplo con estas posibilidades trascendentales. ¿Te ha sucedido a ti?

CAMPBELL: Pienso que la mitología es la patria de las musas, las inspiradoras del arte y de la poesía. Ver la vida como un poema y a ti participando en un poema, eso es lo que el mito hace por ti.

MOYERS: ¿Un poema?

CAMPBELL: Me refiero a un vocabulario en la forma, no de palabras sino de actos y aventuras, que se refiere a algo que trasciende la acción presente, de modo que siempre te sientes de acuerdo con el ser universal.

MOYERS: Cuando leo estos mitos, siento un temor reverencial por el misterio de todo. Podemos suponer, pero no podemos penetrar en él.

CAMPBELL: Exacto. El que piensa que ha encontrado la verdad definitiva se equivoca. Hay un verso en sánscrito, muy citado, que aparece también en el *Tao-te King:* «El que piensa que sabe, no sabe. El que sabe que no sabe, sabe. Pues en este contexto, saber es no saber. Y no saber es saber».

MOYERS: Lejos de minar mi fe, tu trabajo en mitología ha liberado mi fe de las prisiones culturales a las que había sido sentenciada.

CAMPBELL: Me liberó a mí, y sé que hará lo mismo con cualquiera que oiga el mensaje.

MOYERS: ¿Hay mitos que sean más o menos verdaderos que otros?

CAMPBELL: Son verdaderos en sentidos diferentes. Cada mitología tiene que ver con la sabiduría de la vida por cuanto está relacionada con una cultura específica en un momento dado. Integra el individuo a su sociedad y la sociedad al campo de la naturaleza. Une el campo de la naturaleza con mi naturaleza. Es una fuerza armonizadora. Nuestra propia mitología, por ejemplo, está basada en la idea de la dualidad: bueno y malo, cielo e infierno. Por eso nuestras religiones tienden a tener un acento ético. Pecado y redención. Bien y mal.

MOYERS: La tensión de los opuestos: amor-odio, muerte-vida.

CAMPBELL: Ramakrishna dijo una vez que si no piensas más que en tus pecados, eres un pecador. Y cuando leí eso, pensé en mi infancia, cuando confesaba los sábados, meditando en todos los pequeños pecados que había cometido durante la semana. Ahora pienso que uno debería ir y decir: «Bendígame, padre, porque me he portado muy bien, éstas son todas las cosas buenas que he hecho durante la semana». Identificar nuestra noción de nosotros mismos con lo positivo, no con lo negativo.

Ya ves, la religión es en realidad una especie de segundo vientre materno. Está pensada para llevar a su madurez a esta cosa tan complicada que es un ser humano, es decir, para darle su propia motivación, su propio impulso. Pero la idea de pecado te coloca en una condición servil durante toda la vida.

MOYERS: Pero ésa no es la idea cristiana de la creación y la Caída.

CAMPBELL: Una vez escuché una conferencia de un maravilloso y ya viejo filósofo zen, el doctor D. T. Suzuki. Se hallaba de pie, frotándose los costados con las manos, y decía: «Dios contra el hombre. El hombre contra Dios. El hombre contra la naturaleza. La naturaleza contra el

hombre. La naturaleza contra Dios. Dios contra la naturaleza... Una religión muy rara».

MOYERS: Bueno, yo muchas veces me he preguntado qué pensaría un miembro de una tribu de cazadores de las praderas norteamericanas mirando la creación de Miguel Ángel.

CAMPBELL: Ciertamente no es el dios de otras tradiciones. En las otras mitologías, uno se pone a sí mismo de acuerdo con el mundo, con la mezcla de bueno y malo. Pero en el sistema religioso del Cercano Oriente te identificas con lo bueno y luchas contra lo malo. Las tradiciones bíblicas del judaísmo, el cristianismo y el islamismo hablan todas con desprecio de las llamadas religiones naturales.

El paso de una religión natural a una religión sociológica nos hace difícil volver a vincularnos con la naturaleza. Pero en realidad todos esos símbolos culturales son perfectamente susceptibles de interpretación en términos de sistemas psicológicos y cosmológicos, si así quieres verlos.

Toda religión es verdadera de un modo u otro. Es verdadera cuando se la comprende metafóricamente. Pero cuando se atasca en sus propias metáforas, cuando empieza a interpretarlas como hechos, entonces aparecen los problemas.

MOYERS: ¿Qué es una metáfora?

CAMPBELL: Una metáfora es una imagen que sugiere algo más. Por ejemplo, si le digo a una persona «Eres un tarugo», no quiero decir que piense que esa persona es literalmente un tarugo. «Tarugo» es una metáfora. En las tradiciones religiosas la metáfora hace referencia a algo trascendente que literalmente no es nada. Si piensas que la metáfora constituye por sí misma la referencia, sería como ir a un restaurante, pedir la carta, ver la palabra chuleta escrita ahí, y empezar a comerse la carta.

Por ejemplo, Jesús ascendió a los cielos. La denotación sugiere que alguien subió hacia arriba, al cielo. Es lo que dice literalmente. Pero si ése fuera realmente el

sentido del mensaje, tendríamos que desecharlo, porque no habría un lugar así al que Jesús pudiera ir literalmente. Sabemos que Jesús no pudo ascender al cielo porque no hay un cielo físico en ninguna parte del universo. Aun ascendiendo a la velocidad de la luz, Jesús a estas horas todavía seguiría en la galaxia. La astronomía y la física simplemente han eliminado esa posibilidad literal, física. Pero si lees «Jesús ascendió a los cielos» según su connotación metafórica, ves que él fue hacia dentro, no hacia el espacio exterior sino hacia el interior, al sitio desde donde proviene el ser, a la conciencia que es la fuente de todas las cosas, el reino interior de los cielos. Las imágenes son exteriores, pero el reflejo es interior. La clave está en que deberíamos ascender con él yendo hacia dentro. Es una metáfora del regreso a las fuentes, el alfa y el omega, de abandonar la rigidez del cuerpo y acceder a la fuente dinámica del mismo.

MOYERS: ¿No estás socavando una de las grandes doctrinas tradicionales de la fe cristiana, que el entierro y la resurrección de Jesús prefiguran los nuestros?

CAMPBELL: Eso sería un error en la lectura del símbolo. Es leer las palabras como prosa y no como poesía, leer la metáfora en términos de denotación y no de connotación.

MOYERS: Y la poesía se refiere a la realidad no visible.

CAMPBELL: A lo que está más allá incluso del concepto de realidad, lo que trasciende todo pensamiento. El mito te coloca allí, te da una línea para ponerte en contacto con ese misterio que eres.

Shakespeare dijo que el arte es un espejo frente a la naturaleza. Y lo es realmente. La naturaleza es tu naturaleza, y todas esas maravillosas imágenes poéticas de la mitología se refieren a algo que hay en ti. Cuando tu mente queda atrapada en la imagen y no puedes hacer la referencia a ti mismo, es que la has leído mal.

El mundo interior es el mundo de tus necesidades y tus energías, de tu estructura y tus posibilidades,

enfrentado al mundo exterior. Y el mundo exterior es el campo de tu encarnación. Es allí donde estás. Tienes que mantener a ambos en movimiento. Como dijo Novalis: «El asiento del alma es el punto en que se encuentran los mundos interior y exterior».

MOYERS: Entonces la historia de Jesús ascendiendo a los cielos es un mensaje en una botella lanzado desde una orilla que alguien visitó antes.

CAMPBELL: Así es: Jesús estuvo allí. Pero, de acuerdo con el modo normal de considerar la religión cristiana, no podemos identificarnos con Jesús, tenemos que imitarlo. Para nosotros es blasfemia decir «Yo y el Padre somos uno», como dijo Jesús. No obstante, en el Evangelio de santo Tomás que fue hallado en Egipto hace unos cuarenta años, Jesús dice: «El que beba de mi boca se volverá como yo soy y yo seré él». Esto es budismo, exactamente. Todos somos manifestaciones de la conciencia de Buda, o la conciencia de Cristo, sólo que no lo sabemos. La palabra «Buda» significa «el que despertó». Todos debemos hacer lo mismo: despertarnos a la conciencia de Buda o de Cristo dentro de nosotros. Es blasfemia según el pensamiento normal cristiano, pero es la esencia misma del gnosticismo cristiano y del Evangelio de santo Tomás.

MOYERS: ¿La reencarnación también es una metáfora?

CAMPBELL: Desde luego que lo es. Cuando la gente pregunta: «¿Usted cree en la reencarnación?», tengo que limitarme a responder: «La reencarnación, como el cielo, es una metáfora».

En el cristianismo, la metáfora que corresponde a la reencarnación es el purgatorio. Si uno muere con tal apego por las cosas de este mundo que su espíritu no está listo para las visiones beatíficas, entonces debe pasar por el purgatorio, es decir, debe ser purgado de sus limitaciones. Las limitaciones son lo que llamamos pecados. El pecado no es más que un factor de contención que limita nuestra conciencia y la fija en una condición inadecuada.

En la metáfora oriental, si mueres en esa condición, vuelves para tener más experiencias que te irán clarificando, clarificando, clarificando, hasta liberarte de esas fijaciones. La mónada reencarnada es el héroe principal del mito de Oriente. La mónada reviste diversas personalidades, vida tras vida. Ahora bien, la idea de la reencarnación no es que tú y yo, tal y como somos actualmente en nuestra personalidad, nos reencarnemos. La personalidad es lo que la mónada deja atrás. Después la mónada reviste otro cuerpo, macho o hembra, según qué experiencias le sean necesarias para clarificarse de sus adhesiones al campo del tiempo.

MOYERS: ¿Qué sugiere la idea de la reencarnación?

CAMPBELL: Sugiere que eres más de lo que tú mismo crees ser. Hay dimensiones de tu ser y un potencial para la realización y la conciencia que no están incluidos en tu concepto de ti mismo. Tu vida es mucho más profunda y ancha de lo que crees. Lo que estás viviendo no es más que un atisbo de lo que en realidad hay dentro de ti, lo que te da vida, extensión y profundidad. Pero puedes vivir buscando esa profundidad. Y cuando puedes experimentarla, ves de pronto que todas las religiones están hablando de ella.

MOYERS: ¿Se trata de un motivo central en las historias mitológicas de todos los tiempos?

CAMPBELL: No, la idea de la vida como una prueba mediante la cual uno se libera de la servidumbre de la vida pertenece a las religiones más elaboradas. No creo que haya nada semejante en la mitología aborigen.

MOYERS: ¿Cuál es su fuente?

CAMPBELL: No sé. Probablemente viene de un pueblo con poder y profundidad espiritual que experimentó su vida como inadecuada al aspecto o dimensión espiritual de su ser.

MOYERS: Dices que las élites crean mitos, que los chamanes y artistas y otros que emprenden el viaje a lo desconocido vuelven para crear estos mitos. Pero ¿qué pasa con el pueblo común? ¿No ha creado las historias de Paul Bunyan, por ejemplo?

CAMPBELL: Sí, pero eso no es un mito. No consigue la categoría de mito. Se dice que los profetas y lo que en la India se llaman los *rishis* han «oído» las escrituras. Es cierto que todos pueden abrir sus oídos, pero no todos tienen la capacidad real de oír las escrituras.

MOYERS: «El que tiene oídos, que oiga.»

CAMPBELL: Tiene que haber un aprendizaje que te enseñe a abrir tus oídos de modo que puedas empezar a oír metafóricamente, ya no concretamente. Freud y Jung sintieron ambos que el mito está basado en lo inconsciente.

Todo el que escribe una obra creativa sabe que uno se abre, se entrega, y el libro le habla a uno y se construye a sí mismo. En cierta medida uno se convierte en el portador de algo que le es dado desde un sitio que se ha caracterizado como «de las Musas», o, en idioma bíblico, «Dios». Esto no es una fantasía, es un hecho. Dado que la inspiración viene del inconsciente, y dado que las mentes inconscientes de los miembros de cualquier sociedad pequeña tienen mucho en común, lo que el vidente o chamán saca a la luz es algo que estaba esperando ser extraído en todos. Por eso al oír la historia del vidente, uno responde: «¡Ahá! Esta es mi historia. Esto es algo que yo siempre había querido decir pero no podía hacerlo». Tiene que haber un diálogo, una interacción entre el vidente y la comunidad. El vidente que ve cosas que la gente en la comunidad no quiere oír es simplemente ineficaz. Hasta es posible que lo eliminen.

MOYERS: Entonces cuando hablamos de cuentos populares, no estamos hablando de mitos sino de historias que la gente común se cuenta para entretenerse o expresar alguna experiencia existencial que está por debajo de la de las grandes peregrinaciones espirituales.

CAMPBELL: Sí, el cuento popular cumple una función de entretenimiento. El mito, sin embargo, sirve para la instrucción espiritual. Hay un buen dicho en la India con respecto a estos dos tipos de mitos, la idea popular y la idea elemental. El aspecto popular es llamado *desi,* que significa «provincial», es decir, que tiene que ver con la

sociedad en la que vives. Algo destinado a la juventud. Gracias a él, el joven se integra en la sociedad y aprende a salir a matar monstruos. «Muy bien, aquí hay un traje de soldado, tenemos un trabajo para ti.» Pero también está la idea elemental. Su nombre en sánscrito es *marga,* que significa «sendero». Es una huella que te lleva a ti mismo. El mito procede de la imaginación, y lleva de vuelta a ella. La sociedad te enseña qué son los mitos, y después te libera, de modo que en tus meditaciones puedas seguir el camino interior.

Las civilizaciones están fundadas en el mito. La civilización de la Edad Media se basó en el mito de la Caída en el Jardín del Edén, la redención en la cruz y la obtención de la gracia redentora mediante los sacramentos.

La catedral fue el centro del sacramento, y el castillo fue el centro protector de la catedral. Ahí tienes las dos formas de gobierno: el gobierno del espíritu y el de la vida física, ambos de acuerdo en la fuente única de la que surgen, que es la gracia de la crucifixión.

MOYERS: Pero, dentro de estas dos esferas, la gente común se contaba pequeños cuentos de duendes y brujas.

CAMPBELL: Hay tres centros de lo que podría llamarse la creatividad mitológica y folklórica en la Edad Media. Uno es la catedral y todo lo relacionado con monasterios y ermitas. El segundo es el castillo. El tercero es la aldea, donde vive el pueblo. La catedral, el castillo y la aldea. Si vas a cualquiera de las áreas de alta civilización, encontrarás lo mismo: el templo, el palacio, el pueblo. Son centros generadores diferentes, pero en la medida en que se trata de una civilización única, todos operan en el mismo campo simbólico.

MOYERS: ¿El mismo campo simbólico?

CAMPBELL: El campo simbólico está basado en las experiencias de la gente perteneciente a una comunidad particular, en un tiempo y lugar particulares. Los mitos están tan íntimamente ligados a la cultura, momento y lugar, que si los símbolos, las metáforas, no son mantenidos con vida mediante una constante recreación en las artes, la vida simplemente se aparta de ellos.

MOYERS: ¿Quién habla en metáfora hoy?

CAMPBELL: Todos los poetas. La poesía es un lenguaje metafórico.

MOYERS: Una metáfora sugiere potencial.

CAMPBELL: Sí, pero también sugiere la realidad que se oculta bajo el aspecto visible. La metáfora es la máscara de Dios mediante la cual puede experimentarse la eternidad.

MOYERS: Hablas de los poetas y artistas, pero ¿y el clero?

CAMPBELL: Creo que nuestro clero, en realidad, no está haciendo un trabajo adecuado. No habla de las connotaciones de las metáforas sino que está atascado en la ética del bien y el mal.

MOYERS: ¿Por qué los sacerdotes no se han vuelto los chamanes de la sociedad moderna?

CAMPBELL: La diferencia entre un sacerdote y un chamán es que un sacerdote es un funcionario, y un chamán es alguien que ha recorrido una experiencia. En nuestra tradición es el monje que busca la experiencia, mientras que el sacerdote es el que ha estudiado para servir a la comunidad.

Un amigo mío asistió a un encuentro internacional de las órdenes meditativas de la Iglesia católica, que se realizó en Bangkok. Me dijo que los monjes católicos no tenían problemas para comprender a los monjes budistas, pero que el clero de las dos religiones era incapaz de entenderse.

La persona que ha tenido una experiencia mística sabe que todas las expresiones simbólicas de la misma son defectuosas. Los símbolos no transmiten la experiencia, la sugieren. Si no has tenido la experiencia, ¿cómo puedes saber qué es? Trata de explicarle el placer de esquiar a alguien que viva en los trópicos y que nunca haya visto la nieve. Es preciso que haya habido una experiencia para captar el mensaje, alguna pista... de otro modo no oyes lo que te dicen.

MOYERS: La persona que tiene la experiencia debe proyectarla en imágenes lo mejor que pueda. Me parece

que hemos perdido en nuestra sociedad el arte de pensar en imágenes.

CAMPBELL: Oh, eso es muy evidente. Nuestro pensamiento es en gran medida discursivo, verbal, lineal. Hay más realidad en una imagen que en una palabra.

MOYERS: ¿Has pensado alguna vez que es esta ausencia de las experiencias religiosas del éxtasis, de la alegría, esta negación de la trascendencia en nuestra sociedad, la que ha llevado a tantos jóvenes al uso de drogas?

CAMPBELL: Absolutamente. Es el camino de entrada.

MOYERS: ¿De entrada?

CAMPBELL: Hacia una experiencia.

MOYERS: ¿Y la religión no puede hacerlo, o el arte no puede hacerlo?

CAMPBELL: Podrían, pero no lo están haciendo ahora. La religión se ha concentrado en problemas sociales y éticos a expensas de la experiencia mística.

MOYERS: Entonces, ¿crees que la gran vocación de la religión es la experiencia?

CAMPBELL: Una de las cosas maravillosas del ritual católico es participar en la comunión. Allí te dicen que éste *es* el cuerpo y la sangre del Salvador. Y tú lo tomas, y te vuelves hacia dentro, y Cristo está trabajando dentro de ti. Éste es un modo de inspirar una meditación sobre la experiencia del espíritu en ti. Cuando ves gente que viene de tomar la comunión, parecen transportados hacia dentro, y de veras lo están.

En la India, he visto un anillo rojo puesto alrededor de una piedra, y luego esa piedra es considerada la encarnación del misterio. Suele pensarse en las cosas en términos prácticos, pero podría pensarse en cualquier cosa desde el punto de vista de su misterio. Por ejemplo, esto es un reloj, pero también es una cosa que participa del ser. Podrías apartarlo, rodearlo de un círculo, y considerarlo en esa dimensión. Es lo que se llama la consagración.

MOYERS: ¿Qué quieres decir? ¿Qué puedes hacer con ese reloj que llevas? ¿Qué clase de misterio revela?

CAMPBELL: Es una cosa, ¿no?

MOYERS: Sí.

CAMPBELL: ¿Sabes en realidad qué es una cosa? ¿En qué se fundamenta? Es algo que está en el tiempo y el espacio. Piensa qué misterioso es el hecho de que algo sea. El reloj se vuelve el centro de una meditación, el centro del misterio inteligible del ser, que está en todas partes. El reloj es ahora el centro del universo. Es el punto alrededor del cual gira el mundo.

MOYERS: ¿Adónde te lleva la meditación?

CAMPBELL: Eso depende del talento que tengas.

MOYERS: Hablas de lo «trascendente». ¿Qué es lo trascendente? ¿Qué le pasa a uno en lo trascendente?

CAMPBELL: «Trascendente» es un término técnico de la filosofía, traducido de dos modos diferentes. En la teología cristiana se refiere a Dios como algo más allá, o fuera, del campo de la naturaleza. Es el modo materialista de hablar de lo trascendente, porque Dios es pensado como una especie de hecho espiritual que existe en algún lugar allí afuera. Fue Hegel quien habló de nuestro dios antropomorfo como el vertebrado gaseoso... una idea de Dios que sostienen muchos cristianos. O bien es pensado como un anciano con barba, de humor no muy apacible. Pero «trascendente» significa propiamente lo que está más allá de todos los conceptos. Kant nos dice que todas nuestras experiencias están limitadas por el tiempo y el espacio. Tienen lugar dentro del espacio, y tienen lugar en el curso del tiempo.

El tiempo y el espacio forman las sensibilidades que limitan nuestra experiencia. Nuestros sentidos están presos en el campo del tiempo y el espacio, y nuestras mentes están encerradas en un marco de categorías de pensamiento. Pero la cosa definitiva (que no es cosa alguna) con la que tratamos de ponernos en contacto no está encerrada de ese modo. Nosotros la encerramos cuando tratamos de pensarla.

Lo trascendente trasciende a todas estas categorías de pensamiento. Ser y no ser: ésas son categorías. La palabra «Dios» hablando propiamente se refiere a lo

que trasciende a todo pensamiento, pero la palabra «Dios» en sí misma es algo en lo que se piensa.

Tú puedes personificar a Dios de muchos, muchos modos. ¿Hay un dios? ¿Hay muchos dioses? Se trata sólo de categorías del pensamiento. Lo que estás diciendo y tratando de pensar *trasciende* todo eso.

Un problema con «Yahweh», como decían en los viejos textos gnósticos, es que olvidó que era una metáfora. Pensó que era un hecho. Y cuando dijo: «Soy Dios», se oyó una voz que decía: «Estás equivocado, Samael». «Samael» significa «dios ciego»: ciego a la Luz infinita de la que él es una manifestación histórica local. El episodio es conocido como la blasfemia de Jehová: haberse creído Dios.

MOYERS: Quieres decir que Dios no puede ser conocido.

CAMPBELL: Quiero decir que sea lo que sea lo definitivo, está más allá de las categorías de ser y no ser. ¿Es o no es? Como dijo Buda: «A la vez es y no es; y ni es ni no es». Dios, en tanto que misterio definitivo del ser, está más allá del pensamiento.

Hay una historia maravillosa en uno de los Upanishads sobre el dios Indra. En esa época un gran monstruo había encerrado todas las aguas del mundo, por lo que había una sequía tremenda, y el mundo estaba en muy malas condiciones. A Indra le llevó bastante tiempo advertir que disponía de una caja de rayos y que todo lo que tenía que hacer era lanzar un rayo contra el monstruo y matarlo. Cuando lo hizo, las aguas fluyeron y el mundo se refrescó, y entonces Indra dijo: «Qué gran tipo soy».

Y así, pensando «qué gran tipo soy», Indra va a la montaña cósmica, que es la montaña central del mundo, y decide construir un palacio digno de lo que él es. El carpintero principal de los dioses se pone a trabajar, y en muy poco tiempo deja el edificio en muy buenas condiciones. Pero cada vez que Indra va a inspeccionarlo, se le ocurren ideas más grandes sobre lo espléndido y grandioso que debería ser el palacio. Al fin el carpintero

dice: «Dios mío, los dos somos inmortales, y sus deseos no tienen fin. Estoy preso por la eternidad». Así que decide ir a ver a Brahma, el dios creador, y quejarse.

Brahma está sentado en un loto, símbolo de la energía y la gracia divinas. El loto crece desde el ombligo de Vishnú, que es el dios durmiente, cuyo sueño es el universo. De modo que el carpintero llega al borde del gran estanque de lotos del universo y le cuenta su historia a Brahma. Brahma le dice: «Vete a casa. Yo me encargaré». Brahma baja de su loto y se arrodilla para hablar con el durmiente Vishnú. Vishnú se limita a hacer un gesto y dice algo como: «Escucha, vete, algo sucederá».

A la mañana siguiente, en las puertas del palacio en construcción aparece un hermoso joven negro con muchos niños a su alrededor, admirando su belleza. El portero de la entrada del nuevo palacio corre a informar a Indra, quien dice: «Bien, traedme a ese muchacho». El muchacho es llevado adentro, e Indra, el dios rey, sentado en su trono, dice: «Bienvenido, joven. ¿Qué te trae a mi palacio?».

«Bueno», dice el joven con una voz como el trueno rodando sobre el horizonte, «me han dicho que estás construyendo un palacio como no lo construyó ningún Indra antes de ti.»

«Indras antes de mí, joven...», dice Indra. «¿De qué estás hablando?»

El muchacho dice: «Indras antes de ti. Los he visto ir y venir, ir y venir. Sólo piensa, Vishnú duerme en el océano cósmico, y el loto del universo crece de su ombligo. Sobre el loto se sienta Brahma, el creador. Brahma abre los ojos, y un mundo toma cuerpo y crece, gobernado por un Indra. Brahma cierra los ojos, y el mundo cesa de ser. La vida de un Brahma es de cuatrocientos treinta y dos mil años. Cuando muere, el loto decae, y se forma otro loto, y otro Brahma. Piensa en las galaxias y galaxias en el espacio infinito, cada una con un loto, con un Brahma sentado en él, abriendo los ojos, cerrando los ojos. ¿Y los Indras? Puede haber hombres

sabios en tu corte que se ofrezcan a contar las gotas de agua en los océanos del mundo o los granos de arena en las playas, pero nadie contará los Brahmas, y mucho menos los Indras».

Mientras el muchacho habla, un ejército de hormigas desfila por el suelo. Al verlas, el muchacho se echa a reír; a Indra se le ponen los pelos de punta y le pregunta: «¿De qué te ríes?».

El muchacho responde: «No preguntes si no quieres salir perjudicado».

Indra dice: «Pregunto. Enséñame». (A propósito, ésa es una buena idea oriental: no enseñes hasta que no te hayan hecho una pregunta. Nadie cree tener la misión de instruir a otros.)

Entonces el muchacho señala las hormigas y dice: «Todas ellas fueron Indras. A lo largo de muchas vidas se elevan de las condiciones más bajas a la más alta iluminación. Y entonces sueltan su rayo contra un monstruo y piensan: "Qué gran tipo soy". Y todo empieza otra vez».

Mientras el muchacho habla, entra en el palacio un viejo yogui desharrapado con un parasol de hojas de plátano. Está desnudo salvo por un taparrabos, y en el pecho tiene un pequeño disco de pelos, y la mitad de los pelos en el centro han caído.

El muchacho lo saluda y le pregunta lo que Indra estaba a punto de preguntar: «Anciano, ¿cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Dónde está tu familia? ¿Dónde está tu hogar? ¿Y qué significa esa curiosa constelación de pelo en tu pecho?».

«Bueno», dice el viejo, «mi nombre es Peludo. No tengo casa. La vida es demasiado corta para tener casas. Sólo poseo este parasol. No tengo familia. Me limito a meditar sobre los pies de Vishnú, y pienso en la eternidad, y en la fugacidad del tiempo. ¿Sabes?, cada vez que muere un Indra, desaparece un mundo... desaparece simplemente en un resplandor. Cada vez que muere un Indra, cae un cabello de este círculo en mi pecho. Ya he perdido la mitad. Muy pronto no quedará

ninguno. La vida es muy corta. ¿Para qué construir una casa?»

En ese momento desaparecen los dos. El muchacho era Vishnú, el Señor Protector, y el viejo yogui era Shiva, el creador y destructor del mundo, que habían venido sólo para instruir a Indra, que no es más que un dios en la historia pero cree ser la historia entera.

Indra está sentado en el trono, y se siente completamente desilusionado, totalmente aniquilado. Llama al carpintero y le dice: «No seguiré con la construcción de este palacio. Estás despedido». El carpintero no espera a que se lo digan dos veces. Abandona el trabajo, y la construcción no prosigue.

Indra decide hacerse yogui y meditar sobre los pies del loto de Vishnú. Pero tiene una hermosa reina llamada Indrani. Y cuando Indrani se entera del plan de Indra, va al sacerdote de los dioses y le dice: «Se le ha metido la idea en la cabeza, quiere hacerse yogui».

«Bien», dice el sacerdote, «ven conmigo, querida, nos sentaremos con él y charlaremos sobre el asunto.»

Se sientan ante el trono del rey y el sacerdote dice: «Hace muchos años escribí para ti un libro sobre el arte de la política. Tu posición es la de rey de los dioses. Eres una manifestación del misterio de Brahma en la espiral del tiempo. Eso es un alto privilegio. Aprécialo, hónralo, y vive como si fueras quien en realidad eres. Y además, ahora te escribiré un libro sobre el arte del amor de modo que tú y tu esposa sepáis que en el misterio maravilloso de los dos que son uno, el Brahma también está presente de forma radiante».

Tras esta serie de instrucciones, Indra renuncia a su idea de hacerse yogui y descubre que, en la vida, puede representar lo eterno como un símbolo, podría decirse, de Brahma.

En cierto modo todos nosotros somos los Indras de nuestra propia vida. Puedes hacer una elección, ya sea abandonarlo todo e irte al bosque a meditar, ya sea seguir en el mundo, tanto en la vida de tu trabajo, que es el trabajo principesco de la política y el triunfo, y en la

vida amorosa con tu esposa y tu familia. Es un mito muy bueno, me parece a mí.

MOYERS: Y dice mucho sobre lo que está descubriendo la ciencia, que el tiempo es interminable...

CAMPBELL: ...y que hay galaxias, galaxias y galaxias, y que nuestro Dios —nuestra personificación de Dios y su hijo y el misterio— es para esta pequeña parcela de tiempo.

MOYERS: Pero la cultura siempre ha influido en nuestro pensamiento sobre las cuestiones últimas.

CAMPBELL: La cultura también puede enseñarnos a superar sus conceptos. Es lo que se conoce como iniciación. Una verdadera iniciación acontece cuando el guru te dice: «Santa Claus no existe». Santa Claus es la metáfora de una relación entre padres e hijos. La relación existe, y puede ser experimentada, pero Santa Claus no existe. Santa Claus fue sólo un modo de estimular a los niños en la apreciación de una relación.

La vida, en su esencia misma y carácter, es un terrible misterio; todo este asunto de vivir matando y comiendo. Pero es una actitud infantil decirle no a la vida con todo su dolor, decir que es algo que no debería haber pasado.

MOYERS: Zorba dice: «¿Problemas? La vida toda es un problema».

CAMPBELL: Sólo la muerte no es problemática. La gente me pregunta si soy optimista repecto del mundo. Les respondo: «Sí, es grandioso así como es. Y ustedes no lo mejorarán. Nadie lo ha mejorado nunca. Nunca será mejor de lo que es. Es como es, tómenlo o déjenlo. No lo corregirán ni lo mejorarán».

MOYERS: ¿Eso no lleva a una actitud más bien pasiva ante el mal?

CAMPBELL: Tú mismo eres parte del mal, o no estarías vivo. Cada cosa que haces es mala para alguien. Ésta es una de las ironías de la creación.

MOYERS: ¿Qué decir de la idea de bien y mal en la mitología, de la vida como un conflicto entre las fuerzas de la oscuridad y las fuerzas de la luz?

CAMPBELL: Es una idea zoroástrica, que nos llegó por intermedio del judaísmo y el cristianismo. En otras tradiciones, el bien y el mal son relativos a la posición en que te encuentras. Lo que es bueno para uno es malo para otro. Y tú juegas tu papel, no retirándote del mundo cuando comprendes qué horrible es, sino viendo que este horror es nada más que el telón de fondo de una maravilla: un *mysterium tremendum et fascinans.*

«Toda la vida es dolor» es la primera sentencia de Buda, y es verdad. No sería vida si no estuviera comprometida con el tiempo, que es dolor, por ser pérdida, pérdida y más pérdida. Debes decirle sí a la vida y verla como magnífica en este sentido; pues seguramente así es como la planeó Dios.

MOYERS: ¿De veras lo crees?

CAMPBELL: Es puro goce así como es. No creo que haya habido nadie que lo planeara, pero así es como salió. James Joyce tiene una frase memorable: «La historia es una pesadilla de la que estoy tratando de despertar». Y el modo de despertarse de ella es no tener miedo y reconocer que todo esto, tal como es, es una manifestación del poder horrendo de toda creación. Los finales de las cosas son siempre dolorosos. Pero el dolor es parte del hecho de que haya un mundo.

MOYERS: Pero si aceptaras eso como conclusión última, no te molestarías en hacer leyes o luchar o...

CAMPBELL: No he dicho eso.

MOYERS: ¿No es la conclusión lógica de aceptar todo tal como es?

CAMPBELL: No es la conclusión *necesaria.* Puedes decir: «Quiero participar en esta vida, me uniré al ejército, iré a la guerra» o cualquier otra cosa.

MOYERS: «Lo haré lo mejor que pueda.»

CAMPBELL: «Participaré en la representación. Es una ópera maravillosa, maravillosa... salvo que hace daño.»

La afirmación es difícil. Siempre afirmamos con condiciones. Afirmo el mundo a condición de que sea como Santa Claus me dijo que sería. Pero afirmarlo

tal como es... ahí está lo difícil, y de eso tratan los rituales. El ritual es la participación grupal en el acto más odioso, que es el acto de la vida: matar y comer a otro ser viviente. Lo hacemos juntos, y así es en la vida. El héroe es el que viene a participar en la vida con valor y decencia, según el modo de la naturaleza, no según el modo del rencor, la desilusión o la venganza personales.

La esfera de acción del héroe no es lo trascendente sino el aquí y ahora, el campo del tiempo, del bien y el mal, de los pares de opuestos. Siempre que se sale de lo trascendente, se entra en el campo de los opuestos. Uno ha comido del árbol del conocimiento, no sólo del bien y el mal, sino de macho y hembra, de correcto e incorrecto, de esto y aquello, y de luz y oscuridad. Todo en el campo del tiempo es dual: pasado y futuro, muerto y vivo, ser y no ser. Pero el par definitivo en la imaginación es macho y hembra, el macho agresivo y la hembra receptiva, el macho guerrero, la hembra soñadora. Son los reinos del amor y de la guerra, Eros y Tánatos según Freud.

Heráclito dijo que para Dios todas las cosas son buenas, correctas y justas, pero para el hombre algunas cosas están bien y otras no. Cuando eres un hombre, estás en el campo del tiempo y las decisiones. Uno de los problemas de la vida es vivir asumiendo ambos términos, decir: «Conozco el centro, y sé que el bien y el mal son simplemente aberraciones momentáneas y que, a ojos de Dios, no hay diferencia».

MOYERS: Es la idea de los Upanishads: «No es macho, ni hembra, ni tampoco neutro. Cualquiera que sea el cuerpo que asuma, de ese cuerpo se servirá».

CAMPBELL: Exacto. Por eso Jesús dice: «No juzgues y no serás juzgado». Es decir, colócate en la posición del Paraíso antes de pensar en términos de bueno y malo. No se dicen cosas así en los púlpitos. Pero uno de los grandes desafíos de la vida es decirle «sí» a esa persona o ese acto o esa condición que a tu mente le parece la más abominable.

MOYERS: ¿La más abominable?

CAMPBELL: Hay dos aspectos en una cosa así. Uno es tu juicio en el campo de la acción, y el otro es tu juicio como observador metafísico. No puedes decir que no debería haber serpientes venenosas, porque la vida es así. Pero en el campo de la acción, si ves una serpiente venenosa a punto de morder a alguien, la matas. Esto no es decirle no a la serpiente, es decirle no a esa situación. Hay un verso maravilloso en el Rig Veda que dice: «Sobre el árbol [esto es, el árbol de la vida, el árbol de tu propia vida] hay dos pájaros, íntimos amigos. Uno come el fruto del árbol, y el otro, sin comer, observa». El que come el fruto del árbol está matando un fruto. La vida vive de la vida, y de eso se trata. Un pequeño mito de la India cuenta la historia del gran dios Shiva, el señor cuya danza es el universo. Tenía como esposa a la diosa Parvathi, hija del rey de la montaña. Vino a él un monstruo y le dijo: «Quiero a tu esposa como amante». Shiva se indignó, así que simplemente abrió su tercer ojo y cayeron rayos sobre la tierra provocando humo y fuego, y cuando el humo se disipó, apareció otro monstruo, flaco, con melena de león flameando en las cuatro direcciones. El primer monstruo vio que el monstruo flaco estaba a punto de comerlo. Ahora, ¿qué haces tú en una situación como ésa? El consejo tradicional es ponerse a merced de la deidad. Así que el monstruo dijo: «Shiva, me pongo a tus pies». Pues bien, en este juego de los dioses hay reglas. Cuando alguien se pone a tu merced, debes tener piedad.

Entonces Shiva dijo: «Mi clemencia te ampara. Monstruo flaco, no lo comas».

«Bien», dijo el monstruo flaco, «¿qué hago entonces? Tengo hambre. Me diste hambre para devorar a este tipo.»

«Bueno», dijo Shiva, «cómete a ti mismo.»

Así que el monstruo flaco empezó por sus pies a comer y a comer... Esta es una imagen de la vida viviendo de la vida. Al fin no había quedado nada del

monstruo flaco salvo la cara. Shiva le miró la cara y dijo: «Nunca vi mayor demostración que ésta de lo que es la vida. Te llamaré Kirtimukha, rostro de gloria». Y podrás ver esa máscara, ese rostro de gloria, en los portales de los santuarios de Shiva y también en templos budistas. Shiva le dijo a la cara: «El que no te reverencie es indigno de venir a mí». Debes decirle sí a este milagro de la vida tal como es, no con la condición de que siga tus reglas. De otro modo, nunca alcanzarás la dimensión metafísica.

Una vez, en la India, pensé que me gustaría encontrarme cara a cara con un guru o maestro importante. Así que fui a ver a un maestro célebre llamado Sri Krishna Menon, y lo primero que me dijo fue: «¿Tienes una pregunta?».

En esta tradición el maestro siempre responde preguntas. No te dice nada que no estés dispuesto a escuchar. Así que le dije: «Sí, tengo una pregunta. Si en el pensamiento hindú todo en el universo es una manifestación de la divinidad, ¿cómo podríamos decirle que no a cualquier cosa en el mundo? ¿Cómo podríamos decirle no a la brutalidad, a la estupidez, a la vulgaridad, a la maldad?».

Y respondió: «Para ti y para mí... el camino es decir sí».

Tras lo cual tuvimos una magnífica charla sobre este tema de la afirmación de todas las cosas. Y me confirmó en el sentimiento que ya tenía de que ¿quiénes somos nosotros para juzgar? Creo que ésta es una de las grandes enseñanzas, también, de Jesús.

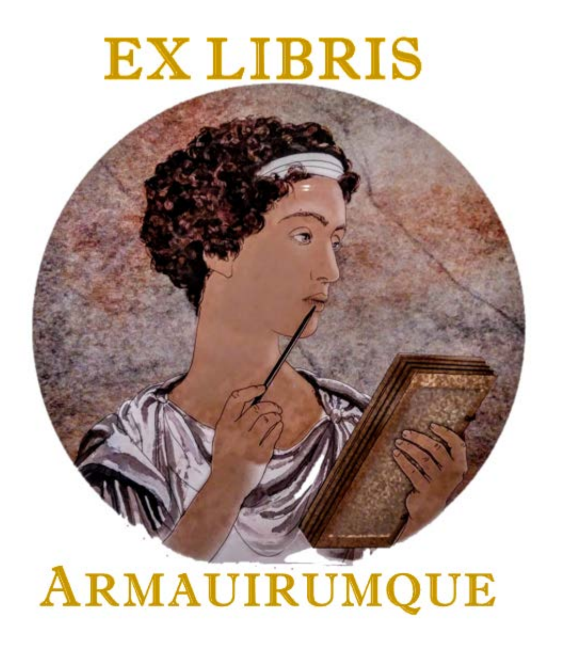
MOYERS: En la doctrina cristiana clásica, el mundo material debe ser despreciado y la vida redimida más allá, en el cielo, donde te darán tu recompensa. Pero tú dices que si afirmas lo mismo que deploras, estás afirmando el mismo mundo que es nuestra eternidad en el momento.

CAMPBELL: Sí, es lo que estoy diciendo. La eternidad no es un tiempo que vendrá después. La eternidad no es ni siquiera un tiempo muy largo. La eternidad no tiene

nada que ver con el tiempo. La eternidad es esa dimensión del aquí y ahora que interrumpe todo pensamiento en términos temporales. Y si no la consigues aquí, no la tendrás en ninguna parte. El problema con el cielo es que allí lo estarás pasando tan bien que ni siquiera pensarás en la eternidad. Simplemente tendrás esa delectación interminable en la visión beatífica de Dios. Pero la experiencia de la eternidad aquí y ahora, en todas las cosas, ya pienses de ellas que son buenas o malas, es la función de la vida.

MOYERS: Eso es todo.

CAMPBELL: Eso es todo.



III

LOS PRIMEROS NARRADORES

Los enviados animales del Poder Invisible ya no sirven, como en los tiempos primitivos, para enseñar y guiar a la humanidad. Osos, leones, elefantes, íbices y gacelas están en jaulas en nuestros zoológicos. El hombre ya no es el recién llegado en un mundo de praderas y bosques inexplorados, y nuestros vecinos más cercanos ya no son las bestias salvajes sino otros seres humanos, compitiendo por bienes y espacio en un planeta que gira sin cesar alrededor de la bola de fuego de una estrella. Ni corporal ni mentalmente habitamos el mundo de esas razas cazadoras de los milenios paleolíticos, a cuyas vidas y estilos de vida les debemos, sin embargo, las formas mismas de nuestros cuerpos y las estructuras de nuestras mentes. Los recuerdos de sus enviados animales deben seguir dormidos, de algún modo, dentro de nosotros; pues se despiertan un poco y se agitan cuando nos aventuramos en terreno silvestre. Se despiertan aterrorizados cuando suena el trueno. Y vuelven a despertarse, con un sentimiento de reconocimiento, cuando entramos en cualquiera de esas grandes cuevas pintadas. Sea cual sea la oscuridad interior a la que descendieron en sus trances los chamanes de esas cavernas, la misma sombra debe habitar dentro de nosotros, y la visitamos de noche cuando dormimos.

JOSEPH CAMPBELL
The Way of the Animal Powers

MOYERS: ¿Crees que tenía razón el poeta Wordsworth cuando escribió «Nuestro nacer no es sino sueño y olvido: / el alma que surge con nosotros, la estrella de nuestra vida, / se ha puesto en otro horizonte / y ha venido de muy lejos»? ¿Crees que es así?

CAMPBELL: Sí. Pero no creo que haya un olvido total, es decir, los nervios de nuestro cuerpo transportan los recuerdos que dieron forma a la organización de nuestro sistema nervioso de acuerdo con ciertas circunstancias ambientales y demandas del organismo.

MOYERS: ¿Qué le deben nuestras almas a los antiguos mitos?

CAMPBELL: Los antiguos mitos tenían por función armonizar la mente y el cuerpo. La mente puede extraviarse por extraños caminos y querer cosas que el cuerpo no quiere. Los mitos y ritos fueron medios para poner la mente de acuerdo con el cuerpo, y el modo de vida de acuerdo con el modo que dicta la naturaleza.

MOYERS: ¿De modo que esas viejas historias viven en nosotros?

CAMPBELL: Claro que sí. Los estadios del desarrollo humano son hoy los mismos que en los tiempos antiguos. En tu infancia eres educado en un mundo de disciplina, de obediencia, y además dependes de los otros. Todo esto debe ser trascendido cuando llegas a la madurez, de manera que puedas vivir no en dependencia sino con una autoridad responsable de sí misma. Si no puedes cruzar ese umbral, tienes la base de la neurosis. Y cuando ha terminado la batalla de conquistar el mundo, viene la de renunciar a él: la crisis del retiro, del desprendimiento.

MOYERS: ¿Y al final la muerte?

CAMPBELL: Y al final la muerte. Es el retiro final. De modo que el mito debe servir a ambos fines, el de inducir al joven a la vida de este mundo (es la función de la sabiduría popular), y después ayudar a retirarlo. La sabiduría popular contiene la sabiduría elemental, que te guía en tu propia vida interior.

MOYERS: Y estos mitos me dicen cómo han hecho el pasaje otros, y cómo puedo hacerlo yo.

CAMPBELL: Sí, y también te dirán cuáles son las bellezas a lo largo del camino. Esto es algo que siento ahora, avanzando por mis últimos años. Los mitos me ayudan a hacerlo.

MOYERS: ¿Qué clase de mitos? Dime uno que te haya ayudado realmente.

CAMPBELL: La tradición de la India, por ejemplo, que manda cambiar enteramente tu modo de vestir, e inclusive cambiarte el nombre, cuando pasas de un estadio a otro. Cuando me jubilé de la enseñanza, supe que debía crear un modo de vida nuevo, y cambié mi modo de pensar sobre mi vida, según esa idea hindú: pasé de la esfera de la acción a la esfera del disfrute y la apreciación y la contemplación de la maravilla de todo.

MOYERS: ¿Y después viene ese pasaje final por la puerta oscura?

CAMPBELL: Bueno, eso no es problema. El problema hacia la mitad de la vida, cuando el cuerpo ha llegado a su apogeo de poder y empieza a declinar, está en identificarse no con el cuerpo, que decae, sino con la conciencia de la que el cuerpo es vehículo. Esto es algo que aprendí de los mitos. ¿Qué soy? ¿Soy la lamparilla que transporta la luz, o soy la luz de la que la lamparilla es el vehículo?

Uno de los problemas psicológicos del envejecimiento es el miedo a la muerte. La gente no le abre la puerta a la muerte. Pero este cuerpo es un vehículo de la conciencia, y si puedes identificarte con la conciencia, puedes ver a este cuerpo como un viejo automóvil. Aquí pierde el parachoques, más allá un neumático, una cosa tras otra... pero es predecible. Y entonces, gradualmente, el todo desaparece, y la conciencia se reúne con la conciencia. Deja de hallarse en este contexto particular.

MOYERS: De modo que estos mitos tienen algo que decir sobre la senectud. Lo preguntaba porque muchos de estos mitos tratan sobre jóvenes hermosos.

CAMPBELL: Es el caso de los mitos griegos. Cuando pensamos en mitología, solemos pensar o bien en la mitología griega o en la mitología bíblica. Hay una clase

de humanización del material mítico en estas dos culturas. Hay un acento muy fuerte sobre lo humano, y en los mitos griegos, especialmente, sobre la humanidad y gloria de la hermosa juventud.

Pero también aprecian la edad madura. En el mundo griego el viejo sabio existe como un personaje muy respetado.

MOYERS: ¿Y las otras culturas?

CAMPBELL: No destacan tanto la belleza de la juventud.

MOYERS: Has dicho que la imagen de la muerte es el comienzo de la mitología. ¿Qué quieres decir con eso?

CAMPBELL: Las primeras pruebas de algo parecido al pensamiento mitológico están asociadas con sepulturas.

MOYERS: ¿Y sugieren que los hombres y mujeres vieron la vida, y después no la vieron, y se preguntaron por esta diferencia?

CAMPBELL: Debió de ser algo así. Sólo debes imaginarte cuál sería tu propia experiencia. Los entierros con armas y sacrificios para asegurar la continuación de la vida... sugieren que hubo una persona que estaba viva y cálida frente a ti, que ahora está ahí tendida, fría y empezando a pudrirse. Había algo ahí que ya no está. ¿Dónde está ahora?

MOYERS: ¿Cuándo crees que los humanos descubrieron la muerte por primera vez?

CAMPBELL: Descubrieron la muerte por primera vez cuando empezaron a ser humanos, porque morían. Los animales tienen la experiencia de ver morir a sus compañeros. Pero, por lo que sabemos, no le dedican ningún pensamiento especial. Y no hay pruebas de que los humanos hayan pensado en la muerte de un modo significativo hasta el periodo de Neanderthal, cuando empiezan a aparecer en las tumbas armas y sacrificios animales.

MOYERS: ¿Qué representan estos sacrificios?

CAMPBELL: Imposible saberlo con certeza.

MOYERS: Haz una suposición.

CAMPBELL: Trato de no hacer suposiciones. Sabes, tenemos una enorme cantidad de información sobre este tema, pero hay un punto donde la información cesa. Y hasta que no aparece la escritura, no sabes qué estaba pensando la gente. Todo lo que tienes son restos significativos de un tipo u otro. Puedes extrapolar hacia atrás, pero eso es peligroso. No obstante, sabemos que los entierros siempre implican la idea de una continuación de la vida más allá de la vida visible, de un plano de ser que está detrás del plano visible, y que de algún modo fundamenta el plano visible en el que nos movemos. Yo diría que éste es el tema básico de toda mitología: que hay un plano invisible fundamentando el plano visible.

MOYERS: Lo que sabemos se fundamenta en lo que no sabemos.

CAMPBELL: Sí. Y esta idea de fundamento invisible también está conectada con la sociedad en que uno vive. La sociedad ya existe antes que nosotros, y sigue existiendo después de nosotros, y sólo somos un miembro de ella. Los mitos que te vinculan con tu grupo social, los mitos tribales, afirman que eres un órgano del organismo mayor. La sociedad misma es un órgano de un organismo mayor, que es el paisaje, el mundo en el que se mueve la tribu. El tema principal en el ritual es la vinculación del individuo a una estructura morfológica más amplia que la de su propio cuerpo físico.

El hombre vive matando, y, debido a ello, existe un sentimiento de culpa. Los entierros sugieren que mi amigo ha muerto, y que sobrevive. Los animales que he matado también deben sobrevivir. Los primitivos cazadores solían tener una especie de divinidad animal; el nombre técnico sería el de señor animal, el animal que es el modelo de su especie. El señor animal envía el rebaño para que el cazador lo mate.

Ya ves, el mito básico de la caza se fundamenta en una especie de contrato entre el mundo animal y el humano. El animal da su vida voluntariamente, en el entendimiento de que su vida trasciende la entidad física

y volverá al suelo o a la madre mediante algún ritual de restauración. Y este ritual de restauración está asociado con el principal animal de caza. Para los indios de las praderas norteamericanas, fue el búfalo. En la costa noroeste los grandes festejos están relacionados con el salmón. Cuando vas a Sudáfrica, encuentras como principal animal al antílope.

MOYERS: Y el animal principal es el...

CAMPBELL: ...el que proporciona alimento.

MOYERS: De modo que en las primitivas sociedades cazadoras creció, entre seres humanos y animales, un vínculo que exigía que uno fuera consumido por el otro.

CAMPBELL: Así es la vida. El hombre es un cazador, y el cazador es un animal de presa. En los mitos, el animal de presa y el animal que es la presa juegan dos papeles de importancia. Representan dos aspectos de la vida: el aspecto agresivo, asesino, conquistador, creador, y el aspecto pasivo.

MOYERS: La vida misma. ¿Qué sucede en la relación entre el cazador y el cazado?

CAMPBELL: Tal como sabemos por la vida de los bosquimanos y por la relación de los norteamericanos nativos con el búfalo, es una relación de reverencia, de respeto. Por ejemplo, los bosquimanos del África viven en un mundo desierto. Es una vida muy dura, y cazar en ese ambiente es muy difícil. Hay muy poca madera para hacer arcos grandes y poderosos. Los bosquimanos tienen arcos pequeñitos, y el alcance de una flecha es poco más de treinta metros. Por lo demás, la flecha penetra muy débilmente. Puede hacer poco más que atravesar la piel de un animal. Pero los bosquimanos aplican un veneno prodigiosamente poderoso en la punta de la flecha de modo que estos hermosos animales, los antílopes, mueren con grandes dolores en un día y medio. Después de que el animal ha sido alcanzado con la flecha y está muriendo dolorosamente por el veneno, los cazadores tienen que cumplir ciertos tabús que les impiden hacer esto o aquello en una especie de «mística participatoria»,

una participación mágica en la muerte del animal, cuya carne se ha vuelto la vida de ellos, y cuya muerte han provocado. Hay una identificación, una identificación mitológica. Matar no es una simple carnicería, es un acto ritual, como lo es comer cuando rezas al sentarte a la mesa. Un acto ritual es un reconocimiento de tu dependencia del don voluntario de esta comida por parte del animal que ha entregado su vida. La caza es un ritual.

MOYERS: Y un ritual expresa una realidad espiritual.

CAMPBELL: Expresa el acuerdo con el camino de la naturaleza, no simplemente con mi propio impulso personal.

Me han dicho que cuando los bosquimanos cuentan sus historias de animales, imitan con la boca la forma del hocico de las distintas especies, pronunciando las palabras como las habrían pronunciado ellos. Tienen un conocimiento íntimo de estas criaturas, y relaciones de buena vecindad.

Y después matan a algunos ejemplares para comérselos. Sé de rancheros que tienen una vaca mascota además del ganado corriente. Jamás comerían la carne de esa vaca porque sería un acto de canibalismo, como comer la carne de un amigo. Pero los aborígenes comían la carne de sus amigos todo el tiempo. Debía obtenerse alguna especie de compensación psicológica, y los mitos ayudan en ese sentido.

MOYERS: ¿Cómo?

CAMPBELL: Estos primeros mitos ayudan a la mente a participar sin sentimiento de culpa o de miedo en un acto necesario para la vida.

MOYERS: Y estas grandes historias siempre se refieren a esta dinámica de un modo u otro: la caza, el cazador, la presa, y el animal como amigo, como mensajero de Dios.

CAMPBELL: Exacto. Normalmente el animal cazado se convierte en el animal que es el mensajero de lo divino.

MOYERS: Y tú te revelas como cazador matando al mensajero.

CAMPBELL: Matando al dios.

MOYERS: ¿Eso no provoca culpa?

CAMPBELL: No, el mito se ocupa de limpiar el sentimiento de culpa. Matar al animal no es un acto personal. Estás realizando el trabajo de la naturaleza.

MOYERS: ¿El mito limpia la culpa?

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: Pero en ocasiones debes sentir cierto rechazo ante tu propio acto. Reconocer que, en realidad, no quieres matar a ese animal.

CAMPBELL: El animal es el padre. Sabes lo que dice la teoría freudiana, que el enemigo es el padre, si eres hombre. Si eres un niño, todo enemigo está potencialmente, psicológicamente asociado con la imagen paterna.

MOYERS: ¿Piensas que el animal se transformó en la imagen paterna de Dios?

CAMPBELL: Sí. Es un hecho que la actitud religiosa hacia el animal principal es de reverencia y respeto, y no sólo eso: de sumisión a la inspiración de ese animal. El animal es el que aporta los dones: el tabaco, la pipa mágica y todo eso.

MOYERS: ¿Piensas que esto (matar al animal que es un dios, o mensajero de un dios) perturbó al hombre primitivo?

CAMPBELL: Sin duda alguna. Por ello inventamos los ritos.

MOYERS: ¿Qué clase de ritos?

CAMPBELL: Rituales de apaciguamiento y de agradecimiento al animal. Por ejemplo, cuando se mata al oso, hay una ceremonia en la que se le da de comer un trozo de su propia carne. Luego hay una pequeña ceremonia con la piel del oso colocada sobre una especie de soporte, como si estuviera presente, y está presente, ofrece su propia carne para ser comida. Arde un fuego... y el fuego es la diosa. Y hay una conversación entre el dios de la montaña, que es el oso, y la diosa fuego.

MOYERS: ¿Qué se dicen?

CAMPBELL: Quién sabe. Nadie los oye, pero ellos charlan durante un rato.

MOYERS: Si los osos de las cuevas no fuesen apaciguados, los animales no aparecerían, y los cazadores primitivos se habrían muerto de hambre. Empezaron a percibir una especie de poder del que dependían, un poder mayor que el de ellos.

CAMPBELL: Sí. Es el poder del señor animal, la voluntad de los animales de participar en este juego. En los pueblos cazadores del mundo entero encuentras una relación muy íntima y apreciativa con el animal principal que proporciona alimento. Nosotros mismos, cuando nos sentamos a comer, le damos gracias a Dios por darnos la comida. Esta gente era agradecida con el animal.

MOYERS: De modo que apaciguar al animal con este rito de adoración sería algo así como darle propina al carnicero en el supermercado.

CAMPBELL: No, no creo que pueda compararse con una propina. Es agradecer a un amigo por colaborar en una relación mutua. Y si no se lo agradecieses, la especie se podría ofender.

Hay descripciones de rituales de caza muy particulares. Antes de salir a matar, el cazador planta en lo alto de una colina un retrato del animal que va a matar. Esa colina estará situada de tal manera que la iluminen los primeros rayos del sol naciente. Cuando el sol asoma, el cazador está esperando allí con un pequeño grupo de personas para realizar los ritos. Y cuando la luz da sobre el retrato del animal, la flecha del cazador vuela sobre ese rayo de luz y se clava en el animal dibujado, y la mujer presente para asistirlo alza las manos y grita. Entonces el cazador parte y mata al animal. Y la flecha dará en el sitio preciso donde dio en el cuadro. A la mañana siguiente, cuando sale el sol, el cazador borra el animal. Esto es algo que hacía en nombre del orden natural, no en nombre de su intención personal.

Ahora bien, hay otra historia, en una esfera totalmente diferente de la sociedad, de un samurai, un

guerrero japonés, que tenía el deber de vengar la muerte de su señor. Cuando acorraló al hombre que había asesinado a su señor, y estaba a punto de matarlo con la espada samurai, el hombre acorralado, en su terror, escupió a la cara del guerrero. Y el guerrero envainó la espada y se marchó.

MOYERS: ¿Por qué?

CAMPBELL: Porque se había enfadado, y si hubiera matado a ese hombre con rencor, habría sido un acto personal. Y él había venido a hacer otro tipo de acto, un acto impersonal de venganza.

MOYERS: ¿Piensas que esta clase de impersonalidad jugaba algún papel en la mentalidad del cazador de las Grandes Praderas?

CAMPBELL: Sí, sin duda alguna. Porque, ¿no es acaso un problema moral matar a alguien y comérselo? Esta gente no pensaba en los animales como pensamos nosotros, como una subespecie más. Los animales son, por lo menos, nuestros iguales, y a veces nuestros superiores.

El animal tiene poderes de los que el humano carece. El chamán, por ejemplo, tendrá con frecuencia un familiar animal, es decir, el espíritu de alguna especie animal que será su maestro y su apoyo.

MOYERS: Pero si los humanos empiezan a ser capaces de imaginar, de ver la belleza y de crear belleza a partir de esa relación, entonces se vuelven superiores a los animales, ¿no?

CAMPBELL: Bueno, no creo que estén pensando tanto en la superioridad como en la igualdad. Le piden consejo a los animales, y el animal se convierte en el modelo de cómo vivir. En ese caso, es superior. Y a veces el animal deviene el dador de un ritual, como en las leyendas de los orígenes del búfalo. Por ejemplo, puedes ver claramente esta igualdad en la leyenda básica de la tribu de los pies negros, que es la leyenda de origen de sus danzas rituales del búfalo, en las que invocan la cooperación de los animales en el juego de la vida.

MOYERS: ¿Cómo era eso?

CAMPBELL: Bueno, esta historia surge del problema de cómo encontrar comida para un gran grupo tribal. Un modo de conseguir comida para el invierno era arrear una manada de búfalos a un acantilado de modo que cayeran y fuera fácil matarlos allá abajo. Esto es conocido como «la caída del búfalo».

Esta historia es de una tribu pies negros que no podía conseguir que los búfalos fueran hacia el acantilado. Los búfalos se acercaban al borde, daban media vuelta y se volvían, de modo que parecía como si la tribu fuera a quedarse sin comida para ese invierno.

Un día, la hija de una de las familias más influyentes se levantó temprano por la mañana para traer el agua de la familia y casualmente miró el acantilado. Allí arriba estaban los búfalos. Y dijo: «Oh, si os arrojaseis, me casaría con uno de vosotros».

Para su sorpresa, todos comenzaron a arrojarse. Claro, ésa fue la sorpresa número uno. Sorpresa número dos: uno de los viejos búfalos, el chamán del rebaño, se le acerca y dice: «Muy bien, nena, vámonos».

«Oh, no», dice ella.

«Oh, sí», dice él, «has hecho una promesa. Nosotros cumplimos nuestra parte del trato. Mira, todos mis parientes están ahí, muertos. Ahora vámonos.»

Bueno, la familia se levanta y buscan, ¿y dónde está Minnehaha? El padre mira el suelo, y ya sabes cómo son los indios: ve las huellas, y dice: «Se fue con un búfalo. Yo iré a rescatarla».

Así que se calza sus mocasines de caminar, toma su arco y sus flechas y todo lo demás, y parte hacia la pradera. Ya ha recorrido una buena distancia cuando siente que le conviene sentarse y descansar. Así que se sienta, y está pensando en lo que debería hacer cuando aparece la urraca, uno de esos pájaros inteligentes que tienen cualidades chamánicas.

MOYERS: Cualidades mágicas.

CAMPBELL: Sí. Y el indio le dice: «Oh, hermoso pájaro, ¿es cierto que mi hija huyó con un búfalo? ¿La has

visto? ¿Me harías el favor de fijarte y ver si la encuentras en algún sitio de las praderas?».

Y la urraca dice: «Bueno, hay una chica muy guapa con los búfalos en este momento, aquí cerca, a poca distancia».

«Bien», dice el hombre, «¿podrías decirle que su padre está aquí, en el abrevadero de los búfalos?»

La urraca vuela y encuentra a la chica, que está entre los búfalos. Todos duermen, y ella está tejiendo o haciendo algo por el estilo. Y la urraca se acerca, y le dice: «Tu padre está allá en el abrevadero, esperándote».

«Ay», dice ella, «es terrible. Es muy peligroso. Estos búfalos nos matarán. Dile que espere, y lo alcanzaré. Trataré de arreglármelas.»

Su marido búfalo, que está a su lado, se despierta y se saca el cuerno y le dice: «Ve al abrevadero y tráeme agua».

Ella toma el cuerno y baja, y allí está su padre, que la coge por el brazo y le dice: «¡Vamos!».

Pero ella dice: «No, no. no. ¡Corremos un gran peligro! Nos perseguirá todo el rebaño. Tengo que arreglarlo de otro modo. Ahora déjame volver».

De modo que toma el agua y vuelve. Y el búfalo dice: «Humm, huelo la sangre de un indio»... ya sabes, esa clase de cosas. Y ella dice no, no hay nadie. Y él dice: «¡Sí que hay!». Y suelta un bramido de búfalo, y todos los búfalos se levantan y ejecutan una danza lenta, con las colas levantadas, y van al abrevadero, atrapan al pobre hombre y lo matan hasta hacerlo desaparecer enteramente. Queda destrozado. Nada de él. La chica llora, y el marido búfalo le dice: «De modo que lloras».

«Sí», dice ella, «es mi padre.»

«Bien», dice él, «pero, ¿y nosotros? Ahí están nuestros hijos, al pie del acantilado, nuestras esposas, nuestros padres... y tú aquí, llorando por el tuyo.» Bueno, al parecer era una especie de búfalo compasivo, porque dijo: «De acuerdo, si puedes devolverle la vida a tu padre, te dejaré ir».

La chica se vuelve hacia la urraca y le dice: «Por favor, busca un poco y mira si puedes encontrar algún resto de papá». Y la urraca lo hace, y al fin viene con una vértebra, nada más que un huesecito. Y la chica dice: «Con eso basta». Y pone el hueso en tierra y lo cubre con su manta y canta una canción revivificadora, un canto mágico de gran poder. Y de pronto... sí, hay un hombre bajo la manta. Mira. «¡Es papá!» Pero todavía no respira. Le canta unas estrofas más, y él se pone de pie.

Los búfalos están asombrados. Y dicen: «Bueno, ¿por qué no lo haces para nosotros? Te enseñaremos nuestra danza de búfalos, y cuando hayas matado a nuestras familias, baila esta danza y canta este canto, y volveremos a vivir».

Y ésa es la idea básica: que por medio del ritual se alcanza esa dimensión que trasciende la temporalidad y de la cual viene la vida, y a la cual vuelve.

MOYERS: ¿Qué sucedió hace cien años cuando vino el hombre blanco y exterminó a este animal tan venerado?

CAMPBELL: Fue una violación sacramental. En las pinturas de George Catlin, de comienzos del siglo pasado, puedes ver en las Grandes Praderas del Oeste centenares de miles de búfalos, cubriendo literalmente la tierra. Y después, a lo largo del siguiente medio siglo, los pioneros, equipados con rifles de repetición, mataron rebaños enteros, sólo para tomar la piel y venderla, y dejando que se pudrieran los cuerpos. Fue un sacrilegio.

MOYERS: El búfalo dejó de ser un ser reverenciado...

CAMPBELL: ...y se convirtió en una cosa.

MOYERS: Los indios se dirigían al búfalo como a un objeto de reverencia.

CAMPBELL: Para los indios todo lo que tenía vida era sagrado: los árboles, las piedras, todo. Tú puedes dirigirte a cualquier cosa como algo superior, y si lo haces sentirás el cambio en tu propia psicología. El yo que ve un ser superior no es el mismo yo que ve simples cosas. Y cuando hay guerra entre las personas, el problema de los periódicos es transformar esas personas en cosas.

MOYERS: Esto sucede en el matrimonio también, ¿no? Y sucede con los niños.

CAMPBELL: A veces lo sagrado se convierte en un mero objeto, y ya no sabes cuál es la relación que te une a él. La relación de los indios con los animales está en contraste con nuestra relación con los animales, pues nosotros los vemos como una forma inferior de vida. La Biblia nos dice que somos los amos. Para los cazadores, como ya he dicho, el animal es, en muchos aspectos, superior. Un indio pawnee dijo: «En el comienzo de todas las cosas la sabiduría y el conocimiento estaban en el animal. Pues Tirawa, El Que Está Arriba, no habló directamente al hombre. Envió algunos animales para decirle a la Humanidad que él se manifestaba a través de las bestias. Y que de ellos, así como de las estrellas y el sol y la luna, el hombre debía aprender».

MOYERS: De modo que es en esta etapa del hombre cazador cuando empezamos a sentir que se agita la imaginación mítica, la maravilla ante las cosas.

CAMPBELL: Sí. Hay un estallido de arte magnífico y todas las pruebas que necesitamos de una imaginación mítica en plena forma.

MOYERS: ¿Alguna vez observas estos primitivos objetos de arte y piensas no en el arte, sino en un hombre o mujer pintándolo o creándolo? Yo suelo pensar... ¿fue un hombre o una mujer?

CAMPBELL: Es lo primero que te sucede cuando entras a esas antiguas cavernas. ¿Qué había en la mente de los que crearon esas imágenes? ¿Cómo llegaron a esos sitios? ¿Y cómo podían ver? La única luz que tenían era una pequeña antorcha trémula.

Y con respecto al problema de la belleza... ¿esta belleza fue intencionada? ¿O es algo que surge de la expresión natural de un hermoso espíritu? ¿Es intencional la belleza del canto de un pájaro? ¿En qué sentido es intencional? ¿O es sólo la expresión del pájaro, la belleza del espíritu del pájaro, podría decirse? Suelo hacerme estas preguntas respecto de este arte. ¿En qué medida la intención del artista fue lo que podríamos

llamar «estética» o en qué grado expresiva? ¿Y en qué medida el arte es algo que ellos simplemente habían aprendido a hacer de ese modo?

Cuando una araña hace una tela hermosa, la belleza viene de la naturaleza de la araña. Es belleza instintiva. ¿Cuánta de la belleza de nuestras propias vidas proviene de la belleza de estar con vida? ¿Cuánta es consciente e intencional? Es una gran pregunta.

MOYERS: Dime lo que recuerdas de tu primera visión de esas cavernas pintadas.

CAMPBELL: No quieres salir. Entras a una cámara enorme, como una gran catedral, con todos esos animales pintados. La oscuridad es inconcebible. Teníamos luces eléctricas, pero un par de veces el guía las apagó, y te aseguro que nunca había estado en una oscuridad más negra en mi vida. Era... no sé, una desorientación absoluta. No sabes dónde estás, si estás mirando al norte, al sur, al este o al oeste. Se pierde toda referencia, y te encuentras en una oscuridad que nunca ha visto el sol. Después vuelven a encender las luces, y ves esos animales gloriosamente pintados. Y están pintados con la vivacidad de la tinta sobre seda como en una pintura japonesa, algo así. Un toro que debe de medir seis metros de largo, pintado de modo tal que sus grupas queden representadas por una saliente de la roca. Todo lo tenían en cuenta.

MOYERS: Las has llamado cavernas-templo.

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: ¿Por qué?

CAMPBELL: Un templo es un paisaje del alma. Cuando entras en una catedral, entras a un mundo de imágenes espirituales. Es el vientre materno de tu vida espiritual, la madre iglesia. Todas las formas que te rodean tienen significado en términos de valor espiritual.

Ahora bien, en una catedral la imaginería es antropomórfica. Dios y Jesús y los santos tienen todos formas humanas. Y en las cavernas las imágenes tienen forma animal. Pero es lo mismo, créeme. La forma es secundaria. Lo importante es el mensaje.

MOYERS: ¿Y cuál es el mensaje de las cavernas?

CAMPBELL: El mensaje de las cavernas habla de la relación del tiempo con los poderes eternos, algo que de alguna manera debe ser experimentado en ese lugar.

MOYERS: ¿Para qué eran usadas esas cavernas?

CAMPBELL: Los estudiosos han pensado que tal vez tuvieran algo que ver con la iniciación de los varones jóvenes como cazadores. Esos jóvenes debían aprender no sólo a cazar sino cómo respetar a los animales, qué rituales realizar y cómo ser hombres, ya no niños, en sus propias vidas. Esas cacerías eran muy, muy peligrosas. Estas cavernas son los auténticos santuarios para los ritos donde los chicos pasaban de ser hijos de sus madres a ser hijos de sus padres.

MOYERS: ¿Qué me sucedería a mí como niño si pasara por uno de esos rituales?

CAMPBELL: Bueno, no sabemos qué hacían en las cavernas, pero sabemos qué hacen los aborígenes de Australia. Cuando un joven se pone un poco ingobernable, un día vienen los hombres, que van desnudos salvo por unas rayas de plumón blanco de ave que se han pegado al cuerpo usando su propia sangre como cola. Vienen balanceándose al son de rugidos de toro, que son las voces de los espíritus, y estos hombres vienen como espíritus.

El joven tratará de refugiarse en su madre, y ella simulará tratar de protegerlo. Pero los hombres se lo llevan. Una madre ya no le sirve, ¿sabes? No puedes volver a la Madre, ya estás en otro terreno.

Entonces los muchachos son llevados al territorio sagrado de los hombres, y se los hace pasar por una verdadera ordalía: circuncisión, subincisión, beber sangre humana, etcétera. Así como han bebido leche de la madre cuando niños, ahora beben sangre de hombre. Se están convirtiendo en hombres. Mientras esto tiene lugar, se representan episodios de los grandes mitos. Se los instruye en la mitología de la tribu. Después, al final de todo esto, son devueltos a la aldea, donde ya ha sido elegida la chica con la que han de casarse. El niño ha vuelto como hombre.

Ha sido apartado de su infancia, y su cuerpo ha sido escarificado, o bien se han realizado la circuncisión y la subincisión. Ahora tiene un cuerpo de hombre. Después de semejante espectáculo, no hay posibilidad de que retorne a su infancia.

MOYERS: No se vuelve a la Madre.

CAMPBELL: No, pero en nuestra sociedad no tenemos nada equivalente. Puedes ver hombres de cuarenta y cinco años que siguen tratando de ser obedientes con su padre. Tienen que ir a un psicoanalista, que hace el trabajo por ellos.

MOYERS: O van al cine.

CAMPBELL: Ése podría ser nuestro equivalente de la representación mitológica, salvo que no se pone en acción el mismo tipo de pensamiento en la producción de una película que en la producción de un ritual iniciático.

MOYERS: No, pero dada la ausencia de rituales iniciáticos, que en gran medida han desaparecido de nuestra sociedad, el mundo de la imaginación tal como se proyecta en la pantalla sirve, aun defectuosamente, para contar la historia, ¿no es así?

CAMPBELL: Sí, pero lo lamentable para nosotros es que mucha de la gente que escribe estas historias no tiene el menor sentido de su responsabilidad. Sus historias están formando y rompiendo vidas. Pero las películas se hacen sólo para ganar dinero. Ha desaparecido ese tipo de responsabilidad implícita en el sacerdocio. Ése es uno de nuestros problemas hoy.

MOYERS: Hoy no tenemos ningún ritual de ese tipo, ¿no?

CAMPBELL: Me temo que no. Por eso los jovencitos se los inventan ellos mismos, y por eso nos encontramos con bandas callejeras y todo eso; una autoiniciación.

MOYERS: El mito se vincula directamente con la ceremonia y el ritual tribal, y la ausencia de mito puede significar el fin del ritual.

CAMPBELL: Un ritual es la representación de un mito. Al participar en un ritual, estás participando en un mito.

MOYERS: ¿Qué significa la ausencia de estos mitos para los jóvenes de hoy?

CAMPBELL: Bueno, el rito de la confirmación es el equivalente actual de estos mitos. Si eres un joven católico, eliges tu nombre de confirmación, el nombre con el que serás confirmado. Pero en lugar de escarificarte y sacarte un diente y todo eso, el obispo sonríe y te da una palmadita en la mejilla. Se ha reducido a eso. No te ha sucedido nada. El equivalente judío es el *bar mitzvah*. Que funcione o no como transformación psicológica dependerá del caso individual, supongo. Pero en los viejos tiempos no había problema. El joven salía de la ceremonia con un cuerpo diferente, y había pasado realmente por algo serio.

MOYERS: ¿Qué pasa con las mujeres? La mayor parte de las figuras en la caverna-templo son hombres. ¿Se trataría de una especie de sociedad secreta para hombres?

CAMPBELL: No era una sociedad secreta, era lo que debían superar los jóvenes varones. Por supuesto ignoramos qué pasaba exactamente con la mujer en aquel periodo, porque tenemos muy pocos indicios que nos lo digan. Pero en las culturas primitivas actuales la joven se vuelve mujer con su primera menstruación. Es algo que le sucede. Lo hace la naturaleza.Y así ha pasado la transformación, ¿y cuál es su iniciación? Lo típico es encerrarse en una pequeña choza cierta cantidad de días y comprender lo que es.

MOYERS: ¿Cómo lo hace?

CAMPBELL: Se queda allí sentada. Ahora es una mujer. ¿Y qué es una mujer? Una mujer es un vehículo de vida. La vida se ha apoderado de ella. La mujer es eso: dadora de nacimiento y de alimento. En sus poderes se identifica con la diosa tierra, y tiene que comprenderlo por sí misma. El varón no experimenta un suceso de ese tipo, así que tiene que hacerse hombre y devenir por propia voluntad sirviente de algo más grande que él.

MOYERS: Ahí es donde empieza a operar, por lo que sabemos, la imaginación mítica.

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: ¿Cuáles eran los temas principales de esa era? ¿La muerte?

CAMPBELL: El misterio de la muerte es uno de ellos, y equilibra el tema del misterio de la vida. Es el mismo misterio en sus dos aspectos. El tema siguiente es la relación de esto con el mundo animal, que muere y vuelve a vivir.

Después aparece el motivo de procurarse sustento. La relación de la mujer con la naturaleza del mundo exterior reside ahí. Después debemos tomar en cuenta el problema de la transformación de los niños en adultos. Esa transformación es una preocupación fundamental en la vida ritual de los pueblos. Lo tenemos hoy. Está el problema de transformar unos niños ingobernables, que expresan únicamente los impulsos ingenuos de la naturaleza, en miembros de la sociedad. Eso implica un gran esfuerzo. Aquellos pueblos primitivos no podían tolerar a nadie que no siguiera las reglas. La sociedad no habría podido soportarlos. Los habrían matado.

MOYERS: ¿Porque constituían una amenaza para la salud de todos?

CAMPBELL: Claro, por supuesto. Eran como un cáncer, algo que estaba destruyendo el cuerpo. Aquellos grupos tribales estaban siempre en el límite de la supervivencia.

MOYERS: Y aun allí, en el borde, empezaron a hacer las preguntas fundamentales.

CAMPBELL: Sí. Pero la actitud frente a la muerte no era en absoluto como la nuestra. La idea de un mundo trascendente era considerada realmente en serio.

MOYERS: Una parte importante del antiguo ritual era que te hacía miembro de la tribu, miembro de la comunidad, miembro de la sociedad. La historia de la cultura occidental ha sido la separación incesante del individuo y la sociedad. «Yo» primero, el individuo primero.

CAMPBELL: Yo no diría que eso es característico de la cultura occidental, porque la separación no es la separación de una entidad biológica desnuda. Siempre

ha existido, hasta fecha reciente, el interés espiritual. Cuando ves viejas imágenes de la toma de posesión del presidente de los Estados Unidos, lo ves usando sombrero de copa. El mismo presidente Wilson, en su tiempo, usó un sombrero de copa. No lo usaba en su vida corriente. Pero, como Presidente, le da a su presencia un aspecto ritual. Hoy día el presidente prefiere mostrarse como un vecino cualquiera con el que te encuentras en el campo de golf y te pones a charlar sobre si habrá o no bombas atómicas. Es otro estilo. Ha habido una reducción de ritual. Hasta en la Iglesia Católica Romana, Dios santo, han traducido la misa del idioma ritual a un idioma que posee asociaciones cotidianas. El latín de la misa era una lengua que te *sacaba* del campo de lo cotidiano. El altar miraba hacia el presbiterio, de modo que el sacerdote te daba la espalda, y tú lo acompañabas saliendo de ti mismo. Ahora han girado el altar... parece un ama de casa enseñando una receta de cocina... todo muy doméstico y amable.

MOYERS: Y tocan la guitarra.

CAMPBELL: Tocan la guitarra. Han olvidado que la función del ritual es elevarte, no mantenerte en el nivel en que estás habitualmente.

MOYERS: Así como el ritual de la ceremonia del matrimonio te eleva al nivel del otro.

CAMPBELL: Claro. Pero los rituales, que antes eran portadores de una realidad interior, ahora sólo son meras formas. Eso es cierto tanto para los rituales de la sociedad como para los ritos personales del matrimonio.

MOYERS: Puedo entender por qué, en algunos aspectos, la instrucción religiosa se ha vuelto obsoleta para mucha gente.

CAMPBELL: Con relación al ritual, éste ha de mantenerse con vida. Muchos de nuestros rituales han muerto. Es extremadamente interesante leer sobre las culturas primitivas, elementales, cómo transforman continuamente los cuentos populares, los mitos, en función de las

circunstancias. Los pueblos se trasladan de un área donde, digamos, la vegetación es el sostén principal, y pasan a las praderas. La mayoría de nuestros indios de las praderas en el periodo del uso del caballo habían formado parte originalmente de la cultura del Mississippi. Vivían a lo largo del río en ciudades establecidas y aldeas de explotación agrícola.

Y entonces recibieron el caballo de los españoles, que les hizo posible aventurarse en las llanuras y lanzarse a la caza del búfalo. En ese momento, la mitología se transforma de una mitología de la vegetación en una mitología del búfalo. Puedes ver la estructura de las primitivas mitologías de vegetación subyacentes en las mitologías de los indios dakota y los pawnee y los kiowa y muchos otros.

MOYERS: ¿Quieres decir que el medio conforma la historia?

CAMPBELL: El pueblo responde al ambiente. Pero ahora tenemos una tradición que no responde al ambiente; viene de otra parte, del primer milenio antes de Cristo. No ha asimilado las cualidades de nuestra cultura moderna, así como las nuevas cosas que son posibles y la nueva visión del universo.

El mito debe mantenerse con vida. Los que pueden mantenerlo con vida son los artistas de una u otra clase. La función de los artistas es la mitologización del ambiente y el mundo.

MOYERS: ¿Quieres decir que los artistas son los creadores de mitos de nuestro tiempo?

CAMPBELL: Los creadores de mitos de los tiempos remotos fueron el equivalente de nuestros artistas.

MOYERS: Realizan las pinturas en las paredes, practican los ritos.

CAMPBELL: Sí. En alemán hay una vieja idea romántica, *das Volk dichtet,* que dice que las ideas y la poesía de las culturas tradicionales vienen del pueblo. No es así. Proceden de una experiencia de élite, la experiencia de gente particularmente dotada, cuyos oídos están abiertos al canto del universo. Esta gente le habla al

pueblo, y hay una respuesta del pueblo, que luego es recibida como interacción. Pero el primer impulso en la conformación de una tradición folklórica viene de arriba, no de abajo.

MOYERS: En esas tempranas culturas elementales, como las llamas, ¿quién pudo ser el equivalente del poeta actual?

CAMPBELL: Los chamanes. El chamán es la persona, hombre o mujer, que a fines de su infancia o comienzos de su juventud tiene una abrumadora experiencia psicológica que lo impulsa totalmente hacia dentro. Es una especie de derrumbe esquizofrénico. Todo el inconsciente se abre, y el chamán cae en él. Esta experiencia chamanística ha sido descrita muchas, muchas veces. La encontramos en el mundo entero, desde Siberia hasta Tierra del Fuego.

MOYERS: Y el éxtasis es una parte de ella.

CAMPBELL: Así es.

MOYERS: La danza hasta caer en el trance, por ejemplo, de la sociedad bosquimana.

CAMPBELL: Ahí tienes un ejemplo fantástico. Los bosquimanos viven en un mundo desierto. Es una vida muy dura, una vida de una tensión extraordinaria. Los sexos están disciplinadamente separados. Sólo en la danza los dos se reúnen. Y se reúnen de este modo. Las mujeres se sientan en círculo o en un grupito cerrado y se dan palmadas en los muslos, creando un ritmo para los hombres que bailan a su alrededor. Las mujeres son el centro alrededor del cual danzan los hombres. Y controlan la danza y lo que hacen los hombres con su canto y palmadas.

MOYERS: ¿Qué significa que la mujer controle la danza?

CAMPBELL: Bueno, la mujer es la vida, y el hombre es el sirviente de la vida. Ésa es la idea básica en estas cosas. Durante el movimiento circular, que continúa toda la noche, uno de los hombres súbitamente se desvanece. Experimenta lo que podría llamarse una posesión. Pero se lo describe como un relámpago, una clase

de resplandor que pasa de la zona pélvica, por la espina, hasta la cabeza.

MOYERS: Lo describes en tu libro *The Way of the Animal Powers*... Aquí está...

CAMPBELL: «Cuando cantan, yo danzo. Entro en la tierra. Voy a un lugar como si se tratara de un punto donde se bebe agua. Viajo mucho, muy lejos.» Está en trance, y ésta es una descripción de una experiencia. «Cuando salgo a la superficie, ya estoy trepando. Estoy trepando por hebras, las hebras que hay allá en el sur. Asciendo por una y la dejo, después trepo por otra. Más tarde la dejo y asciendo por otra... Y cuando llegas a la casa de Dios, te haces pequeño. Te has vuelto pequeño. Eres pequeño al entrar en la casa de Dios. Haces lo que tienes que hacer allí. Después vuelves a donde están todos, y ocultas tu cara. Ocultas la cara para no ver nada. Te acercas y te acercas y te acercas y al fin vuelves a entrar en tu cuerpo. Todos los que se han quedado atrás te están esperando, y te temen. Entras, entras a la tierra, y vuelves a la piel de tu cuerpo. Y dices "¡he-e-e-e!". Ése es el sonido que indica la vuelta al cuerpo. Después empiezas a cantar. Los maestros-*ntum* te rodean.» *Ntum* es el poder sobrenatural. «Ellos cogen polvo y te lo soplan en la cara. Te cogen la cara y la abofetean por ambos lados. Así es como puedes volver a vivir. Amigos, si ellos no te hacen eso te mueres... Simplemente te mueres y quedas muerto. Amigos, esto es lo que hace, este *ntum* que he hecho, este *ntum* que danzo.»

¡Cielo santo! Este tipo tuvo una experiencia totalmente distinta de un campo de la conciencia. En estas experiencias están, podría decirse, volando en los aires.

MOYERS: Después de eso se accede a la condición de chamán.

CAMPBELL: No en esta cultura. Se convierte en el bailarín de trance. Todos los hombres, potencialmente, pueden tener trances.

MOYERS: ¿Hay algo análogo a esto en la experiencia de nuestra cultura? Estoy pensando en los renacidos de nuestra cultura sureña.

CAMPBELL: Tiene que haber algún parecido. Se trata de una experiencia real de tránsito por la tierra hasta el reino de una imaginería mitológica, hasta Dios, el asiento del poder. No sé cómo será la experiencia de los renacidos cristianos. Supongo que los visionarios medievales, que tuvieron visiones de Dios y nos narraron historias, al regresar, habrán tenido una experiencia comparable.

MOYERS: Hay una sensación de éxtasis en esta experiencia, ¿no es así?

CAMPBELL: Tal como la cuentan, siempre es un éxtasis.

MOYERS: ¿Has visto alguna vez uno de esos ritos? ¿Una de esas ceremonias? ¿Has conocido ese tipo de éxtasis o lo has presenciado?

CAMPBELL: No. Tengo amigos que han estado muchas veces en Haití y han participado en ceremonias de vudú en las que algunas personas eran poseídas. Y hay danzas donde se simula el éxtasis. Había una vieja idea de enloquecerse en la guerra, de excitar a los guerreros antes de entrar en la batalla. Realmente debían de experimentar una especie de locura en la batalla, algo así como un frenesí guerrero.

MOYERS: ¿Es ésta la única manera en que podemos experimentar el inconsciente?

CAMPBELL: No, hay otra manera que surge, como una ruptura, entre gente que no pensaba de ese modo... y de pronto les llega, bang, de repente.

MOYERS: Y el que haya tenido esta experiencia psicológica, esta experiencia traumática, este éxtasis, será el intérprete para otros de cosas no vistas.

CAMPBELL: Será el intérprete de la herencia de la vida mitológica, podría decirse, sí.

MOYERS: ¿Y qué lo empuja a eso?

CAMPBELL: El mejor ejemplo que conozco y que podría ayudarnos a responder tu pregunta es la experiencia de Alce Negro.

Alce Negro era un niño Sioux de unos nueve años. Sucedió antes de que la caballería blanca se hubiera

enfrentado a los sioux, que eran el gran pueblo de las praderas. El chico cayó enfermo, psicológicamente hablando. Su familia cuenta la típica historia del chamán. El muchacho empieza a temblar, y queda inmovilizado. La familia está terriblemente preocupada, y envía a buscar a un chamán que ha tenido la experiencia en su propia juventud; le pide que actúe como una especie de psicoanalista para que saque al niño del trance. Pero en lugar de liberarlo de las deidades, el chamán lo adapta a ellas, y las deidades a él. Es un problema diferente al del psicoanálisis. Creo que fue Nietzsche quien dijo: «Ten cuidado, cuando expulses a los demonios, de no expulsar lo mejor que hay en ti». Aquí, las deidades que han aparecido (o bien llamémoslas «poderes») son retenidas. La conexión se mantiene, no se rompe. Y estos hombres, después, serán los consejeros espirituales y los ofrecedores de dones de su pueblo.

Bueno, lo que sucedió con este niño fue que tuvo una visión profética sobre el terrible futuro de su tribu. Fue una visión de lo que él llamó «el aro» de la nación. En la visión, Alce Negro vio que el aro de su nación era uno entre otros muchos aros, cosa que no hemos aprendido del todo todavía. Vio la interrelación de todos los aros, de todas las naciones en gran procesión. Pero más que eso, la visión fue una experiencia de sí mismo pasando por los campos de la imaginería espiritual de su cultura, y asimilando su importancia. Llega a una gran formulación, que para mí es la clave de la comprensión del mito y los símbolos. Dice: «Me vi en la montaña central del mundo, en el lugar más alto, y tuve una visión porque veía lo sagrado del mundo». Y la montaña sagrada central era Harney Peak, en Dakota del Sur. Y después dice: «Pero la montaña central está en todas partes».

He ahí una auténtica comprensión mitológica. Distingue entre la imagen de culto local, Harney Peak, y su connotación como el centro del mundo. El centro del mundo es el *axis mundi,* el punto central, el eje alrededor del cual todo gira. El punto central del mundo es el punto donde la quietud y el movimiento se unen. El

movimiento es tiempo, pero la quietud es eternidad. Comprender cómo este momento de tu vida es realmente un momento de eternidad y experimentar el aspecto infinito de lo que estás haciendo en la experiencia temporal, eso es la experiencia mitológica.

Entonces, ¿la montaña central del mundo es Jerusalén? ¿Roma? ¿Benarés? ¿Lhasa? ¿Ciudad de México?

MOYERS: Este muchacho indio estaba diciendo que hay un punto de resplandor donde se cortan todas las líneas.

CAMPBELL: Es exactamente lo que estaba diciendo.

MOYERS: ¿Y decía también que Dios no tiene circunferencia?

CAMPBELL: Hay una definición de Dios que ha sido repetida por muchos filósofos. Dios es una esfera inteligible (una esfera que conoce la mente, no los sentidos) cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia se halla en ninguna. Y el centro, Bill, es esa silla en la que estás sentado. Y el otro centro es la silla donde yo estoy sentado. Y cada uno de nosotros es una manifestación de ese misterio. Es una buena idea mitológica que te da un sentido de quién eres y qué eres.

MOYERS: Es una metáfora, una imagen de la realidad.

CAMPBELL: Sí. Lo que aquí tenemos es algo que podría traducirse en el más crudo individualismo, si no comprendemos que el centro también está allí donde se encuentra la otra persona. Es el modo mitológico de ser un individuo. Eres la montaña central, y la montaña central está en todas partes.

IV

SACRIFICIO Y BIENAVENTURANZA

Si buscas la bienaventuranza, caminas por un sendero que ha estado ahí todo el tiempo, esperándote, y la vida que deberías estar viviendo es la que estás viviendo. Dondequiera que estés, si vas en pos de tu bienaventuranza, estás gozando de esa renovación, de esa vida que hay dentro de ti, continuamente.

MOYERS: Lo que me llama la atención cuando leo lo que has escrito sobre el impacto del medio sobre los relatos es que estos pueblos (los pueblos de las praderas, los cazadores, los pueblos de las selvas, los cultivadores) están participando en su paisaje. Son parte de su mundo, y cada elemento de su mundo es sagrado para ellos.

CAMPBELL: La santificación del paisaje local es una función fundamental de la mitología. Esto puedes verlo muy claramente entre los navajos, que identificarán una montaña del norte, una montaña del sur, una montaña del este, una montaña del oeste y una montaña central. En una tienda navajo, la entrada siempre da al este. El fuego está en el centro, que corresponde a un centro cósmico, con el humo saliendo por el agujero del techo de modo que el aroma del incienso vaya a las narices de los dioses. El paisaje, el espacio en que se vive, se convierte en un icono, un cuadro sagrado. Dondequiera que estés, estarás relacionado con el orden cósmico.

Cuando contemples una pintura navajo en arena, habrá una figura envolvente, que puede representar un

espejismo o el arco iris o cualquier cosa, pero siempre será una figura que rodeará al resto, con una apertura al este para que el espíritu nuevo pueda entrar. Cuando Buda se sentó bajo la higuera sagrada, miraba al este, que es la dirección del sol naciente.

MOYERS: En mi primer viaje a Kenia visité, en lo que había sido la orilla de un lago, un asentamiento primitivo, y me quedé hasta la caída de la noche, sintiendo la presencia de toda la creación; bajo el cielo nocturno, en ese lugar inmenso, sentía que pertenecía a algo antiguo, algo que en gran medida seguía vivo.

CAMPBELL: Creo que es Cicerón quien dice que cuando entras en un bosque muy alto, se te hace evidente la presencia de la divinidad. En todas partes hay bosques sagrados. Recuerdo que siendo un niño pequeño, yo adoraba un gran árbol muy viejo en el bosque, pensando: «Tú sí que has visto cosas». Creo que este sentimiento de la presencia de la creación es un instinto básico del hombre. Pero ahora vivimos en una ciudad. Todo es piedra y cemento, todo fabricado por manos humanas. Tendrás un mundo diferente si creces en un bosque con las ardillas y los búhos. Ahí todas las cosas te rodean como presencias, representando fuerzas y poderes y posibilidades mágicas de vida que no son tuyas y, sin embargo, son parte de la vida, y es algo que se abre a ti. Entonces oyes el eco dentro de ti, porque tú eres parte de la naturaleza. Cuando un indio sioux tomaba el calumet, la pipa, la tendía con la boquilla hacia el cielo de modo que el sol fumara primero. Y después se dirigía siempre a los cuatro puntos cardinales. En ese marco espiritual, cuando te diriges al horizonte, al mundo en el que estás, estás en tu lugar en el mundo. Es un modo diferente de vivir.

MOYERS: En *The Mythic Image* caracterizas el centro de transformación como aquel lugar sagrado donde los muros temporales puedan disolverse para revelar una maravilla. ¿Qué significa tener un lugar sagrado?

CAMPBELL: Hoy día es una necesidad absoluta para todos. Debes tener un cuarto, o una cierta hora o rato

del día, donde no sepas lo que dicen los periódicos de la mañana, ni quiénes son tus amigos, ni qué debes ni qué te deben. Es un lugar donde simplemente puedes experimentar y sacar a luz lo que eres y lo que podrías ser. El lugar de la incubación creativa. Al principio puede parecerte que ahí no sucede nada. Pero si tienes un lugar sagrado y lo usas, con el tiempo algo sucederá.

MOYERS: Ese lugar sagrado hace por ti lo que las praderas hicieron por el cazador.

CAMPBELL: Para ellos el mundo entero era un lugar sagrado. Pero nuestra vida se ha vuelto tan económica y práctica en su orientación que, cuando eres adulto, las exigencias del momento sobre ti son tan grandes que apenas si sabes dónde diablos estás, o qué es lo que te proponías. Siempre estás haciendo algo que te exigen. ¿Cuál es tu estadio de felicidad? Debes tratar de hallarlo. Enciende el tocadiscos y pon una música que realmente adores, aun cuando sea una música barata que nadie se tome en serio. O lee el libro que más te gusta. En tu lugar sagrado tienes el sentimiento de «adoración» ante la vida que aquellos pueblos tenían respecto del mundo entero en el que vivían.

MOYERS: Hemos hablado del impacto del paisaje en la gente. Pero ¿qué hay del efecto de la gente sobre el paisaje?

CAMPBELL: La gente reclama la tierra creando lugares sagrados, mitologizando los animales y plantas: ocupan la tierra con poderes espirituales. Se vuelve como un templo, un lugar para la meditación. Por ejemplo, los navajo hicieron un trabajo maravilloso en la mitologización de animales. En las pinturas de arena navajo puedes ver pequeños animales, cada uno con su propio valor. Ahora bien, estos animales no son representados de forma natural. Están estilizados. Y la estilización se refiere a sus características espirituales, no a las meramente físicas. Hay una mosca grande, por ejemplo, que a veces vendrá volando a posarse sobre tu hombro cuando estés caminando por el desierto. En los mitos navajo es conocida como la Gran Mosca, también

como Pequeño Viento. Les susurra a los jóvenes héroes las respuestas a todas las preguntas que les hacen los padres cuando los ponen a prueba. Gran Mosca es la voz del espíritu sagrado revelando la sabiduría oculta.

MOYERS: ¿Y cuál es la finalidad de todo esto?

CAMPBELL: Reclamar la tierra. Transformar la tierra en la que vivían en un lugar de importancia espiritual.

MOYERS: Entonces, cuando Moisés contemplaba la Tierra Prometida, no estaba haciendo más que lo que otros líderes espirituales han hecho por sus pueblos. Estaba reclamando esa tierra.

CAMPBELL: Sí. Recuerda la historia del sueño de Jacob. Cuando Jacob se despierta, el lugar se vuelve Bethel, la casa de Dios. Jacob ha reclamado ese lugar con una cierta significación espiritual. Es el lugar donde Dios sembró sus energías.

MOYERS: ¿Existen actualmente sitios sagrados en este continente?

CAMPBELL: Ciudad de México era un sitio sagrado, una de las grandes ciudades del mundo antes de que los españoles la destruyeran. Cuando los españoles vieron por primera vez Ciudad de México, o Tenochtitlán, era una ciudad más grande que cualquiera de las de Europa. Y era una ciudad sagrada, con grandes templos. Ahora la catedral católica ocupa el sitio donde se alzaba el templo del sol. Ahí tienes un ejemplo de reclamo de la tierra por parte de los cristianos. Transforman el mismo paisaje en su paisaje poniendo su templo donde estaba el otro templo.

Nuestros padres peregrinos, por ejemplo, le dieron nombre a los lugares a partir de nombres bíblicos. Y alguien en el norte del Estado de Nueva York tenía la *Odisea* y la *Ilíada* en la mente, de donde salieron Itaca, Utica y tantos otros nombres clásicos.

MOYERS: En cierto sentido, se está ungiendo la tierra donde se cree que hay energía que dará vigor a sus habitantes. Hay una relación orgánica entre la tierra y las estructuras que la gente construye sobre ella.

CAMPBELL: Sí, pero eso terminó con la aparición de las metrópolis.

MOYERS: En Nueva York, ahora, hay una competencia para ver quién construye más alto.

CAMPBELL: Es una especie de triunfo arquitectónico. Es la ciudad misma afirmando que somos un centro de poder financiero, y miren lo que podemos hacer. Es una especie de pirueta acrobática de virtuoso.

MOYERS: ¿Dónde están los lugares sagrados hoy?

CAMPBELL: No existen. Sólo quedan unos pocos centros históricos donde la gente puede ir a pensar en algo importante que pasó allí. Por ejemplo, pueden ir a visitar Tierra Santa, porque es la tierra de nuestros orígenes religiosos. Pero toda tierra debería ser santa. Uno debería encontrar el símbolo en el paisaje mismo de las energías de la vida allí presente. Es lo que hacen todas las antiguas tradiciones. Santifican su paisaje.

Es lo que hicieron los primitivos habitantes de Islandia, por ejemplo, en los siglos VIII y IX. Establecieron sus diferentes asentamientos en una relación de distancia de 432.000 pies romanos uno de otro (el 432.000 es un importante número mitológico conocido en muchas tradiciones). Toda la organización del paisaje islandés quedó establecida basándose en esas relaciones cósmicas, de modo que dondequiera que vayas en Islandia, estás, por así decirlo (y si conoces tu mitología), en sintonía con el universo. Es la misma mitología que hallas en Egipto, pero en Egipto la simbología tomó una forma diferente porque Egipto no es circular, Egipto es alargado. De modo que ahí tienes la diosa del cielo como una Vaca Sagrada, con dos pies en el sur y dos en el norte; una idea rectangular, por así decir. Pero la simbolización espiritual de nuestra propia civilización es algo que básicamente se ha perdido. Es por eso que resulta tan maravilloso ir a la pequeña y encantadora ciudad de Chartres, en Francia, donde la catedral sigue dominando al resto, y oír el tañido de las campanas cuando la noche da paso al día, y cuando la mañana llega al mediodía, y otra vez cuando el día se vuelve noche.

Considero a Chartres mi parroquia. He estado allí varias veces. Cuando era estudiante en París pasé un fin de semana entero en la catedral, estudiando incluso sus más pequeñas figuras. Estuve tanto tiempo allí dentro que una vez el portero se me acercó a mediodía y me dijo: «¿Le gustaría subir conmigo a tocar las campanas?». «Claro que me gustaría», le dije. Así que subimos por la torre hasta la gran campana de bronce. Había una pequeña plataforma como un sube y baja. Él se puso en un extremo, y yo en el otro, y había una barra para agarrarnos. Le dio un impulso, y ya estábamos en movimiento. Empezamos a subir y bajar, y el viento nos agitaba el cabello, allá en lo alto de la catedral, y la campana empezó a sonar debajo de nosotros: «Tolón, tolón, tolón». Fue una de las aventuras más emocionantes de mi vida.

Cuando todo terminó, el hombre me hizo bajar y me dijo: «Quiero mostrarle dónde está mi cuarto». Bueno, en una catedral tienes la nave, después el crucero, y después el ábside, y alrededor del ábside está el coro. Me hizo pasar por una puertecita en medio del coro, y allí había una camita y una mesita con una lámpara. Cuando miré por la pantalla del coro, allí estaba la ventana de la Virgen Negra... y allí era donde vivía este hombre. Vivía en estado de constante meditación. Era algo muy hermoso y conmovedor. Desde entonces he vuelto una y otra vez a Chartres.

MOYERS: ¿Y qué encuentras allí?

CAMPBELL: Me devuelve a una época en que estos principios espirituales daban forma a la sociedad. Puedes decir qué es lo que está dando forma a una sociedad fijándote en cuál es el edificio más alto. Cuando te acercas a una ciudad medieval, la catedral es lo más alto que hay. Cuando te acercas a una ciudad del siglo XVIII, es el palacio político el más alto. Y cuando te acercas a una ciudad moderna, los edificios más altos son los de oficinas, los centros de la vida económica.

Si vas a Salt Lake City, verás todo esto ilustrado ante tus propios ojos. Primero se construyó el templo, en el

centro mismo de la ciudad. Es el sitio apropiado porque el templo es el centro espiritual del que fluye todo en todas direcciones. Después el edificio político, el Capitolio, fue construido a un lado, y es más alto que el templo. Y ahora lo más alto de la ciudad es un edificio de oficinas que se ocupa de las finanzas, tanto del templo como del edificio político. Es la historia de la civilizacion occidental. Del gótico, pasando por los periodos magníficos de los siglos XVI, XVII y XVIII, a este mundo económico en el que vivimos hoy.

MOYERS: Entonces, cuando vas a Chartres...

CAMPBELL: ...regreso a la Edad Media. Vuelvo al mundo en el que me crié de niño, el mundo de imágenes espirituales de la Iglesia católica, y es espléndido.

MOYERS: ¿No es pura nostalgia? ¿No es sólo el pasado lo que te conmueve cuando estás ahí?

CAMPBELL: No, es el presente. Esa catedral me habla del alma, del espíritu del mundo. Es un lugar para la meditación, y basta caminar un poco por él, sentarse, mirar tantas cosas hermosas como existen en su interior.

MOYERS: La catedral de Chartres, que tanto amas, expresa una relación del hombre con el cosmos, ¿no es así?

CAMPBELL: Sí. La catedral tiene la forma de una cruz, con el altar en el centro. Es una estructura simbólica. Ahora se construyen iglesias como si fueran teatros. La visibilidad es importante. En la catedral, no existe el menor interés por la visibilidad. La mayor parte de lo que sucede tiene lugar fuera de tu campo de visión. Pero lo importante allí es el símbolo, no el espectáculo. El espectáculo se lo saben todos de memoria. Lo conocen desde los seis años.

MOYERS: ¿Por qué siguen yendo a la catedral entonces?

CAMPBELL: Ahí reside toda la cuestión del mito. ¿Por qué queremos volver a hablar de estas cosas? Porque nos ponen en contacto con la arquetipología esencial de nuestra vida espiritual. Asistir a un ritual día tras días te mantiene en contacto.

MOYERS: Pero ahora no lo hacemos.

CAMPBELL: Hemos perdido contacto con esa clase de preocupaciones. El objetivo de la vida primitiva era vivir en una constante conciencia del principio espiritual. En los palacios asirios, puedes ver una bestia compuesta con cabeza de hombre, cuerpo de león, alas de águila y patas de toro: cuatro signos del zodíaco que han sido reunidos para hacer de ellos guardianes de las puertas.

Estas mismas cuatro bestias, que están asociadas con la visión de Ezequiel, son los cuatro evangelistas en la tradición cristiana. Recuerda la oración: «Mateo, Marcos, Lucas y Juan, bendecid la cama en la que yo duermo». En esta plegaria tú ocupas el centro, el lugar de Cristo, y los cuatro puntos cardinales que te rodean son los cuatro brazos de la cama.

Ahora bien, este mandala representa al Cristo apareciendo desde más allá del Espacio-Tiempo. Estas cuatro bestias representan el velo del Espacio-Tiempo, velando la eternidad, y el Cristo en el centro constituye la ruptura, el segundo nacimiento, la venida del Señor del Mundo del vientre de la diosa universal, el Espacio-Tiempo.

MOYERS: Dices que una catedral como la de Chartres simboliza el conocimiento de un campo de sentido que trasciende la ley y está presente arquitectónicamente no sólo en las formas de la piedra majestuosa sino también en el gran silencio que rodea y habita estas formas.

CAMPBELL: Toda referencia espiritual última lo es al silencio más allá del sonido. El mundo hecho carne es el primer sonido. Más allá de ese sonido está lo desconocido trascendente, lo incognoscible. Puede ser llamado el gran silencio, o el vacío, o la trascendencia absoluta.

MOYERS: Cuando te oigo hablar sobre la manera en que los mitos nos acercan a nuestros lugares sagrados, y de cómo los paisajes conectaron a los primeros seres humanos con el universo, empiezo a pensar que lo sobrenatural, al menos como tú lo entiendes, en realidad es sólo lo natural.

CAMPBELL: La idea de lo sobrenatural como algo que está por encima de lo natural es una idea asesina. En la Edad Media fue ésta la idea que transformó el mundo en algo muy próximo a una tierra baldía, una tierra en que la gente vivía vidas no auténticas, sin hacer nunca algo que realmente quisieran, porque las leyes de lo sobrenatural les exigían que vivieran dominados por el clero. En una tierra baldía, la gente desarrolla propósitos que no son propiamente los de ellos sino que les han sido impuestos como leyes inexcusables. Esto es asesino. La poesía trovadoresca de amor cortesano en el siglo XII constituyó una protesta contra esta violación de la alegría de la vida con coartada sobrenatural. Lo mismo puede decirse de la leyenda de Tristán y de al menos una de las grandes versiones de la leyenda del Grial, la de Wolfram von Eschenbach. El espíritu es en realidad el aroma de la vida. No es algo que flota sobre la vida, sino que surge de la vida. Ésta es una de las cosas más gloriosas en las religiones de la diosa madre, en las que el mundo es el cuerpo mismo de la Diosa, divino en sí, y la divinidad no es algo que dé órdenes desde arriba a una naturaleza caída. Hubo algo de este espíritu en el culto medieval de la Virgen, del que surgieron las hermosas catedrales francesas del siglo XIII.

No obstante, nuestra historia de la expulsión del Paraíso considera corrupta a la naturaleza; y ese mito corrompe para nosotros todo el mundo. Por ser considerada corrupta la naturaleza, todo acto espontáneo es pecado y no debemos ceder a él. Tienes una civilización totalmente diferente y un modo de vivir totalmente distinto si tu mito presenta la naturaleza como caída o si la naturaleza es en sí una manifestación de la divinidad, y el espíritu es la revelación de la divinidad como algo inherente a la naturaleza.

MOYERS: ¿Quién interpreta, para nosotros, hoy, la divinidad inherente a la naturaleza? ¿Quiénes son nuestros chamanes? ¿Quién interpreta para nosotros las cosas no visibles?

CAMPBELL: Es función del artista. El artista es en la actualidad el transmisor del mito. Pero tiene que ser un artista que comprenda la mitología y la humanidad y no simplemente un sociólogo con un programa para ti.

MOYERS: ¿Y qué hay de la gente corriente, de los que no son poetas ni artistas, o que no han gozado de un éxtasis trascendente? ¿Cómo sabemos de estas cosas?

CAMPBELL: Te diré un modo, un modo muy bueno. Siéntate en un cuarto y lee... lee y lee. Y lee libros buenos, escritos por buenos escritores. Tu mente ascenderá a ese nivel, y tendrás un hermoso, suave y prolongado éxtasis. Esta comprensión de la vida puede ser una comprensión constante en tu vida. Cuando encuentres a un autor que realmente te atrape, lee todo lo que haya escrito. No digas «Oh, ahora quiero ver qué hizo fulano», y no te molestes en absoluto con la lista de *best-sellers*. Lee todo lo que este autor tenga para darte. Y después lee lo que él haya leído. Comprobarás que el mundo se abre de un modo consecuente con un cierto punto de vista. En cambio, cuando vayas de un autor a otro, podrás decir la fecha en la que escribió tal poema suyo, pero él no te habrá dicho nada a ti.

MOYERS: De modo que los chamanes funcionaron en las sociedades primitivas como lo hacen ahora los artistas. Entonces desempeñaron un papel mucho más importante que el de ser nada más que...

CAMPBELL: Los chamanes tuvieron el papel que tradicionalmente se les asigna a los sacerdotes en nuestra sociedad.

MOYERS: ¿Los chamanes eran sacerdotes?

CAMPBELL: Hay una diferencia importante, me parece, entre un chamán y un sacerdote. Un sacerdote es un funcionario de tipo social. La sociedad adora a ciertas deidades de cierto modo, y el sacerdote es ordenado como un funcionario para realizar ese ritual. La deidad a la que está consagrado es una deidad que ya estaba allí antes de que él apareciera. Pero los poderes del chamán están simbolizados en sus propios familiares,

deidades de su propia experiencia personal. Su autoridad procede de una experiencia psicológica, no de una ordenación social.

MOYERS: El chamán ha estado en un lugar donde yo no he estado, y me lo explica.

CAMPBELL: También, como en el caso de Alce Negro, el chamán puede traducir algunas de sus visiones en actuaciones rituales para su pueblo. Eso significa trasladar la experiencia interior a la vida externa del pueblo mismo.

MOYERS: ¿Esto fue el comienzo de la religión?

CAMPBELL: Personalmente, creo que así es como empezaron las religiones. Pero es apenas una suposición. En realidad no lo sabemos.

MOYERS: Jesús va al desierto, experimenta una transformación psicológica, vuelve y le dice a la gente: «Seguidme». ¿Algo así sucede en estas culturas elementales?

CAMPBELL: Sí, según los testimonios que tenemos. En casi todas las culturas cazadoras encontramos un aspecto chamánico.

MOYERS: ¿Por qué particularmente entre cazadores?

CAMPBELL: Porque son más individualistas. El cazador es un individuo, en el sentido en que no lo es un granjero. Trabajar la tierra y esperar a que la naturaleza te diga cuándo hacerlo es una cosa, pero salir de caza... Cada cacería es distinta de la anterior. Y los cazadores deben prepararse en habilidades individuales que exigen talentos y capacidades muy especiales.

MOYERS: ¿Y qué pasó con el chamán en la evolución humana?

CAMPBELL: A medida que la vida asentada en aldeas fue adquiriendo importancia, el chamán perdió poder. De hecho, hay una maravillosa serie de historias y mitos de algunos de los indios norteamericanos del sudoeste, navajos y apaches, que eran originariamente cazadores, que descendieron hasta un área donde se había desarrollado la agricultura y pasaron a un sistema agrícola de vida. En sus historias de los orígenes,

hallaremos un típico episodio muy divertido en el que los chamanes caen en desgracia, siendo entonces reemplazados por los sacerdotes. Los chamanes dicen algo que ofende al sol, y el sol desaparece, y entonces dicen: «Ay, no puedo hacer volver al sol». Hacen todos sus trucos, y el relato los describe con una crueldad muy cínica y cómica. Pero sus trucos no sirven para que el sol vuelva. A partir de ahí los chamanes quedan reducidos a una sociedad chamán, una especie de sociedad bufonesca. Son magos con un poder especial, pero ahora su poder está subordinado a una sociedad mayor.

MOYERS: Hablamos del efecto sobre la mitología de las praderas donde se cazaba, ese espacio claramente circunscrito por el horizonte con la gran cúpula del cielo encima. Pero ¿qué pasa con los que vivían en el denso follaje de la jungla? Ahí no hay cúpula del cielo, ni horizonte, ni sentido de la perspectiva... sólo árboles, árboles, árboles.

CAMPBELL: Colin Turnbull cuenta una interesante historia sobre un pigmeo que nunca había estado fuera de la selva, al que llevaron a la cima de una montaña. El pobre hombrecillo estaba aterrorizado. No podía juzgar la perspectiva o la distancia. Pensaba que los animales que veía pastando en la llanura, en la lejanía, estaban cerca, y eran pequeños como hormigas. Se sintió totalmente confundido y volvió corriendo al interior de la selva.

MOYERS: La geografía ha hecho mucho por dar forma a nuestra cultura y a nuestra idea de la religión. El dios del desierto no es el dios de las llanuras...

CAMPBELL: ...ni el dios de la jungla, o mejor los dioses, en plural, de la jungla. Cuando estás en el desierto con un cielo y un mundo, puedes tener una divinidad, pero en la jungla, donde no hay horizonte y nunca ves más allá de diez o doce metros delante de ti, esa idea no existe.

MOYERS: ¿De modo que proyectan su idea de Dios en el mundo?

CAMPBELL: Sí, por supuesto.

MOYERS: Su geografía da forma a su imagen de la divinidad, y después la proyectan y la llaman Dios.

CAMPBELL: Sí. La idea de dios siempre está culturalmente condicionada, siempre. Y aun cuando un misionero aporta lo que él piensa que es Dios, su dios, ese dios se transforma adaptándose a lo que la gente puede considerar como divinidad.

Hay una divertida historia sobre un misionero inglés en Hawai, al que fue a visitar una sacerdotisa de la diosa Pele. Ahora bien, una sacerdotisa de Pele es, en cierto sentido, una encarnación menor de la misma Pele. Así que el misionero estaba realmente hablando con la diosa. Le dijo: «He venido a traerle un mensaje de Dios». Y la sacerdotisa dijo: «Ah, ése es su dios; Pele es el mío».

MOYERS: La idea: «No tendrás otros dioses más que yo», ¿es una idea puramente hebraica?

CAMPBELL: No la he encontrado en ninguna otra parte.

MOYERS: ¿Por qué este dios único?

CAMPBELL: Es algo que no comprendo. Comprendo el énfasis que se pone en la divinidad social local, en gente que está viviendo en un desierto. Tu compromiso entero es con la sociedad que te está protegiendo. La sociedad es siempre patriarcal. La naturaleza es siempre matrilineal.

MOYERS: ¿Piensas que las religiones de diosas emergieron porque, en la domesticación de la raza humana, las mujeres jugaron un papel dominante en las actividades agrícolas de esas primeras sociedades?

CAMPBELL: No hay duda alguna sobre ello. En ese momento, las mujeres se convierten en los miembros más importantes de la sociedad en cuanto a poder mágico.

MOYERS: Había sido el hombre cazador...

CAMPBELL: Sí, y ahora el poder pasa a la mujer. Como su magia es la de dar a luz y alimentar, lo mismo que hace la tierra, su magia da base a la magia de la tierra. En la tradición primitiva, la mujer es la primera

cultivadora. Sólo después, cuando se inventa el arado en los sistemas de cultura avanzada, el hombre pasa a primer plano en la agricultura. Y después la simulación del coito, con el arado abriendo la tierra, se vuelve una figura mítica dominante.

MOYERS: De ahí los diferentes enfoques del mito, que tú has llamado «el camino de los poderes animales», «el camino de la tierra sembrada», «el camino de las luces celestes» y «el camino del hombre».

CAMPBELL: Esto tiene que ver con el sistema simbólico a través del cual la condicion humana normal del tiempo se simboliza, organiza y toma conocimiento de sí misma.

MOYERS: ¿Y qué es lo que valora?

CAMPBELL: Los valores serán resultado de las condiciones que gobiernan la vida. Por ejemplo, el cazador siempre se dirige hacia el animal. Su vida depende de la relación que tenga con los animales. Su mitología se desarrolla hacia el exterior. Pero la mitología agrícola, que tiene que ver con el cultivo de la planta, la siembra, la muerte de la semilla, por así decirlo, y la aparición de la planta nueva, se dirige más hacia dentro. Entre los cazadores fueron los animales los que inspiraron la mitología. Cuando un hombre quería obtener poder y conocimiento, se internaba en la selva, oraba y ayunaba, y entonces venía el animal a enseñarle.

Entre los agricultores, el maestro es el mundo vegetal. El mundo de las plantas es idéntico en sus secuencias a la vida del hombre. De modo que ya ves, ahí hay una relación interior.

MOYERS: ¿Qué pasó con la imaginación mítica cuando los seres humanos pasaron de la caza de animales a la siembra de semillas?

CAMPBELL: Hay una transformación dramática y completa, no sólo de los mitos sino de la mentalidad misma, creo. Un animal es una entidad total, está dentro de una piel. Cuando matas a ese animal, está muerto, es su fin. En el mundo vegetal, en cambio, no existe el individuo completamente contenido en sí mismo. Cortas una

planta, y nace otro retoño. La poda es beneficiosa para la planta. Todo está en constante proceso de ser.

Otra idea asociada con las selvas tropicales es que de la putrefacción viene la vida. He visto maravillosos bosques de pinos californianos con inmensos tocones de enormes árboles cortados décadas atrás. Y de ellos salen esos brillantes hijuelos que son parte de la misma planta. Si cortas un miembro de una planta, le crece otro. Arranca un miembro de un animal, y salvo que sea cierta clase de lagarto, no volverá a crecerle.

Por eso en las culturas selváticas o agrícolas hay un sentido de la muerte que de algún modo no es muerte, una muerte que es necesaria para que la vida se renueve. Y el individuo no es del todo un individuo, es la rama de una planta. Jesús usa esta imagen cuando dice: «Yo soy la viña, y vosotros las ramas». La imagen de la viña es totalmente distinta de la de animales separados. En una cultura agrícola, se practica el cultivo de una planta que será comida.

MOYERS: ¿Qué historias ha inspirado esta experiencia del agricultor?

CAMPBELL: El tema de las plantas comestibles que crecen del cuerpo desmembrado y enterrado de una deidad sacrificada o un personaje ancestral aparece en todo el mundo, pero particularmente en las culturas del Pacífico.

Estas historias sobre plantas penetran en realidad en lo que normalmente consideramos áreas de caza en toda América. La cultura norteamericana es un ejemplo muy claro de la interacción de culturas cazadoras y exclusivamente agrícolas. Los indios eran principalmente cazadores, pero también cultivaban maíz. Una historia algonquina sobre el origen del maíz habla de un niño que tiene una visión. En esta visión ve a un hombre joven que viene a él con plumas verdes en la cabeza y lo invita a ejercitarse en una lucha. Gana, y vuelve al otro día y otra vez gana, y así siempre. Pero un día el joven le dice al niño que la próxima vez él debe matarlo y enterrarlo y cuidar el sitio donde lo haya enterrado. El niño hace lo

que le ordenan, y mata y entierra al hermoso joven. A su debido tiempo, el niño vuelve al sitio y ve el maíz que ha crecido sobre el lugar donde el joven fue enterrado, o plantado, podría decirse.

Ahora bien, este niño ha estado preocupado por su padre, que era cazador pero viejo. El niño se había estado preguntando si no habría otro medio, además de la caza, de conseguir comida. La visión responde a esta preocupación. Y al final del cuento el niño le dice al padre: «Ya no necesitamos salir de caza». Debió de ser un momento muy importante para estos pueblos.

MOYERS: Pero la idea es que el hombre emplumado en la visión tiene que morir y ser enterrado antes de que la planta pueda crecer de los restos de su cuerpo. ¿Esa historia se repite en otras culturas agrícolas?

CAMPBELL: Sí. Un duplicado de esta historia tiene lugar en la Polinesia, por ejemplo. Hay una niña a la que le gusta bañarse en determinado estanque. Una gran anguila también nada en ese mismo estanque, y día tras día, roza el muslo de ella cuando está bañándose. Pero un buen día la anguila se transforma en un joven y se hace su amante por un momento. Después él se va y vuelve, y se vuelve a ir y otra vez vuelve. Pero un día cuando viene, le dice, lo mismo que el hombre emplumado en la historia algonquina: «Ahora, la próxima vez que venga a visitarte, debes matarme, cortarme la cabeza y enterrarla». Ella lo hace, y de su cabeza enterrada crece un cocotero. Y cuando tomas un coco, ves que tiene el tamaño de una cabeza. Puedes ver ojos y los pequeños nódulos que simulan la cabeza. Si hemos de creer lo que nos dice la mayoría de nuestros antropólogos, no hay conexión entre las culturas del Pacífico y las de América Central, de donde proceden nuestros mitos agrícolas.

MOYERS: De modo que tenemos la misma historia naciendo de culturas no relacionadas entre sí. ¿Qué significa esto?

CAMPBELL: Es una de las cosas más asombrosas de estos mitos. He estado trabajando con este material toda

mi vida, y sigo perplejo por lo perfecto de las repeticiones. Es casi como un reflejo, en otro medio, de la misma cosa, de la misma historia. En lugar de cereal, o maíz, es un cocotero.

MOYERS: Lo increíble para mí de estas historias de las culturas agrícolas es que por primera vez hay gente que surge del vientre de la tierra. La imagen del vientre materno reaparece una y otra y otra vez en estas historias.

CAMPBELL: Es especialmente notable en las leyendes del sudoeste norteamericano, donde surgieron los primeros hombres de la tierra. Salieron del agujero de emergencia, y eso se convirtió en el lugar sagrado, el eje central del mundo. Está asociado con una determinada montaña.

La historia dice que había gente en las profundidades, que en realidad no era gente, que ni siquiera sabía que era gente. Uno de ellos rompe un tabú que nadie sabía que era un tabú, y empiezan las inundaciones. Tienen que ascender, salir trepando por una cuerda por el agujero en el techo del mundo... y entonces aparecen en otro mundo. En el relato de una historia, los chamanes se vuelven agresivos en su modo de pensar e insultan al sol y a la luna, que entonces desaparecen, de modo que todos quedan en la oscuridad.

Los chamanes dicen que, claro, ellos pueden hacer volver el sol, y tragan árboles y hacen salir los árboles a través de sus vientres, y se entierran a sí mismos en el suelo con sólo los ojos asomando, y hacen todos estos grandes trucos chamánicos. Pero los trucos no funcionan. El sol no vuelve.

Entonces los sacerdotes dicen, bueno, ahora que pruebe el pueblo. Y el pueblo son todos los animales. Este pueblo animal se pone en círculo, y bailan y bailan, y es la danza del pueblo la que hace surgir una colina que crece hasta ser una montaña, convirtiéndose en el centro elevado del mundo, del que nacen todos los humanos.

Y entonces sucede una cosa interesante, igual que en el Viejo Testamento: todo lo que hemos oído es la

historia de este grupo particular, los navajos, digamos. Pero cuando salen, ya están allí los poblados y sus gentes. Es como cuando nos preguntamos de dónde sacaron esposas los hijos de Adán. Se trata de la creación de este pueblo, y el resto del mundo ya estaba allí por otro accidente.

MOYERS: Es la idea del Pueblo Elegido.

CAMPBELL: Claro que lo es. Cada pueblo es, según él mismo, un pueblo elegido. Y es más bien divertido que los nombres que se dan a sí mismos signifiquen, por lo general, humanidad. Para los otros pueblos tienen nombres más extraños, como Caras Raras o Narices Torcidas.

MOYERS: Los indios de los bosques del noreste norteamericano cuentan sobre una mujer que cayó del cielo y dio nacimiento a mellizos. Los indios del sudoeste cuentan una historia de mellizos nacidos de una madre virgen.

CAMPBELL: Sí. La mujer del cielo originalmente procede de una base cultural cazadora, y la mujer de la tierra de una cultura agrícola. Los mellizos representan dos principios contrarios, pero principios contrarios muy diferentes de los representados por Caín y Abel en la Biblia. En la historia iroquesa, un mellizo es Brote o Niño Planta, y el otro es llamado Pedernal. Pedernal le causa tanto daño a su madre cuando nace que ella muere. Ahora bien, Pedernal y Niño Planta representan las dos tradiciones. El pedernal es usado para afilar la hoja con la que se matan animales, por lo que el mellizo llamado Pedernal representa la tradición cazadora, y Niño Planta, por supuesto, representa el principio agrícola.

En la tradición bíblica, el niño planta es Caín y el niño pedernal es Abel, quien en realidad es un pastor más que un cazador. En la Biblia, entonces, tenemos el pastor contra el agricultor, siendo el agricultor el que resulta detestable. Se trata de un mito de cazadores o pastores que han llegado a un área de cultura agrícola y denigran al pueblo que han conquistado.

MOYERS: Suena como una guerra de colonos en el viejo Oeste.

CAMPBELL: Sí. En la tradición bíblica es siempre el segundo hijo el ganador, el bueno. El segundo hijo es el recién llegado, es decir, los hebreos. El hijo mayor, o los cananeos, ya estaba viviendo allí antes. Caín representa la postura de la ciudad de economía agrícola.

MOYERS: Estas historias nos dicen mucho sobre algunos conflictos contemporáneos, ¿no te parece?

CAMPBELL: Sí, así es. Resulta fascinante comparar la reunión de una sociedad agrícola invasora o de un pueblo invasor de cazadores o pastores en conflicto con los agricultores. Hay equivalentes exactos por todo el planeta: dos sistemas en conflicto y conjunción.

MOYERS: Has dicho que la mujer que cayó del cielo ya estaba embarazada y la mujer que dio a luz en la tierra a mellizos también lo estaba. ¿Qué te sugiere el hecho de que en tantas de estas culturas haya leyendas de vírgenes que dan a luz a héroes que mueren y renacen?

CAMPBELL: La muerte y resurrección de una figura de salvación es un tema común en todas estas leyendas. Por ejemplo, en la historia del origen del maíz tienes esta figura benigna que se le aparece al joven en una visión, y le da el maíz y muere. La planta sale de su cuerpo. Alguien tiene que morir para que la vida emerja. Empiezo a ver este increíble esquema de la muerte dando origen al nacimiento, y el nacimiento dando origen a la muerte. Cada generación tiene que morir para que la siguiente pueda nacer.

MOYERS: Tú escribes: «De los montones de ramas y hojas caídas, nacen brotes nuevos, cuya lección parece ser que de la muerte surge la vida, y de la muerte de esta vida un nuevo nacimiento. Y la tenebrosa conclusión que puede extraerse es que, para aumentar la vida hay que aumentar la muerte. De acuerdo con esto, todo el cinturón ecuatorial de este planeta se ha caracterizado por un frenesí de sacrificios: sacrificios vegetales, animales y humanos».

CAMPBELL: Hay un ritual asociado con las sociedades de hombres en Nueva Guinea que realmente pone en escena el mito de la muerte, la resurrección y el consumo canibalístico en una sociedad agrícola. Hay un campo sagrado con tambores que suenan, y cantos, y después pausas. Esto dura cuatro o cinco días, sin parar. Los rituales son aburridos, sabes, te agotan, pero luego te abren el camino a algo más.

Al fin viene el gran momento. Tras la celebración de una auténtica orgía sexual, se produce la quiebra de todas las reglas. Los jóvenes varones que son iniciados en la vida de hombres tienen en este momento su primera experiencia sexual. Hay un gran cobertizo de enormes troncos, apoyados en dos de ellos. Aparece una joven adornada como una divinidad, y la hacen acostar debajo del gran cobertizo. Los jóvenes, que son seis, más o menos, al ritmo de los tambores y cantos, tienen su primer coito, uno tras otro, con la muchacha. Y cuando el último de ellos está en pleno abrazo, los troncos de apoyo son retirados, los del techo caen, y la pareja muere aplastada. Una vez más se ha producido la unión de macho y hembra, tal y como eran en el comienzo, antes de que tuviera lugar la separación. Es la unión de la concepción y la muerte. Ambas son lo mismo.

Después la pequeña pareja es retirada y asada y comida esa misma noche. El ritual constituye la repetición del acto original del asesinato de un dios seguido por el don de la comida de parte del salvador muerto. En el sacrificio de la misa, te dicen que éste es el cuerpo y la sangre del Salvador. Tú lo incorporas, te recoges, y el divino alimento comienza a trabajar dentro de ti.

MOYERS: ¿Cuál es la verdad a la que apuntan los rituales?

CAMPBELL: La naturaleza de la vida misma debe ser hecha realidad en los actos de la vida. En las culturas cazadoras, allí donde se hace un sacrificio tiene lugar un don o un soborno a la deidad, que es invitada a hacer algo por nosotros o a darnos algo. Pero cuando se sacrifica una figura en las culturas agrícolas, esa figura

en sí misma es el dios. La persona que muere es enterrada y se transforma en alimento. Cristo es crucificado, y de su cuerpo brota el alimento del espíritu.

La historia de Cristo implica una sublimación de lo que originalmente era una imagen vegetal muy sólida. Jesús está en la Rama Sagrada, el árbol, y él mismo es el fruto del árbol. Jesús es el fruto de la vida eterna, que estaba en el segundo árbol prohibido del Jardín del Edén. Cuando el hombre comió del fruto del primer árbol, el árbol del conocimiento del bien y el mal, fue expulsado del Jardín. El Jardín es el lugar de la unidad, de no dualidad de macho y hembra, bueno y malo, Dios y humanos. Comes la dualidad, y debes irte. El árbol del regreso al Jardín es el árbol de la vida inmortal, donde sabes que Yo y el Padre somos uno.

Regresar al Jardín es el objetivo de muchas religiones. Cuando Yahvé expulsó al hombre del Jardín, puso dos querubines en la puerta, con una espada en llamas entre ambos. Ahora bien, cuando te acercas a un santuario budista, con Buda sentado bajo el árbol de la vida inmortal, encuentras en la puerta dos guardianes: son los querubines, y tú pasas entre ellos rumbo al árbol de la vida inmortal. En la tradición cristiana, Jesús en la cruz está en un árbol, el árbol de la vida inmortal, y es el fruto del árbol. Jesús en la cruz, Buda bajo el árbol: son las mismas figuras. Y los querubines en la puerta, ¿quiénes son? En los santuarios budistas verás que uno tiene la boca abierta y el otro cerrada: miedo y deseo, un par de opuestos. Si vas hacia un jardín de esos, y esas dos figuras son reales para ti y te amenazan, si temes por tu vida, es que todavía estás fuera del jardín. Pero si ya no tienes ligaduras con la existencia de tu yo, sino que lo ves como una función de una totalidad más amplia, eterna, y te inclinas por lo más grande antes que por lo más pequeño, entonces no temerás a esas dos figuras, y pasarás.

Lo que nos mantiene fuera del Jardín es nuestro propio temor y nuestro deseo en relación con lo que pensamos que son los bienes de nuestra vida.

MOYERS: ¿Todos los hombres en todos los tiempos han tenido ese sentimiento de exclusión de una realidad última, de la bienaventuranza, del goce, de la perfección, de Dios?

CAMPBELL: Sí, pero también hay momentos de éxtasis. La diferencia entre la vida cotidiana y la vida en esos momentos de éxtasis es la diferencia entre estar fuera y dentro del Jardín. Vas más allá del temor y el deseo, más allá del par de opuestos.

MOYERS: ¿Entras en la armonía?

CAMPBELL: En la trascendencia. Se trata de una experiencia esencial en la mística. Mueres en la carne y naces en el espíritu. Te identificas con la conciencia y la vida de la que tu cuerpo no es más que el vehículo. Mueres como vehículo y te identificas en tu conciencia con aquello que el vehículo transporta. Es Dios.

Lo que tienes en las tradiciones de la vegetación es esta idea de la identidad detrás del despliegue superficial de dualidad. Detrás de todas estas manifestaciones está la luz única, que brilla a través de todas las cosas. La función del arte es revelar esta luz a través del objeto creado. Cuando ves la hermosa organización de una obra de arte bien compuesta, no dices más que «¡Ajá!». De algún modo esa obra se dirige al orden que hay en tu propia vida y te lleva a la comprensión de las mismas cosas de las que se ocupa la religión.

MOYERS: ¿Que la muerte es vida y la vida es muerte, y que las dos están en concordancia?

CAMPBELL: Que debes crear un equilibrio entre muerte y vida; son dos aspectos de la misma cosa, que es la existencia, el devenir.

MOYERS: ¿Y eso está en todas estas historias?

CAMPBELL: En todas. No sé de ninguna historia en que la muerte sea rechazada. La vieja idea de ser sacrificado no es en absoluto lo que pensamos. Los indios mayas jugaban a una especie de baloncesto en el que, al final, el capitán del equipo ganador era sacrificado en el campo de juego por el capitán del equipo perdedor. Le cortaba la cabeza. Ver el sacrificio como

la última recompensa del triunfo en tu vida es la esencia de la idea sacrificial.

MOYERS: Esta idea de sacrificio, especialmente de los ganadores, no podría ser más ajena a nuestro mundo. Nuestro tema principal hoy es que el ganador se lleva los premios.

CAMPBELL: En este ritual maya, el juego tenía por objeto que el jugador fuera digno de ser sacrificado como un dios.

MOYERS: ¿Piensas que es cierto que el que pierde su vida, la gana?

CAMPBELL: Es lo que dice Jesús.

MOYERS: ¿Crees que es cierto?

CAMPBELL: Lo creo... si la pierdes en nombre de algo. Hay un relato, escrito por misioneros jesuitas del siglo XVIII en el este del Canadá, sobre un joven guerrero iroqués capturado por una tribu enemiga. Lo condenan a ser torturado hasta morir. Los indios del noreste tenían la costumbre de torturar sistemáticamente a los hombres cautivos. La prueba debía ser soportada sin quejas. Era la prueba última de la auténtica virilidad. El joven iroqués debe soportar esta horrible prueba; pero, para perplejidad de los jesuitas, él parece estar celebrando sus bodas. Va muy adornado y canta en voz alta. Sus torturadores lo tratan como si fueran sus anfitriones y él un huésped honrado. Y él juega el juego con ellos, sabiendo todo el tiempo qué fin le espera. Los sacerdotes franceses al describir el hecho se sienten horrorizados por lo que interpretan como una cruel parodia, y caracterizan a los torturadores del joven como bestias sanguinarias. ¡Pero no es así! Se disponían a ser los sacerdotes que sacrificarían al joven guerrero. La ceremonia sería un sacrificio en el altar, y el joven, por analogía, sería Jesús. Esos mismos sacerdotes franceses celebraban la misa todos los días, y la misa es una réplica del brutal sacrificio de la cruz.

Hay una escena equivalente, descrita en los Hechos de san Juan apócrifos, inmediatamente anterior a la crucifixión de Cristo. Es uno de los pasajes más

conmovedores de la literatura cristiana. En los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, se menciona simplemente que, al concluir la celebración de la Última Cena, Jesús y sus discípulos cantaron un himno antes de que él se marchara. Pero en los Hechos de san Juan tenemos una transcripción palabra por palabra de todo lo que rodeó el canto del himno. Antes de salir al jardín, al final de la Cena, Jesús les dice a los presentes: «¡Bailemos!», y todos se toman de las manos formando un círculo, y mientras giran a su alrededor, Jesús canta: «¡Gloria a ti, Padre!».

A lo que el círculo de apóstoles responde: «Amén».

«¡Gloria a ti, Verbo!»

Y otra vez: «Amén».

«¡Naceré y sufriré!»

«Amén.»

«¡Comeré y seré comido!»

«Amén»

«¡Vosotros que bailáis, ved lo que hago, pues vuestra es la pasión de la humanidad, que yo sufriré!»

«Amén.»

«¡Me iré y me quedaré!»

«Amén.»

«¡Estaré unido y uniré!»

«Amén.»

«Una puerta seré para ti, que me llamas... Un camino seré para ti, que caminas.» Y cuando la danza termina, sale al jardín para ser apresado y crucificado.

Cuando vas así a la muerte, como un dios, con el conocimiento del mito, vas a tu vida eterna. ¿Qué hay en eso que pueda entristecernos? Hagámoslo magnífico... como así es. Celebrémoslo.

MOYERS: El dios de la muerte es el señor de la danza.

CAMPBELL: El dios de la muerte es al mismo tiempo el señor del sexo.

MOYERS: ¿Qué quieres decir?

CAMPBELL: Es increíble: uno tras otro, descubres estos dioses que son a la vez dioses de la muerte y de la generación. En la tradición del vudú haitiano, Ghede,

el dios de la muerte, es también el dios del sexo. El dios egipcio Osiris era el juez y señor de los muertos, y el señor de la regeneración de la vida. Es un motivo básico: lo que muere ha nacido. Necesitas muerte para tener vida.

Éste es el origen de la cacería de cabezas en el Sudeste asiático, especialmente en Indonesia. La cacería de cabezas es un acto sagrado, una matanza sagrada. Antes de permitirle a un joven casarse y tener hijos, debe salir y matar. Si no hay muerte, no puede haber nacimiento. El significado es que una generación debe morir para que pueda venir la siguiente. No bien concibes o das nacimiento a un niño, tú eres el muerto. El niño es la nueva vida, y tú eres simplemente el protector de esa nueva vida.

MOYERS: Tu hora ha llegado.

CAMPBELL: Por eso es que hay una profunda asociación psicológica entre la concepción y la muerte.

MOYERS: ¿Hay alguna relación entre lo que estás diciendo y el hecho de que un padre o una madre den su vida por un hijo?

CAMPBELL: Hay un espléndido ensayo de Schopenhauer en el que se pregunta: ¿cómo es posible que el ser humano pueda participar tanto en los peligros o dolores del prójimo que llegue a sacrificar su vida por el otro sin pensar, espontáneamente? ¿Cómo es posible que de pronto se disuelva la que consideramos la primera ley de la naturaleza, que es el instinto de conservación?

Hace cuatro o cinco años se produjo en Hawai un hecho extraordinario que ejemplifica este problema. Hay allí un lugar llamado Pali, donde los vientos provenientes del norte pasan por un gran desfiladero entre las montañas. A la gente le gusta ir allí a sentir el viento en el pelo, y a veces a suicidarse... ya sabes, algo como saltar desde el Golden Gate.

Un día, dos policías iban en coche por la carretera de Pali cuando vieron, al otro lado de la barandilla que impide que los coches caigan, a un hombre joven disponiéndose a saltar. El coche de policía se detuvo, y el agente

que estaba a la derecha salió justo a tiempo para agarrar al joven, pero lo hizo cuando éste ya saltaba, por lo que fue arrastrado, y habría caído si no hubiera llegado a tiempo el segundo policía que los levantó a los dos.

¿Comprendes lo que sucedió de pronto en ese policía que habría dado la vida por salvar a un desconocido? Todo lo demás en su vida se desvaneció (su deber para con su familia, para con su trabajo, para con su propia vida), todos sus deseos y esperanzas simplemente desaparecieron. Habría podido morir.

Después, un reportero de un periódico le preguntó: «¿Por qué no dejó que saltara? Podía haber muerto usted». Y su respuesta fue: «No pude dejarlo. Si hubiera dejado saltar a ese joven, no habría vivido un día más de mi vida». ¿Por qué?

La respuesta de Schopenhauer es que una crisis psicológica de esa naturaleza representa la aparición de una conciencia metafísica, que nos dice que tú y ese otro son uno, que eres uno de los dos aspectos de la vida, y que tu aparente unidad separada no es sino un efecto del modo en que experimentamos las formas bajo las condiciones de tiempo y espacio. Nuestra verdadera realidad está en nuestra identidad y unidad con el todo de la vida. Es una verdad metafísica que puede ser comprendida espontáneamente bajo circunstancias de crisis. Pues se trata, según Schopenhauer, de la verdad de tu vida.

El héroe es el que ha consagrado su vida física a una especie de comprensión de esa verdad. El concepto de amar al prójimo tiene por finalidad conectarte con este hecho. Pero ames o no a tu prójimo, cuando esa comprensión se apodera de ti, puedes arriesgar tu vida. El policía hawaiano no sabía quién era ese joven por el que se sacrificaba. Schopenhauer dice que, en menor escala, eso mismo sucede todos los días, todo el tiempo, moviendo la vida en el mundo, haciendo que la gente realice actos altruistas por los demás.

MOYERS: Entonces, cuando Jesús dice «Ama a tu prójimo como a ti mismo», quiere decir «Ama a tu prójimo porque él *es* tú mismo».

CAMPBELL: Hay una hermosa figura en la tradición oriental, el bodisatva, cuya naturaleza es una compasión sin límites, y de cuyos dedos se dice que mana ambrosía hasta las profundidades del infierno.

MOYERS: ¿Y qué significa eso?

CAMPBELL: Al final de *La divina comedia,* Dante comprende que el amor de Dios da forma al universo entero, hasta lo más profundo del infierno. En buena medida se trata de la misma imagen. El bodisatva representa el principio de compasión, que es el principio curativo que hace posible la vida. La vida es dolor, pero la compasión es lo que le da la posibilidad de continuar. El bodisatva es alguien que ha logrado la inmortalidad, pero voluntariamente participa en los dolores del mundo. La participación voluntaria en el mundo es algo muy distinto de haber nacido simplemente en él. Es exactamente el tema de la afirmación de san Pablo sobre Cristo en la Epístola a los Filipenses, según la cual Jesús «no pensó que la divinidad era algo a lo que encaramarse, y tomó la forma de un siervo aquí en la tierra, hasta morir en la cruz». Ésa es una participación voluntaria en la fragmentación de la vida.

MOYERS: Estarías de acuerdo entonces con Abelardo en el siglo XII, que dijo que la muerte de Jesús en la cruz no fue el pago de un rescate, o un castigo aplicado, sino que fue un acto de expiación para con la raza humana.

CAMPBELL: Esa es la interpretación más sofisticada de por qué Cristo tuvo que ser crucificado, o por qué eligió ser crucificado. Otra, anterior, fue que el pecado en el Jardín del Edén había puesto a la Humanidad en manos del Diablo, y Dios tenía que redimir al hombre de ese usurero, el Diablo. Entonces ofreció su propio hijo, Jesús, como redención. El papa Gregorio dio esta interpretación de Jesús como cebo para pescar al Diablo. Es la idea de la redención. En otra versión, Dios se ofendió tanto por el delito en el Jardín que se enfureció y expulsó al hombre más allá del alcance de su compasión, y entonces lo único que podía volver a poner de

acuerdo al hombre con Dios era un sacrificio que sería tan grande en su importancia como lo había sido el pecado. Un simple hombre no podía realizar ese sacrificio, por lo que el hijo de Dios mismo se hizo hombre para pagar la deuda.

Pero la idea de Abelardo era que Cristo vino a ser crucificado para evocar en el corazón del hombre el sentimiento de compasión por el sufrimiento de la vida, y eliminar así de la mente del hombre la ciega servidumbre a los bienes de este mundo. Es en la compasión por Cristo donde nos volvemos hacia Cristo. Y el herido se convierte en Salvador.

Esto queda reflejado en la idea medieval del rey herido, el Rey del Grial, que sufre de una herida incurable. Una vez más el herido se convierte en el salvador. Es el sufrimiento que evoca la humanidad en el corazón humano.

MOYERS: Entonces, ¿estarías de acuerdo con Abelardo en que el anhelo de Dios que sienten los hombres y el anhelo de humanidad que siente Dios se encuentran en la compasión frente a la cruz?

CAMPBELL: Sí. En cuanto hay tiempo, hay sufrimiento. No puedes tener un futuro si no tienes un pasado, y si estás enamorado del presente, se vuelve pasado, sea lo que sea. Pérdida, muerte, nacimiento, pérdida, muerte... y así sigue. Al contemplar la cruz, estás contemplando un símbolo del misterio de la vida.

MOYERS: Por eso hay tanto dolor asociado con la verdadera transformación religiosa o conversión. No es fácil perderse uno mismo.

CAMPBELL: El Nuevo Testamento enseña a morir respecto de uno mismo, literalmente sufrir el dolor de la muerte del mundo y sus valores. Es el vocabulario de los místicos. Ahora bien, el suicidio es también un acto simbólico. Expulsa la postura psicológica en la que uno se encuentra en un momento determinado, de modo que uno pueda pasar a otra mejor. Se muere a la vida cotidiana para acceder a otra distinta. Pero, como dice Jung, más te vale no dejarte atrapar en una situación

simbólica. No tienes que morir en realidad, físicamente. Todo lo que tienes que hacer es morir espiritualmente, y renacer a un modo de vida más amplio.

MOYERS: Pero parece algo tan lejano de nuestra experiencia actual. La religión es fácil. Uno se la pone como quien se pone un abrigo y se va al cine.

CAMPBELL: Sí, la mayoría de las iglesias no sirven más que para agradables reuniones sociales. Te gusta la gente que encuentras allí, son gente respetable, son viejos amigos, y tu familia los conoce desde hace mucho tiempo.

MOYERS: ¿Qué ha sucedido en nuestra cultura actual con esta idea mítica del salvador que se sacrifica a sí mismo?

CAMPBELL: Durante la guerra de Vietnam, recuerdo haber visto en la televisión hombres jóvenes en helicópteros yendo al rescate de sus compañeros, con gran riesgo para sí mismos. No tenían la obligación de rescatar a ninguno de esos jóvenes en grave peligro.

Allí volví a ver lo mismo, la misma entrega sobre la que escribió Schopenhauer, el sacrificar la propia vida por otro. A veces los hombres confiesan que aman la guerra porque los pone en contacto con la experiencia de estar vivos. Al ir a tu oficina todos los días tú no sientes esa experiencia, pero de pronto, en la guerra, sientes a través de un desgarramiento que estás vivo. La vida es dolor; la vida es sufrimiento; y la vida es horror... pero, por Dios, estás vivo. Esos jóvenes en Vietnam estaban verdaderamente vivos al enfrentarse a la muerte por sus compañeros.

MOYERS: Pero un hombre me dijo una vez, tras años de estar en el andén del metro: «Muero un poco todos los días cuando bajo aquí, pero sé que lo estoy haciendo por mi familia». Hay pequeños actos de heroísmo, también, que tienen lugar sin intenciones de obtener notoriedad. Por ejemplo, una madre lo hace con el aislamiento que soporta en bien de su familia.

CAMPBELL: La maternidad es un sacrificio. A la terraza de nuestra casa en Hawai, acuden pájaros a ali-

mentarse. Todos los años hay una o dos madres pájaro. Cuando ves una madre pájaro, a la que su progenie reclama comida, con cinco pichones, algunos más grandes que ella, cubriéndola con sus reclamos... «Bueno», piensas, «éste es el símbolo de la maternidad, este dar tu sustancia y todo lo que tienes a tu progenie.» Por eso la madre se convierte en el símbolo de la madre tierra. Ella es la que nos ha dado a luz y de la que nos hemos alimentado, en cuyo cuerpo hemos encontrado comida.

MOYERS: Cuando hablas, pienso en otra figura de tu libro *The Way of the Animal Powers* que me impresionó por su parecido con Cristo. ¿Recuerdas la figura del salvador en la leyenda de la creación de los indios pima?

CAMPBELL: Sí. Es una historia instructiva. Es la clásica figura del salvador que aporta vida a la humanidad, y la humanidad lo destroza. Ya conoces el viejo dicho: Salva la vida de un hombre y tendrás un enemigo para el resto de tu vida.

MOYERS: Cuando el mundo es creado, el héroe emerge del centro de la tierra, y después eleva a su pueblo de las profundidades a la superficie, pero ellos se vuelven contra él y lo matan no una sino varias veces...

CAMPBELL: ...llegan a pulverizarlo.

MOYERS: Pero siempre vuelve a la vida. Al fin se va a las montañas, donde los rastros se confunden tanto que nadie puede seguirlo. Es una figura del tipo de Cristo, ¿no es así?

CAMPBELL: Sí, lo es. Y también está el tema del laberinto. Los rastros son confusos deliberadamente, pero si sabes el secreto del laberinto puedes ir a visitar a su morador.

MOYERS: Y si tienes fe, puedes seguir a Jesús.

CAMPBELL: Puedes. Con mucha frecuencia una de las cosas que aprendes como miembro de las religiones de misterio es que el laberinto, que impide el paso, es al mismo tiempo el camino a la vida eterna. Éste es el secreto último del mito: enseñarte cómo penetrar en el

laberinto de la vida de modo tal que prevalezcan los valores espirituales.

Es también el problema de *La divina comedia,* de Dante. La crisis llega «en medio del camino de la vida», cuando el cuerpo empieza a decaer y otra completa constelación de temas aparece en tu mundo onírico. Dante dice que, hacia la mitad de su vida, se vio perdido en una selva peligrosa. Y allí se vio amenazado por tres animales, que simbolizan el orgullo, el deseo y el miedo. Después aparece Virgilio, personificación de la visión poética, y lo conduce a través del laberinto del infierno, que es el sitio de quienes han quedado varados en sus deseos y temores, los que no pueden acceder a la eternidad. Dante fue transportado hasta la visión beatifíca de Dios. En menor escala, tenemos la misma imagen mitológica en esta historia de los indios pima. Su cultura estaba entre las más primitivas de Norteamérica. Y ahí usaron, a su modo, esta imagen altamente sofisticada, análoga a la de Dante.

MOYERS: Has escrito que «el signo de la cruz debe ser visto como signo de una eterna afirmación de todo lo que ha sido o será. Simboliza no sólo el momento histórico del Calvario sino el misterio a través de todo el tiempo y el espacio de la presencia y participación de Dios en la agonía de todos los seres vivos».

CAMPBELL: El gran momento en el mito medieval lo constituye el despertar del corazón a la compasión, la transformación de la pasión en compasión. Éste es el problema, en general, de las historias del Grial, compasión por el rey herido. Y aparte de eso también tienes la idea que postuló Abelardo como explicación de la crucifixión: que el Hijo de Dios bajó a este mundo para ser crucificado y despertar nuestros corazones a la compasión, y así apartar nuestros pensamientos de los intereses groseros de la vida material y volverlos hacia los valores específicamente humanos de la entrega de uno mismo en el sufrimiento compartido. En ese sentido el rey herido, el rey mutilado de la leyenda del Grial, es el equivalente del Cristo. Está ahí para evocar la compasión y así

devolver vida a una tierra baldía y muerta. Ahí nos encontramos con una idea mística de la función espiritual del sufrimiento en este mundo. El que sufre es el Cristo, que ha venido ante nosotros para evocar eso que transforma al animal de presa humano en un ser humano válido. Esa cosa es la compasión. Es el mismo tema que toma y desarrolla James Joyce en *Ulises:* el despertar de su héroe, Stephen Dedalus, a la virilidad, merced a la compasión compartida con Leopold Bloom. El despertar de su corazón al amor y la apertura del camino.

En la siguiente gran obra de Joyce, *Finnegans Wake,* hay un número misterioso que se repite constantemente. Es el 1132. Aparece como una fecha, por ejemplo, o invertido, como una dirección: 32 Oeste, calle 11. En cada capítulo del libro, de una forma u otra, reaparece el 1132. Cuando yo estaba escribiendo *A Skeleton Key to Finnegans Wake,* probé cualquier método imaginable para dar con el sentido de ese bendito número 1132. Recordé que en *Ulises,* cuando Bloom vaga por las calles de Dublín, cae una bola de la torre para indicar el mediodía, y él piensa: «La ley de la caída de los cuerpos, 32 pies por segundo». Treinta y dos, pensé, debe de ser el número de la Caída; en ese caso 11 podría ser el de la renovación de la década, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10... y entonces, 11, y todo comienza de nuevo. Había tal cantidad de sugerencias complementarias en *Ulises* que me hicieron pensar: «Bueno, lo que aquí tenemos es quizás el número de la Caída, el 32, y el de la Redención, el 11; el pecado y el perdón, la muerte y la renovación». *Finnegans Wake* tiene que ver con un hecho que ocurrió en el Phoenix Park, un importante parque de Dublín. El fénix es el ave que se quema a sí misma hasta morir y vuelve renovada a la vida. El Phoenix Park entonces se transforma en el Jardín del Edén donde tuvo lugar la Caída, y donde se plantó la cruz sobre el cráneo de Adán: *O felix culpa* («O Phoenix culprit!», dice Joyce). De modo que tenemos la muerte y la redención. Parecía una buena respuesta, y es la que di en *A Skeleton Key.*

Pero una noche, cuando preparaba una clase para mis estudiantes de mitología comparada, estaba releyendo la Epístola de San Pablo a los Romanos y tropecé con una curiosa frase que parecía resumir todo lo que había tenido en mente Joyce al escribir *Finnegans Wake*. San Pablo había escrito: «Porque Dios hizo a los hombres desobedientes para así poder mostrar su misericordia con todos ellos». No se puede ser tan desobediente como para que la misericordia de Dios no te alcance. «Peca con valor», dice Lutero, y comprueba cuánta de la misericordia de Dios puedes invocar. El gran pecador es el que más despierta la compasión divina. Esta idea es esencial en relación con la paradoja entre la moralidad y los valores de la vida.

Así que me dije: «Bueno, vaya, era de esto de lo que estaba hablando Joyce». Así que lo anoté en mi cuaderno de notas sobre Joyce: «Romanos, capítulo 11, versículo 32». ¿Te imaginas mi sorpresa? ¡Ahí estaba otra vez el mismo número, el 1132, y sacado directamente del Libro Sagrado! Joyce había tomado esa paradoja de la fe cristiana como lema para el gran trabajo de su vida, el libro en el que describe sin piedad las profundidades de la monstruosidad pública y privada de la vida y la acción humanas en la carrera pecaminosa de la historia del hombre. Está todo ahí... contado con amor.

MOYERS: ¿Los occidentales pueden captar la experiencia mística que deja atrás a la teología? Si estás aprisionado en la imagen de Dios de una cultura donde la ciencia determina tus percepciones de la realidad, ¿cómo puedes experiementar este último terreno del que hablan los chamanes?

CAMPBELL: Bueno, la gente lo experimenta. Los que lo experimentaron en la Edad Media en general fueron quemados como herejes. Una de las grandes herejías de Occidente es la que pronunció Cristo al decir «Yo y el Padre somos uno». Fue crucificado por decirlo. En la Edad Media, novecientos años después de Cristo, un gran místico sufí dijo: «Yo y mi amado somos uno», y él

también fue crucificado. Y camino de la cruz, rezaba: «Oh Señor, si les hubieras enseñado a ellos lo que me enseñaste a mí, no me estarían haciendo esto. Y si no me hubieras enseñado, no estaría pasándome. Bendito sea el Señor y todas sus obras». Otro de los místicos sufíes dijo: «La función de la comunidad ortodoxa es dar al místico su deseo, que es una unión con Dios, mediante la mortificación y la muerte.»

MOYERS: ¿Qué es lo que ha derribado esta experiencia hoy?

CAMPBELL: Es característico de la democracia que la regla de la mayoría sea vista como efectiva no sólo en política sino también en pensamiento. En pensamiento, por supuesto, la mayoría siempre se equivoca.

MOYERS: ¿Siempre se equivoca?

CAMPBELL: En asuntos de este tipo, sí. La función de la mayoría en relación con el espíritu es tratar de escuchar y abrirse a alguien que haya tenido una experiencia más allá de la comida, el abrigo, la progenie y la salud.

¿Has leído *Babbitt* de Sinclair Lewis?

MOYERS: Lo leí hace muchos años.

CAMPBELL: ¿Recuerdas la última línea? «Nunca he hecho lo que quería en toda mi vida.» He ahí un hombre que nunca siguió el camino de su felicidad. Bueno, yo oí realmente esa frase cuando estaba enseñando en la Universidad Sarah Lawrence. Antes de casarme almorzaba y cenaba en restaurantes de la ciudad. El jueves por la noche era el día libre de las criadas en Bronxville, por lo que muchas familias salían a cenar fuera. Una noche estaba yo en mi resturante favorito, y en la mesa vecina había un padre, una madre y un niño flaco de unos doce años. El padre le dijo al pequeño: «Bébete el zumo de tomate».

Y el niño dijo: «No quiero».

Entonces el padre, en voz más alta, le dijo: «¡Bébete el zumo de tomate!».

Intervino la madre: «No lo obligues a tomarlo si no quiere».

El padre la miró y dijo: «No puede ir por la vida haciendo lo que quiera. Si hace sólo lo que quiere hacer, está muerto. Mírame a mí. Nunca he hecho nada que haya querido hacer en toda mi vida».

Y yo pensé: «Cielo santo. He aquí la viva encarnación de Babbitt».

Ése es el hombre que nunca siguió el dictado de su corazón. Puedes tener éxito en la vida, pero después lo piensas... ¿qué clase de vida ha sido? De qué ha servido... si nunca has hecho lo que quisiste hacer, en toda tu vida. Siempre les digo a mis estudiantes: Id donde vuestros cuerpos y almas quieran ir. Cuando tengan un sentimiento, no lo soltéis, y no dejéis que nadie lo destruya.

MOYERS: ¿Qué pasa cuando obedeces a tu corazón?

CAMPBELL: Llegas a la felicidad. En la Edad Media, una imagen favorita, que aparece en muchos, muchos contextos, es la rueda de la fortuna. Está el eje de la rueda, y el aro que da vueltas. Por ejemplo, si estás atado al aro de la rueda de la fortuna, estarás, o bien arriba, bajando, o bien abajo, subiendo. Pero si te has situado en el eje, estarás en el mismo lugar todo el tiempo. Tal es el sentido del voto de matrimonio: te tomo en la salud y la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, subiendo o bajando. Pero te tomo como mi centro, tú eres mi bienaventuranza, no la riqueza que podrías darme, ni el prestigio social, sino tú. Eso es obedecer a tu corazón.

MOYERS: ¿Cómo le aconsejarías a alguien abrir esa fuente de vida eterna, esa bienaventuranza que está ahí, a nuestro alcance?

CAMPBELL: Continuamente tenemos experiencias que pueden guiarnos, una pequeña intuición de dónde está la bienaventuranza. Es preciso aferrarse a ella. Nadie podrá decirte qué aspecto tendrá. Tienes que aprender a reconocer tu propia profundidad.

MOYERS: ¿Cuándo conociste la tuya?

CAMPBELL: Oh, cuando era niño. Nunca dejé que nadie me apartara de mi camino. Mi familia me ayudó,

siempre, a hacer aquello que en lo más profundo de mi ser yo quería hacer. Ni siquiera advertí que hubiera algún problema.

MOYERS: ¿Qué podemos hacer los que somos padres para ayudar a nuestros hijos a reconocer su bienaventuranza?

CAMPBELL: Debes conocer a tu hijo y estar atento a él. Puedes ayudar. Cuando yo enseñaba en la Universidad Sarah Lawrence, tenía una reunión individual con cada una de mis estudiantes por lo menos una vez cada quince días, durante media hora más o menos. Si estás hablando sobre cosas que los estudiantes deberían leer, y de pronto tropiezas con algo a lo que un estudiante realmente responde, puedes ver cómo sus ojos se abren y le cambia la expresión. Allí se ha abierto una posibilidad de vida. Todo lo que puedes decirte es: «Espero que este chico no deje escapar eso». Cuando lo conservan, han encontrado la vida allí mismo, en el aula, en medio de ellos.

MOYERS: Y no es necesario ser un poeta para hacerlo.

CAMPBELL: Los poetas son simplemente los que han hecho una profesión y un estilo de vida de estar en contacto con su bienaventuranza. La mayoría de la gente se interesa en otras cosas. Se interesan en actividades económicas y políticas, o se ven involucrados en una guerra que no es la que les interesa, y bajo esas circunstancias puede ser difícil aferrarse a este centro umbilical. Es una técnica que cada cual debe inventarse de algún modo.

Pero la mayoría de gente que vive en ese reino de lo que podría llamarse intereses ocasionales posee la capacidad, que está esperando a ser despertada, para pasar al otro campo. Lo sé, porque lo he visto en muchos estudiantes.

Cuando enseñaba en una escuela secundaria sólo para varones, les hablaba a los jóvenes que estaban tratando de decidirse respecto de la carrera a seguir. Venía a verme un muchacho y me preguntaba: «¿Le parece

que puedo hacer esto? ¿Le parece que puedo hacer aquello? ¿Le parece que puedo ser escritor?».

«Bueno», les respondía, «no sé. ¿Puedes soportar diez años de desilusiones sin que nadie te responda, o piensas escribir de entrada un *best-seller*? Si tienes agallas como para seguir en lo que realmente quieres, sin importarte lo que pase, entonces adelante.»

Después venía el padre y decía: «No, debes estudiar Derecho, porque ganarás más dinero, ya sabes». Pues bien, éste es el aro exterior de la rueda, no el eje. No obedecer a tu corazón. ¿Pensarás en la fortuna, o pensarás en tu felicidad?

En 1929 volví de Europa como estudiante, tres semanas antes del crac de Wall Street, así que estuve cinco años sin trabajo. Simplemente no había empleos. Para mí fue un gran momento.

MOYERS: ¿Un gran momento, la Depresión? ¿Qué tuvo de bueno?

CAMPBELL: No me sentía pobre, sólo sentía que no tenía dinero. En aquel entonces la gente era muy buena entre sí. Por ejemplo, yo descubrí a Frobenius. Me asaltó repentinamente, y tuve que leer todo lo que hubiera escrito Frobenius. Así que escribí a una librería que había conocido en la ciudad de Nueva York, y me mandaron todos aquellos libros diciéndome que no tenía que pagarlos hasta que tuviera un empleo... cosa que sucedió cuatro años después.

Había un viejo maravilloso en Woodstock, Nueva York, que tenía una propiedad con unas pequeñas chozas que alquilaba por veinte dólares anuales a cualquier joven que a su juicio tuviera un futuro en el arte. No había agua corriente, sólo un pozo y una bomba aquí y allá. El viejo decía que no instalaría agua corriente porque no le gustaba la clase de gente a quien atraía el agua corriente. Fue allí donde hice lo más básico de mis lecturas y mi trabajo. Fue grandioso. Entonces sí estaba consiguiendo mi bienaventuranza.

Pues bien, llegué a esta idea de la bienaventuranza porque en sánscrito, que es la gran lengua espiritual

del mundo, hay tres términos que representan el borde, el sitio desde el cual lanzarse al océano de la trascendencia: *Sat, Chit, Ananda.* La palabra *Sat* significa «ser». *Chit* significa «conciencia». *Ananda* significa «bienaventuranza» o «éxtasis». Pensé: «No sé si mi conciencia es la adecuada o no; no sé si lo que sé sobre mi ser es lo correcto o no; pero sé dónde está mi éxtasis. Así que me aferraré a él, y eso me dará conciencia y ser». Creo que funcionó.

MOYERS: ¿Alguna vez llegamos a saber la verdad? ¿Alguna vez la hallamos?

CAMPBELL: Cada cual puede tener su propia profundidad, experiencia, y alguna convicción de estar en contacto con su propio *sat-chit-ananda,* su propio ser a través de la conciencia y la bienaventuranza. Las personas religiosas nos dicen que en realidad no experimentaremos la bienaventuranza hasta haber muerto y haber ido al cielo. Pero yo deseo acumular todo lo posible de esta experiencia mientras todavía estamos vivos.

MOYERS: La bienaventuranza es ahora.

CAMPBELL: En el cielo lo pasarás tan maravillosamente bien mirando a Dios que no tendrás en absoluto una experiencia propia. No es el lugar donde vivir la experiencia... Ese lugar está aquí.

MOYERS: ¿Alguna vez, cuando sigues el camino de tu corazón, tienes la sensación, como la tengo yo por momentos, de que te ayudan manos invisibles?

CAMPBELL: Siempre. Es milagroso. Yo tengo incluso una superstición que ha crecido en mí como resultado de la acción constante de las manos invisibles: que si sigues el camino de tu corazón te colocas en una especie de sendero que ha estado allí todo el tiempo, esperándote, y la vida que deberías estar viviendo es la que estás viviendo. Cuando puedes ver eso, empiezas a encontrar gente que está en el camino de tu corazón, y que te abre las puertas. Yo digo: «Persigue tu felicidad y no tengas miedo, y las puertas se abrirán donde menos lo sospeches».

MOYERS: ¿Has sentido simpatía por el hombre que no tiene medios invisibles de ayuda?

CAMPBELL: ¿El que no tiene medios invisibles? Sí, pobre, es el que mueve a compasión. Verlo tropezar sin rumbo cuando todas las aguas del mundo están a su alcance realmente produce compasión.

MOYERS: ¿Las aguas de la vida eterna están ahí? ¿Dónde?

CAMPBELL: Dondequiera que tú estés... Si estás obedeciendo a tu corazón, estás disfrutando de su frescura, de esa vida que hay dentro de ti, continuamente.

V

LA AVENTURA DEL HÉROE

Por lo demás, ni siquiera tenemos que aventurarnos solos, pues los héroes de todos los tiempos lo han hecho antes que nosotros. El laberinto es exhaustivamente conocido. Sólo debemos seguir la huella del paso del héroe, y donde habíamos pensado hallar una abominación, encontraremos un dios. Y donde habíamos pensado matar a otro, nos mataremos a nosotros mismos. Donde habíamos pensado viajar hacia el exterior, llegaremos al centro de nuestra propia existencia. Y donde habíamos creído estar solos, estaremos con todo el mundo.

JOSEPH CAMPBELL

MOYERS: ¿Por qué hay tantas historias de héroe en la mitología?

CAMPBELL: Porque es lo que vale la pena escribir. Hasta en las novelas populares, el personaje principal es un héroe o heroína que ha hallado o hecho algo más allá de los logros y experiencias normales. Un héroe es alguien que ha dado su vida por algo más grande que él mismo.

MOYERS: Entonces, en todas estas culturas, sea cual sea la indumentaria local que lleve el héroe, ¿cuál es la hazaña?

CAMPBELL: Bueno, hay dos tipos de hazaña. Una es la hazaña puramente física, en la que el héroe realiza un acto de valor en la batalla o salva una vida. El otro

tipo de hazaña es espiritual, en la que el héroe aprende a experimentar el espectro supranormal de la vida espiritual humana y después vuelve con un mensaje.

La aventura usual del héroe empieza con alguien a quien le han quitado algo, o que siente que falta algo a la experiencia normal disponible y permitida a los miembros de su sociedad. Esta persona entonces emprende una serie de aventuras más allá de lo ordinario, ya sea para recuperar algo de lo perdido o para descubrir algún elixir que da vida. Usualmente es un ciclo, una ida y una vuelta.

Pero la estructura y un cierto sentido espiritual de esta aventura puede verse anticipadamente en los ritos de pubertad o iniciación de las primitivas sociedades tribales, a través de los cuales un joven es obligado a renunciar a su infancia y hacerse adulto; a morir, podría decirse, en su personalidad y mentalidad infantiles, y volver como un adulto responsable. Se trata de una transformación psicológica fundamental que todos deben superar. En la infancia nos hallamos en una condición de dependencia bajo la protección y supervisión de alguien, hasta los catorce o veintiún años... y si piensas hacer un doctorado, eso puede prolongarse hasta los treinta y cinco. De ningún modo eres un agente libre y responsable, sino alguien dependiente que obedece, y espera y recibe castigos y recompensas. Evolucionar de esta posición de inmadurez psicológica hasta el valor de la responsabilidad y la seguridad en sí mismo exige una muerte y una resurrección. Es el tema básico y universal del periplo del héroe: salir de una condición y encontrar la fuente de la vida para regresar maduro y enriquecido.

MOYERS: De modo que aun cuando no seamos héroes en el sentido más amplio de los redentores de una sociedad, debemos hacer esa travesía dentro de nosotros, espiritual y psicológicamente.

CAMPBELL: Así es. Otto Rank, en su importante librito *El mito del nacimiento del héroe* afirma que todo hombre es un héroe al nacer, cuando sufre una tremenda

transformación tanto psicológica como física, desde la condición de una pequeña criatura acuática viviendo en fluido amniótico, hasta ser un mamífero que respira aire y terminará de pie. Es una transformación enorme, y si se la emprendiera conscientemente sería de veras un acto heroico. Y ha habido heroísmo por parte de la madre también, que ha producido todo esto.

MOYERS: Entonces, ¿los héroes no son todos hombres?

CAMPBELL: Oh, no. El hombre, por lo general, tiene el papel más visible, sólo por las condiciones sociales de la vida. Él sale al mundo, y la mujer se queda en casa. Pero entre los aztecas, por ejemplo, que tenían varios cielos a los que iban las almas de la gente según las condiciones de su muerte, el cielo para los guerreros muertos en combate era el mismo que para las madres que morían en el parto. El parto es, sin duda alguna, una hazaña heroica, por cuanto constituye un dar parte de sí mismo para la vida de otro.

MOYERS: ¿No crees que hemos perdido esa verdad en nuestra sociedad, en la que parece más heroico salir al mundo y ganar mucho dinero que criar a los hijos?

CAMPBELL: Ganar dinero se prestigia más. Ya conoces el viejo dicho: si un perro muerde a un hombre, no es noticia, pero si un hombre muerde a un perro, sí lo es. Por eso, lo que se repite una y otra vez, por más heroico que sea, no es noticia. La maternidad ha perdido su novedad, podría decirse.

MOYERS: Pero es una imagen maravillosa... la madre como héroe.

CAMPBELL: A mí siempre me ha parecido así. Es algo que aprendí leyendo estos mitos.

MOYERS: Es una travesía... Es preciso salir de la seguridad conocida y convencional de tu vida para embarcarte en ella.

CAMPBELL: Debes transformarte, de doncella a madre. Es un gran cambio, que implica muchos peligros.

MOYERS: Y cuando vuelves de tu travesía, con el niño, le has aportado algo al mundo.

CAMPBELL: No sólo eso, sino que ante ti tienes el trabajo de una vida. Otto Rank señala que hay muchísima gente que piensa que su acto heroico de nacer los habilita para recibir el respeto y el apoyo de toda la comunidad.

MOYERS: Pero todavía queda una travesía que emprender después de eso.

CAMPBELL: Hay una larga travesía que emprender, llena de pruebas.

MOYERS: ¿Qué significan las pruebas, exámenes y ordalías que debe sufrir el héroe?

CAMPBELL: Si consideramos las intenciones, las pruebas están destinadas a comprobar si el supuesto héroe lo es de verdad. ¿Está a la altura de su tarea? ¿Puede superar los peligros? ¿Tiene el valor, el conocimiento, la capacidad, que le permitan servir a los demás?

MOYERS: En esta cultura de religión fácil y sin exigencias, me parece que hemos olvidado que las tres grandes religiones enseñan que las pruebas de la travesía del héroe son una parte importante de la vida, que no hay recompensa sin renuncia, sin pagar el precio. El Corán dice: «¿Crees que entrarás en el Jardín de la Gloria sin pruebas como las que pasaron otros antes que tú?». Y Jesús dice en el Evangelio de san Mateo: «Grande es la puerta y estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos son quienes lo encuentran». Y los héroes de la tradición judía superan grandes pruebas antes de llegar a su redención.

CAMPBELL: Si comprendes cuál es el verdadero problema (perderte a ti mismo, entregarte a algún fin superior), comprendes que eso es en sí mismo la prueba definitiva. Cuando dejamos de pensar en primer lugar en nosotros y en nuestra supervivencia, sufrimos una transformación realmente heroica de la conciencia.

Y de eso tratan todos los mitos, de la transformación de una especie de conciencia en otra. Has estado pensando de un modo, ahora tienes que pensar de otro.

MOYERS: ¿Cómo se transforma la conciencia?

CAMPBELL: Ya sea por las pruebas mismas o por revelaciones iluminadoras. Las pruebas y las revelaciones lo son todo.

MOYERS: ¿No hay un momento de redención en todas estas historias? La mujer es salvada del dragón, la ciudad es salvada de la desaparición, el héroe se salva del peligro en el último momento.

CAMPBELL: Bueno, sí. No habría hazañas heroicas si no hubiera un triunfo. Puede existir el héroe que fracasa, pero por lo general se lo representa como una especie de payaso, alguien que pretende ser más de lo que puede ser.

MOYERS: ¿Qué diferencias existen entre un héroe y un líder?

CAMPBELL: Ése es un problema que Tolstoi trató en *Guerra y paz.* Ahí tienes a Napoleón asolando Europa y a punto de invadir Rusia, y Tolstoi hace esta pregunta: ¿el líder realmente es el que conduce, o es simplemente el que se pone delante de la ola? En términos psicológicos, el líder podría ser analizado como alguien que percibió lo que podría hacerse y lo hizo.

MOYERS: Se ha dicho que el líder es el que vio lo inevitable y se puso al frente. Napoleón era un líder, pero no fue un héroe en el sentido de que sus logros no le sirvieron a la Humanidad. Fue todo para Francia, para la gloria de Francia.

CAMPBELL: Entonces es un héroe francés, ¿no es así? Este es el problema para nuestro tiempo. ¿Lo que necesitamos hoy es el héroe de un Estado o pueblo determinado, hoy que deberíamos poner la vista en el planeta entero? Napoleón es el equivalente decimonónico de Hitler en nuestro siglo. La desolación que sembró Napoleón en Europa fue horrenda.

MOYERS: ¿De modo que podrías ser un dios local y no pasar la prueba en un nivel cósmico más amplio?

CAMPBELL: Sí. O podrías ser un dios local, pero para la gente a quien conquistó ese dios local, podrías ser el enemigo. Que a alguien lo llames héroe o monstruo depende de cómo enfoques tu conciencia.

MOYERS: De modo que debemos tener cuidado de no llamar heroico a un acto cuando en un sentido más amplio, mitológico, no ha sido tal.

CAMPBELL: Bueno, no sé. La hazaña podría ser definitivamente heroica, por ejemplo la de una persona dando su vida por su pueblo.

MOYERS: Ah, sí. El soldado alemán que muere...

CAMPBELL: ...es tan heroico como el norteamericano que fue enviado allí para matarlo.

MOYERS: Entonces, ¿el heroísmo tiene un objetivo moral?

CAMPBELL: El objetivo moral es el de salvar a un pueblo, o salvar a una persona, o apoyar una idea. El héroe se sacrifica por algo... ahí está la moralidad del asunto. Ahora bien, desde otra posición, por supuesto, podría decirse que la idea por la que se sacrificó era algo que no había que respetar. Ese es un juicio del otro lado, pero no destruye el heroísmo intrínseco de la hazaña realizada.

MOYERS: Es una visión diferente de los héroes de la que tuve yo siendo niño, cuando leí la historia de Prometeo, que fue a robar el fuego y volvió con él, beneficiando a la Humanidad y sufriendo por ella.

CAMPBELL: Sí, Prometeo le trae el fuego a la Humanidad, y junto con él trae la civilización. El tema del ladrón del fuego, por otro lado, es universal. Con frecuencia se trata de un animal o ave que roba el fuego y se lo pasa a animales auxiliares que huyen con él. A veces los animales son quemados por las llamas cuando transmiten el fuego, y eso explicaría los diferentes coloridos. La historia del ladrón de fuego es muy popular en todo el mundo.

MOYERS: ¿La gente de diferentes culturas ha tratado de explicarse con este mito de dónde procedía el fuego?

CAMPBELL: La historia en realidad no trata de explicarlo, más bien se refiere al valor del fuego. El robo del fuego aparta al hombre de los animales. Cuando estás en el bosque por la noche, enciendes un fuego con el

que mantienes alejados a los animales. Puedes ver brillar sus ojos, pero están fuera del alcance del fuego.

MOYERS: Entonces no cuentan la historia sólo para inspirar a otros o para poner en claro un punto moral.

CAMPBELL: No, es más bien para evaluar el fuego, la importancia que tiene para nosotros, y para decir algo sobre lo que diferencia a los hombres de las bestias.

MOYERS: ¿Tu estudio de la mitología te lleva a concluir que existe una única búsqueda humana, un esquema común de aspiración y pensamiento, que constituya para toda la humanidad algo que tenemos en común, tanto si hemos vivido hace un millón de años, como si viviremos dentro de otros mil?

CAMPBELL: Existe un cierto tipo de mito que podría llamarse la búsqueda visionaria, salir en busca de una gracia, una visión, que tiene la misma forma en todas las mitologías. Es lo que traté de presentar en mi primer libro, *El héroe de las mil caras.* Todas estas mitologías diferentes nos presentan la misma búsqueda esencial. Sales del mundo en el que vives y vas a una profundidad o una distancia o una altura. Allí encuentras lo que le faltaba a tu conciencia en el mundo donde antes habitabas. Después se plantea el dilema de aferrarse a eso, y dejar que el mundo se haga mil pedazos, o volver con esa gracia y tratar de conservarla al entrar nuevamente en tu mundo social. No es fácil.

MOYERS: Entonces, ¿el héroe va en busca de algo, no sólo por la aventura en sí misma?

CAMPBELL: Tenemos las dos clases de héroe: el que elige emprender el viaje y el que no. En una clase de aventura, el héroe parte con responsabilidad e intencionalidad a realizar la hazaña. Por ejemplo, al hijo de Ulises, Telémaco, le dijo Atenea: «Ve a buscar a tu padre». Esa búsqueda del padre es una importante aventura heroica para la juventud. Es la aventura de encontrar tu carrera, tu naturaleza, tu fuente. La emprendes intencionadamente. O está la leyenda de la diosa sumeria del cielo, Inanna, que bajó al mundo subterráneo y se enfrentó a la muerte para devolver a su amado a la vida.

Después hay aventuras en las que te encuentras metido, por ejemplo cuando te enrolan en el ejército. No lo querías hacer, pero ya estás ahí. Has sufrido una muerte y resurrección, te has puesto un uniforme, eres otra criatura.

Un tipo de héroe que suele aparecer en los mitos celtas es el cazador principesco, que ha seguido el cebo de un ciervo hasta una zona del bosque donde nunca ha estado antes. Allí el animal sufre una transformación, encarnándose en la reina de las hadas o algo por el estilo. Es un tipo de aventura en la que el héroe no tiene idea de lo que está haciendo, pero de pronto se halla en un territorio transformado.

MOYERS: ¿El aventurero que emprende esa clase de viaje es un héroe en el sentido mitológico?

CAMPBELL: Sí, porque siempre está dispuesto. En estas historias, al héroe le sucede la aventura para la que estaba preparado. La aventura es una manifestación simbólica de su carácter. Hasta el paisaje y las condiciones del ambiente se ponen de acuerdo en esta predisposición.

MOYERS: En *La guerra de las galaxias,* de George Lucas, Solo empieza como mercenario y termina como héroe, y al final es quien salva a Luke Skywalker.

CAMPBELL: Sí. Solo ha realizado el acto heroico de sacrificarse a sí mismo por otro.

MOYERS: ¿Crees que un héroe se crea a partir de la culpabilidad? ¿Sentía culpa Solo por haber abandonado a Skywalker?

CAMPBELL: Depende del sistema de ideas en que quieras moverte. Solo era un tipo muy práctico, al menos eso pensaba él de sí mismo, un materialista. Pero al mismo tiempo era un ser humano con compasión, y no lo sabía. La aventura despertó una cualidad de su carácter que él mismo no sabía que poseía.

MOYERS: ¿De modo que quizás el héroe se oculta en todos nosotros y no lo sabemos?

CAMPBELL: Nuestra vida desarrolla nuestro carácter. A medida que avanzas descubres más sobre ti mismo.

Por eso conviene ponerse en situaciones que hagan surgir tu naturaleza más elevada y no la más baja. «Y no nos dejes caer en la tentación.»

Ortega y Gasset habla sobre el ambiente y el héroe en sus *Meditaciones del Quijote.* Don Quijote fue el último héroe de la Edad Media. Sale en busca de gigantes, pero en lugar de gigantes, su medio producía molinos de viento. Ortega señala que esta historia tiene lugar casi en la época en que aparecía una interpretación mecanicista del mundo, por lo que el ambiente ya no respondía espiritualmente al héroe. Hoy el héroe se encuentra frente a un mundo difícil que ya no responde a su necesidad espiritual.

MOYERS: Encuentra molinos.

CAMPBELL: Sí, pero don Quijote salvó la aventura en su fuero interno inventándose un mago que acababa de transformar en molinos a los gigantes a cuyo encuentro había corrido. Tú puedes hacerlo también, si tienes imaginación poética. Pero antes el héroe no se movía en un mundo mecanicista, sino en otro vivo que respondía a su disposicion espiritual. Ahora lo mecánico ha avanzado tanto, a través de la explicación que dan las ciencias físicas, la sociología marxista, la psicología conductista, que no somos nada sino un conjunto predecible de cables que responden a estímulos. La interpretación del siglo XIX ha eliminado de la vida moderna la libertad de la voluntad humana.

MOYERS: En el sentido político, ¿existe el peligro de que estos mitos de héroes nos enseñen a considerar los actos ajenos como si estuviéramos en un anfiteatro, coliseo o un cine, contemplando a otros realizar grandes hazañas y consolándonos de nuestra impotencia?

CAMPBELL: Creo que esto es algo que ha empezado a predominar en nuestra cultura desde tiempos muy recientes. El que mira deportes en lugar de practicarlos está consumando una acción sustitutoria. Pero cuando piensas en lo que realmente está sufriendo la gente en nuestra civilización, comprendes que ser un ser humano moderno es algo bastante siniestro. La sordidez de

las vidas de la mayoría de quienes tienen que alimentar a una familia... bueno, es algo muy destructivo.

MOYERS: Pero creo que yo prefiero eso a las pestes de los siglos XII y XIV...

CAMPBELL: El modo de vida entonces era mucho más activo que el nuestro. Nosotros nos sentamos en oficinas. Es significativo que en nuestra civilización se haya vuelto tan importante el problema de la edad madura.

MOYERS: ¡Empiezas a hacer confidencias!

CAMPBELL: Yo ya he pasado la edad madura, así que sé algo sobre el tema. Una característca de nuestras vidas sedentarias es que hay o puede haber mucha excitación intelectual, pero el cuerpo no participa gran cosa. De modo que tienes que hacer deliberadamente ejercicios mecánicos, las cien flexiones diarias y todo eso. A mí me resulta muy difícil disfrutar de eso, pero ahí lo tienes. De otro modo, todo tu cuerpo te dice: «Escucha, me has olvidado por entero. Me estoy convirtiendo en un río seco».

MOYERS: Aun así, me parece que estas historias de héroes podrían resultar, a la postre, una especie de tranquilizante, llevándonos a la benigna pasividad de observar en lugar de actuar. La otra cara de esto es que nuestro mundo parece vacío de valores espirituales. La gente se siente impotente. Para mí, ésa es la maldición de la sociedad moderna, la impotencia, el hastío que sienten todos, la alienación del mundo que nos rodea. Quizás necesitamos un héroe que dé voz a nuestros anhelos más profundos.

CAMPBELL: Estás describiendo exactamente *La tierra baldía* de T.S. Eliot, un estancamiento sociológico de vidas poco auténticas que nos ha invadido, y que no despierta nuestra vida espiritual, nuestras potencialidades, ni siquiera nuestro valor físico... hasta que, por supuesto, nos mete en una de esas guerras inhumanas.

MOYERS: No estás contra la tecnología, ¿no?

CAMPBELL: En absoluto. Cuando Dédalo, a quien puede considerarse el patrón de la técnica en la antigua

Grecia, le puso a su hijo Ícaro las alas que había fabricado para que pudiera volar y escapar del laberinto de Creta que él mismo había inventado, le dijo: «Vuela a media altura. No demasiado alto, o el sol derretirá la cera de tus alas y caerás. Ni demasiado bajo, o tropezarás con las olas del mar». Dédalo voló a media altura, pero vio que su hijo, entusiasmado en el vuelo, iba demasiado alto. La cera se fundió, y el héroe cayó al mar. Por algún motivo, la gente habla más de Ícaro que de Dédalo, como si las alas mismas hubieran sido responsables de la caída del joven astronauta. Pero no es un buen argumento contra la industria y la ciencia. El pobre Ícaro cayó al agua... pero Dédalo, que voló a media altura, logró alcanzar la otra orilla.

Un texto hindú dice: «Éste es un camino peligroso, como el filo de una navaja». Es un tema que aparece también en la literatura medieval. Cuando Lanzarote va a rescatar a Ginebra de su cautiverio, tiene que cruzar un río sobre el filo de una espada con manos y pies desnudos, teniendo debajo un poderoso torrente. Cuando estás haciendo algo que nadie ha hecho antes, cuando abres caminos, ya sea una innovación tecnológica o simplemente un modo de vida en el que tu comunidad no puede ayudarte, siempre está el peligro del exceso de entusiasmo, de olvidar ciertos detalles mecánicos. Entonces caes. «Es un camino peligroso.» Cuando sigues el camino de tu deseo, entusiasmo y tu emoción, debes tener la mente fría, y no dejarte arrastrar al desastre.

MOYERS: Uno de los puntos que me intrigan de tu pensamiento es que no crees que haya conflicto entre ciencia y mitología.

CAMPBELL: No, no hay conflicto. La ciencia ahora está abriéndose paso en la dimensión del misterio. Se ha introducido en la esfera de la que habla el mito. Ha llegado al límite.

MOYERS: Y ese límite es...

CAMPBELL: ...el límite, la interfase entre lo que puede saberse y lo que nunca se descubrirá porque es un misterio que trasciende todo saber humano. La fuente

de la vida... ¿qué es? Nadie lo sabe. Ni siquiera sabemos lo que es un átomo, si es una onda o una partícula... parece ser ambas cosas. No tenemos ni idea de lo que son estas cosas.

Es por ese motivo que hablamos de lo divino. Hay una fuente de energía trascendente. Cuando el físico observa partículas subatómicas, lo que ve es una huella en una pantalla. Estas huellas van y vienen, van y vienen, y nosotros vamos y venimos, y toda la vida va y viene. Esa energía es la energía que da forma a todas las cosas. La adoración mítica se dirige a eso.

MOYERS: ¿Tienes un héroe mítico favorito?

CAMPBELL: Cuando era pequeño, tenía dos héroes. Uno era Douglas Fairbanks; el otro era Leonardo da Vinci. Yo quería ser una síntesis de ambos. Hoy, no tengo ningún héroe.

MOYERS: ¿Lo tiene nuestra sociedad?

CAMPBELL: Lo tuvo. Tuvo a Cristo. Y después nuestro país tuvo a hombres como Washington y Jefferson, y más tarde hombres como Daniel Boone. Pero hoy la vida es tan compleja, y cambia tan deprisa, que no hay tiempo para que nada llegue a formar una constelación en el cielo de los héroes, antes de que la descartemos por algo nuevo.

MOYERS: Hoy parece como si adoráramos celebridades, no héroes.

CAMPBELL: Sí, y eso está muy mal. Una vez se pasó por las escuelas secundarias de Brooklyn un cuestionario donde se preguntaba: «¿Qué te gustaría ser?». Dos tercios de los estudiantes respondieron: «Famoso». Ni pensar en tener que dar algo de sí mismos para lograr algo.

MOYERS: Sólo querían ser conocidos.

CAMPBELL: Sólo ser conocidos, tener fama... nombre y fama. Es una lástima.

MOYERS: Pero ¿una sociedad necesita héroes?

CAMPBELL: Sí, creo que sí.

MOYERS: ¿Por qué?

CAMPBELL: Porque tiene que tener imágenes fijas, como astros, para hacer coherentes todas estas tendencias

a la separación, para reunirlas en alguna clase de intencionalidad.

MOYERS: Para seguir un camino.

CAMPBELL: Creo que sí. La nación debe tener de algún modo una intención, para operar como un poder único.

MOYERS: ¿Qué piensas de las expresiones de dolor por la muerte de John Lennon? ¿Era un héroe?

CAMPBELL: Oh, sin duda alguna era un héroe.

MOYERS: Explícamelo en el sentido mitológico.

CAMPBELL: En el sentido mitológico, él fue un innovador. Los Beatles crearon una forma artística sentida ampliamente como una necesidad. Sintonizaron perfectamente con su época. Si hubieran aparecido treinta años antes, habrían fracasado. El héroe público es sensible a las necesidades del tiempo. Los Beatles aportaron una nueva profundidad espiritual a la música popular que impuso la moda, llamémosla así, de la meditación y la música oriental. La música oriental era conocida desde hacía años, como una curiosidad, pero ahora, después de los Beatles, nuestros jóvenes parecen saber de qué se trata. La escuchamos más y más, y se la usa con su intención original, como apoyo para la meditación. Todo eso lo iniciaron los Beatles.

MOYERS: A veces pienso que deberíamos sentir compasión por el héroe, más que admiración. Muchos de ellos han sacrificado sus propias necesidades por el prójimo.

CAMPBELL: Todos lo han hecho.

MOYERS: Y con frecuencia sus logros son destruidos por la incomprensión de sus seguidores.

CAMPBELL: Sí, sales del bosque con oro y se transforma en cenizas. Es un tema habitual en el cuento de hadas.

MOYERS: También contamos con ese intrigante episodio en la historia de Ulises, cuando el barco naufraga y la tripulación cae al mar, y las olas arrastran a Ulises. Se aferra a un mástil y al fin llega a una playa, y el texto dice: «Solo al fin. Solo al fin».

CAMPBELL: Bueno, la travesía de Ulises es un poco complicada para tratarla en poco tiempo. Pero esa aventura particular en la que el barco naufraga es en la Isla del Sol, esto es, la isla de la más alta iluminación. Si el barco no hubiera naufragado, Ulises podría haberse quedado en la isla y convertirse en una especie de yogui, quien al alcanzar la plena iluminación se queda allí en su bienaventuranza y nunca regresa. Pero la idea griega de dar a conocer los valores y ponerlos en práctica en la vida le hace volver. Ahora bien, en la Isla del Sol existía un tabú: no se debía matar ni comer a ninguno de los bueyes del Sol. Pero los hombres de Ulises tenían hambre, así que sacrificaron algunos bueyes, lo que produjo después el naufragio. O sea, que cuando estaban allí arriba en la esfera de la más alta luz espiritual, la conciencia inferior seguía actuando. Cuando estás en presencia de semejante iluminación, no debes pensar: «Tengo hambre. Quiero un sándwich de carne asada». Los hombres de Ulises no estaban preparados para la experiencia que se les ofrecía.

He ahí un modelo de historia del héroe terrenal que llega a la iluminación más alta pero que luego regresa.

MOYERS: ¿Qué debemos entender cuando tú escribes sobre la agridulce historia de Ulises: «El sentido trágico de este trabajo reside exactamente en su profundo goce de la belleza y excelencias de la vida, el amor noble a las bellas mujeres, el auténtico valor de los hombres viriles. Pero el final del cuento es la ceniza»?

CAMPBELL: No puede decirse que la vida sea inútil porque termine en la tumba. Hay un verso muy inspirado en uno de los poemas de Píndaro en el que celebra a un joven que acaba de ganar un campeonato de lucha en los juegos píticos. Píndaro escribe: «Criatura de un día, ¿qué es un hombre? ¿Qué no es? El hombre no es más que el sueño de una sombra. Pero cuando lo alcanza, como un don del cielo, un rayo de sol, se difunde sobre el hombre una luz radiante, y, sí, una dulce vida». Por eso encuentro tan siniestro el dicho: «¡Vanidad, vanidad, todo es vanidad!». No todo es vanidad. Este momento no

es vanidad, es un triunfo, un deleite. Este acento especialmente puesto en la culminación de la perfección en nuestros momentos de triunfo es algo muy griego.

MOYERS: Muchos de los héroes mitológicos mueren para el mundo. Sufren, son crucificados.

CAMPBELL: Muchos de ellos dan sus vidas. Pero el mito también dice que de la vida entregada surge una vida nueva. Puede no ser la vida del héroe, pero es una vida nueva, un modo nuevo de ser o devenir.

MOYERS: Estas historias del héroe varían de una cultura a otra. ¿El héroe de Oriente es distinto del héroe de nuestra cultura?

CAMPBELL: Los diferencia el grado de iluminación o acción. Hay un héroe típico de las culturas primitivas, que anda por ahí matando monstruos. Ésa es una forma de aventura del periodo prehistórico, cuando el hombre estaba dando forma a su mundo a partir de un páramo peligroso e informe. El héroe sale a matar monstruos.

MOYERS: ¿De modo que el héroe evoluciona con el tiempo como la mayoría de los demás conceptos e ideas?

CAMPBELL: Evoluciona a medida que evoluciona la cultura. Moisés es una figura heroica, por ejemplo. Sube a la montaña, se encuentra con Yahvé en la cima, y después baja con reglas para la formación de una sociedad enteramente nueva. Es un típico acto heroico: la partida, el logro, el regreso.

MOYERS: ¿Buda es una figura heroica?

CAMPBELL: Buda sigue un sendero que se parece mucho al de Cristo; sólo que, por supuesto, Buda vivió quinientos años antes. Puedes establecer paralelismos entre estas dos figuras de «salvador», incluidas las funciones y caracteres de sus discípulos o apóstoles inmediatos. Puedes encontrar una analogía, por ejemplo, entre Ananda y san Pedro.

MOYERS: ¿Por qué a tu libro lo llamaste *El héroe de las mil caras?*

CAMPBELL: Porque hay una típica secuencia de acciones heroicas que puede detectarse en historias de todo

el mundo y de muchos periodos históricos. En lo esencial, podría decirse incluso que no hay más que un héroe arquetípico cuya vida se ha reduplicado en muchas tierras distantes. Un héroe legendario suele ser el fundador de algo: el fundador de una nueva época, de una nueva religión, de una ciudad, de un modo de vida nuevo. Para fundar algo nuevo, es preciso abandonar lo viejo e ir en busca de la idea semilla, la idea germinal que tendrá la potencialidad de dar a luz lo nuevo.

Los fundadores de todas las religiones han partido en búsquedas de esta clase. Buda fue a la soledad y se sentó bajo el árbol del conocimiento inmortal, donde recibió una iluminación que ha irradiado a toda el Asia durante dos mil quinientos años.

Después del bautismo recibido de Juan el Bautista, Jesús se fue al desierto durante cuarenta días; y fue de este desierto de donde vino con su mensaje. Moisés fue a la cima de la montaña y bajó con las tablas de la ley. Después tienes al que funda una ciudad; casi todas las ciudades de la Grecia antigua fueron fundadas por héroes que habían partido en busca de algo y tuvieron sorprendentes aventuras, tras las cuales fundaban una ciudad. También podría decirse que la fundación de una vida, de tu vida o la mía, si vivimos nuestras vidas en lugar de imitar alguna ajena, proviene asimismo de una búsqueda.

MOYERS: ¿Por qué son tan importantes estas historias para la raza humana?

CAMPBELL: Depende de la clase de historia que sea. Si la historia representa lo que podría llamarse una aventura arquetípica (la historia de un niño que se hace hombre, o el despertar al nuevo mundo que se abre a la adolescencia), ayudará a dar un modelo para superar el pasaje.

MOYERS: Dices que las historias nos ayudan a superar las crisis. Cuando yo las leía siendo niño, todas tenían finales felices. Eso era antes de que aprendiera que la vida está fraguada con realidades de toda clase. A veces pienso que compramos la entrada para ver una

amable comedia musical de Gilbert y Sullivan, y cuando entramos al teatro resulta que están representando una obra de Harold Pinter. Quizás los cuentos de hadas nos inhabilitan para enfrentarnos a la realidad.

CAMPBELL: Los cuentos de hadas se cuentan por diversión. Debes distinguir entre los mitos que tienen que ver con la seria cuestión de vivir la vida según el orden de la sociedad y la naturaleza, y las historias con algunos de estos mismos temas, que se cuentan por diversión. Pero aun cuando la mayoría de los cuentos de hadas tienen finales felices, casi al final de ese desenlace feliz aparecen típicos temas mitológicos, por ejemplo el del héroe que se halla en graves aprietos y oye en ese momento una voz o se le aparece alguien para ayudarle.

Los cuentos de hadas son para niños. Con frecuencia versan sobre una niñita que no quiere crecer y hacerse mujer. En la crisis de ese umbral, se detiene. Se duerme, hasta que un príncipe atraviesa todas las barreras y le da un motivo para pensar que, después de todo, podría ser agradable crecer. Muchos de los cuentos de Grimm representan a la niñita paralizada en su crecimiento. Toda la matanza de dragones y el cruce de umbrales tiene que ver con dejar atrás esa parálisis.

Todos los rituales de las ceremonias primitivas de iniciación poseen bases mitológicas, y de lo que se trata en ellos es de matar al yo infantil y dar a luz un adulto, ya sea mujer u hombre. Para el varón es más difícil que para la mujer, porque la vida se encarga de iniciar a la niña. Se hace mujer lo quiera o no, pero el niño en cambio debe proponerse transformarse en un hombre. Con la primera menstruación, la niña es ya una mujer. El paso siguiente lo constituirá el embarazo, ya es madre. El niño, primero, tiene que liberarse de su madre, aplicar su energía a sí mismo, y luego partir. De eso se trata en el mito de «joven, ve a buscar a tu padre». En la *Odisea,* Telémaco vive con su madre. Cuando cumple veinte años, Atenea viene y le dice: «Ve a buscar a tu padre». Ése es el tema que se repite en todas las historias. A veces es

un padre mágico, pero a veces, por ejemplo en la *Odisea,* es el padre físico.

Un cuento de hadas es el mito del niño. Hay mitos propios para edades determinadas de la vida. Cuando creces, necesitas una mitología más sólida. Por supuesto, toda la historia de la crucifixión, que es una imagen fundamental en la tradición cristiana, habla de la llegada de la eternidad al campo del tiempo y el espacio, donde se produce la desmembración. Pero también habla del pasaje del terreno del tiempo y el espacio al terreno de la vida eterna. Crucificamos nuestros cuerpos temporales y terrenales, dejamos que los desgarren, y a través de ese desmembramiento entramos en la esfera espiritual que trasciende todos los dolores de la tierra. Hay una forma del crucifijo conocida como «Cristo Triunfante», donde está no con la cabeza inclinada y la sangre manando del costado, sino con la cabeza levantada y los ojos abiertos, como si hubiera ido voluntariamente a la crucifixión. San Agustín escribió en alguna parte que Jesús fue a la cruz como un novio a su boda.

MOYERS: De modo que hay verdades para adultos y verdades para niños.

CAMPBELL: Oh, sí. Recuerdo la ocasión en que Heinrich Zimmer se hallaba impartiendo una lección en la Universidad de Columbia sobre la idea hindú de que toda la vida es como un sueño o una burbuja; que todo es *maya,* ilusión. Después de la clase una joven alumna fue a él y le dijo: «¡Doctor Zimmer, qué maravillosa clase sobre la filosofía india! Pero lo de *maya*... no lo capto... no me dice nada».

«Oh», le dijo él, «¡no seas impaciente! Eso no es para ti todavía, querida.» Y así es: cuando envejeces, y todo lo que has conocido y para lo que has vivido ha pasado, y el mundo mismo está pasando, el mito de *maya* se vuelve comprensible. Pero para los jóvenes el mundo es algo que todavía deben encontrar y afrontar y amar y aprender de él y luchar con él... por eso, necesitan otra mitología.

MOYERS: El escritor Thomas Berry dice que todo gira alrededor de un relato. El relato es la trama que le

asignamos a la vida y al universo, nuestros supuestos básicos y creencias fundamentales sobre el funcionamiento de todo. Dice que ahora tenemos problemas «porque nos encontramos *entre* relatos. El viejo relato nos sostuvo durante mucho tiempo: dio forma a nuestras posturas emocionales, nos proveyó de un propósito para la vida, dio energía a nuestras acciones, consagró el sufrimiento, guió la educación. Nos despertábamos por la mañana y sabíamos quiénes éramos, podíamos responder a las preguntas de nuestros hijos. Todo se sostenía gracias al relato. Ahora el viejo relato ya no sirve. Y todavía no hemos aprendido uno nuevo».

CAMPBELL: Estoy parcialmente de acuerdo con eso; parcialmente, porque existe un viejo relato que sigue siendo bueno, y es la historia de la aventura espiritual. La búsqueda para hallar la cosa interior que somos básicamente es la historia que yo traté de contar en ese pequeño libro mío escrito hace unos cuarenta años, *El héroe de las mil caras.* La relación de los mitos con la cosmología y la sociología tiene que esperar a que el hombre se acostumbre al nuevo mundo en que se encuentra. Hoy el mundo es distinto de como era hace cincuenta años. Pero la vida interior del hombre es exactamente la misma. De manera que si apartas por un momento el mito del origen del mundo (los científicos te dirán de qué se trata, de todos modos) y vuelves al mito de lo que es la búsqueda humana, cuáles son sus estadios de realización, cuáles son las pruebas de la transición de la infancia a la madurez, y qué significa la madurez, la historia está ahí, como lo está en todas las religiones.

La historia de Jesús, por ejemplo: hay una hazaña universalmente válida en esa historia. Primero el héroe llega al borde de la conciencia de su tiempo cuando acude a Juan el Bautista para ser bautizado. Después traspasa el umbral en el desierto, durante cuarenta días. En la tradición judía el número cuarenta es mitológicamente importante. Los hijos de Israel pasaron cuarenta años en el desierto, Jesús pasó

cuarenta días. Allí, debió superar tres tentaciones. Primero fue la tentación económica, en la que el Diablo viene y le dice: «Pareces hambriento, joven. ¿Por qué no conviertes estas piedras en pan?». Y Jesús responde: «No sólo de pan vive el hombre, sino de cada palabra que nace de la boca de Dios». A continuación viene la tentación política. Jesús es llevado a la cima de una montaña desde donde puede ver todas las naciones del mundo, y el Diablo le dice: «Las dominarás todas si te inclinas ante mí». Lo cual es una lección, no del todo asimilada aún hoy, de lo que se necesita para ser un político de éxito. Jesús se niega. Al fin el Diablo dice: «Pues bien, si eres tan espiritual, vayamos al techo del Templo de Herodes, y arrójate desde allí. Dios te protegerá, y ni siquiera te harás un rasguño». Esto es lo que se conoce como inflación espiritual. Soy tan espiritual que me encuentro por encima de las preocupaciones de la carne y de esta tierra. Pero Jesús está encarnado, ¿no? Así que dice: «No tentarás al Señor, tu Dios». Éstas son las tres tentaciones de Cristo, y son tan importantes hoy como lo fueron en el año 30 d.C.

Buda también va a la selva y se reúne allí con los principales gurús de su época. Después los deja, y tras una temporada de pruebas y búsquedas, llega al árbol sagrado, el árbol de la iluminación, donde también él sufre tres tentaciones. La primera es la lujuria, la segunda el miedo, y la tercera la sumisión a la opinión pública.

En la primera tentación, el Señor de la Lujuria le muestra a Buda sus tres hijas, las más hermosas. Sus nombres son Deseo, Consumación y Nostalgia: Futuro, Presente y Pasado. Pero Buda, que ya se ha desprendido de su carácter sensual, no se conmueve.

Después el mismo Señor de la Lujuria se transforma en Señor de la Muerte, y le arroja a Buda todas las armas de un ejército de monstruos. Pero Buda había hallado en sí mismo ese punto inmóvil, que es la eternidad, a la que no accede el tiempo. De modo que tampoco

en esta ocasión se conmovió, y las armas arrojadas contra él se transformaron en flores de adoración.

Por último el Señor de la Lujuria y la Muerte se transformó en el Señor del deber Social y argumentó: «Jovencito, ¿aún no conoces las nuevas de esta mañana? ¿No sabes lo que hay que hacer hoy?». Buda respondió tocando simplemente la tierra con la punta de los dedos de la mano derecha. Entonces se oyó la voz de la diosa madre del universo, como un trueno rodando en el horizonte, diciendo: «Mi querido hijo ya ha dado tanto de sí mismo al mundo que no queda nadie aquí a quien darle órdenes al respecto. Olvidemos toda esa tontería». Mientras tanto el elefante sobre el que estaba montado el Señor del Deber Social hizo una reverencia adorando a Buda, y toda la compañía de los Antagonistas se disolvió como un sueño. Esa noche, Buda alcanzó la iluminación, y durante los siguientes cincuenta años siguió en el mundo como maestro del camino hacia la supresión de las cadenas del egoísmo.

Ahora bien, esas dos primeras tentaciones (el deseo y el miedo) son las mismas que experimentan Adán y Eva en el extraordinario cuadro de Tiziano (hoy en el Prado), pintado cuando el artista tenía noventa y cuatro años. El árbol, por supuesto, es el eje mitológico del mundo, en el punto donde se reúnen tiempo y eternidad, movimiento y descanso, y alrededor del cual giran todas las cosas. Aquí está representado sólo en su aspecto temporal, como el árbol del conocimiento del bien y del mal, la ganancia y la pérdida, el deseo y el temor. A la derecha está Eva, que ve al tentador bajo la forma de un niño, ofreciendo la manzana, y la mueve el deseo. Pero Adán, desde el punto de vista opuesto, ve las piernas de serpiente del ambiguo tentador, y es tocado por el temor. Deseo y temor: son las dos emociones que gobiernan el mundo. El deseo es el cebo; la muerte, el anzuelo.

Adán y Eva fueron conmovidos; Buda no. Eva y Adán crearon vida y sufrieron la maldición de Dios; Buda enseñó la liberación del temor a la vida.

MOYERS: Pero con el hijo, con la vida, advienen el peligro, el miedo, el sufrimiento...

CAMPBELL: Aquí me encuentro ahora, pasados los ochenta años, escribiendo una obra que tendrá varios volúmenes. Quiero vivir hasta terminar este trabajo. Quiero este hijo. Eso me produce miedo a la muerte. Si no tuviera el deseo de completar este libro, no me molestaría morir. Ahora bien, tanto Buda como Cristo hallaron la salvación más allá de la muerte, y volvieron del desierto a elegir e instruir discípulos, quienes después llevaron su mensaje por el mundo.

Los mensajes de los grandes maestros (Moisés, Buda, Cristo, Mahoma) difieren en mucho. Pero sus travesías visionarias se asemejan en gran medida. En el momento de su elección, Mahoma era un camellero analfabeto. Pero todos los días salía de su casa en La Meca e iba a una caverna en la montaña a meditar. Un día una voz le dijo: «¡Escribe!», y él escuchó el dictado y así es como tenemos el Corán. Es una historia muy vieja.

MOYERS: En todos los casos los receptores de la gracia han hecho algunas cosas más bien grotescas con sus interpretaciones del mensaje del héroe.

CAMPBELL: Ha habido maestros que decidieron no enseñar nada, por intuir lo que haría la sociedad con lo que ellos habían descubierto.

MOYERS: ¿Y si el héroe vuelve tras superar sus pruebas, y el mundo no quiere lo que él le trae?

CAMPBELL: Ésa, por supuesto, es una experiencia normal. No siempre el mundo rechaza el don, sino que no sabe cómo recibirlo y cómo institucionalizarlo...

MOYERS: ...cómo conservarlo, cómo renovarlo.

CAMPBELL: Sí, cómo hacer para mantenerlo con vida.

MOYERS: Siempre me gustó esa imagen del soplo de vida sobre los huesos secos, sobre las ruinas y reliquias.

CAMPBELL: Hay una especie de héroe secundario para revitalizar la tradición. Este héroe reinterpreta la tradición y la hace válida como experiencia de vida hoy, libre de estereotipos anticuados. Esto debe hacerse con todas las tradiciones.

MOYERS: Son muchas las religiones que empezaron con sus propias historias sobre un héroe. Todo el Oriente fue bendecido con las enseñanzas de la buena ley traída por Buda, así como el Occidente fue bendecido por las leyes que trajo Moisés del Sinaí. Los héroes tribales o locales realizan sus hazañas para un único pueblo, los héroes universales como Mahoma, Jesús y Buda traen el mensaje de muy lejos. Estos héroes de la religión vuelven con el deslumbramiento de Dios, no con apuntes tomados en presencia de Dios.

CAMPBELL: Bueno, en el Viejo Testamento hallarás una terrible cantidad de leyes.

MOYERS: Pero eso es la transformación de la religión en teología. La religión empieza con el sentido del deslumbramiento, la reverencia y el intento de contar historias que nos conecten con Dios. Después viene una serie de obras teológicas en las que todo se reduce a un código, a un credo.

CAMPBELL: Es la reducción de la mitología a la teología. La mitología es muy fluida. La mayoría de los mitos contienen contradicciones internas. Incluso en una determinada cultura podrás hallar cuatro o cinco mitos, todos los cuales dan versiones diferentes del mismo misterio. Después aparece la teología y dice cómo deben ser las cosas. La mitología es poesía, siendo el lenguaje poético muy flexible.

La religión transforma la poesía en prosa. Dios está literalmente allí, y esto es literalmente lo que piensa, y así es como tú tienes que comportarte para lograr unas buenas relaciones con ese dios que está ahí.

MOYERS: No es necesario creer que existió realmente un rey Arturo para captar la significación de las historias en las que aparece, pero los cristianos dicen que debemos creer que existió Cristo, o los milagros no tendrían sentido.

CAMPBELL: Son los mismos milagros que realizó Elías. Hay un cuerpo entero de milagros que flotan, como partículas en el aire, y cuando aparece un hombre con determinados atributos todas estas partículas

se reúnen a su alrededor. Estas historias de milagros nos hacen saber simplemente que este hombre notable predicó un orden espiritual que no debe ser identificado con el orden meramente físico, por lo que pudo realizar una magia espiritual. No quiere decirse que haya hecho realmente ninguna de estas cosas, aunque por supuesto es posible. Tres o cuatro veces he visto cosas que podríamos considerar mágicas: hombres y mujeres de poder pueden hacer cosas que no creeríamos posibles. En realidad no sabemos cuáles son los límites de lo posible. Pero los milagros de la leyenda no tienen por qué haber sido hechos. Buda caminó sobre las aguas, como lo hizo Jesús. Buda ascendió al cielo y regresó.

MOYERS: Recuerdo una conferencia en la que dibujaste un círculo y dijiste: «He aquí nuestra alma».

CAMPBELL: Bueno, eso no fue más que un recurso pedagógico. Platón dijo en alguna parte que el alma es un círculo. Tomé esa idea para sugerir en la pizarra la esfera de la psique. Después dibujé una línea horizontal cortando el círculo para representar la línea de separación de la conciencia y el inconsciente. El centro del que proviene toda nuestra energía lo representé como un punto en el centro del círculo, debajo de la línea horizontal. Un recién nacido no tiene ninguna intención que vaya más allá de las exigencias de su pequeño cuerpo. Así es como empieza la vida. Un bebé es sobre todo el impulso de vida. Después aparece la mente y tiene que averiguar de qué va todo, qué es lo que quiere. Y cómo obtenerlo.

Ahora bien, por encima de la línea horizontal está el ego, que represento como un cuadrado: ese aspecto de nuestra conciencia que identificamos como nuestro centro. Pero, ves, está muy lejos del centro. Nosotros pensamos que es el centro dominante, pero no lo es.

MOYERS: ¿Cuál es el centro dominante?

CAMPBELL: Lo que domina es lo que viene desde abajo. El periodo en que uno empieza a comprender que no domina las cosas es la adolescencia, cuando todo un

nuevo sistema de exigencias empieza a anunciarse desde el cuerpo. El adolescente no tiene la menor idea de cómo vérselas con todo esto, y no puede sino preguntarse qué lo está moviendo, a él, o más misteriosamente, a ella.

MOYERS: Parece bastante claro que llegamos aquí como bebés con alguna especie de memoria dentro.

CAMPBELL: Bueno, es sorprendente la cantidad de memoria que traemos. El bebé sabe qué hacer con el pezón en la boca. Hay todo un sistema de acción innata que, cuando lo vemos en animales, lo llamamos instinto. Es la base biológica. Pero entonces pueden suceder algunas cosas que hacen repulsivos, difíciles, atemorizantes o pecaminosos algunos actos que uno se siente impulsado a realizar, y es entonces cuando empezamos a padecer nuestros más molestos problemas psicológicos.

Primordialmente los mitos sirven como instrucción fundamental en estas cuestiones. Nuestra sociedad, en su expresión actual, no nos da una adecuada instrucción mítica de este tipo, por lo que los jóvenes encuentran difícil la acción. Tengo la teoría de que, si puedes encontrar dónde está bloqueada una persona, debería ser posible encontrar un paralelo mitológico para ayudarla a superar su problema específico.

MOYERS: La gente habla de «ponerse en contacto con uno mismo». ¿Qué crees que significa?

CAMPBELL: Es muy posible que uno llegue a estar tan influido por los ideales y dictados de su medio que no sepa lo que realmente quiere y lo que podría ser. Pienso que cualquier persona educada en una situación social autoritaria y extremadamente estricta tendrá enormes dificultades para conocerse a sí misma.

MOYERS: Porque te han dicho qué debes hacer.

CAMPBELL: Te han dado instrucciones precisas de lo que debes hacer en cada momento de tu vida. Estás en el ejército, así que esto es lo que hacemos aquí. Cuando eres niño y estás en la escuela, todo el rato te están diciendo qué debes hacer, y empiezas a contar los días

que faltan para las vacaciones, pues sólo entonces serás tú mismo.

MOYERS: ¿Qué nos dice la mitología sobre cómo ponernos en contacto con esa otra persona que es nuestra persona real?

CAMPBELL: La primera instrucción sería seguir los indicios del mito mismo y de tu gurú, tu maestro, que se supone que lo sabe. Es como un atleta con su entrenador. El entrenador le dice cómo poner en el juego sus propias energías. Un buen entrenador no le dice a un corredor cómo debe mover los brazos ni cosas como ésa. Lo mira correr, y después lo ayuda a corregir su propio modo natural. Un buen maestro está ahí para ayudar al joven a reconocer sus posibilidades; para darle consejos, no órdenes. La orden sería: «Así es como lo hago yo, tú debes hacerlo así también». Hay artistas que les enseñan así a sus estudiantes. Pero de cualquier modo el maestro debe explicar, dar algunas reglas generales. Si no tienes a alguien que lo haga por ti, tendrás que hacerlo todo por ti mismo, como si te vieras obligado a reinventar la rueda.

Un buen modo de aprender es encontrar un libro que se ocupe de los problemas con los que te enfrentas. Eso te dará algunas pistas. En mi propia vida me instruí leyendo a Thomas Mann y a James Joyce, dos escritores que aplicaron temas mitológicos básicos a la interpretación de los problemas, preguntas, intereses y conciencia de los jóvenes en el mundo moderno. Podrás descubrir tus temas míticos en las obras de un buen novelista que haya comprendido estas cosas.

MOYERS: Eso es algo que me intriga. Si tenemos suerte, si los dioses y las musas nos sonríen, en cada generación más o menos aparece alguien que inspira la imaginación para el viaje que debemos hacer. En tu época fueron Joyce y Mann. En la nuestra parecen ser con frecuencia películas. ¿Las películas crean héroes míticos? ¿Te parece, por ejemplo, que una película como *La guerra de las galaxias* responde a las expectativas de un modelo heroico?

CAMPBELL: He oído a jovencitos usando términos de George Lucas: «la Fuerza», «el lado oscuro». Así que debe estar produciendo algún efecto. Yo diría que es una buena y sólida enseñanza.

MOYERS: Creo que eso explica en parte el éxito de *La guerra de las galaxias.* No fue sólo el costo de la producción lo que hizo la película tan interesante; fue que apareció en un momento en que la gente necesitaba ver en imágenes reconocibles el choque del bien y el mal. Necesitaban que les recordaran el idealismo, ver una historia basada en el altruismo antes que en el egoísmo.

CAMPBELL: El hecho de que el poder maligno no sea identificado con ninguna nación específica de esta tierra significa que tienes un poder abstracto, que representa un principio, no una situación histórica específica. La historia se refiere a una cuestión de principios, no de esta nación contra aquella. Las máscaras monstruosas que se ponen los actores en *La guerra de las galaxias* representan la auténtica fuerza monstruosa en el mundo moderno. Cuando Darth Vader se quita la máscara, ves un hombre sin forma, alguien que no se ha desarrollado como individuo humano. Lo que ves es un rostro indiferenciado, extraño y lamentable.

MOYERS: ¿Qué significa eso?

CAMPBELL: Darth Vader no ha desarrollado su propia humanidad. Es un robot. Es un burócrata, que vive no en función de sí mismo sino de un sistema impuesto. Esa es la amenaza para nuestras vidas con la que todos nos enfrentamos hoy. ¿El sistema te aplastará y te negará tu propia humanidad, o podrás hacer uso del sistema para el logro de propósitos humanos? ¿Cómo te relacionarás con el sistema sin servirlo compulsivamente? No vale tratar de cambiarlo de acuerdo con tu sistema de pensamiento. El impulso histórico que tiene detrás es demasiado grande como para que de esta clase de acción surja algo de verdad significativo. Lo que hay que hacer es aprender a vivir en tu periodo de la historia como un ser humano. Eso es algo distinto, y puede hacerse.

MOYERS: ¿Cómo?

CAMPBELL: Aferrándote a tus propios ideales y, como hizo Luke Skywalker, rechazando las exigencias impersonales que te impone el sistema.

MOYERS: Cuando llevé a mis dos hijos a ver *La guerra de las galaxias,* hicieron lo que hizo todo el público en el momento en que la voz de Ben Kenobi le dice a Skywalker, en el momento culminante de la última batalla: «Apaga tu computadora, apaga la máquina y hazlo por ti mismo, sigue tus sentimientos, confía en tus sentimientos». Y cuando lo hizo, triunfó, y la sala estalló en aplausos.

CAMPBELL: Bueno, ya ves, esa película crea una comunicación. Está en un lenguaje que habla a los jóvenes, y eso es lo que cuenta. La pregunta que formula es: ¿serás un hombre de corazón y humanidad (porque ahí es donde está la vida, en el corazón), o harás cualquier cosa que te exija algo que podría llamarse el «poder intencional»? Cuando Ben Kenobi dice: «Que la Fuerza sea contigo», está hablando de la fuerza y la energía de la vida, no de intenciones políticas programadas.

MOYERS: Me intrigó la definición de la Fuerza. Ben Kenobi dice: «La Fuerza es un campo de energía creado por todas las cosas vivas. Nos rodea, nos penetra, mantiene unida la galaxia». He leído en *El héroe de las mil caras* descripciones semejantes del ombligo del mundo, del lugar sagrado, de la fuerza que existe en el momento de la creación.

CAMPBELL: Sí, por supuesto, la Fuerza se mueve desde dentro. Pero la fuerza del Imperio está basada en la intención de conquistar y dominar. *La guerra de las galaxias* no es una simple historia moralizante, sino que trata de las fuerzas de la vida en tanto se consuman, se quiebran o suprimen mediante la acción del hombre.

MOYERS: La primera vez que vi *La guerra de las galaxias,* pensé: «Es una historia muy vieja con un traje nuevo». La historia del joven llamado a la aventura, el héroe que tiene que superar pruebas y obstáculos, y vuelve tras la victoria con un don para la comunidad...

CAMPBELL: Lucas utiliza, desde luego, figuras mitológicas estándar. El viejo maestro como consejero me hizo pensar en el maestro de armas japonés. He conocido a alguna gente así, y Ben Kenobi tiene algo de ese carácter.

MOYERS: ¿Qué hace el maestro de armas?

CAMPBELL: Es un experto en armas blancas. El cultivo oriental de las artes marciales va más allá de cuanto yo haya visto en los gimnasios norteamericanos. Hay una técnica psicológica, además de la fisiológica, que va muy unida a ésta. Ese personaje en *La guerra de las galaxias* posee esa cualidad.

MOYERS: Hay algo mitológico también en el hecho de que el héroe sea auxiliado por un extraño que aparece y le da algún instrumento...

CAMPBELL: Le da no sólo un instrumento físico, sino un compromiso psicológico y un centro psicológico. El compromiso va más allá de tu mero sistema de intenciones. Tú y el acto sois uno.

MOYERS: Mi escena favorita es cuando estaban en el compresor de basura y las paredes se cerraban, y pensé: «Es como el vientre de la ballena que se tragó a Jonás».

CAMPBELL: Es que estaban ahí, en el vientre de la ballena.

MOYERS: ¿Cuál es el significado mitológico del vientre?

CAMPBELL: El vientre es el lugar oscuro donde tiene lugar la digestión y donde se crea la energía nueva. La historia de Jonás en la ballena es un ejemplo de un tema mítico prácticametne universal, el del héroe que va a parar al vientre de un pez y al fin sale, transformado.

MOYERS: ¿Por qué debe pasarle eso?

CAMPBELL: Es un descenso a la oscuridad. Psicológicamente, la ballena representa el poder de la vida apresado en el inconsciente. Metafóricamente, el agua es el inconsciente, y la criatura en el agua es la vida o la energía del inconsciente, que ha abrumado a la personalidad consciente y debe ser vencida y dominada.

En el primer estadio de este tipo de aventura, el héroe abandona el campo de lo familiar, sobre el que tiene control en alguna medida, y llega a un umbral, digamos al borde de un lago o un mar, donde viene a su encuentro un monstruo de las profundidades. En ese contexto existen dos posiblidades. En la historia de Jonás, el héroe es tragado y llevado al abismo para experimentar más tarde una resurrección; una variante del tema muerte-resurrección. Ahí, la personalidad consciente se ha puesto en contacto con una carga de la energía inconsciente que es incapaz de manipular y ahora debe sufrir todos los peligros y revelaciones de un terrorífico viaje por el mar de la noche, mientras aprende cómo hacer las paces con este poder de la oscuridad y emerge, al fin, a un nuevo modo de vida.

La otra posibilidad es que el héroe, al encontrarse con el poder de la noche, se imponga y lo mate, como hicieron Sigfrido y san Jorge cuando mataron al dragón. Pero Sigfrido supo que debía probar la sangre del dragón, para absorber parte de la fuerza de éste. Cuando Sigfrido ha matado al dragón y probado su sangre, oye el canto de la naturaleza. Ha trascendido su humanidad y se ha vuelto a asociar con los poderes naturales, que son los poderes de nuestra vida, y de los que nuestra mente nos aparta.

La conciencia cree que está dominando el juego. Pero es un órgano secundario de un ser humano total, y no debe estar al mando. Debe someterse y servir a la humanidad del cuerpo. Cuando se pone al mando, tienes un hombre como Darth Vader en *La guerra de las galaxias,* el hombre que sirve por completo al lado de la conciencia intencional.

MOYERS: La figura oscura.

CAMPBELL: Sí, es la figura que en el *Fausto* de Goethe es representada por Mefistófeles.

MOYERS: Pero puedo oír a alguien diciendo: «Bueno, todo eso está muy bien para la imaginación de un George Lucas o la erudición de un Joseph Campbell, pero no es lo que sucede en mi vida».

CAMPBELL: Es que sí lo es... y si no lo reconoce, ese no reconocimiento puede transformarlo en un Darth Vader cualquiera. Si la persona insiste en un determinado programa, y no escucha las demandas de su propio corazón, correrá el riesgo de un derrumbe esquizofrénico. Esa persona ha perdido su centro. Se ha impuesto un programa de por vida, y no es un programa en que el cuerpo esté interesado. El mundo está lleno de gente que ha dejado de escucharse a sí misma o ha escuchado sólo a sus vecinos para saber qué hacer, cómo comportarse y cuáles son los valores de acuerdo con los cuales debe vivir.

MOYERS: A partir de lo que sabes sobre los seres humanos, ¿es concebible que haya un punto de sabiduría más allá de los conflictos de la verdad y la ilusión, en el que nuestras vidas puedan reconstruirse? ¿Podemos desarrollar nuevos modelos?

CAMPBELL: Ya están aquí, en las religiones. Todas las religiones han sido verdaderas en su momento. Si puedes reconocer el aspecto duradero de la verdad y separarlo de las aplicaciones temporales, ya lo tienes.

Hemos hablado del tema aquí mismo: el sacrificio de los deseos y temores físicos del cuerpo, en provecho de lo que espiritualmente sostiene al cuerpo; ¿está el cuerpo aprendiendo a conocer y expresar su vida más profunda en el campo del tiempo? De un modo u otro, todos debemos averiguar lo que más propicia el florecimiento de nuestra humanidad en esta vida contemporánea, y dedicarnos a ello.

MOYERS: ¿No a la causa primera, sino a una causa más alta?

CAMPBELL: Yo diría: a una causa más interior. «Más alto» es allá arriba, y no hay ningún «allá arriba». Eso ya lo sabemos. Ese viejo sentado en una nube no existe. Debes encontrar la Fuerza dentro de ti. Es por eso que los gurús orientales convencen tanto a la juventud de hoy. Dicen: «Está en ti. Ve y encuéntralo».

MOYERS: Pero ¿no son muy pocos los que pueden afrontar el desafío de una nueva verdad y poner sus vidas de acuerdo con ella?

CAMPBELL: ¡Nada de eso! Unos pocos pueden ser los maestros y los líderes, pero nadie puede asegurarlo, así como nadie tiene el potencial de correr para salvar a un niño. Está dentro de cada uno el reconocer ciertos valores en su vida que no están confinados al mantenimiento del cuerpo y a las preocupaciones económicas del día.

MOYERS: Cuando era niño y leía *Los caballeros de la Tabla Redonda,* el mito me llevó a pensar que yo podía ser un héroe. Quería salir y combatir con dragones. Quería internarme en el bosque sombrío y combatir el mal. ¿Qué te dice el hecho de que los mitos puedan hacer que el hijo de un granjero de Oklahoma piense en sí mismo como en un héroe?

CAMPBELL: Los mitos inspiran la realización de la posibilidad de tu perfección, la plenitud de tu fuerza y el aporte de luz solar en el mundo. Matar monstruos es matar las cosas oscuras. El mito te atrapa en tu interior. De niño, lo tomas en un sentido, como yo leyendo las historias indígenas. Después, el mito te dice más, y más, y más todavía. Creo que cualquiera que se haya ocupado seriamente de ideas míticas o religiosas te dirá que las aprendemos en la infancia en un nivel, pero luego se revelan muchos niveles diferentes. Los mitos son infinitos en su revelación.

MOYERS: ¿Cómo mato a ese dragón que hay en mí? ¿Cuál es el viaje que cada uno tiene que hacer, lo que tú llamas «la elevada aventura del alma»?

CAMPBELL: Mi fórmula general para mis estudiantes es: «Seguid el camino de vuestro corazón. Encontrad dónde está, y no temáis internaros allí»

MOYERS: ¿Es mi trabajo o mi vida?

CAMPBELL: Si el trabajo que estás haciendo es el que elegiste hacer porque lo disfrutas, entonces es el trabajo. Pero si piensas: «¡Oh, no! ¡No podría hacerlo!», es el dragón bloqueándote el paso. «No, no, yo no podría ser escritor» o «No, no, yo jamás podría hacer lo que hace Fulano».

MOYERS: En este sentido, a diferencia de héroes como Prometeo o Jesús, no partimos en nuestro viaje

para salvar al mundo sino para salvarnos a nosotros mismos.

CAMPBELL: Pero al hacerlo, salvas al mundo. La influencia de una persona vital vitaliza, de eso no hay duda alguna. El mundo sin espíritu es una terreno baldío. La gente tiene la idea de que se puede salvar el mundo cambiando las cosas de lugar, cambiando las reglas, cambiando de lugar a los que mandan, y cosas así. ¡No, no! Cualquier mundo es válido si está vivo. Lo que hay que hacer es darle vida, y el único modo de hacerlo es hallar en tu propio caso dónde está la vida, y volverte vivo tú mismo.

MOYERS: Cuando emprendo ese viaje y bajo por mis caminos interiores y mato a esos dragones, ¿debo hacerlo solo?

CAMPBELL: Si tienes alguien que pueda ayudarte, está bien también. Pero en última instancia, la hazaña final tendrá que ser obra tuya. Psicológicamente, el dragón es la atadura que nos une a nuestro yo. Estamos presos en nuestra propia jaula de dragón. El problema del psiquiatra es desintegrar ese dragón, quebrarlo, de modo que puedas expandirte a un campo de relaciones más amplio. El dragón final está dentro de ti, es tu yo clavándote sus garras.

MOYERS: ¿Qué es mi yo?

CAMPBELL: Lo que piensas que quieres, lo que quieres creer, lo que piensas que puedes permitirte, lo que has decidido amar, lo que consideras que te limita. Puede ser demasiado pequeño, en cuyo caso te clavará en tu sitio. Y si te limitas a hacer lo que tus vecinos te dicen que hagas, sin duda alguna quedarás inmovilizado. En ese caso tus vecinos son el reflejo exterior del dragón que hay dentro de ti.

Nuestros dragones occidentales representan la codicia. Pero el dragón chino es diferente. Representa la vitalidad de los pantanos y viene sacudiendo el vientre y resoplando. Es un tipo encantador de dragón, pues aporta el botín de las aguas, un don grande y glorioso. Pero el dragón de nuestros cuentos occidentales trata

de recoger y conservar todo para sí mismo. En su cueva secreta conserva cosas: montones de oro, y quizás una virgen capturada. No sabe qué hacer ni con una cosa ni con la otra, así que se limita a conservar y proteger. Hay hombres así, a los que denominamos avaros. De ellos no parte vida; no dan nada. Se limitan a pegarse a ti y tratan de alimentarse de tus fuerzas vitales.

Jung tenía una paciente que fue a verlo porque se sentía sola en el mundo, en un páramo, y para describir cómo se sentía, se dibujó en la costa de un mar sombrío, aprisionada entre las rocas de la cintura para abajo. Soplaba el viento, y sus cabellos se agitaban, y todo el oro, todo el goce de la vida, estaba aprisionado entre las rocas. Pero el siguiente dibujo que le hizo seguía una indicación que le había dado Jung. Un haz de luz cae sobre las rocas, y aparece un disco dorado. El oro ya no está aprisionado entre las rocas. Hay manchas doradas sobre la superficie. En el curso de las sesiones que siguieron, empezó a identificar estas manchas doradas. Eran sus amigos. No estaba sola. Se había encerrado en su pequeño cuarto y su pequeña vida, pero tenía amigos. Llegó a reconocerlo sólo después de haber matado a su dragón.

MOYERS: Me gusta lo que dices sobre el viejo mito de Teseo y Ariadna. Teseo le dice a Ariadna: «Te amaré siempre si me muestras una salida del laberinto». Entonces ella le da un ovillo de hilo, que él desenrolla a medida que entra al laberinto, y después lo sigue para encontrar la salida. Tú dices: «No tenía más que el hilo. No se necesita más».

CAMPBELL: Es todo lo que necesitas: un hilo de Ariadna.

MOYERS: A veces buscamos la salvación en una gran riqueza, en un gran poder, y en realidad todo lo que necesitamos es un poco de hilo.

CAMPBELL: No siempre es fácil de encontrar. Pero es bueno tener a alguien que te dé una pista. Es la función del maestro, ayudarte a hallar tu hilo de Ariadna.

MOYERS: Como todos los héroes, Buda no te muestra la verdad misma, te muestra el camino a la verdad.

CAMPBELL: Pero debe ser tu camino, no el de él. Buda no puede decirte exactamente cómo librarte de tus miedos particulares, por ejemplo. Diferentes maestros pueden sugerir ejercicios, pero pueden no ser los que a ti más te convengan. Todo lo que puede hacer un maestro es sugerir. Es como un faro que dice: «Aquí hay rocas, dé un rodeo. Aquí hay un canal, puede pasar».

El gran problema en la vida de cualquier joven es encontrar modelos que le sugieran posibilidades. Nietzsche dice: «El hombre es el animal enfermo». El hombre es el animal que no sabe qué hacer consigo mismo. La mente tiene muchísimas posibilidades, pero no podemos vivir más que una vida. ¿Qué haremos con nosotros mismos? Un mito viviente presenta modelos contemporáneos.

MOYERS: Hoy existe una interminable variedad de modelos. Mucha gente termina eligiendo muchos al mismo tiempo, y nunca llega a saber quién es.

CAMPBELL: Cuando eliges tu vocación, has elegido en realidad un modelo, y no tardarás en sentirte cómodo en ese papel. En la madurez, por ejemplo, puedes decir a simple vista cuál es la profesión de alguien. Dondequiera que voy, la gente sabe de inmediato que soy un profesor. No sé qué es lo que hago o qué aspecto tengo, pero yo también puedo distinguir a los profesores de los ingenieros o los comerciantes. Tu vida te da una forma determinada.

MOYERS: Hay una imagen maravillosa en *El rey Arturo* en que los caballeros de la Tabla Redonda están a punto de entrar en la Selva Oscura a buscar el Grial, y el narrador dice: «Pensaron que sería infamante entrar en grupo. Así que cada uno entró a la selva por un punto separado de su elección». Tú has interpretado que esto expresa el énfasis occidental en el carácter único del fenómeno de una vida humana individual: el individuo enfrentándose con las sombras.

CAMPBELL: Lo que me llamó poderosamente la atención, cuando leí ese comentario en la *Queste del Saint Graal* del siglo XIII, fue que resume un ideal espiritual

muy característico de Occidente, esto es, vivir la vida que está en potencia *en ti* y nunca estuvo en nadie más ni siquiera como posibilidad.

Creo que ésta es la gran verdad occidental: que cada uno de nosotros es una criatura completamente única y que, si hemos de darle algo al mundo, tendrá que venir de nuestra propia experiencia y de la realización de nuestras propias potencialidades, no de las ajenas. En el Oriente tradicional, en cambio, y en general en todas las sociedades tradicionalistas, el individuo sale de un molde común. Sus deberes le son planteados en términos exactos y precisos, y no es cuestión de salirse de ellos. Cuando vas a un gurú para que te guíe en tu camino espiritual, él sabe dónde estás exactamente en el camino tradicional, adónde debes dirigirte, y qué debes hacer para llegar. Te dará su retrato para que lo lleves encima, así puedes ser como él. En Occidente ése no sería un buen método de enseñanza. A nuestros estudiantes debemos ayudarlos a desarrollar su propia imagen de sí mismos. Lo que debe buscar cada cual en su vida nunca existió antes, ni en tierra ni en mar. Debe ser algo que surja de su potencialidad personal, algo que nunca haya sido ni pueda ser experimentado por nadie más.

MOYERS: Veamos la pregunta que hizo Hamlet: «¿Estás a la altura de tu destino?».

CAMPBELL: El problema de Hamlet fue que él no estuvo a esa altura. Recibió un destino demasiado grande para él, y lo destrozó. Eso también puede suceder.

MOYERS: ¿Qué historias de la mitología nos ayudan a comprender la muerte?

CAMPBELL: A la muerte no se la comprende; se aprende a aceptarla. Yo diría que la historia de Cristo asumiendo la forma de un servidor del hombre, hasta morir en la cruz, es la lección principal para nosotros de la aceptación de la muerte. La historia de Edipo y la Esfinge tiene algo que decir al respecto también. La Esfinge en la historia de Edipo no es la Esfinge egipcia, sino una forma femenina con las alas de un pájaro,

el cuerpo de un animal, y los pechos, cuello y rostro de una mujer. Lo que representa es el destino de toda vida. Ha enviado una plaga sobre la tierra, y para terminar con ella el héroe tiene que responder al enigma que la esfinge le plantea: «¿Qué es lo que camina a cuatro patas, después a dos, y luego a tres?». La respuesta es: «El hombre». El niño gatea a cuatro patas, el adulto camina con dos, y el anciano se ayuda con un bastón.

El enigma de la Esfinge es la imagen de la vida misma a través del tiempo: infancia, madurez, vejez y muerte. Cuando has mirado de frente y aceptado sin miedos el enigma de la Esfinge, la muerte ya no tiene poder sobre ti, y la maldición de la Esfinge se desvanece. Dominar el miedo a la muerte equivale a recuperar el goce de la vida. Sólo se experimenta una afirmación incondicional de la vida cuando uno ha aceptado la muerte, no como algo contrario a la vida sino como un aspecto más de la vida. La vida en su devenir siempre está produciendo muerte. Dominar el miedo es adquirir el valor de la vida. Es la iniciación suprema de toda aventura heroica: la superación del miedo.

Recuerdo haber leído, de niño, sobre el grito de los guerreros indios cuando entraban en batalla contra las balas del general Custer: «¡Qué hermoso día para morir!». Ahí no había un aferrarse a la vida. Ése es uno de los grandes mensajes de la mitología. Yo, tal como ahora me conozco, no soy la forma final de mi ser. Debemos morir constantemente de un modo u otro a la persona ya formada.

MOYERS: ¿Hay alguna historia que ilustre esto?

CAMPBELL: Bueno, una famosa es el viejo cuento inglés de sir Gawain y el Caballero Verde. Un día apareció en el comedor del palacio del rey Arturo un gigante verde montado en un gran caballo verde. «Desafío a cualquiera de los presentes», dijo, «a tomar esta gran hacha de combate que traigo y cortarme la cabeza, y después, dentro de un año justo, esperarme en la Capilla Verde, donde yo le cortaré la cabeza a él.»

El único caballero en la sala que tuvo el valor de aceptar esta extraña invitación fue Gawain. Se levantó de la mesa, el Caballero Verde bajó de su caballo, le tendió el hacha a Gawain, puso el cuello, y Gawain de un solo tajo le cortó la cabeza. El Caballero Verde se irguió, recogió su cabeza, tomó el hacha, montó al caballo, y cuando se alejaba le dijo al atónito Gawain: «Nos veremos dentro de un año».

Durante ese año todos fueron sumamente amables con Gawain. Unos quince días antes de cumplirse el plazo, él salió en busca de la Capilla Verde para no faltar a su palabra ante el Caballero Verde. Cuando se acercaba la fecha, y faltaban unos tres días, Gawain se encontró frente a la choza de un cazador, a quien le preguntó el camino de la Capilla Verde. El cazador, que era un sujeto agradable y simpático, salió a la puerta y le dijo: «Bueno, la Capilla está aquí cerca, a unos cientos de metros. ¿Por qué no pasas estos tres días con nosotros? Nos encantaría. Y cuando llegue la hora, podrás encontrarte a tiempo con tu amigo verde».

Así que Gawain acepta. Y el cazador esa noche le dice: «Mañana saldré de caza temprano, pero volveré a la noche, y haremos intercambio de ganancias. Yo te daré todo lo que haya obtenido en la cacería, y tú me darás todo lo que hayas conseguido durante el día». Se rieron, y Gawain dijo que por su parte no había problemas. Se retiraron a la cama.

A la mañana temprano el cazador parte mientras Gawain duerme. Al momento aparece la esposa del cazador, extraordinariamente bella, que le hace cosquillas a Gawain bajo el mentón, lo despierta, y lo invita apasionadamente a una mañana de amor. Bueno, él es un caballero del rey Arturo, y traicionar a su anfitrión es lo último que se le ocurriría hacer a un caballero, así que Gawain se resiste con firmeza. Pero ella es insistente, y hace todo un problema del asunto, hasta que al fin le dice: «Bueno, al menos déjame darte un beso». Y le da un gran beso. Y eso fue todo.

Por la noche, llega el cazador con un gran morral lleno de toda clase de caza menor, lo arroja todo al suelo, y Gawain le da un gran beso. Se rieron, y eso fue todo también.

A la segunda mañana, la esposa vuelve al cuarto, más apasionada que nunca, y el fruto de este encuentro son dos besos. El cazador vuelve por la noche con la mitad de presas que la noche anterior, y recibe dos besos, y vuelven a reírse.

La tercera mañana, la esposa está espléndida, y Gawain, un joven a punto de morir, hace todo lo que puede por contenerse y no perder su honor de caballero, con esta última ofrenda de los placeres de la vida ante él. Esta vez, acepta tres besos. Y después de dárselos, ella le ruega que, como un recuerdo de amor, acepte su liga. «Está encantada», le dice, «y te protegerá de todo peligro.» Gawain acepta la liga. Y cuando el cazador regresa con nada más que un pequeño y maloliente zorro, que arroja al suelo, recibe tres besos de Gawain... pero no la liga.

¿Ves cuáles son las pruebas que afronta este joven caballero Gawain? Son iguales que las dos primeras de Buda. Una es el deseo, la lascivia. La otra es el miedo a la muerte. Gawain había mostrado valor suficiente al aceptar esta aventura. Pero la liga fue una tentación demasiado fuerte.

Así que cuando Gawain se aproxima a la Capilla Verde, oye al Caballero Verde allí, afilando su gran hacha: flis, flas, flis, flas. Gawain llega, y el gigante le dice simplemente: «Pon el cuello aquí sobre la piedra». Gawain lo hace, y el Caballero Verde levanta el hacha, pero se detiene. «No, estíralo un poco más», le dice. Gawain lo hace, y el gigante vuelve a blandir su gran hacha. «Un poquito más», dice otra vez. Gawain lo hace lo mejor que puede, y entonces sí, chas... y sólo produce en el cuello de Gawain un pequeño rasguño. Entonces el Caballero Verde, que en realidad es el cazador transfigurado, le explica: «Eso es por la liga».

Ésta es la leyenda del origen de la orden de los Caballeros de la Jarretera.

MOYERS: ¿Y la moraleja del cuento?

CAMPBELL: La moraleja, supongo, sería que los primeros requisitos para una carrera de héroe son las virtudes caballerescas de la lealtad, la templanza y el valor. La lealtad en este caso tiene dos grados de compromiso: primero, a la aventura elegida, pero también a los ideales de la orden de caballería. Ahora bien, este segundo compromiso parece oponer el camino de Gawain al camino de Buda, quien, cuando el Señor del Deber le ordenó realizar los imperativos sociales propios de su casta, simplemente pasó por alto la orden, y esa noche logró la iluminación así como la liberación del ciclo de nacimientos. Gawain es un europeo y como Ulises, que se mantuvo leal a la tierra y volvió de la Isla del Sol a su matrimonio con Penélope, ha aceptado, como compromiso de su vida, no la liberación sino la lealtad a los valores de la vida de este mundo. Pero, como acabamos de ver, ya sea siguiendo el camino medio de Buda o el camino medio de Gawain, el paso a la realización personal está entre los peligros del deseo y el temor.

Una tercera posición, más cercana a la de Gawain que a la de Buda, pero leal a los valores de la vida en esta tierra, es la de Nietzsche en *Así habló Zaratustra.* En una especie de parábola, Nietzsche describe lo que llama las tres transformaciones del espíritu. La primera es en camello, que sería la infancia y la juventud. El camello se pone de rodillas y dice: «Ponme una carga encima». Es el tiempo de la obediencia, de recibir la instrucción y la información que tu medio social te exige para vivir una vida responsable.

Pero cuando el camello está bien cargado, se pone de pie y corre al desierto, donde se transforma en un león; y cuanto más pesada sea la carga que haya transportado, más fuerte será el león. Ahora bien, la tarea del león es matar al dragón, y el nombre del dragón es «Deber». En cada escama de la piel de esta bestia está impreso un «deber»: algunos datan de cuatro mil años, otros, de las noticias de la mañana.

Mientras el camello, el niño, debe someterse al «deber», el león, el joven, debe combatirlos y llegar a su propia realización.

Y así, cuando el dragón está bien muerto, y todos sus «deberes» superados, el león se transforma en un niño movido por su propia naturaleza, como una rueda impulsada por su propio eje. Ya no hay más reglas que obedecer. No más reglas derivadas de las necesidades históricas y las imposiciones de la sociedad local, sino sólo el puro impulso de vivir una vida en flor.

MOYERS: ¿Entonces volvemos al Edén?

CAMPBELL: Al Edén antes de la Caída.

MOYERS: ¿Cuáles son los «deberes» de los que tiene que desprenderse un niño ?

CAMPBELL: Todos los que inhiben su autorrealización. Para el camello, el «deber» es un imperativo, una fuerza civilizadora. Convierte al animal humano en un ser humano civilizado. Pero la juventud es el periodo del autodescubrimiento y transformación en león. Las reglas ahora deben emplearse a voluntad, al servicio de la vida, en vez de someterse a ellas como obligaciones compulsivas.

Cualquier estudiante serio de arte debe reconocer y desarrollar algo de esto. Si acudes a un maestro para estudiar y aprender las técnicas, sigues con diligencia todas las instrucciones que te da el maestro. Pero llega un momento en que empiezas a usar las reglas a tu modo, y ya no dejas que te limiten. Ese es el momento en que te vuelves león. De hecho, puedes olvidar las reglas, porque ya las has asimilado. Eres un artista. Ahora tu inocencia es la de un artista; es como si te hubieras transmutado. No te comportas como la persona que nunca ha dominado un arte.

MOYERS: Dices que llega el momento. ¿Cómo sabe un niño que ese momento ha llegado? En las sociedades primitivas, por ejemplo, el niño pasaba por un ritual que le decía que había llegado el momento. Sabía que ya no era un niño y que debía abandonar las influencias ajenas y actuar por sí mismo. Nosotros no tenemos

un momento así de claro y un ritual obvio que le diga a mi hijo: «Eres un hombre». ¿Dónde está el pasaje hoy?

CAMPBELL: No sé la respuesta. Supongo que hay que dejar a cargo del adolescente averiguar cuándo ha recibido su poder. Una cría de pájaro sabe cuándo puede volar. En casa tenemos un nido de pájaros cerca de donde desayunamos, y hemos visto partir varias generaciones. Esos animalitos nunca se equivocan. Siguen en la rama hasta que saben que pueden volar, y entonces vuelan. Creo que de alguna manera, dentro de sí, una persona lo sabe.

Puedo darte ejemplos de mi experiencia con estudiantes en talleres de arte. Llega un momento en que han aprendido todo lo que el artista puede enseñarles. Han asimilado el oficio, y están listos para su propio vuelo. Algunos artistas dejan que sus estudiantes lo hagan a tiempo. Quieren que sus alumnos alcen el vuelo. Otros quieren establecer una escuela, y el estudiante descubre que tiene que ser desagradable con el maestro, o hablar mal de él, para poder emprender su propio vuelo. Pero eso es culpa del maestro. Debería saber cuándo es hora de que sus alumnos se vayan. Los estudiantes que conozco, los que realmente valen como estudiantes, saben cuándo ha llegado el momento de marcharse.

MOYERS: Hay una vieja plegaria que dice: «Señor, enséñanos cuándo dejar partir». Todos deberíamos saberlo, ¿no?

CAMPBELL: Es el gran problema de los padres. Ser padre es una de las carreras más exigentes que conozco. Cuando pienso en lo que se sacrificaron mi padre y mi madre para que sus hijos se lanzasen a la vida... bueno, realmente tengo que agradecérselo.

Mi padre era un hombre de negocios, y por supuesto se habría sentido muy feliz de tener un hijo que continuara sus negocios. De hecho, yo lo hice durante un par de meses, hasta que pensé: «No, no puedo hacerlo». Y él me dejó seguir mi camino. Existe ese momento de prueba en la vida en que tienes que experimentar tus alas.

MOYERS: Los mitos nos ayudaban a saber cuándo hacerlo.

CAMPBELL: Los mitos te ponen las cosas en claro. Dicen, por ejemplo, que ya eres adulto a determinada edad. La edad puede ser un buen promedio para que suceda, pero en los hechos, en la vida individual, difiere mucho de un caso a otro. Algunas personas tienen un florecimiento tardío, y llegan a ciertos estadios a una edad relativamente avanzada. Tienes que tener tú mismo el sentimiento del punto en el que estás. Tienes una sola vida que vivir, y no tienes que vivirla para seis personas. Presta atención a eso.

MOYERS: ¿Y qué hay de la felicidad? Si soy un joven y quiero ser feliz, ¿qué me dicen los mitos sobre la felicidad?

CAMPBELL: El único modo de averiguar algo sobre tu felicidad es poner la mente en esos momentos en que más feliz te sientes, cuando realmente eres feliz; no excitado, no sólo entusiasmado, sino profundamente feliz. Esto requiere un poco de autoanálisis. ¿Qué es lo que te hace feliz? Tómalo, no importa lo que diga la gente. Eso es lo que yo llamo «seguir el camino de tu corazón».

MOYERS: Pero ¿cómo te habla la mitología sobre lo que te hace feliz?

CAMPBELL: No te dirá qué es lo que te hace feliz, pero te dirá qué sucede cuando empiezas a seguir tu felicidad, con qué obstáculos tendrás que enfrentarte.

Por ejemplo, hay un tema en las historias indígenas norteamericanas que yo llamo «el rechazo de los pretendientes». Hay una joven, bella, encantadora, y los jóvenes quieren casarse con ella. «No, no, no», dice ella, «no hay nadie por aquí digno de mí.» Entonces aparece una serpiente, o si es un muchacho que no quiere saber nada con las chicas, puede venir la reina serpiente de un gran lago. Cuando has rechazado a tus pretendientes, te has elevado por encima del terreno local y te has puesto en manos de un poder más alto, y de un peligro más grande. La cuestión es: ¿podrás arreglártelas?

Otro tema indio norteamericano trata de una madre y dos hijos varones. La madre dice: «Podéis jugar fuera de la casa, pero no vayáis hacia el norte». Así que ellos van hacia el norte. Así actúa el aventurero.

MOYERS: Pero ¿qué tiene que ver...?

CAMPBELL: Con el rechazo de los pretendientes, o la salida fuera de los límites, comienza la aventura. Entras en un terreno no protegido, nuevo. No puedes ser creativo a menos que dejes atrás lo limitado, lo fijado, todas las reglas.

Ahora bien, hay una historia iroquesa que ilustra el tema del rechazo de los pretendientes. Una chica vivía con su madre en una tienda en el extremo de una aldea. Era una chica muy bella pero profundamente orgullosa que no aceptaba a ninguno de los jóvenes. La madre estaba terriblemente enfadada con ella.

Un día salen a recoger leña muy lejos de la aldea, y mientras están allí, sobreviene una siniestra oscuridad. No se trata de la oscuridad de la noche. Cuando se produce una oscuridad de este tipo, significa que hay un mago haciendo de las suyas. Así que la madre dice: «Juntemos un poco de corteza y hagamos una pequeña choza para meternos, y también leña para hacer un fuego, y pasaremos la noche aquí».

Lo hacen, preparan una pequeña cena y después la madre se duerme. De pronto la joven levanta la vista y ante ella aparece un espléndido joven con una faja llena de abalorios, tocado de plumas negras, un tipo realmente apuesto. Le dice: «He venido a casarme contigo, y quiero que me respondas».

Ella le dice: «Tengo que consultarlo con mi madre».

Lo hace, la madre acepta al joven, quien le da a la madre su faja de abalorios para probarle que su propuesta es seria. Después le dice a la muchacha: «Esta noche querría que vinieras a mi campamento». Ella se marcha con él. Los simples seres humanos no eran lo bastante buenos para esta joven, que ahora ha conseguido algo realmente especial.

MOYERS: Si no se hubiera negado a los primeros pretendientes que le llegaron mediante las convenciones sociales rutinarias...

CAMPBELL: ...no habría tenido esta aventura. La aventura resulta extraña y maravillosa. La joven acompaña al hombre a su aldea y entran a su morada. Pasan dos noches y dos días juntos, y al tercer día él le dice: «Hoy saldré a cazar». Y se marcha. Pero cuando ha cerrado la tela de la entrada, ella oye un ruido extraño afuera. Pasa el día sola en la tienda, y cuando llega la noche vuelve a oír el mismo sonido extraño. La tela de entrada se abre y entra una serpiente prodigiosa que asoma la lengua. Pone la cabeza sobre el regazo de ella y le dice: «Mira si tengo piojos». Ella le encuentra toda clase de insectos horribles, y cuando los ha matado a todos la serpiente la retira, sale de la tienda y un momento después, apenas la tela de la entrada se ha cerrado, se vuelve a abrir y entra el hermoso joven. «¿Has sentido miedo cuando he venido bajo mi otra forma hace un momento?», le pregunta.

«No», responde ella, «no he sentido ningún miedo.»

Al día siguiente él vuelve a salir de caza, y esta vez ella sale de la tienda a recoger leña. Lo primero que ve es una enorme serpiente durmiendo en las rocas... y después otra, y otra. Empieza a sentirse muy extraña, desalentada y con nostalgia de su casa, y entra en la tienda.

Esa noche, la serpiente vuelve a entrar, y al partir viene el hombre. El tercer día cuando él se ha ido, la joven decide intentar huir de ese sitio. Sale de la tienda y se ve sola en el mundo, quieta, pensando, cuando de pronto oye una voz. Se vuelve y ve a un viejecito, que le dice: «Querida, tienes problemas. El hombre con el que te casaste es uno de siete hermanos. Todos son grandes magos, y como mucha gente de esta clase, sus corazones no están en sus cuerpos. Vuelve a la tienda, y en un saco que está escondido bajo la cama de tu marido encontrarás una colección de siete corazones». Éste es un tema chamánico común en el mundo entero. El corazón

no está en el cuerpo, por eso nadie puede matar al mago. Es preciso encontrar y destruir su corazón.

La muchacha regresa a la tienda, encuentra el saco lleno de corazones y sale corriendo con ellos, cuando una voz la llama: «Alto ahí, alto». Por supuesto, es la voz del mago. Pero ella sigue corriendo. Y la voz le dice: «Puedes creer que escaparás de mí, pero jamás lo conseguirás».

Llegados a este punto, cuando ella empieza a desfallecer, vuelve a oír la voz del viejecito. «Yo te ayudaré», le dice, y, para su sorpresa, la está sacando del agua. Ella no había advertido que estaba bajo el agua. Lo que significa que con su matrimonio había salido de la esfera racional y consciente para pasar al terreno de las pulsiones del inconsciente. Siempre es eso lo representado en las aventuras bajo el agua. El personaje se ha deslizado fuera del alcance de la acción controlada para pasar al campo de las pulsiones y hechos transpersonales. Estos pueden ser dominados, o pueden no serlo.

Lo que sucede después en esta historia es que cuando el anciano la ha sacado del agua, ella se encuentra en medio de un grupo de viejos en la orilla, todos exactamente iguales al que la auxilió. Son los Señores de los Truenos, poderes de la atmósfera superior. Es decir, sigue en el terreno trascendente al que accedió por su negativa a los pretendientes; sólo ahora, tras separarse por la fuerza del aspecto negativo de los poderes, ha entrado en posesión de lo positivo.

Este cuento iroqués habla también de otras muchas cosas, de cómo esta joven, ahora al servicio de los poderes superiores, les permitió destruir los poderes negativos de las profundidades, y cómo, después de eso, fue devuelta, en una tormenta, a la tienda de su madre.

MOYERS: ¿Les contarías esta historia a tus alumnos para ilustrar cómo, si siguen su corazón, si corren riesgos con sus vidas, si hacen lo que quieren hacer, la aventura será su propia recompensa?

CAMPBELL: La aventura es su propia recompensa... pero necesariamente resulta peligrosa, al tener posibili-

dades positivas y negativas, todas ellas fuera de control. Estamos siguiendo nuestro propio camino, no el camino de papá o de mamá. De modo que nos encontramos desprotegidos en un terreno de poderes más grandes que los que conocemos. Uno debe tener cierta idea de cuáles serán las posibilidades de conflicto en ese terreno, y unas cuantas historias de carácter arquetípico, como ésta, pueden ayudarnos a saber qué esperar. Si nos hemos comportado mal o en general no hemos sabido adecuarnos al papel que nos hemos asignado, se nos presentará una situación difícil, un verdadero infierno. No obstante, aún en esa situación podremos oír una voz de rescate, que termina convirtiendo la aventura en una gloria que va más allá de todo lo que habíamos imaginado.

MOYERS: Es más fácil quedarse en casa, quedarse en el vientre materno, no emprender el viaje.

CAMPBELL: Sí, pero entonces la vida puede secarse porque no emprendes ningún género de aventura. Por otro lado, yo tuve una experiencia opuesta, muy sorprendente para mí, al conocer a alguien que durante toda su juventud estuvo controlado y dirigido por otros, de principio a fin. Este amigo mío es un tibetano que de niño fue reconocido como la reencarnación de un abad que había venido reencarnándose desde el siglo XVII. Lo llevaron a un monasterio a los cuatro años, más o menos, y desde ese momento nunca nadie le preguntó qué quería hacer, sino que siguió literalmente las reglas e instrucciones de su maestro. Toda su vida le fue planificada de acuerdo con las exigencias rituales de la vida en un monasterio budista tibetano. Cada estadio de su desarrollo espiritual se celebraba con una ceremonia. Su vida personal se convirtió en un viaje arquetípico, de modo que, aunque en la superficie pudiera parecer que él no estaba viviendo una existencia personal propia, en realidad estaba viviendo, en un nivel espiritual muy profundo, una vida arquetípica como la de una divinidad.

En 1959 esa vida terminó. La delegación militar china en Lhasa bombardeó el palacio de verano del Dalai Lama, y comenzó un periodo de matanzas. En los al-

rededores de Lhasa había monasterios con no menos de seis mil monjes; todos ellos fueron torturados y asesinados, y los edificios destruidos. Muchos huyeron, junto con centenares de otros refugiados, cruzando las casi insuperables montañas del Himalaya, hasta la India. Es una historia terrible, en buena medida no contada todavía.

Finalmente toda esta gente perseguida llegó a la India, país que a duras penas puede alimentar a su propia población, y entre los refugiados estaba el Dalai Lama en persona y numerosos funcionarios y abades de los grandes monasterios ahora destruidos. Y todos estuvieron de acuerdo en que el Tibet budista ya no existía. A mi amigo y a los otros monjes jóvenes que habían logrado escapar se les aconsejó, en consecuencia, considerar sus votos como cosa del pasado, y considerarse libres para elegir: o bien continuar de algún modo como monjes, o bien renunciar a la vida monástica y tratar de encontrar un modo de reconstruir sus vidas de acuerdo con las exigencias y posibilidades del seglar moderno.

Mi amigo eligió este último camino, sin advertir, por supuesto, lo que significaría esto en cuanto a frustración, pobreza y sufrimiento. Lo ha pasado realmente mal, pero ha sobrevivido con la voluntad y la paciencia de un santo. Nada lo perturba. Lo he conocido y he trabajado con él desde hace más de una década, y en todo este tiempo no he oído una palabra ni de recriminación contra los chinos ni de queja por el tratamiento que ha recibido aquí en Occidente. Del mismo Dalai Lama nadie oirá nunca una palabra de resentimiento o condena. Estos hombres y todos sus amigos han sido víctimas de una terrible conmoción, de terribles violencias, pero no albergan odio. De estos hombres he aprendido lo que es la religión. He ahí la auténtica religión, viva, hoy.

MOYERS: Ama a tus enemigos.

CAMPBELL: Ama a tus enemigos porque ellos son los instrumentos de tu destino.

MOYERS: ¿Qué nos dicen los mitos sobre un Dios que permite que dos hijos de una familia mueran en un pe-

riodo relativamente corto, y que sigue descargando sobre esa familia una prueba tras otra? Recuerdo la historia del joven Buda, quien al ver a un anciano decrépito dijo: «Maldito sea el nacimiento, porque a todo el que nace le llegará la vejez». ¿Qué dice la mitología sobre el sufrimiento?

CAMPBELL: Ya que has traído a colación a Buda, tomémoslo como ejemplo. La historia de la infancia de Buda es que nació príncipe y que, en el momento de su nacimiento, un profeta le dijo a su padre que el niño llegaría a ser gobernante del mundo o maestro del mundo. El buen rey estaba interesado en su propia profesión, y lo último que quería era que su hijo fuera maestro de cualquier cosa. Así que dispuso que el niño fuera criado en un palacio especialmente hermoso donde no experimentaría ninguna sensación fea o desagradable que pudiera desviar sus pensamientos hacia asuntos serios. Hermosas jóvenes tocaban música y se ocupaban del niño. Y había bellos jardines, estanques con lotos, etcétera.

Pero un día el joven príncipe le dijo a su cochero, que era su amigo más íntimo: «Me gustaría salir y ver cómo es la vida en la ciudad». Al oír esto, su padre trató de embellecerlo todo de modo que su hijo, el joven príncipe, nada viera del dolor y miseria de la vida en este mundo. Pero los dioses se encargaron de frustrar el programa preparado por el padre para su hijo.

Cuando el real coche entraba en la ciudad, que había sido adecentada ocultando todo lo feo, uno de los dioses asumió la forma de un viejo decrépito y se mostró en la calle. «¿Qué es eso?», le preguntó el joven príncipe a su cochero, y la respuesta que recibió fue: «Es un viejo. Eso es la vejez».

«¿Todos los hombres envejecen?», preguntó el príncipe.

«Lamentablemente, sí», respondió el cochero.

«Entonces maldita sea la vida», dijo el traumatizado príncipe, y, sintiéndose mal, pidió volver a casa.

En una segunda excursión, vio a un hombre enfermo, delgado, débil y tambaleante, y una vez más, al enterarse de lo que significaba lo que estaba viendo, se sintió mal y el coche volvió al palacio.

En la tercera salida, el príncipe vio un cadáver seguido por sus deudos. «Eso», dijo el cochero, «es la muerte.»

«Vuelve», dijo el príncipe, «que quiero pensar en algún modo de liberarme de estos destructores de la vida: la vejez, la enfermedad y la muerte.»

Una salida más... y lo que contempla esta vez es un monje mendicante. «¿Qué clase de hombre es ése?», pregunta.

«Es un santo», responde el cochero, «un hombre que ha abandonado los bienes de este mundo y vive sin deseo ni temor.» Con lo cual el joven príncipe, al volver a su palacio, resolvió dejar la casa de su padre y buscar una liberación de las penas de este mundo.

MOYERS: ¿La mayor parte de los mitos dicen que el sufrimiento es una parte intrínseca de la vida, y que no hay modo de escapar de él?

CAMPBELL: No recuerdo ninguno que diga que si vas a vivir, no sufrirás. Los mitos nos dicen cómo afrontar y soportar e interpretar el sufrimiento, pero no dicen que en la vida podría no haber sufrimiento, o que no debería haberlo.

Cuando Buda declara que existe una salida para el dolor, se refiere al Nirvana, que no es un lugar, como el cielo, sino un estado psicológico en el que te liberas del deseo y el temor.

MOYERS: Y entonces tu vida se vuelve...

CAMPBELL: ...armoniosa, centrada y afirmativa.

MOYERS: ¿Aun con dolor?

CAMPBELL: Exactamente. El budismo habla del bodisatva, el hombre que conoce la inmortalidad pero voluntariamente entra en el campo de la fragmentación del tiempo y participa voluntaria y gozosamente en las penas del mundo. Y esto significa no sólo experimentar uno las penas, sino participar con compasión en las penas ajenas. La compasión es el despertar del corazón de

su egoísmo animal a la humanidad. La palabra «compasión» significa literalmente «sufrir con».

MOYERS: Pero la compasión no libera del sufrimiento, ¿no?

CAMPBELL: Por supuesto que la compasión libera del sufrimiento en tanto reconoce que, sí, en efecto, el sufrimiento es la vida.

MOYERS: Que la vida se vive con sufrimiento...

CAMPBELL: ...con los que sufren... pero nadie se libra de sufrir. ¿Quién, cuándo o dónde, se ha visto libre del dolor de la vida en este mundo?

Yo tuve una experiencia reveladora gracias a una mujer que había sufrido fuertes dolores físicos durante años, por una enfermedad que había adquirido en su juventud. Fue educada en el cristianismo, por lo que pensaba que esto había sido un castigo de Dios por algo que ella había hecho o dejado de hacer en aquel entonces. Su dolor era tanto espiritual como físico. Le dije que si quería liberarse, debía afirmar y no negar que su sufrimiento era su vida, y que a través de él se había vuelto la noble criatura que era ahora. Y mientras le estaba diciendo esto, yo pensaba: «¿Quién soy para hablarle a una persona que sufre verdaderos dolores, cuando yo nunca he tenido más que un dolor de muelas?». Pero en esta conversación, al afirmar su dolor como el maestro y orfebre de su vida, ella experimentó una conversión, en ese preciso momento. Me he mantenido en contacto con ella desde entonces (esto fue hace muchos años) y es en realidad una mujer transformada.

MOYERS: ¿Hubo un momento de iluminación?

CAMPBELL: En aquel preciso instante... vi cómo sucedía.

MOYERS: ¿Fue algo que tú dijiste mitológicamente?

CAMPBELL: Sí, aunque es un poco difícil de explicar. Le imbuí la creencia de que ella misma era la causa de su sufrimiento, que de algún modo ella misma lo había producido. Hay una idea importante en Nietzsche, la del *Amor fati,* el amor a tu destino, que de hecho es tu vida. Según Nietzsche, si le dices no a una sola parte de

tu vida, has deshecho toda la trama. Más aún, cuanto más ardua o amenazante sea la situación o el contexto a asimilar y afirmar, mayor la estatura de la persona que pueda lograrlo. El demonio que puedas incorporar te da su poder, y cuanto mayor sea el dolor de la vida, mayor será la respuesta de la vida.

Mi amiga había pensado: «Dios me hizo esto». Yo le dije: «No, te lo hiciste tú misma. Dios está dentro de ti. Tú misma eres tu creador. Si encuentras ese sitio en ti misma desde el cual surge esto, podrás vivir con ello y afirmarlo, quizás incluso disfrutarlo, como tu vida».

MOYERS: La única alternativa sería no vivir.

CAMPBELL: «Toda la vida es sufrimiento», dijo Buda, y Joyce tiene ese juego de palabras: *«Is life worth leaving?»* («¿Vale la pena abandonar la vida?»).

MOYERS: Pero qué hay del joven que dice: «Yo no elegí nacer... mi madre y mi padre eligieron por mí».

CAMPBELL: Freud nos enseña a culpar a nuestros padres por todas las fallas de nuestra vida, y Marx nos enseña a culpar a la clase superior de nuestra sociedad. Pero el único al que hay que culpar es a uno mismo. Es lo que tiene de bueno la idea india del karma. Tu vida es fruto de tus actos. No tienes que culpar a nadie más que a ti mismo.

MOYERS: ¿Y el azar? Un conductor borracho dobla la esquina y te atropella. No es culpa tuya. No es algo que te lo hayas hecho tú mismo.

CAMPBELL: Desde ese punto de vista, ¿hay algo en tu vida que no ocurra por azar? De lo que se trata es de ser capaz de aceptar el azar. En última instancia tu vida entera es azar, por ejemplo, el azar de que tus padres se hayan conocido. El azar, o lo que podría parecer como tal, es un instrumento mediante el cual se hace realidad la vida. El problema no es culpar o explicar, sino aceptar la vida tal como viene. Se declara una guerra en alguna parte, tú eres reclutado en el ejército, y ya tienes cinco o seis años de tu vida con una serie enteramente nueva de azares. El mejor consejo es tomar-

lo todo *como si* todo hubiera sido intención tuya; con eso invocas la participación de tu voluntad.

MOYERS: En todos estos viajes de la mitología, hay un lugar que todos quieren encontrar. Los budistas hablan del Nirvana, Jesús habla de la paz, o de la mansión con muchas habitaciones. ¿Es típico del viaje del héroe que haya un lugar que encontrar?

CAMPBELL: El lugar que hay que encontrar está dentro de ti. El atletismo me enseñó algo sobre esto. El atleta que está en plena forma tiene un lugar de sosiego dentro de él, y es alrededor de este sitio, de algún modo, donde tiene lugar su acción. Si él está todo entero fuera, en el campo de acción, no lo hará bien. Mi esposa es bailarina, y me dice que esto también ocurre en la danza. Hay un centro de sosiego en ti, que debemos conocer y sostener. Si pierdes ese centro, estás en tensión y empiezas a despedazarte.

El Nirvana budista es un centro de paz de este tipo. El budismo es una religión psicológica. Parte del problema psicológico del sufrimiento: toda la vida es dolor; hay, empero, un escape al dolor; el escape es el Nirvana, que es un estado de la mente o la conciencia, no un lugar en alguna parte, como el paraíso. Está aquí mismo, en medio del torbellino de la vida. Es el estado que hallas cuando ya no te mueven los deseos compulsivos, los temores o los compromisos sociales, cuando has encontrado tu centro de libertad y puedes actuar por elección a partir de ahí. La acción voluntaria a partir de este centro es la acción de los bodisatvas: una participación gozosa en las penas del mundo. No estás aprisionado, porque te has liberado de las prisiones que son el temor, el deseo y los deberes. Éstos son los tres amos del mundo.

Hay una pintura budista tibetana muy instructiva, que representa la llamada Rueda del Devenir. En los monasterios, esta pintura no se encuentra dentro del claustro, sino en la pared exterior. Lo que muestra es la imagen mental del mundo todavía atrapado por el temor de ese Amo Absoluto que es la Muerte. A manera

de radios de esta rueda de movimiento incesante se representan seis reinos del ser: uno es la vida animal, otro la vida humana, otro el de los dioses en el cielo, y un cuarto el de las almas castigadas en el infierno. El quinto reino es de los demonios beligerantes, antidioses o Titanes. Y el sexto, por último, es el de los fantasmas hambrientos, las almas de aquellos en cuyo amor por los demás había apego, adhesión y expectativas. Los fantasmas hambrientos tienen enormes vientres voraces y boquitas en punta. Pero en medio de cada uno de estos reinos hay un Buda, lo que significa la posibilidad de liberación e iluminación.

En el eje de la rueda hay tres bestias simbólicas: un cerdo, un gallo y una serpiente. Son los poderes que mantienen en movimiento la rueda: la ignorancia, el deseo y la malicia. Y por último, el aro de la rueda representa el horizonte límite de la conciencia de cualquiera que obre movido por la tríada de poderes del eje y esté poseído por el miedo a la muerte. En el centro, rodeando al eje y a los que se llaman los «tres venenos», hay almas que descienden a la oscuridad y otras que ascienden a la iluminación.

MOYERS: ¿Qué es la iluminación?

CAMPBELL: La iluminación es el reconocimiento del resplandor de una eternidad sobre todas las cosas, ya sean éstas juzgadas buenas o malas bajo la perspectiva del tiempo. Para llegar a ella debes liberarte por completo de desear los bienes de este mundo y de temer su pérdida. «No juzgues para no ser juzgado», leemos en palabras de Jesús. «Si se abrieran las puertas de la percepción», escribió Blake, «el hombre vería todo tal como es, infinito.»

MOYERS: Es un viaje difícil.

CAMPBELL: Es un viaje *celestial.*

MOYERS: ¿Es un programa sólo apto para santos y monjes?

CAMPBELL: No. Creo que también es para artistas. El verdadero artista es el que ha aprendido a reconocer y transmitir lo que Joyce llamó el «resplandor» de todas

las cosas, que es algo así como una epifanía o aparición súbita de su verdad.

MOYERS: Pero ¿esto no nos deja al resto, simples mortales, sin posiblidades?

CAMPBELL: No creo que exista algo que pueda llamarse un simple mortal. Todos tienen su propia posibilidad de éxtasis en la experiencia de la vida. Todo lo que hay que hacer es reconocerlo, y después cultivarlo y conservarlo. Siempre me siento incómodo cuando se habla de simples mortales, porque yo nunca he conocido a un hombre, mujer o niño que sean simples.

MOYERS: Pero ¿el arte es el único medio de alcanzar esta iluminación?

CAMPBELL: El arte y la religión son los dos caminos recomendados. No creo que se logre mediante la mera filosofía académica, que traduce todo en conceptos. Sin embargo, el mero hecho de vivir con el corazón abierto a los otros en la compasión es un ancho camino abierto a todos.

MOYERS: Entonces la experiencia de la iluminación está al alcance de todos, no sólo de santos o artistas. Pero si está potencialmente en todos nosotros, en lo más profundo de esa caja cerrada de la memoria, ¿cómo la liberamos?

CAMPBELL: La liberas con la ayuda de alguien. ¿Tienes un amigo querido o un buen maestro? La ayuda puede venir de un ser humano real, de una experiencia como un accidente automovilístico o de un libro revelador. En mi propia vida, casi toda la iluminación ha venido de libros, aunque he tenido una larga serie de espléndidos maestros.

MOYERS: Cuando leo tu obra pienso: «Moyers, lo que ha hecho la mitología por ti es situarte en la rama de un árbol muy antiguo. Eres parte de una sociedad de vivos y muertos que existía mucho antes de que hubieras nacido y seguirá aquí mucho después de que hayas muerto. Te ha alimentado y protegido, y tú debes alimentarla y protegerla a tu vez».

CAMPBELL: Bueno, ha sido una maravillosa ayuda en la vida, puedo asegurártelo. Lo que ha hecho esta clase de recurso por mi vida ha sido tremendo.

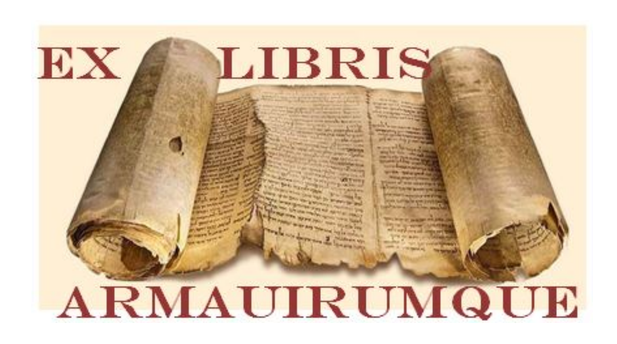
MOYERS: Pero la gente pregunta, ¿el mito no es una mentira?

CAMPBELL: No, la mitología no es una mentira. La mitología es poesía, es metáfora. Se ha dicho con razón que la mitología es la penúltima verdad; la penúltima, porque la última no puede traducirse en palabras. Está más allá de las palabras, más allá de las imágenes, más allá del aro de la rueda budista del devenir. La mitología pone en contacto a la mente con el más allá de ese límite, con lo que puede ser conocido pero no dicho. Por eso es la verdad penúltima.

Es importante vivir la vida con la experiencia, y en consecuencia con el conocimiento, de su misterio, y de tu propio misterio. Eso le da a la vida un resplandor nuevo, una armonía nueva, un brillo nuevo. Pensar en términos mitológicos te ayuda a ponerte de acuerdo con lo inevitable en este valle de lágrimas. Aprendes a reconocer los valores positivos en lo que parecen ser momentos y aspectos negativos de tu vida. La gran pregunta es si podrás decir un gran sí a tu aventura.

MOYERS: ¿La aventura del héroe?

CAMPBELL: Sí, la aventura del héroe... la aventura de estar vivo.



VI

EL DON DE LA DIOSA

Los mitos de la Gran Diosa enseñan la compasión hacia todos los seres vivos. Gracias a ellos llegamos a apreciar la santidad de la tierra misma, porque es el cuerpo de la Diosa.

MOYERS: La plegaria al Señor comienza: «Padre nuestro que estás en los cielos...». ¿No podría haber sido «Madre nuestra...»?

CAMPBELL: Es una imagen simbólica. Las imágenes religiosas y mitológicas se refieren en todos los casos a planos de la conciencia o campos de la experiencia que existen en potencia en el espíritu humano. Y estas imágenes evocan actitudes y experiencias apropiadas para la meditación sobre el misterio de la fuente de nuestro propio ser.

Ha habido sistemas religiosos en los que el principal progenitor, la fuente, es la madre. En realidad, la madre es un progenitor más inmediato que el padre, porque uno nace de la madre, y la madre es la primera experiencia de un niño. Más de una vez he pensado que la mitología es una sublimación de la imagen materna. Hablamos de la Madre Tierra. Y en Egipto está la Madre Cielo, la Diosa Nut, que es representada como la esfera celestial.

MOYERS: En Egipto quedé absorto al ver por primera vez la figura de Nut en el techo de uno de esos templos.

CAMPBELL: Sí, conozco ese templo.

MOYERS: Es abrumador tanto por la reverencia que provoca como por su carácter sensual.

CAMPBELL: Sí. La idea de la Diosa está relacionada con el hecho de que has nacido de tu madre, y puedes desconocer a tu padre, o bien puede haber muerto. En la literatura épica es frecuente que cuando el héroe nace, el padre ya haya muerto o esté en otra parte, y entonces el héroe debe salir en busca de su padre.

En la historia de la encarnación de Jesús, el padre de Jesús era el padre en el cielo, al menos en cuanto a la simbología. Cuando Jesús sube a la cruz, está dirigiéndose al padre, dejando atrás a la madre. Y la cruz, que simboliza la tierra, es el símbolo materno. De modo que en la cruz Jesús abandona su cuerpo sobre la madre, de quien lo adquirió, y va hacia el padre, que es la fuente última del misterio trascendente.

MOYERS: ¿Qué impacto ha tenido esta búsqueda del padre en nosotros a través de los siglos?

CAMPBELL: Es un tema fundamental en el mito. Hay un tema que reaparece en muchos relatos de vidas de héroes, en que el niño dice: «Madre, ¿quién es mi padre?». Ella le responde: «Bueno, tu padre está en tal y tal lugar», y entonces el pequeño sale en busca del padre.

En la *Odisea,* Telémaco, el hijo de Ulises, es un recién nacido cuando su padre parte a la guerra de Troya. La guerra dura diez años, y después, de vuelta a casa, Ulises se pierde durante otros diez años en el mundo misterioso del Mediterráneo mitológico. Atenea se aparece a Telémaco, que ya tiene veinte años, y le dice: «Ve a buscar a tu padre». Él no sabe dónde está su padre. Va a ver a Néstor y le pregunta: «¿Dónde te parece que podría estar mi padre?». Y Néstor le dice: «Ve a preguntarle a Proteo». Ya está en plena búsqueda del padre.

MOYERS: En *La guerra de las galaxias,* Luke Skywalker les dice a sus compañeros: «Ojalá hubiera conocido a mi padre». Hay algo muy poderoso en la

imagen de la búsqueda del padre. Pero ¿por qué nunca se trata de una búsqueda de la madre?

CAMPBELL: Bueno, la madre ya está ahí. Has nacido de tu madre, y ella es la que te cría y enseña y te hace llegar a la edad en que debes encontrar a tu padre.

En cambio, el encuentro del padre está relacionado con el encuentro de tu propio carácter y destino. Una idea popular dice que el carácter se hereda del padre, mientras que el cuerpo y con frecuencia la mente se heredan de la madre. Pero es tu carácter el que constituye el misterio, y tu carácter es tu destino. De modo que es el descubrimiento de tu destino lo simbolizado en la búsqueda del padre.

MOYERS: Entonces, cuando encuentras a tu padre, te encuentras a ti mismo.

CAMPBELL: Recuerda la historia de Jesús perdido en Jerusalén cuando era un niño de unos doce años. Sus padres lo buscan, y cuando lo encuentran está en el templo, conversando con los doctores de la ley. Le preguntan: «¿Por qué nos has abandonado de este modo? ¿Por qué has provocado en nosotros miedo y ansiedad?». Y él contesta: «¿Acaso no sabíais que debía ocuparme de las cosas de mi padre?». Tiene doce años: es la edad de la iniciación adolescente, de descubrir quién eres.

MOYERS: Pero ¿qué pasó con el culto que en las sociedades primitivas se dirigía a la figura de la Diosa, la Gran Diosa, la Madre Tierra...? ¿Qué pasó con ella?

CAMPBELL: Bueno, esa figura estaba asociada primordialmente con la agricultura y las sociedades agrícolas. Está relacionada con la tierra. La mujer humana da a luz igual que la tierra da nacimiento a las plantas. Y da alimento, como lo hace la tierra. La magia de la mujer y la magia de la tierra son lo mismo. Mujer y tierra están emparentadas. Y la personificación de la energía que da nacimiento a las formas y las alimenta es propiamente femenina. Es en el mundo agrícola de la antigua Mesopotamia, en el Nilo egipcio y en los primitivos sistemas agrícolas donde la Diosa es la forma mítica dominante.

Hemos encontrado en Europa centenares de pequeñas figuras neolíticas de la Diosa, y casi nada en cuanto a figuras divinas masculinas. El toro y algunos otros animales, tales como el jabalí y el chivo, pueden aparecer como símbolos del poder masculino, pero la Diosa es la única divinidad visualizada en aquel entonces.

Y cuando tienes una Diosa como creador, es su propio cuerpo el que conforma el universo. Ella y el universo son lo mismo. Ése es el sentido de la figura de la diosa Nut que tú viste en el templo egipcio. Ella es toda la esfera de los cielos que encierran la vida.

MOYERS: Hay una escena de la Diosa tragándose el sol. ¿Recuerdas?

CAMPBELL: La idea es que ella se traga el sol en el oeste y lo da a luz en el este, y pasa por su cuerpo durante la noche.

MOYERS: Para pueblos que tratan de explicarse las maravillas del universo, habrá sido natural buscar en la figura femenina la explicación de lo que veían en sus propias vidas.

CAMPBELL: No sólo eso, sino que cuando pasas a una perspectiva filosófica, como en las religiones de Diosas en la India (donde la simbología de la Diosa sigue siendo dominante hoy), la hembra representa la *maya*. La hembra representa lo que en la terminología kantiana llamamos las *formas de sensibilidad*. Es el tiempo y el espacio mismos, y el misterio que hay más allá de ella está más allá de todos los pares de opuestos. De modo que no es macho ni es hembra. Ni es ni no es. Pero *todo* está dentro de ella, así que los dioses son sus hijos. Todo aquello en lo que puedas pensar, todo lo que puedas ver, es un producto de la Diosa.

Una vez vi un maravilloso documental científico sobre el protoplasma. Para mí fue una revelación. Está siempre en movimiento, en un flujo constante. A veces parece estar fluyendo de un modo y luego de otro, y después da forma a las cosas. Tiene una potencialidad enorme para dar forma a las cosas. Vi este documental

en el norte de California, y cuando volvía en coche por la costa hacia Big Sur, durante todo el camino no veía otra cosa que el protoplasma en forma de hierba que era comido por el protoplasma en forma de vaca; protoplasma en forma de pájaros zambulléndose en busca de protoplasma en forma de peces. Te da esa maravillosa sensación de llegar al abismo del que procede todo. Pero cada forma tiene sus propias intenciones, sus propias posibilidades, y ahí es donde aparece el significado. No en el protoplasma mismo.

MOYERS: Entonces volvemos exactamente a los indios, que creían que la tierra es la que insufla la vida y energía en todas las cosas. Tú citas esos versos de los Upanishads: «Eres el pájaro azul oscuro, y el loro verde de ojos rojos. Tu hijo es el relámpago. Eres el clima y los mares. Al no tener comienzo, te mantienes en la inmanencia, de la que nacen todas las cosas». Es la idea de que nosotros y la tierra somos lo mismo, ¿no?

Pero ¿no era inevitable que esta idea muriera bajo el peso de los descubrimientos científicos? Ahora sabemos que las plantas no crecen de los cuerpos de gente muerta, crecen de acuerdo a las leyes de la semilla, y el suelo y el sol. ¿Newton no mató el mito?

CAMPBELL: Oh, creo que el mito está volviendo. Contamos con un joven científico en la actualidad que está empleando el término «campo morfogenético», que es el campo que produce las formas. Es la Diosa, el campo que produce formas.

MOYERS: ¿Y qué importancia tiene para nosotros?

CAMPBELL: Bueno, significa descubrir cuál es la fuente de tu propia vida, y cuál es la relación de tu cuerpo, tu forma física, con esta energía que lo anima. El cuerpo sin la energía no está vivo, ¿verdad? Así es como distingues en tu vida lo que es del cuerpo y lo que es de la energía y la conciencia.

En la India, el símbolo fundamental más corriente es el del falo, o *lingam,* como lo llaman: el dios generador penetrando la vagina, o *yoni,* de la Diosa. Al contemplar este símbolo estás contemplando el momento generador

de toda vida. El misterio entero de la generación de la vida está contenido simbólicamente en ese signo.

Como ves, el misterio sexual en la India, y en la mayor parte del mundo, es un misterio sagrado. Es el misterio de la generación de la vida. El acto de generar un hijo es un acto cósmico y debe ser entendido como sagrado. Por ello el símbolo que representa más inmediatamente este misterio del paso de la energía de la vida al campo del tiempo es el lingam y el yoni, los poderes masculino y femenino en conjunción creativa.

MOYERS: ¿Qué habría sido de nosotros si en algún punto a lo largo del camino hubiéramos empezado a rezar «Madre Nuestra» en lugar de «Padre Nuestro»? ¿Cuál habría sido la diferencia psicológica?

CAMPBELL: Seguramente ha significado una diferencia psicológica en el carácter de nuestra cultura. Por ejemplo, el origen de la civilización occidental tuvo lugar en los valles de los grandes ríos: el Nilo, el Tigris-Eufrates, el Indo, y después el Ganges. Ése fue el mundo de la Diosa. El nombre del río Ganges (Ganga) es el nombre de una diosa, por ejemplo.

Y después se produjeron las invasiones. Éstas empezaron masivamente en el cuarto milenio antes de Cristo, y se fueron haciendo más y más devastadoras. Vinieron del norte y del sur y arrasaron las ciudades de un día para otro. Lee tan sólo la historia en el Libro del Génesis del papel que jugó la tribu de Jacob en la caída de la ciudad de Shechem. De la noche a la mañana, la ciudad fue arrasada por aquellos pueblos pastores que aparecieron repentinamente. Los invasores semitas eran pastores de cabras y ovejas, los indoeuropeos de vacas. Ambos habían sido antes cazadores, por lo que sus culturas esencialmente estaban orientadas al animal. Cuando hay cazadores, hay gente que mata. Y cuando hay pastores, hay gente que mata, porque siempre están en movimiento, son nómadas, que entran en conflicto con otros pueblos y conquistan las áreas en las que se introducen. Y estas invasiones traen consigo dioses guerreros, lanzadores de rayos, como Zeus o Yahvé.

MOYERS: ¿La espada y la muerte en lugar del falo y la fertilidad?

CAMPBELL: Así es, esa es la ecuación.

MOYERS: Hay una historia que tú has contado sobre la expulsión de la diosa madre Tiamat.

CAMPBELL: Supongo que podríamos considerarla como el acontecimiento arquetípico clave.

MOYERS: Lo has calificado de momento crítico en la historia.

CAMPBELL: Sí. Los pueblos semíticos estaban invadiendo el mundo de los sistemas de la Madre Diosa, con lo que las mitologías de orientación masculina se volvieron predominantes, y la Madre Diosa se convierte... pues en algo así como la Abuela Diosa, algo muy, muy lejano en el pasado.

Fue en la época del esplendor de la ciudad de Babilonia. Cada una de estas ciudades primitivas tenía su propio dios o diosa protectores. La característica de un pueblo imperialista es tratar de que su propio dios local sea nombrado jefe de los dioses de todo el universo, ya sabes. Ninguna otra divinidad debe imponérsele. Y el modo de lograrlo es aniquilando al dios o diosa que reinaba antes. Bueno, en Babilonia, la que estaba antes del dios babilónico Marduk era la Diosa Madre de Todo. La historia empieza con un gran concilio de los dioses varones allá en el cielo, cada dios una estrella, y se han enterado de que la Abuela viene de visita, la vieja Tiamat, el Abismo, la Fuente inextinguible. Llega en forma de un gran pez o dragón, ¿y qué dios tendrá el coraje de enfrentarse a la Abuela? El que se atreve, por supuesto, es el dios de nuestra actual gran ciudad. Él es el más grande.

Así que cuando Tiamat abre la boca, el joven dios Marduk de Babilonia arroja a su garganta y vientre unos vientos que la hacen estallar en pedazos, y después la descuartiza, y con los pedazos de su cuerpo da forma a la tierra y los cielos. Este tema del desmembramiento de un ser primordial y la construcción del universo con sus pedazos aparece en muchas mitologías,

bajo muchas formas. En la India aparece con la figura de Purusha, el reflejo de cuyo cuerpo es el universo.

Ahora bien, la madre diosa, en las antiguas mitologías de madre diosa, era en sí misma el universo, por lo que la gran hazaña creativa de Marduk fue un acto excesivo. No tenía necesidad de cortarla en pedazos y fabricar el universo, porque ella ya era el universo. Pero el mito de orientación masculina se impone, y *él* se convierte, aparentemente, en el creador.

MOYERS: Y el interés pasa de la Diosa a su hijo, este joven trepador político que...

CAMPBELL: Bueno, el interés era específicamente el interés de los gobernantes varones de la ciudad de Babilonia.

MOYERS: De modo que la sociedad matriarcal empezó a dar paso a...

CAMPBELL: Oh, para esa época (el 1750 a.C. más o menos) el matriarcado ya no existía.

MOYERS: Hoy día hay mujeres que dicen que el espíritu de la Diosa ha estado exiliado durante cinco mil años, desde...

CAMPBELL: Es imposible remontarse tan lejos, cinco mil años. La Diosa fue una figura muy potente en tiempos helenísticos en el Mediterráneo, y volvió con la Virgen en la tradición católica romana. No hay celebración de la Diosa realizada de modo más bello y magnífico que las catedrales francesas de los siglos XII y XIII, todas ellas llamadas Notre Dame.

MOYERS: Sí, pero todos esos motivos y temas eran manipulados por hombres (sacerdotes, obispos) con exclusión de las mujeres, de modo que, independientemente de lo que la forma pudiera significar para el fiel, la imagen estaba en manos de la figura masculina dominante al servicio del poder.

CAMPBELL: Puedes poner el énfasis en ese punto, pero creo que es un poco exagerado, porque hubo grandes santas mujeres. Hildegarde de Bingen, por ejemplo, estuvo a la altura de un Inocencio III. Y en cuanto a Leonor de Aquitania, no creo que haya habido nadie en

la Edad Media de una talla equivalente a la suya. Ahora podemos mirar atrás e indignarnos por el cuadro general, pero la situación de la mujer no era tan mala, de ningún modo.

MOYERS: No, pero ninguna de esas santas habría llegado nunca a ser papa.

CAMPBELL: Llegar a papa no es tan buen negocio, realmente. Es una posición burocrática. Ninguno de los papas pudo haber llegado nunca a ser la madre de Cristo. Hay papeles diferentes que interpretar. El trabajo del hombre fue proteger a las mujeres.

MOYERS: De ahí surgió la idea paternalista.

CAMPBELL: Las mujeres son parte del botín, son bienes. Con la caída de una ciudad, todas las mujeres que vivían en ella eran violadas.

MOYERS: También nos encontramos con la contradicción ética que tú mencionas en tu libro, citando el Éxodo: «No matarás, no desearás a la mujer de tu prójimo... salvo fuera de tu tierra. Entonces podrás pasar por la espada a todos los hombres, y a todas las mujeres podrás tomarlas para ti». Eso es lo que dice el Viejo Testamento.

CAMPBELL: El Deuteronomio. Son pasajes de gran crueldad.

MOYERS: ¿Y qué te dicen sobre las mujeres?

CAMPBELL: Dicen más sobre el Deuteronomio que sobre las mujeres. Los hebreos eran absolutamente despiadados en relación a sus vecinos. Pero este pasaje es una afirmación extrema de algo inherente a la mayoría de las mitologías de orientación sociológica. Es el hecho de que el amor y la compasión se reservan para el grupo interno, y la agresión y las injurias se proyectan hacia fuera, sobre los otros. La compasión se reserva para los miembros del propio grupo. Los que están fuera de ese grupo son tratados tal como lo enuncia aquí el Deuteronomio.

Ahora bien, hoy ya no existe ningún grupo que esté fuera en todo el planeta. Y el problema de la religión moderna es hacer funcionar esa compasión para con la

humanidad entera. Pero ¿qué sucede entonces con la agresión? Éste es un problema que el mundo tendrá que afrontar, porque la agresión es un instinto natural tanto como la compasión, y más inmediato que ella, y lo será siempre. Es un hecho biológico. Por supuesto, en tiempos bíblicos, cuando llegaron los hebreos, barrieron a la Diosa. El término usado en el Viejo Testamento para la diosa canaanita es «la Abominación». Al parecer, a lo largo del periodo representado en el Libro de los Reyes, por ejemplo, hubo un ir y venir entre los dos cultos. Muchos de los reyes hebreos son condenados en el Viejo Testamento por haber adorado en las cimas de las montañas. Estas montañas eran símbolos de la Diosa. Y hubo una lucha muy fuerte contra la Diosa entre los hebreos, cosa que no hallamos en las mitologías indoeuropeas. Aquí tienes a Zeus *casándose* con la Diosa, y después los dos actúan juntos. De modo que lo que tenemos en la Biblia es un caso extremo, y nuestra subyugación occidental de la hembra es una función del pensamiento bíblico.

MOYERS: Porque cuando sustituyes al macho por la hembra, tienes una psicología diferente, una inclinación cultural distinta. Y en tu cultura es permisible hacer lo que hacen los dioses, así que uno...

CAMPBELL: Es así, exactamente. Yo diría que hay tres situaciones. Primero, la más temprana, de la Diosa, donde el macho apenas si llega a ser una divinidad importante. Después lo contrario, cuando el macho se impone por entero. Y por último, el estadio clásico, en que los dos están en interacción... como lo están también, por ejemplo, en la India.

MOYERS: ¿De dónde procede este estadio?

CAMPBELL: Viene de la actitud de los indoeuropeos, que no devalúan completamente el principio femenino.

MOYERS: ¿Y la concepción de una madre virgen? De pronto, la Diosa reaparece adoptando la forma del receptáculo casto y puro elegido para la acción de Dios.

CAMPBELL: En la historia de las religiones occidentales, éste es un desarrollo muy interesante. En el Viejo

Testamento, tienes un Dios que crea un mundo sin una diosa. Después cuando llegas a los Proverbios, allí está ella, Sofía, la Diosa de la Sabiduría, que dice: «Cuando Él creó el mundo, yo estaba ahí, y yo fui Su mayor alegría». Pero en la tradición hebrea la idea de un *hijo* de Dios es repulsiva, no se toma en cuenta en absoluto. El Mesías como hijo de Dios no es en realidad hijo de Dios. Es alguien que por su carácter y dignidad es digno de ser *comparado* con el hijo de Dios. Estoy persuadido de que en esa tradición no existe la idea del nacimiento de una virgen. El nacimiento virginal aparece en el cristianismo por vía de la tradición griega. Cuando lees los cuatro evangelios, por ejemplo, el único en el que aparece el nacimiento virginal es el Evangelio según san Lucas, y Lucas era griego.

MOYERS: ¿En la tradición griega había imágenes, leyendas, mitos sobre concepciones de vírgenes?

CAMPBELL: Oh, sí... Leda y el cisne, Perséfone y la serpiente, y tantos más. La concepción de una madre virgen está representada en todas partes.

MOYERS: Entonces no fue una idea nueva lo que apareció en Belén. Pero ¿cuál es el significado de la concepción de una virgen?

CAMPBELL: Creo que el mejor modo de responder a eso es hablar de un sistema que tienen en la India para describir los estadios del desarrollo espiritual. En la India hay un sistema de siete centros psicológicos que suben por la espina dorsal. Representan planos psicológicos de interés, conciencia y acción. El primero está en el recto: representa la alimentación, la función básica del sostén de la vida. La serpiente representa perfectamente esta compulsión, como una especie de esófago móvil que anda por ahí comiendo, comiendo, comiendo. No podríamos sobrevivir si no comiéramos durante toda la vida. Lo que comes es siempre algo que apenas un momento antes estaba vivo. Éste es el misterio sacramental de la comida, en el que con frecuencia no se nos ocurre pensar cuando nos sentamos a la mesa. Si rezamos antes de comer, es para agradecerle nuestra comida a esta figura

extraída de la Biblia. Pero en mitologías anteriores, cuando la gente se sentaba a comer, daban las gracias al animal que estaban a punto de consumir por haberse entregado en sacrificio voluntario.

Hay un magnífico dicho en uno de los Upanishads: «¡Oh maravilla, oh maravilla, oh maravilla, soy comida, soy comida, soy comida! Soy un comedor de comida, soy un comedor de comida, soy un comedor de comida». Hoy día no pensamos así de nosotros. Pero apegarte a ti mismo y no dejarte transformar en comida es el acto primordial de negación de la vida. ¡Estás interrumpiendo el flujo! Y entregarse al flujo es la gran experiencia de misterio que acompaña el dar gracias a un animal a punto de ser comido por haberse entregado. Tú también te entregarás a tu vez.

MOYERS: Soy naturaleza, la naturaleza es yo.

CAMPBELL: Sí. Pues bien, el segundo centro psicológico en el ordenamiento indio del desarrollo espiritual está simbolizado por los órganos sexuales, lo que equivale a la necesidad de la procreación. Un tercer centro está a la altura del ombligo, y ahí reside el centro de la voluntad de poder, de aprender una habilidad, o, en su aspecto negativo, de conquistar, dominar, aplastar y esclavizar a los otros. Ésta es la tercera función, la agresiva. Y si queremos reconocernos en el simbolismo del sistema psicológico indio, la primera función, la alimentación, es la de un instinto animal; la segunda, la procreación, es la de un instinto animal, y la tercera, el dominio o conquista, es también propia de un instinto animal; y estos tres centros están localizados simbólicamente en la cavidad pélvica.

El siguiente centro, el cuarto, está a la altura del corazón; y es la apertura a la compasión. Aquí sales del campo de la acción animal a un campo que es propiamente humano y espiritual.

Y a cada uno de estos cuatro centros le corresponde una forma simbólica. En la base, por ejemplo, la primera, el símbolo es el lingam y el yoni, los órganos masculino y femenino en conjunción. Y en el centro del corazón,

están *una vez más* el lingam y el yoni, es decir, los órganos masculino y femenino en conjunción, pero aquí representados en oro como símbolos del nacimento virginal, es decir del nacimiento del hombre espiritual a partir del hombre animal.

MOYERS: Y eso sucede...

CAMPBELL: Sucede cuando, en el plano del corazón, accedes a la compasión, es decir, al sufrimiento compartido, la participación experimentada en el dolor de otro. Ahí comienza la humanidad. Y las meditaciones de la religión están en ese nivel, el nivel del corazón.

MOYERS: Dices que es el comienzo de la humanidad. Pero en estas historias es el momento en que nacen los dioses. Cuando la virgen da a luz... nace un dios.

CAMPBELL: ¿Y sabes qué es ese dios? Eres *tú*. Todos estos símbolos de la mitología se refieren a ti. Puedes tener problemas con lo que hay *afuera,* y pensar que todo está ahí afuera. Estás pensando en Jesús con todos los sentimientos puestos en cómo sufrió, fuera de ti. Pero ese sufrimiento es algo que debería estar sucediendo en ti. ¿Has renacido espiritualmente? ¿Has muerto a tu naturaleza animal y vuelto a la vida como una encarnación humana de la compasión?

MOYERS: ¿Por qué es importante que sea una virgen?

CAMPBELL: El engendrador es espiritual. Se trata de un nacimiento espiritual. La virgen que concibe de la palabra que entra por su oído.

MOYERS: La palabra llega como un rayo de luz.

CAMPBELL: Sí. Y de Buda, con el mismo sentido, se dice que nació del costado de su madre al nivel del chakra del corazón.

MOYERS: ¿Chakra del corazón...?

CAMPBELL: Sí, el chacra del corazón es el centro simbólico asociado con el corazón. Chakra significa «círculo» o «esfera».

MOYERS: Entonces Buda nace...

CAMPBELL: Nace del costado de la madre. Es un nacimiento simbólico. No nació físicamente del costado de su madre, sino simbólicamente.

MOYERS: Pero Cristo nació como nacimos tú y yo.

CAMPBELL: Sí, pero de una virgen. Y después del parto, según la doctrina católica romana, su virginidad fue restaurada. De modo que podría decirse que nada había sucedido. La referencia simbólica no es al nacimiento físico de Jesús sino a su importancia espiritual. Eso es lo que representa la concepción de una virgen. Héroes y semidioses nacen de ese modo al estar motivados por la compasión y no por el dominio, la sexualidad o el instinto de conservación.

Éste es el sentido del segundo nacimiento, cuando empiezas a vivir a partir del centro del corazón. Los tres centros inferiores no deben ser negados sino trascendidos, convirtiéndolos en súbditos y siervos del corazón.

MOYERS: Si volvemos a la antigüedad, ¿encontramos imágenes de la virgen madre del niño salvador?

CAMPBELL: El modelo antiguo de la Virgen Madre es en realidad Isis con Horus al pecho.

MOYERS: ¿Isis?

CAMPBELL: Es una historia complicada. En realidad, todas estas historias tienden a hacerse bastante complicadas. Pero Isis y su marido Osiris eran mellizos, hijos de la diosa Nut. Y sus parientes más jóvenes eran Seth y Nephthys, que también eran mellizos hijos de Nut. Una noche, Osiris durmió con Nephthys, creyendo que era Isis... un despiste, digamos. De ese error nocturno nació Anubis, el hijo mayor de Osiris, pero de la esposa que no debía ser. Seth, su marido, se lo tomó mal y planeó matar a su hermano mayor, Osiris. En secreto tomó las medidas de Osiris y mandó hacer un hermoso sarcófago en el que cupiera exactamente. Y una noche, cuando los dioses celebraban una animada fiesta, Seth vino con el sarcófago y declaró que cualquiera que cupiera exactamente lo tendría como regalo para su tumba. Todos los presentes probaron y, por supuesto, cuando Osiris entró, el sarcófago cumplía exactamente su medida. Inmediatamente aparecieron setenta y dos cómplices que bajaron la tapa, la ataron, y lo arrojaron al Nilo. Así que lo que tenemos aquí es la

muerte de un dios. Y cada vez que se produce la muerte de un dios, puedes esperar una resurrección.

La muerte de Osiris estaba asociada simbólicamente con las crecidas e inundaciones anuales del río Nilo, que fertilizaba todos los años la tierra de Egipto. Era como si la putrefacción del cuerpo de Osiris fertilizara y vitalizara la tierra.

Osiris fue flotando Nilo abajo hasta ser depositado en una playa, en Siria. Creció allí un árbol hermoso, de maravilloso perfume, que incorporó el sarcófago a su tronco. El rey de aquella región acababa de tener un hijo varón y se disponía a construir un palacio. Y como el aroma de ese árbol era tan maravilloso, lo hizo cortar y llevar para hacer el pilar central del salón principal del palacio.

Mientras tanto, la pobre diosa Isis, cuyo marido había sido arrojado al Nilo, emprendió la búsqueda de su cadáver. Este tema de la búsqueda de Dios, esposo del alma, constituye un tema mitológico principal en ese periodo: la Diosa sale en busca de su esposo y amante perdido y, gracias a la lealtad y a un descenso al reino de la muerte, se convierte en su redentora.

Isis llega por fin al palacio y se entera de la existencia de la columna de madera aromática. Sospecha que puede tener algo que ver con Osiris, y consigue empleo como nodriza del niño recién nacido. Bueno, deja que el niño le chupe un dedo... después de todo, es una diosa, y hay un límite a las concesiones que pueden hacerse. Pero se encariña con el niñito y decide darle la inmortalidad poniéndolo en la chimenea para quemar su cuerpo mortal. Como diosa, puede impedir que el fuego lo mate, ya entiendes. Y todas las noches, mientras el niño está en el fuego, ella se transforma en golondrina y vuela lúgubremente alrededor de la columna en la que está encerrado su marido.

Una noche aparece la madre del niño en el cuarto donde se desarrolla esta pequeña escena, ve al niño en la chimenea, suelta un grito, que quiebra el encanto, y el niño tiene que ser rescatado de la incineración. La

golondrina, en tanto, se ha transformado otra vez en la bella nodriza y diosa, que explica la situación y le dice a la reina: «A propósito, es mi esposo el que está ahí, dentro de esa columna, y le agradecería que me lo dejara llevar a casa». Así que el rey, que entretanto ha aparecido en escena, dice: «¡Pues claro! Por supuesto». Hace extraer la columna, se la entrega a Isis, y el hermoso sarcófago que contiene a Osiris es depositado sobre una barcaza principesca.

En el camino de vuelta al delta del Nilo, Isis quita la tapa del ataúd, se acuesta al lado de su marido muerto, y concibe un hijo. Se trata de un tema que aparece todo el tiempo en las antiguas mitologías bajo muchas formas simbóicas: *de la muerte viene la vida.* Cuando la barcaza toca tierra, la diosa da a luz entre los papiros a su hijo Horus; y fue la figura de esta madre divina con su hijo concebido de dios la que dio origen al modelo de la Virgen María.

MOYERS: Y la golondrina se transformó en paloma, ¿no es así?

CAMPBELL: Bueno, la paloma, el pájaro en vuelo, es un símbolo casi universal del espíritu, como en el cristianismo, del Espíritu Santo...

MOYERS: ¿Asociado con la madre sagrada?

CAMPBELL: Con la madre en tanto ésta concibe mediante el espíritu, sí. Pero aquí nos encontramos con un pequeño detalle más. El hermano menor, Seth, celoso, mientras tanto ha usurpado el trono de Osiris. No obstante, para asumir propiamente el poder, debería casarse con Isis. En la iconografía egipcia, Isis representa el trono. El faraón se sienta sobre el trono, que es Isis, como un niño sobre el regazo de su madre. Por eso, cuando estás delante de la catedral de Chartres, puedes ver sobre uno de los portales de la fachada oeste una imagen de la Virgen como el trono sobre el cual se sienta el niño Jesús y bendice al mundo como su emperador. Es precisamente la imagen que nos ha legado el más antiguo Egipto. Los primeros padres y los primeros artistas imitaron deliberadamente estas imágenes.

MOYERS: ¿Los padres cristianos tomaron la imagen de Isis?

CAMPBELL: Sin la menor duda. Ellos mismos lo dicen. Lee el texto donde se declara que «las formas que eran meras formas mitológicas en el pasado ahora son reales y encarnan a nuestro Salvador». Las mitologías a las que se refieren aquí son las del dios muerto y resurrecto: Attis, Adonis, Gilgamesh, Osiris, uno tras otro. La muerte y resurrección del dios está asociada en todas partes con la luna, que muere y renace todos los meses. Durante dos noches y tres días está oscura, y por eso tenemos a Cristo dos noches y tres días en la tumba.

Nadie sabe cuál puede haber sido la fecha real de nacimiento de Jesús, pero se ha tomado la fecha que era la del solsticio de invierno, el 25 de diciembre, cuando las noches empiezan a hacerse más cortas y los días más largos. Es el momento del renacimiento de la luz. Fue exactamente la fecha de nacimiento del dios persa de la luz, Mithra, el Sol.

MOYERS: ¿Y qué te sugiere eso?

CAMPBELL: Me sugiere que hay una idea de muerte del pasado y nacimiento del futuro en nuestras vidas y en nuestro pensamiento: muerte de la naturaleza animal y nacimiento de la espiritual. Esos símbolos nos están hablando en ese sentido.

MOYERS: Por eso Isis puede decir: «Soy la que es la madre natural de todas las cosas. Señora de todos los elementos. Dueña de los poderes divinos, reina de todo lo que está en el infierno, pero principal entre todos los que habitan el paraíso. Manifestada sola y bajo una única forma entre todos los dioses y diosas».

CAMPBELL: Ésa es una formulación muy tardía de este asunto. Proviene de *El asno de oro,* de Apuleyo, siglo II d.C. *El asno de oro* es una de las primeras novelas que se han escrito. Su principal personaje, su héroe, ha sido transformado, por lujuria y magia, en un asno, y tiene que superar una ordalía de dolorosas y humillantes aventuras hasta que su redención le

viene por gracia de la diosa Isis. Ella aparece con una rosa en la mano (símbolo del amor divino, no de la lujuria), y cuando el asno come la rosa recupera su antigua condición de hombre. Pero ahora es más que un hombre, es un hombre iluminado, un santo. Ha experimentado el segundo nacimiento virginal, ya sabes. De modo que de la mera carnalidad animal se puede pasar a una muerte espiritual y renacer. El segundo nacimiento es de una encarnación exaltada, con forma espiritual.

Y la diosa es la que produce todo esto. El segundo nacimiento se lleva a cabo mediante una madre espiritual. Notre Dame de París, Notre Dame de Chartres... nuestra Madre Iglesia. Renacemos espiritualmente entrando y saliendo de una iglesia.

MOYERS: Ahí reside un poder exclusivo del principio femenino.

CAMPBELL: En esta novela aparece así, pero no necesariamente es exclusivo de ella. También puedes acceder al renacimiento por intercesión del sexo masculino. Pero usando este sistema de símbolos, la mujer es la regeneradora.

MOYERS: Entonces cuando el Concilio de Efeso se reunió en el año 431 d.C. y proclamó a María como la Madre de Dios, ¿no era la primera vez?

CAMPBELL: No, de hecho el tema había sido muy debatido en el seno de la Iglesia desde hacía tiempo. Pero el sitio donde se tomó la decisión, Efeso, era en aquel entonces la mayor ciudad del Imperio Romano consagrada a la diosa Artemis o Diana. Y tenemos la siguiente historia: cuando el concilio estaba reunido, discutiendo este punto, el pueblo de Efeso hizo manifestaciones en favor de María, gritando: «La Diosa, la Diosa, por supuesto que es la Diosa».

Bueno, lo que tienes entonces en la tradición católica es una reunión de la idea hebrea patriarcal, monoteísta, del Mesías como alguien que ha de unir los poderes espiritual y temporal, y la idea clásica, helenística, del Salvador como el hijo muerto y resurrecto de la Gran Diosa

por acción de un nacimiento virginal. Hubo muchos de esos salvadores renacidos.

En el Cercano Oriente, el dios que descendió al campo del tiempo fue originalmente una diosa. Jesús representó un papel que en realidad es el de una Diosa, al descender llevado por la compasión. Pero cuando la Virgen consiente en ser el receptáculo de la encarnación, ya participa en la redención. Se ha ido haciendo más y más evidente que la Virgen es equivalente en su sufrimiento al sufrimiento de su hijo. En la Iglesia Católica creo que ahora se la llama la «cosalvadora».

MOYERS: ¿Qué representa todo esto respecto de la reunión del macho y la hembra? Durante mucho tiempo en las sociedades primitivas la imagen mitológica dominante es la femenina. Después viene esta imagen masculina, agresiva, guerrera, y pronto volvemos a la mujer jugando un papel en la creación y la recreación. ¿Tiene que ver con el anhelo de reunión entre hombre y mujer?

CAMPBELL: Sí, pero yo lo veo más bien desde el punto de vista histórico. Es una cosa muy interesante ver que esta Madre Diosa fue la reina hasta el valle del Indo, en la India. Desde el Egeo al Indo, es la figura dominante. Después tienes a los indoeuropeos que vienen del norte, y llegan a Persia, a la India, a Grecia, a Italia, y aparece una mitología de orientación masculina en toda esta área. En la India son los Vedas, en Grecia la tradición homérica, y después, unos quinientos años más tarde, la Diosa empieza a regresar. De hecho, hay un Upanishad del siglo VII a.C. (que es la época en que está volviendo con energía en el Egeo también) en que los dioses védicos están reunidos, y ven una extraña cosa amorfa delante, una especie de niebla, y preguntan: «¿Qué es eso?». Ninguno sabe lo que puede ser. Uno de ellos sugiere: «Iré a ver de qué se trata». Y va hacia esa cosa brumosa y dice: «Soy Agni, el Señor del Fuego; puedo quemar cualquier cosa. ¿Quién eres tú?». Y de la niebla sale una pajita, que cae en el suelo, y una voz dice: «Veamos si puedes quemar eso». Agni descubre que no

puede quemarlo. Así que vuelve a los otros dioses y dice: «¡Qué extraño es esto!». Se adelanta el Dios del Viento: «Probaré yo». Allá va, y sucede algo parecido. «Soy Vayu, Señor del Viento. Puedo arrastrar cualquier cosa.» Otra vez cae al suelo una pajita: «Veamos si puedes arrastrar esto». Y no puede. Él también regresa. Entonces Indra, el más grande de los dioses védicos, se aproxima, pero cuando está cerca la aparición se desvanece, y donde había estado se materializa una mujer, una mujer hermosa y misteriosa, que instruye a los dioses, revelándoles el misterio del fundamento de su propio ser. «Esto es el misterio último de todo ser», les dice, «del que vosotros mismos habéis recibido vuestros poderes. Y puede anular vuestros poderes, según Su voluntad.» El nombre indio para ese Ser entre los seres es *brahman*, que es un nombre neutro, ni masculino ni femenino. Y el nombre indio para la mujer es Maya-Shakti-Devi (Diosa Dadora de Vida y Madre de las Formas). Y allí, en este Upanishad aparece como maestra de los dioses védicos en cuanto al fundamento último y fuente de sus poderes y existencia.

MOYERS: Es la sabiduría femenina.

CAMPBELL: Es la mujer como dadora de formas. Es la que dio vida a las formas y sabe de dónde provienen. Vienen de lo que está más allá de lo masculino y femenino. De lo que está más allá del ser y el no ser. A la vez es y no es. Ni es ni no es. Está más allá de todas las categorías del pensamiento y la mente.

MOYERS: Está ese maravilloso dicho en el Nuevo Testamento: «En Jesús no hay macho ni hembra». En el sentido último de las cosas, no hay ni una cosa ni otra.

CAMPBELL: Asi debería ser. Si Jesús representa la fuente de nuestro ser, todos nosotros somos, podría decirse, pensamientos en la mente de Jesús. Es la palabra que se ha vuelto carne en nosotros, también.

MOYERS: ¿Tú y yo poseemos características que son a la vez masculinas y femeninas?

CAMPBELL: El cuerpo las posee. No sé nada sobre la periodización real de todo esto, pero en algún momento

durante el periodo fetal se hace evidente que ese niño será varón, y este otro será mujer. Antes de eso, es un cuerpo con las potencialidades para cualquier inflexión.

MOYERS: Y durante la vida estamos representando o suprimiendo a una u otra.

CAMPBELL: Y en esa figura del yin-yang de la China, en el pez oscuro, o como quieras llamarlo, hay un lunar claro. Y en el claro, hay un lunar oscuro. Así es como se relacionan. No podrías relacionarte en absoluto con algo en lo que no participaras de algún modo. Es por eso que la idea de Dios como el Otro Absoluto es una idea ridícula. No podría haber relación alguna con el Otro Absoluto.

MOYERS: En esta transformación espiritual de la que hablas, ¿los cambios no dependen de características femeninas como la alimentación, la creatividad y la colaboración, en lugar de la competitividad? ¿No está esto en la esencia del principio femenino que estamos discutiendo?

CAMPBELL: Bueno, la madre ama a todos sus hijos: los tontos, los inteligentes, los malos, los buenos. No importa qué carácter tenga cada uno. De ahí que lo femenino represente, en cierto modo, el amor total por la progenie. El padre se ocupa más de la disciplina. Está asociado mucho más con el orden social y el carácter social. Así es como actúa en realidad en las sociedades. La madre da a luz a su naturaleza, y el padre da a luz a su carácter social, digamos, al modo en que funcionará.

De modo que regresar a la naturaleza seguramente nos devolverá al principio materno. No sé cómo se relacionará esto con el principio patriarcal, porque la organización del planeta será una operación gigantesca, y ésa es función del principio masculino. Así que no puede predecirse qué será lo nuevo. Pero es cierto que la naturaleza está volviendo.

MOYERS: Entonces cuando decimos «salvemos la tierra», estamos hablando de salvarnos a nosotros mismos.

CAMPBELL: Sí. Toda esta esperanza de que suceda algo en la sociedad tendrá que esperar a que suceda algo

en la psique humana, un modo enteramente nuevo de experimentar una sociedad. Y la pregunta crucial aquí, tal como yo la veo, es simplemente: ¿con qué sociedad, con qué grupo social te identificas?, ¿será con toda la gente del planeta o será con tu propio grupo interno? Ésta es la pregunta, esencialmente, que estaba en la mente de los fundadores de nuestra nación cuando la gente de los trece Estados empezó a considerarse como una nación, pero sin perder de vista los intereses sociales de cada uno de los distintos Estados. ¿Por qué no podría suceder algo semejante en el mundo actual?

MOYERS: En la discusión de estos temas (el principio masculino-femenino, el nacimiento virginal, el poder espiritual que nos da un segundo nacimiento) surge una pregunta. Los sabios de todos los tiempos han dicho que podemos vivir una buena vida si aprendemos a vivir espiritualmente. Pero ¿cómo aprender a vivir espiritualmente si uno está hecho de carne? San Pablo dijo: «Los deseos de la carne van contra el espíritu y los deseos del espíritu van contra la carne». ¿Cómo aprender a vivir espiritualmente?

CAMPBELL: En tiempos antiguos, ésa era la función del maestro. Él debía darte las claves para una vida espiritual. Para eso estaba el sacerdote. También el ritual estaba para eso. Un ritual puede definirse como una *representación* de un mito. Participando en un ritual, experimentas realmente una vida mitológica. Y es desde esa participación como uno aprende a vivir espiritualmente.

MOYERS: ¿Las historias de la mitología señalan realmente el camino de la vida espiritual?

CAMPBELL: Sí, pero tienes que disponer de una clave. Necesitas un mapa de algún tipo, y están a nuestro alrededor. No todos son iguales. Algunos hablan de los intereses de tal o cual grupo, de tal o cual dios tribal. Otros, y especialmente los que son dados como revelaciones de la Gran Diosa, madre del universo y de todos nosotros, enseñan compasión por todos los seres vivientes. Allí también llegas a apreciar la santidad de la tierra misma porque es el cuerpo de la Diosa. Cuando Yahvé crea, crea

el hombre con tierra e insufla vida en el cuerpo formado. No se mete en esa forma. En cambio, la Diosa está dentro y está fuera. Tu cuerpo es el cuerpo de ella. En estas mitologías hay un reconocimiento de esta clase de identidad universal.

MOYERS: Por eso no estoy tan seguro de que el futuro de la raza y la salvación de la especie estén en el espacio. Pienso que podrían estar aquí en la Tierra, en el cuerpo, en lo más profundo de nuestro ser.

CAMPBELL: Bueno, claro que sí. Cuando sales al espacio, lo que estás transportando es tu cuerpo, y si no ha sido transformado antes, el espacio no te transformará. Pero pensar en el espacio puede ayudarte a comprender algo. Hay una página doble en un atlas que muestra nuestra galaxia dentro de muchas galaxias, y dentro de nuestra galaxia el sistema solar. Y ahí tienes una sensación de la magnitud de este espacio que estamos empezando a descubrir. Estas páginas me abrieron la visión de un universo de inimaginable magnitud e inconcebible violencia. Miles de millones de rugientes calderas termonucleares apartándose unas de otras. Cada caldera termonuclear, una estrella, y nuestro sol entre ellas. Muchas de ellas despedazándose literalmente, ensuciando los rincones más lejanos del espacio con polvo y gas de los que nacen estrellas nuevas con planetas que giran a su alrededor, y todo eso está pasando ahora, en este mismo instante. Y después, a distancias todavía más remotas, más allá de todo esto, se escuchan murmullos, microondas que son ecos de la explosión cataclísmica más grande de todas, el *big bang* de la creación, que, de acuerdo con algunos cálculos, podría haber tenido lugar hace unos dieciocho mil millones de años.

Y ahí es donde estamos, amigo, y cuando lo comprendes, comprendes qué importante eres en realidad: apenas un punto microscópico en esa inmensa magnitud. Y después debe venir la experiencia de que tú y eso en algún sentido son uno, que tú participas de todo eso.

MOYERS: Y aquí comienza.

CAMPBELL: Aquí comienza.

VII

CUENTOS DE AMOR Y MATRIMONIO

Por los ojos el amor llega al corazón:
pues los ojos son la avanzada del corazón,
y se adelantan en reconocimiento
buscando lo que le gustaría tener al corazón.
Y cuando logran un pleno acuerdo
los tres resuelven al unísono
y en ese momento nace el amor perfecto
por lo que los ojos han traído al corazón.
Sólo así puede el amor nacer o comenzar,
por este nacimiento e inicio movido por la inclinación.

Por la gracia y por las órdenes
de estos tres, y por su placer,
nace el amor, cuya bella esperanza
reconforta a sus amigos.
Pues como saben todos
los amantes verdaderos,
el amor es perfecta amistad
que nace, sin duda, del corazón y los ojos.
Los ojos lo hacen florecer; el corazón lo madura:
el amor es el fruto de esa semilla.

GUIRAUT DE BORNEILH (1138-1200?)

MOYERS: El amor es un tema tan vasto que... bueno, si yo te dijera «hablemos del amor», ¿por dónde empezarías?

CAMPBELL: Empezaría con los trovadores del siglo XII.

MOYERS: ¿Quiénes fueron?

CAMPBELL: Los trovadores eran la nobleza de la Provenza y, después, de otras partes de Francia y Europa. En Alemania se los conoce como *Minnesinger,* los cantores del amor. *Minne* es la palabra en alemán medieval que significa «amor».

MOYERS: ¿Eran los poetas de su época?

CAMPBELL: Eran poetas de cierta importancia, sí. Los trovadores florecieron en el siglo XII. La tradición trovadoresca se extinguió en Provenza durante la llamada cruzada Albigense de 1209, que fue organizada por el papa Inocencio III y que se considera una de las cruzadas más monstruosas de la historia de Europa.

Los trovadores se relacionaron con la herejía maniqueísta de los albigenses, muy extendida en la época, si bien el movimiento albigense, en realidad, fue una protesta contra la corrupción del clero medieval. De modo que los trovadores y su transformación de la idea del amor se mezclaron con la vida religiosa de un modo muy complicado.

MOYERS: ¿La transformación del amor? ¿A qué te refieres?

CAMPBELL: Los trovadores estaban muy interesados en la psicología del amor. Y son los primeros en Occidente que realmente pensaron en el amor como lo hacemos hoy, es decir, como una relación de persona a persona.

MOYERS: ¿Qué había sido antes?

CAMPBELL: Antes de eso, el amor era simplemente Eros, el dios que te impulsa al deseo sexual. No existía la experiencia de enamorarse como la entendieron los trovadores. Eros es mucho más impersonal que el amor. Antes no se hablaba de Amor. El Amor es algo personal que descubrieron los trovadores. Eros y Agape son amores *impersonales.*

MOYERS: Explícate.

CAMPBELL: Eros es un impulso biológico. Es el ardor de los órganos que se atraen mutuamente. El aspecto personal no importa.

MOYERS: ¿Y Agape?

CAMPBELL: Agape es amar a tu prójimo como a ti mismo. El amor espiritual. No importa quién sea tu prójimo.

MOYERS: Pero esto no es pasión en el sentido de Eros. Yo lo vería más bien como compasión.

CAMPBELL: Sí, es compasión. Es una apertura del corazón. Pero no está individualizado como el amor.

MOYERS: Agape es un impulso religioso.

CAMPBELL: Sí. Pero el Amor puede volverse un impulso religioso también. Los trovadores reconocieron en el Amor la experiencia espiritual más elevada.

Sabes, la experiencia de Eros es una especie de rapto. En la India, el dios del amor es un joven corpulento y vigoroso con un arco y un carcaj de flechas. Los nombres de las flechas son «Agonía Portadora de Muerte», «Abertura» y cosas así. En realidad él se limita a acercarte esta cosa y meterla en ti, de modo que produzca una explosión fisiológica y psicológica total.

Después el otro amor, Agape, es el amor al prójimo como a ti mismo. Una vez más, no importa quién sea la persona. Es tu prójimo, y le debes esa clase de amor.

Pero con el Amor propiamente dicho tenemos un ideal puramente personal. La clase de rapto que viene del encuentro de las miradas, como dicen en la tradición trovadoresca, es una experiencia de persona a persona.

MOYERS: En uno de tus libros hay un poema sobre este encuentro de los ojos: «Por los ojos el amor llega al corazón...».

CAMPBELL: Es algo completamente contrario a todo lo que ha sostenido la Iglesia. Es una experiencia personal, individual, y a mi juicio es lo esencial y más grande de Occidente, lo que establece su diferencia con todas las otras tradiciones que yo conozca.

MOYERS: El valor de amar se convirtió en el valor de afirmar la experiencia propia contra la tradición, la tradición de la Iglesia. ¿Por qué eso fue tan importante en la evolución de Occidente?

CAMPBELL: Fue importante por cuanto dio a Occidente este énfasis sobre lo individual, sobre el hecho de que uno debería tener fe en su experiencia y no simplemente en el discurso proveniente de los demás. Afirma la validez de la experiencia individual de la humanidad, de la vida, de los valores, contra el sistema monolítico. El sistema monolítico es un sistema maquinal: cada máquina funciona como cualquier otra máquina que haya salido del mismo taller.

MOYERS: ¿Qué quisiste decir al escribir que el comienzo del amor romántico en Occidente fue «libido por encima de credo»?

CAMPBELL: Bueno, el credo dice «Yo creo», y yo creo no sólo en las leyes, sino que creo que esas leyes fueron instituidas por Dios, y con Dios no se discute. Esas leyes son una pesada carga para mí, y desobedecerlas es pecado y tiene que ver con mi carácter eterno.

MOYERS: ¿Eso es el credo?

CAMPBELL: Eso es el credo. Tú crees, y entonces vas a la confesión, y pasas lista a todos tus pecados, y los cuentas como puntos en contra de ti, y en lugar de ir a ver al cura y decirle: «Bendígame, padre, porque he estado fantástico esta semana», meditas sobre los pecados, y al meditar sobre los pecados te vuelves en realidad un pecador contra tu vida. Lo que el credo es, en realidad, es una condena a la voluntad de vivir.

MOYERS: ¿Y la libido?

CAMPBELL: La libido es el impulso a la vida. Viene del corazón.

MOYERS: Y el corazón es...

CAMPBELL: ...el corazón es el órgano de apertura a algo distinto de uno. Es la cualidad humana, en oposición a las cualidades animales, que están relacionadas más bien con el interés propio.

MOYERS: ¿Para ti entonces el amor romántico sería algo opuesto a la lascivia o a la pasión, como un sentimiento religioso general?

CAMPBELL: Sí. Sabes, el matrimonio en las culturas tradicionales lo arreglaban las familias. No era en

absoluto una decisión personal. En la India, hasta el día de hoy, hay anuncios en los periódicos buscando esposas en una especie de bolsa pública. Recuerdo que en una familia que conocí allí, una hija iba a casarse, y les preguntaba a sus hermanos: «¿Es alto? ¿Es moreno? ¿Cómo es?».

En la Edad Media, era la clase de matrimonio santificado por la Iglesia. Por eso la idea del trovador de un Amor realmente personal fue muy peligrosa.

MOYERS: ¿Porque era herético?

CAMPBELL: No sólo herético, también adúltero, al menos en lo que podría llamarse un adulterio espiritual. Como todos los matrimonios eran arreglados por la sociedad, el amor que venía del encuentro de los ojos era de un valor espiritual más alto.

Por ejemplo, en la novela de Tristán, Isolda está comprometida a casarse con el rey Marc. Nunca se han visto. Tristán es enviado a buscar a Isolda para Marc. La madre de Isolda prepara una poción de amor, de modo que los dos que han de casarse tengan verdadero amor entre sí. Y esta poción está bajo la custodia del aya que irá con Isolda. La poción de amor queda sin custodia, y Tristán e Isolda piensan que es vino y lo beben. El amor se apodera de ellos. Pero ya estaban enamorados, sólo que no lo sabían. La poción se limitó a sacar a la luz el amor. Uno recuerda este tipo de experiencias de su propia juventud.

El problema desde el punto de vista del trovador es que el rey Marc e Isolda, que han de casarse, no están realmente en condiciones de amarse. Nunca se han visto. El verdadero matrimonio es el que surge del reconocimiento de la identidad en el otro, y la unión física es simplemente el sacramento en el que eso se confirma. No empieza por el otro lado, con el interés físico que después se espiritualiza. Empieza con el impacto espiritual del amor.

MOYERS: Cristo habló del «adúltero de corazón», la violación de la unión que tiene lugar espiritualmente, en la mente y el corazón.

CAMPBELL: Todos los matrimonios eran una violación de esa especie en tanto eran arreglados por la sociedad y no por el corazón. Ése es el sentido del amor cortés en la Edad Media. Está en contradicción directa con la enseñanza de la Iglesia. La palabra AMOR leída al revés es ROMA, la Iglesia Católica Romana, que justificaba matrimonios que eran de carácter puramente social o político. Por eso nació este movimiento validando la elección individual, lo que yo llamo seguir el camino de tu felicidad.

Pero también hay peligros, por supuesto. En la historia de Tristán, cuando la joven pareja ha bebido su poción de amor y el aya de Isolda comprende lo que ha pasado, va a ver a Tristán y le dice: «Has bebido tu muerte». Y Tristán le responde: «Cuando hablas de mi muerte, ¿te refieres a este dolor de amor?», porque ese era uno de los puntos principales: debía sentirse la enfermedad de amor. En este mundo no hay satisfacción posible de esa identidad que uno está experimentando. Tristán dice: «Si te refieres a esta agonía de amor, no es mi muerte: es mi vida. Si al hablar de mi muerte te refieres al castigo que sufriremos si nos descubren, lo acepto. Y si te refieres al castigo eterno en los fuegos del infierno, lo acepto también». Bueno, eso es lo que yo llamo valor.

MOYERS: Especialmente en el catolicismo medieval, que creía en un infierno literal. Pero ¿qué significa lo que está diciendo Tristán?

CAMPBELL: Dice que su amor es más grande incluso que la muerte y el dolor, más grande que todo. Es una gran afirmación del dolor de la vida.

MOYERS: Y él elige este dolor del amor ahora, aun cuando signifique eterno dolor y condena en el infierno.

CAMPBELL: Cualquier rumbo que elijas en la vida siguiendo los dictados de tu propio corazón, debería emprenderse con esa misma convicción: que nadie podrá obligarte con amenazas a salirte de tu camino. No importa lo que pase, ésta es la validación de mi vida y de mis actos.

MOYERS: ¿Y al elegir el amor también?

CAMPBELL: Al elegir el amor también.

MOYERS: Una vez escribiste que lo que importa del infierno, lo mismo que del paraíso, es que cuando estás ahí, estás en tu lugar justo, que es en última instancia donde quieres estar.

CAMPBELL: Fue idea de Bernard Shaw, y en realidad de Dante también. El castigo del infierno es que tienes para toda la eternidad lo que pensaste que querías en la tierra.

MOYERS: Tristán quería su amor, quería su felicidad, y estaba dispuesto a sufrir por ello.

CAMPBELL: Sí. Pero después William Blake dijo en su maravillosa serie de aforismos *El matrimonio del cielo y el infierno:* «Mientras caminaba por entre los fuegos del infierno... que a los ángeles les parecen tormento», es decir, que para los que están allí, que no son ángeles, no es el fuego del dolor, es el fuego del placer.

MOYERS: Recuerdo que Dante, en el *Inferno,* cuando contempla a los grandes amantes de la historia condenados al fuego eterno, ve a Helena, ve a Cleopatra y ve a Tristán. ¿Qué significa eso?

CAMPBELL: Dante sigue al pie de la letra las enseñanzas de la Iglesia, que dicen que eso es el infierno, y que allí están sufriendo. Recuerda que ve a los dos jóvenes amantes de la Italia de su tiempo, Paolo y Francesca. Francesca mantenía un romance con Paolo, el hermano de su marido. Y Dante, como un sociólogo, dice: «Querida, ¿cómo ha sucedido? ¿Qué lo ha producido?». Y ahí tenemos el verso más famoso de Dante. Francesca dice que Paolo y ella estaban sentados bajo un árbol en el jardín leyendo la historia de Lanzarote y Ginebra. «Y cuando leímos el pasaje de su primer beso, nos miramos, y ese día ya no leímos más.» Y ese fue el comienzo de su caída.

Que esta maravillosa experiencia deba ser condenada como un pecado es algo a lo que se opone el trovador. El amor le da sentido a la vida, es el momento culminante de la vida.

MOYERS: ¿Es lo que quiere decir Wagner en su gran ópera sobre Tristán e Isolda cuando dice: «En este mundo dejadme tener mi mundo, y condenarme o salvarme con él».

CAMPBELL: Sí, es exactamente lo que dice Tristán.

MOYERS: Y quiere decir: quiero mi amor, quiero mi vida.

CAMPBELL: Ésta es mi vida, sí. Y estoy dispuesto a aceptar cualquier dolor por ella.

MOYERS: Para lo cual necesitó valor, ¿no?

CAMPBELL: Vaya si se necesita. Hasta para pensarlo nada más.

MOYERS: Veo que lo pones en presente.

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: ¿Sigue necesitándose tanto valor, aun hoy?

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: Has dicho que la importancia de todos estos pioneros del amor es que decidieron ser autores y medios de su propia autorealización, que la consumación del amor es la tarea más noble de la naturaleza, y que tomaban su sabiduría de la experiencia y no del dogma, la política o cualquier otro concepto corriente del bien social. ¿Éste es el comienzo de la idea romántica del individuo occidental que toma su destino en sus propias manos?

CAMPBELL: Sin duda alguna. Puedes ver ejemplos de historias orientales de este tipo de iniciativa, pero nunca llega a ser un sistema social. Ahora se ha vuelto el ideal de amor del mundo occidental.

MOYERS: ¿El amor a partir de la experiencia propia, tomando la propia experiencia como fuente de sabiduría?

CAMPBELL: Sí, eso es el individuo. Lo mejor de la tradición occidental ha incluido el reconocimiento y respeto del individuo como entidad viviente. La función de la sociedad es cultivar al individuo. No es función del individuo sostener a la sociedad.

MOYERS: Pero ¿qué sucede con las instituciones (las universidades, las corporaciones, las iglesias, las instituciones políticas de nuestra sociedad) si todos salimos

corriendo cada cual en una dirección, siguiendo nuestro amor? ¿No hay un conflicto ahí? ¿El individuo contra la sociedad? Es preciso que haya un punto más allá del cual la intuición individual, la libido individual, el deseo individual, el amor individual, el impulso individual a hacer lo que uno quiere deben ser restringidos... de otro modo, habría tumulto y anarquía, y ninguna institución podría sobrevivir. ¿Realmente estás diciendo que deberíamos seguir nuestro corazón, seguir nuestro amor, dondequiera que nos lleve?

CAMPBELL: Bueno, tienes que usar la cabeza. Se dice, ya sabes, que un sendero estrecho es un sendero muy peligroso... el filo de la navaja.

MOYERS: ¿La cabeza y el corazón no deben estar en guerra entre sí?

CAMPBELL: No, no deberían. Deberían estar en cooperación. La cabeza debería estar presente, y el corazón debería escucharla de vez en cuando.

MOYERS: ¿Hay momentos en que el corazón toma el mando?

CAMPBELL: Debería estar al mando casi siempre. Aquí podrían mencionarse las cinco virtudes principales del caballero medieval. Una es la templaza, otra el valor, otra el amor, otra la lealtad y otra la cortesía. La cortesía es el respeto por el decoro de la sociedad en la que vives.

MOYERS: Entonces el amor no sale a cabalgar solo, sino que lo acompañan...

CAMPBELL: El amor es una función entre otras. Un modo de volverse loco es permitir que una función domine todo el sistema y no sirva al orden. Y la idea medieval, a pesar del hecho de que esta gente estaba protestando contra las autoridades eclesiásticas, se basaba en el respeto por la sociedad de la que participaban. Todo se hacía de acuerdo con unas reglas. Cuando dos caballeros combatían, no violaban la reglas de combate aunque el combate fuera a muerte. Esta cortesía siempre debe ser tenida en cuenta.

MOYERS: ¿Había reglas legales? ¿Reglas para el amor? ¿Había restricciones al adulterio, por ejemplo?

Si tus ojos se encontraban con los de alguien que no era tu cónyuge legal, ¿cuál debía ser tu respuesta en la época medieval?

CAMPBELL: Bueno, eso fue el comienzo de la relación según el amor cortés. Había reglas de juego, y se jugaba de acuerdo con las reglas. Tenían su propio sistema de reglas. No eran las de la Iglesia, pero eran reglas para jugar el juego armoniosamente y con los resultados que se pretendían. Cualquier cosa que hagas implica un sistema de reglas que especifican cómo ha de hacerse algo y hacerlo bien. Se ha dicho que el arte es el modo de hacer las cosas bien. Y la conducta en un caso de amor... bueno, podías ser un torpe, pero cuánto mejor si tenías conocimiento de ciertas reglas que permitían que su expresión se hiciera más elocuente y gratificante.

MOYERS: Así que la época de la caballería se desarrollaba a medida que surgía la época del amor romántico.

CAMPBELL: Yo diría que fueron lo mismo. Fue un periodo muy extraño porque fue terriblemente brutal. No había ley central. Cada cual iba a su aire, y, por supuesto, había grandes violaciones de todo. Pero dentro de esta brutalidad, hubo una fuerza civilizadora, que representaron las mujeres porque eran ellas quienes establecían las reglas para este juego. Y los hombres debían jugarlo de acuerdo con los requisitos planteados por las mujeres.

MOYERS: ¿Cómo fue que las mujeres lograron esta influencia dominante?

CAMPBELL: Es que si tú quieres hacer el amor con una mujer, ella te tiene a su merced. El término técnico utilizado por una mujer para expresar su entrega era *merci*. La mujer otorga su *merci*. Ahora bien, esto podría consistir en su permiso para besarla en la nuca una vez al año, o algo así... o bien podía ser una entrega completa. Eso dependía de su estimación del carácter del pretendiente.

MOYERS: ¿Había reglas para determinar esa valía?

CAMPBELL: Sí. Había un requisito esencial: tener un corazón amable, es decir, un corazón capaz de amar, no

simplemente de sentir lujuria. La mujer estudiaba al candidato para ver si su corazón era tierno, si tenía capacidad de amar.

Tenemos que recordar también que todas estas mujeres pertenecían a la nobleza, y la nobleza en aquel entonces era gente bastante retirada y competente, tanto en su brutalidad como en su ternura. Hoy, no sé qué habría que hacer para probar el temperamento y ver si alguien tiene un corazón amable, o si tenerlo será un ideal para alguien.

MOYERS: ¿Qué te sugiere la idea de un corazón amable?

CAMPBELL: Un corazón capaz de... bueno, la palabra clave para mí es compasión.

MOYERS: ¿Y compasión significa...?

CAMPBELL: Sufrir con. La palabra alemana lo expresa con la misma o mayor claridad: *mitleid,* «con» *(mit)* «dolor o sufrimiento» *(leid).* La idea esencial era probar a este hombre para asegurarse de que sufriría las cosas por amor, y que no se trataba de mero deseo carnal.

MOYERS: Joe, eso quizá naciera en tiempo de los trovadores, pero seguía vivo a comienzos de los años cincuenta en el este de Texas.

CAMPBELL: Eso dice mucho de la fuerza de esa actitud. Se originó en la Provenza del siglo XII y lo tienes vivo en el Texas del siglo XX.

MOYERS: Últimamente ha sufrido graves sacudidas, tengo que decírtelo. Quiero decir que no estoy seguro de que la prueba funcione tan bien como antes. Yo agradezco haber pasado la prueba... creo. No estoy seguro...

CAMPBELL: Las pruebas que había que pasar en aquel entonces incluían, por ejemplo, enviar a un tipo a guardar un puente. El tránsito en la Edad Media se vio bastante perturbado por esos jovencitos que vigilaban puentes. Pero las pruebas también incluían ir a las batallas. Una mujer tan dura como para pedirle a su amante que arriesgara su vida antes de consentir en nada era considerada *sauvage* o «salvaje». Pero también la mujer que se entregaba sin prueba previa era

«salvaje». Tenía lugar un sutilísimo juego de estimaciones psicológicas.

MOYERS: La intención de los trovadores no era disolver los matrimonios ni la sociedad, ni tenían por objetivo el contacto carnal, la lujuria, ni mucho menos la extinción del alma de Dios. Tú escribes: «Antes bien, celebraban la vida directamente en la experiencia del amor como una fuerza refinadora y sublimatoria, abriendo el corazón a la melancólica melodía agridulce de estar enamorado, a la angustia y la alegría». No se proponían destruir nada, ¿no?

CAMPBELL: No, el tema del poder no les interesaba. Su motivo era la experiencia personal y la sublimación. Es algo muy diferente. No hubo ataque directo a la Iglesia. La idea era sublimar la vida en un plano espiritual de experiencias.

MOYERS: El ser amado está frente a mí. El amor es el camino que va directo hacia él, los ojos...

CAMPBELL: ...el encuentro de los ojos, ésa es la idea. «Por los ojos el amor llega al corazón / pues los ojos son la avanzada del corazón.»

MOYERS: ¿Qué descubrimiento psicológico hicieron los trovadores? Hemos oído hablar de la psique (Eros amaba a Psique), y se nos ha dicho más de una vez que debemos comprender nuestra psique. ¿Qué descubrieron los trovadores sobre la psique humana?

CAMPBELL: Lo que descubrieron fue un determinado aspecto individual de la psique del que no se puede hablar en términos puramente generales. La experiencia individual, el compromiso individual con la experiencia, el individuo que cree en su experiencia y la vive... eso es lo que importa aquí.

MOYERS: Entonces, ¿el amor no es el amor en general, es el amor por *esa* mujer?

CAMPBELL: Por esa mujer en especial. Así es.

MOYERS: ¿Por qué crees que nos enamoramos de una persona y no de otra?

CAMPBELL: Bueno, no sabría decirlo. Es algo muy misterioso, esa descarga eléctrica que se produce, y

después la agonía que puede sobrevenir. Los trovadores exaltan la agonía del amor, la enfermedad que los médicos no pueden curar, las heridas que pueden curarse sólo con el arma que las produjo.

MOYERS: ¿Y eso significa...?

CAMPBELL: La herida es la herida de mi pasión y la agonía de mi amor por esta criatura. El único que puede curarme es el que asestó el golpe. Es un motivo que aparece en forma simbólica en muchas historias medievales de la lanza que produce la herida. Sólo cuando esa lanza vuelve a tocar otra vez la herida, ésta puede cerrarse.

MOYERS: ¿No había algo de esto en la leyenda del Santo Grial?

CAMPBELL: En la versión monástica de la historia, el Grial se asocia con la pasión de Cristo. El Grial es el cáliz de la Última Cena y el cáliz que recibió la sangre de Cristo cuando fue descendido de la cruz.

MOYERS: ¿Qué representa el Grial entonces?

CAMPBELL: Hay una teoría muy interesante sobre el origen del Grial. Un escritor medieval dice que el Grial fue traído del cielo por ángeles neutrales. Durante la guerra en el cielo entre Dios y Satán, entre el bien y el mal, algunos ángeles tomaron el partido de Satán, y algunos el de Dios. El Grial fue sacado de la contienda por ángeles neutrales. Representa ese camino espiritual que está entre los pares de opuestos, entre el temor y el deseo, entre el bien y el mal.

El tema del ciclo novelesco del Grial es que la tierra, el país, todo el territorio del que se habla ha quedado baldío. Es la tierra baldía. ¿Y qué significa esta tierra baldía? Es la tierra donde todos viven una vida sin autenticidad, hacen lo que hacen los demás, hacen lo que les dicen que hagan, sin valor para asumir su verdadera vida. Esto es la tierra baldía. Y es lo que quiso decir T. S. Eliot en su poema *The Waste Land*.

En una tierra baldía la superficie no representa la realidad de lo que se supone que está representando, y la gente está viviendo vidas falsas. «Nunca en toda mi

vida he hecho una sola cosa porque quisiera hacerla.» ¿Recuerdas?

MOYERS: ¿Y entonces el Grial...?

CAMPBELL: El Grial entonces se transforma en... ¿cómo podríamos llamarlo?... aquello que se alcanza y consuma cuando la gente ha vivido su propia vida. El Grial representa la realización de las más altas potencialidades espirituales de la conciencia humana.

El rey del Grial, por ejemplo, era un joven encantador, pero no se había *ganado* la posición de rey del Grial. Salió de su castillo con el emblema guerrero «¡Amor!». Bueno, eso es propio de la juventud, pero no corresponde al guardián del Grial. Y cuando está en camino, un musulmán, un caballero pagano, aparece en el bosque. Ambos levantan las lanzas apuntándose. Y arremeten uno contra el otro. La lanza del rey del Grial mata al pagano, pero la lanza del pagano castra al rey.

Lo que esto significa es que la separación cristiana de la materia y el espíritu, del dinamismo de la vida y el campo del espíritu, de la gracia natural y la gracia sobrenatural, realmente ha castrado la naturaleza. Y la mente europea, la vida europea, ha quedado, podría decirse, mutilada por esta separación. La auténtica espiritualidad, que habría venido de la unión entre materia y espíritu, ha muerto. ¿Y qué representaba el pagano? Era la persona de los suburbios del Edén. Era considerado como un hombre natural, y en la punta de su lanza estaba escrita la palabra «Grial». Es decir, que la naturaleza busca el Grial. La vida espiritual es el ramillete, el perfume, la floración y consumación de una vida humana, no una virtud sobrenatural impuesta sobre ella.

Así es como los impulsos de la naturaleza son los que le dan autenticidad a la vida, no las reglas que provienen de una autoridad sobrenatural... Ése es el sentido del Grial.

MOYERS: ¿Es esto lo que quería decir Thomas Mann cuando habló de la humanidad como de la obra más noble, porque une la naturaleza con el espíritu?

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: Naturaleza y espíritu anhelan encontrarse en esta experiencia. Y el Grial que se buscaba en estas leyendas románticas es la reunión de lo que había sido dividido, la paz que sobreviene después de esta unión.

CAMPBELL: El Grial se vuelve símbolo de una vida auténtica que es vivida según su propia volición, según su propio sistema de impulsos, que se mueve entre los pares de opuestos de bien y mal, luz y sombra. Un autor de la leyenda del Grial comienza su larga narración con un breve poema que dice: «Todo acto tiene resultados buenos y malos». Todo acto en la vida tiene pares de opuestos en sus resultados. Lo mejor que podemos hacer es inclinarnos hacia la luz, hacia las relaciones armoniosas que vienen de la compasión por el que sufre, de la comprensión del otro. De esto trata el Grial. Y es lo que surge de la historia.

En la leyenda del Grial el joven Parsifal ha sido criado en el campo por una madre que rechazaba las cortes y quiso que su hijo no supiera nada sobre las reglas cortesanas. Parsifal vive su vida según la dinámica de su propio sistema de impulsos hasta que llega a la madurez. Entonces el padre de una hermosa joven se la ofrece en matrimonio, después de enseñarle las reglas de la caballería. Y Parsifal dice: «No, debo ganarme a mi esposa, no recibirla gratuitamente». Y eso es el comienzo de Europa.

MOYERS: ¿EL comienzo de Europa?

CAMPBELL: Sí... la Europa individual, la Europa del Grial.

Cuando Parsifal llega al castillo del Grial, se encuentra con el rey del Grial, a quien traen en una litera, herido, manteniéndose con vida sólo por la presencia del Grial. La compasión de Parsifal lo impulsa a preguntar: «¿Qué te sucede, tío?». Pero no hace la pregunta porque su instructor le ha enseñado que un caballero no hace preguntas innecesarias. Así pues, obedece la regla y la aventura queda frustrada.

Y después necesita cinco años de pruebas, peligros y toda clase de cosas para volver a ese castillo y hacer la pregunta que cura al rey y cura a la sociedad. La pregunta es una expresión, no de las reglas de la sociedad, sino de la compasión, de la apertura natural del corazón humano a otro corazón humano. Eso es el Grial.

MOYERS: Y es una especie de amor que...

CAMPBELL: Bueno, es compasión espontánea, un sufrir con.

MOYERS: ¿Cómo lo expresó Jung... que el alma no puede existir en paz hasta que encuentre a su otro, y el otro es siempre un tú? Es lo que los románticos...

CAMPBELL: Sí, exactamente, romance. Eso es romance. De eso trata el mito.

MOYERS: Pero ¿no un romance de tipo sentimental?

CAMPBELL: No, el sentimiento es el eco de la violencia. En realidad no es una expresión vital.

MOYERS: ¿Qué crees que nos dice todo esto sobre el amor romántico? ¿Sobre nuestras personas individuales?

CAMPBELL: Nos dice que estamos en dos mundos. Estamos en nuestro propio mundo y estamos en un mundo que se nos ha dado fuera de nosotros, y el problema es lograr una relación armoniosa entre los dos. Yo llego a esta sociedad, así que tengo que ponerme de acuerdo con ella. Es ridículo no mantener buenas relaciones con esta sociedad porque, si no lo hago, no puedo vivir. Pero no debo permitir que esta sociedad me dicte el modo en que debo vivir. Uno debe construir su propio sistema, que puede incumplir las expectativas de la sociedad, y a veces la sociedad no lo acepta. Pero la tarea de la vida es vivir dentro del terreno que te proporciona la sociedad y que realmente te está sustentando.

Llega un punto... por ejemplo una guerra, donde los hombres jóvenes tienen que alistarse en el ejército. Esto es de una importancia enorme. ¿Hasta qué punto consentirás en lo que la sociedad te está pidiendo, es decir, matar a otra gente a la que no conoces? ¿En nombre de qué? ¿En nombre de quién? Y así, toda una serie de cosas.

MOYERS: Es a lo que me refería hace un minuto cuando he dicho que la sociedad no podía existir si cada corazón partiera en su dirección, cada ojo en la suya.

CAMPBELL: Sí, sin duda es así. Pero hay algunas sociedades que no deberían existir, sabes.

MOYERS: Tarde o temprano...

CAMPBELL: ...se derrumban.

MOYERS: Los trovadores derrumbaron aquel viejo mundo.

CAMPBELL: No creo que fueran ellos, en realidad, quienes lo derrumbaron.

MOYERS: Fue el amor.

CAMPBELL: Fue... bueno, en gran medida fue lo mismo. En cierto modo Lutero fue un trovador de Cristo. Tenía sus propias ideas sobre lo que significaba ser sacerdote. Y eso aplastó a la Iglesia medieval. Nunca se recuperó.

Sabes, es muy interesante pensar en la historia del cristianismo. Durante los cinco primeros siglos de nuestra era, hubo muchos cristianismos, diversos modos de ser cristiano. Y después, en el periodo de Teodosio en el siglo IV, la única religión permitida en el Imperio Romano fue la religión cristiana, y la única forma de cristianismo permitido en el Imperio Romano fue el cristianismo de raíz bizantina. El vandalismo empleado en la destrucción de los templos paganos de la antigüedad apenas si tiene parangón en la historia.

MOYERS: ¿Los destruyó la Iglesia organizada?

CAMPBELL: La Iglesia organizada. ¿Y por qué los cristianos no podían convivir con otra religión? ¿Qué les pasaba?

MOYERS: ¿Qué piensas tú?

CAMPBELL: Es el poder, el poder. Creo que el impulso de poder es el impulso fundamental en la historia europea. Y se introdujo en nuestras tradiciones religiosas.

Una de las cosas más interesantes sobre las leyendas del Grial es que tienen lugar unos quinientos años después de la imposición del cristianismo sobre Europa. Representan una reunión de dos tradiciones.

A fines del siglo XII, el abad Joachim de Floris escribió sobre las tres edades del espíritu. Tras la Caída en el Jardín, dijo, Dios tuvo que compensar el desastre y reintroducir el principio espiritual en la historia. Eligió una raza para que fuera el vehículo de esta comunicación, y ésa es la edad del Padre y de Israel. Y después esta raza, preparada como raza sacerdotal, preparada para convertirse en receptáculo de la Encarnación, produce el Hijo. De modo que la segunda edad es la del Hijo y la Iglesia, cuando, no una sola raza, sino la humanidad entera ha de recibir el mensaje de la voluntad espiritual de Dios.

La tercera edad, que este filósofo que escribió alrededor del año 1260 dijo que estaba por empezar, es la edad del Espíritu Santo, que habla directamente al individuo. Cualquiera que encarne o traiga a la vida el mensaje de la Palabra es equivalente a Jesús; ése es el sentido de esta tercera edad. Así como Israel se había quedado arcaico ante la institución de la Iglesia, así la Iglesia se quedaría arcaica ante la experiencia individual.

Esto dio origen a todo un movimiento de ermitaños que iban a los bosques a recibir la experiencia. El santo a quien se consideraba el primer representante de este movimiento fue san Francisco de Asís, que representó el equivalente de Cristo, siendo él mismo una manifestación en el mundo físico del Espíritu Santo.

Pues bien, esto es lo que hay detrás de la búsqueda del Grial. Galahad, en su búsqueda, era un equivalente de Cristo. Fue introducido en la corte de Arturo, con una armadura de color rojo fuego, en la Fiesta de Pentecostés, que es la fiesta del descenso del Espíritu Santo entre los apóstoles en forma de fuego. Cualquiera de nosotros podemos ser Galahad, ya sabes. Es una posición gnóstica con respecto al mensaje del cristianismo. Los documentos gnósticos, enterrados en el desierto durante la época de Teodosio, expresan esta idea.

En el Evangelio gnóstico según santo Tomás, por ejemplo, Jesús dice: «Quien beba de mi boca será como

yo soy, y yo seré él». Ésa es la idea subyacente en las historias del Grial.

MOYERS: Has dicho que lo que sucedió en los siglos XII y XIII fue una de las mutaciones más importantes del sentimiento y la conciencia espiritual del ser humano, que apareció en escena un modo nuevo de experimentar el amor.

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: Y que se oponía al despotismo que la Iglesia ejercía sobre el corazón al exigir que la gente, particularmente las jóvenes, se casaran con quienes les mandaran los sacerdotes o sus padres. ¿Qué significaba esto para la pasión del corazón?

CAMPBELL: Bueno, antes quisiera decir una palabra en favor de la otra posición... Hay que reconocer que en la vida doméstica crece una relación de amor entre marido y mujer aun cuando se hayan casado por un acuerdo ajeno a sus voluntades. En otras palabras, en los matrimonios arreglados hay mucho amor también. Hay amor familiar, un amor muy rico en su nivel. Pero lo que no tienes es lo otro, el rapto que sobreviene al reconocer al complemento de tu alma en la otra persona. Y eso fue lo que preconizaron los trovadores, y es lo que hoy día se ha convertido en el ideal de nuestras vidas.

Pero el matrimonio es el matrimonio, ya sabes. El matrimonio no es un amorío. Un amorío es una cosa totalmente diferente. Un matrimonio es un compromiso con lo que tú eres. Esa persona es literalmente tu otra mitad. Y tú y el otro sois uno. Un amorío no es eso. Es una relación por placer, y cuando empieza a no dar tanto placer, se termina. Pero un matrimonio constituye un compromiso de por vida, y un compromiso de por vida significa un interés central en tu vida. Si el matrimonio no es el interés central para ti, es que no estás casado.

MOYERS: ¿Puede durar el romance en el matrimonio?

CAMPBELL: En algunos matrimonios, sí. En otros no. Pero el problema, y he aquí la palabra clave en esta tradición trovadoresca, es la «lealtad».

MOYERS: ¿Qué quieres decir con lealtad?

CAMPBELL: No hacer trampas, no abandonar... Continuar siendo fiel, sean cuales sean las pruebas que haya que pasar.

MOYERS: Los puritanos llamaron al matrimonio «la pequeña iglesia dentro de la Iglesia». En el matrimonio, todos los días se ama, y todos los días se perdona. Es un sacramento continuo, amor y perdón.

CAMPBELL: Bueno, la mejor descripción, pienso, es «ordalía» en su sentido estricto. Esto es, la sumisión del individuo a algo superior a él. La vida real de un matrimonio o de un amorío auténtico está en la relación, que es donde tú estás también. ¿Entiendes lo que quiero decir?

MOYERS: No, no del todo.

CAMPBELL: Es como el símbolo del yin y el yang. Aquí estoy yo, y aquí está ella, y aquí estamos nosotros. Cuando yo tengo que hacer un sacrificio, no lo hago por ella, sino por la relación. Sentir resentimiento contra el otro es equivocarnos de dirección. La vida está en la relación, ahí es donde está ahora tu vida. Eso es el matrimonio; mientras que en un amorío tú tienes dos vidas en una relación más o menos buena que dura un cierto lapso de tiempo, tanto como resulte agradable.

MOYERS: En el sagrado matrimonio, lo que Dios ha unido es uno y no puede ser separado por el hombre.

CAMPBELL: Era uno desde el comienzo, y el matrimonio restablece simbólicamente esta unidad.

MOYERS: ¿Era uno desde el comienzo?

CAMPBELL: El matrimonio es el reconocimiento simbólico de nuestra identidad; dos aspectos del mismo ser.

MOYERS: ¿Conoces esa curiosa leyenda del profeta ciego, Tiresias?

CAMPBELL: Sí, es una gran historia. Tiresias caminaba por el bosque un día y vio dos serpientes copulando. Puso su bastón entre ellas y se transformó en mujer, y vivió como mujer durante años. Hasta que otra

vez, Tiresias mujer, hallándose caminando por el bosque, vio dos serpientes copulando, puso su bastón entre ellas y se transformó nuevamente en hombre.

Bueno, un buen día en la colina del Capitolio, donde vivía Zeus...

MOYERS: ¿El monte Olimpo?

CAMPBELL: Sí, el monte Olimpo... Zeus y su mujer estaban discutiendo sobre quién disfrutaba más del coito, si el hombre o la mujer. Y por supuesto nadie podía decidirlo porque sólo conocían un lado de la cuestión. Hasta que alguien dijo: «Preguntémosle a Tiresias».

Así que van a ver a Tiresias y le hacen la pregunta, y él dice: «Bueno, la mujer, nueve veces más que el hombre». Pues bien, por algún motivo que no entiendo bien, Hera, la esposa de Zeus, tomó a mal esta declaración y lo castigó con la ceguera. Y Zeus, que sentía cierta responsabilidad, le dio a Tiresias el don de la profecía dentro de su ceguera. He ahí algo que vale la pena destacar: cuando tus ojos se cierran a los fenómenos que te distraen, estás en el terreno de tus intuiciones, y puedes entrar en contacto con la morfología, con la forma básica de las cosas.

MOYERS: Entonces, lo que la historia quiere decir... es que Tiresias, por haber sido transformado en hombre y en mujer por las serpientes, tenía conocimiento de la experiencia masculina y femenina y sabía más que el dios o la diosa, cada uno por separado.

CAMPBELL: Así es. Más aún, representaba simbólicamente el hecho de la unidad de los dos. Y cuando Ulises fue enviado al submundo por Circe, su auténtica iniciación se produjo cuando encontró a Tiresias y comprendió la unidad entre macho y hembra.

MOYERS: Muchas veces he pensado que si pudiéramos ponernos en contacto con nuestro lado femenino, o en el caso de una mujer, con su lado masculino, sabríamos lo que saben los dioses y quizás más que ellos.

CAMPBELL: Ésa es la información que obtenemos al casarnos. Es así como nos ponemos en contacto con nuestro lado femenino.

MOYERS: Pero ¿qué sucede con este autodescubrimiento en el amor cuando conocemos a alguien, y de pronto pensamos: «Conozco a esta persona» o «Quiero conocer a esta persona»?

CAMPBELL: Es muy misterioso. Es casi como si la vida futura que tendrás con esa persona ya se hubiera comunicado contigo. Y ésta es la persona con la que compartirás esa vida.

MOYERS: ¿Es algo procedente de nuestro inventario de recuerdos que no comprendemos y no reconocemos? Tender una mano y tocar a esa persona que...

CAMPBELL: Es casi como si estuvieras reaccionando ante el futuro. La voz te llega desde lo que será. Esto está relacionado con el misterio del tiempo y la trascendencia del tiempo. Pero pienso que aquí estamos tocando un misterio muy profundo.

MOYERS: ¿Tú en tu propia vida lo dejas en ese estado de misterio? ¿O piensas que uno puede tener un matrimonio y una relación distinta del matrimonio?

CAMPBELL: Técnicamente, podría decirse que sí, por supuesto.

MOYERS: Pero parece como si todo lo que uno diera en el amorío quedara excluido de la relación matrimonial y disminuyera la lealtad en esta relación.

CAMPBELL: Son cosas que cada cual debe resolver por sí mismos. Puede producirse un enamoramiento fulminante tras haber aceptado el compromiso del matrimonio, y puede ser algo que, si no recibe su respuesta, entorpezca la experiencia de la vitalidad del amor.

MOYERS: Creo que ahí está el nudo de la cuestión. Si los ojos son la avanzadilla del corazón y capturan lo que el corazón apasionadamente desea, ¿el corazón deseará sólo una vez?

CAMPBELL: El amor no inmuniza a la persona respecto de otras relaciones, eso puedo decírtelo. Pero si me preguntas si uno puede tener una relación amorosa seria, y quiero decir verdaderamente seria, y al mismo tiempo ser leal al matrimonio... bueno, no creo que eso pueda suceder ahora.

MOYERS: ¿Por qué?

CAMPBELL: Son incompatibles. Pero la lealtad no te prohíbe tener una relación afectuosa, incluso de amor, con otra persona del sexo opuesto. El modo en que las novelas de caballerías describen la relación que mantiene con otras mujeres el caballero que sigue leal a su propio amor, es muy tierno y sensible.

MOYERS: Los trovadores le cantaban a sus damas aun cuando hubiera muy poca esperanza de llegar a entablar una relación con ellas.

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: Dime, ¿la mitología dice algo sobre si es mejor haber amado y perdido?

CAMPBELL: La mitología, en términos generales, no se ocupa del problema del amor personal, individual. Uno se casa con quien puede casarse, ya sabes. Si perteneces al clan, entonces te casas con éste y no con aquél, ya sabes.

MOYERS: ¿Qué tiene que ver entonces el amor con la moralidad?

CAMPBELL: La transgrede.

MOYERS: ¿La transgrede?

CAMPBELL: Sí. En la medida en que el amor se expresa a sí mismo, no se expresa según los modos de vida aprobados. Es por eso que resulta tan secreto. El amor no tiene nada que ver con el orden social. Es una experiencia espiritual más elevada que la del matrimonio socialmente organizado.

MOYERS: Cuando decimos que Dios es amor, ¿eso tiene algo que ver con el amor romántico? ¿La mitología ha relacionado el amor romántico con Dios?

CAMPBELL: Eso es lo que ha hecho, precisamente. El amor era una revelación divina, y eso es lo que lo hacía superior al matrimonio. Ésa era la idea de los trovadores. Si Dios es amor, bueno, entonces el amor es Dios. Meister Eckhart dijo: «El amor no conoce dolor». Y eso es exactamente lo que quiso decir Tristán con su: «Estoy dispuesto a aceptar las penas del infierno por mi amor».

MOYERS: Pero estás diciendo que el amor implica sufrimiento.

CAMPBELL: Ésa es la otra idea. Tristán estaba experimentando el amor; Meister Eckhart hablaba sobre él. El dolor del amor no es la otra clase de dolor, es el dolor de la vida. Donde está tu dolor, allí está tu vida, podríamos decir.

MOYERS: También tenemos ese pasaje en la Epístola a los Corintios donde san Pablo dice: «El amor lo sufre todo, lo soporta todo».

CAMPBELL: Es lo mismo.

MOYERS: Pero uno de mis mitos preferidos es la historia persa según la cual Satán fue condenado al infierno por amar tanto a Dios.

CAMPBELL: Sí, ésa es la idea musulmana básica de Satán como el mayor amante de Dios. Nos encontramos con infinidad de modos de pensar sobre Satán, pero éste se basa en la pregunta: ¿por qué Satán fue arrojado al infierno? La historia más habitual es que cuando Dios creó a los ángeles, les dijo que no reverenciaran a nadie más que a él. Después creó al hombre, a quien consideró una forma más elevada que los ángeles, y les pidió a éstos que sirvieran al hombre. Y Satán no quiso inclinarse ante el hombre.

Ahora bien, en la tradición cristiana, según recuerdo de mi instrucción juvenil, esto se interpreta como egotismo por parte de Satán. No quiso inclinarse ante el hombre. Pero en la historia persa, no podía inclinarse ante el hombre a causa de su excesivo amor a Dios: no podía reverenciar a nadie más que a Dios. Dios había cambiado sus órdenes, ¿entiendes? Pero Satán se había comprometido hasta tal punto con la primera orden que ya no podía violarla, y en su... no sé si Satán tiene corazón o no... digamos, en su mente, no aceptaba inclinarse ante nadie más que Dios, al que amaba. Y entonces Dios le dice: «Sal fuera de mi vista».

El peor de los dolores del infierno, en la medida en que el infierno ha sido descrito, es la ausencia del Amado, que es Dios. ¿Cómo soporta Satán la situación en el

infierno? Gracias al recuerdo del eco de la voz de Dios, cuando Dios le dijo: «Vete al infierno». Es un gran signo de amor.

MOYERS: Bueno, sin duda alguna es cierto que en la vida el peor infierno que uno conoce es estar separado de quien ama. Es por eso que siempre me gustó el mito persa. Satán es el amante de Dios...

CAMPBELL: ...y está separado de Dios, y ése es el gran dolor de Satán.

MOYERS: Hay otra historia persa sobre los dos primeros padres.

CAMPBELL: Sí, y también es una gran historia. En el principio eran uno, y crecieron como una especie de planta. Pero después se separaron y se convirtieron en dos, y engendraron hijos. Y amaron tanto a sus hijos que se los comieron. Dios pensó: «Bueno, esto no puede seguir así». Así que redujo el amor paterno en un 98,9%, para que los padres no se comieran a sus hijos.

MOYERS: Este mito...

CAMPBELL: He oído a gente decir: «Este niño es tan precioso que me lo comería».

MOYERS: ¿El poder del amor?

CAMPBELL: El poder del amor.

MOYERS: Tan intenso que debe ser reducido.

CAMPBELL: Sí. Una vez vi un cuadro representando una boca abierta tragándoselo todo, y en el fondo había un corazón. Ésa es la clase de amor que te devora. Es la clase de amor que las madres tienen que aprender a reducir.

MOYERS: Señor, enséñame cuándo dejar marchar.

CAMPBELL: Sí. En la India había pequeños rituales para enseñar a las madres a dejar marchar, en especial a sus hijos. El gurú, el capellán de la familia, venía y le pedía a la madre lo que ella más apreciara. Podía ser una joya muy valiosa o algo así. Y después tenían unos ejercicios en que se le enseñaba a la madre a renunciar a lo que más apreciaba. Y después, al fin, debía dejar partir a su hijo.

MOYERS: En el amor confluyen la alegría y el dolor.

CAMPBELL: Sí. El amor es el punto ardiente de la vida, y como toda vida es dolorosa, así es también el amor. Cuanto más fuerte es el amor, mayor es el dolor.

MOYERS: Pero el amor lo soporta todo.

CAMPBELL: El amor mismo es un dolor, podríamos decir... el verdadero dolor de estar vivo.

VIII

MÁSCARAS DE ETERNIDAD

Las imágenes del mito son reflejos del potencial espiritual de cada uno de nosotros. Mediante su contemplación evocamos sus poderes en nuestras propias vidas.

MOYERS: En tu experiencia de las distintas visiones del mundo, de distintas culturas, civilizaciones y religiones, ¿has encontrado algo en común en todas las culturas, algo que creara la necesidad de Dios?

CAMPBELL: Cualquiera que haya tenido una experiencia del misterio sabe que hay una dimensión del universo que no es la que nos llega a través de los sentidos. Hay un dicho a este propósito en uno de los Upanishads: «Cuando delante de la belleza de un crepúsculo o de una montaña nos detenemos y exclamamos: "Oh", estamos participando de la divinidad». Tal momento de participación implica una comprensión de la maravilla y belleza de la existencia. Los que viven en el mundo de la naturaleza experimentan momentos así todos los días. Viven en el reconocimiento de algo que es mucho más grande que la dimensión humana. Pero la tendencia del hombre es a personificar tales experiencias, a antropomorfizar las fuerzas naturales.

Nuestro modo occidental de pensar ve a Dios como la fuente o causa final de las energías y bellezas del universo. Pero en la mayor parte del pensamiento oriental, y en el pensamiento primitivo también, los dioses son más bien manifestaciones y proveedores de

una energía que en última instancia es impersonal. No son ellos la fuente. El dios es el vehículo de su energía. Y la fuerza o cualidad de la energía implicada o representada determina el carácter y la función del dios. Hay dioses de la violencia, dioses de la compasión, hay dioses que unen los dos mundos de lo visible y lo invisible, y dioses que son simplemente protectores de reyes y naciones en sus guerras. Son todos personificaciones de las energías en juego. Pero la fuente última de la energía sigue en el misterio.

MOYERS: ¿Esto no hace del destino una especie de anarquía, una guerra constante entre posibilidades?

CAMPBELL: Sí, y así es la vida misma. También en nuestras mentes: cuando se trata de tomar una decisión, habrá una guerra. Al actuar en relación con otra gente, por ejemplo, pueden darse cuatro o cinco posibilidades. La influencia de la divinidad dominante en mi mente será lo que determine mi decisión. Si mi divinidad guía es brutal, mi decisión también será brutal.

MOYERS: ¿Qué significa eso para la fe? Tú eres un hombre de fe, de reverencia, y...

CAMPBELL: No, yo no tengo fe. Tengo experiencia.

MOYERS: ¿Qué clase de experiencia?

CAMPBELL: Tengo la experiencia de la maravilla de la vida. Tengo experiencia del amor. Tengo experiencia del odio, del rencor y de las ganas de darle a ese tipo un puñetazo en la mandíbula. Desde el punto de vista de la imaginación simbólica, son fuerzas diferentes que operan en mi mente. Uno puede pensar de ellas (el amor, el odio, la admiración) que han sido inspiradas por divinidades diferentes.

Cuando yo era niño, en una familia católica, me dijeron que tenía un ángel de la guarda sobre mi hombro derecho y un demonio tentador sobre el izquiedo, y que las decisiones que tomara en la vida dependerían de quién tuviera más influencia sobre mí, si el ángel o el demonio. En aquel entonces, yo tomaba en su sentido más literal esta enseñanza, y creo que mis maestros hacían lo mismo. Pensábamos que realmente había un

ángel ahí y que el ángel era un hecho, y que el demonio también era un hecho. Pero en lugar de considerarlos como hechos, ahora puedo pensar en ellos como metáforas de los impulsos que me mueven y guían.

MOYERS: ¿De dónde proceden esas energías?

CAMPBELL: De tu propia vida, de las energías de tu propio cuerpo. Los diferentes órganos del cuerpo, incluida tu cabeza, están en conflicto unos con otros.

MOYERS: ¿Y tu vida de dónde viene?

CAMPBELL: De la energía primordial que es la vida del universo. Y después preguntarás: «Bueno, debe haber alguien generando esa energía». Pero ¿por qué tienes que preguntarlo? ¿Por qué no podría ser impersonal el último misterio?

MOYERS: ¿Pueden los hombres y mujeres vivir con una impersonalidad?

CAMPBELL: Bueno, lo hacen en muchas partes. Ve nada más al este de Suez. Sabes que en Occidente hay una tendencia a antropomorfizar y acentuar la humanidad de los dioses, las personificaciones: Yahvé, por ejemplo, como dios de ira, de justicia y castigo, o como un dios benévolo que es el sustento de tu vida, como leemos, por ejemplo, en los Salmos. Pero en Oriente, los dioses son mucho más elementales, mucho menos humanos, y mucho más cercanos a los poderes de la naturaleza.

MOYERS: Cuando alguien dice: «Imagínate a Dios», el niño de nuestra cultura dirá: «Un viejo con túnica blanca y barba».

CAMPBELL: En nuestra cultura, sí. Es nuestro modo de pensar en Dios, en forma masculina, pero muchas tradiciones piensan en el poder divino principalmente bajo forma femenina.

MOYERS: La idea es que no se puede imaginar lo que no se puede personificar. ¿Crees que es posible centrar la mente en lo que Platón llamó «ideas inmortales y divinas»?

CAMPBELL: Por supuesto. Eso es la meditación. Meditar significa pensar constantemente en cierto tema.

Puede ser en cualquier nivel. Yo no hago una gran división en mi pensamiento entre lo físico y lo espiritual. Por ejemplo, meditar sobre dinero es una meditación perfectamente buena. Y mantener a una familia es una meditación muy importante. Pero existe una meditación solitaria, por ejemplo, cuando entras en una catedral.

MOYERS: Entonces la plegaria en realidad es una meditación.

CAMPBELL: Rezar es entrar en relación con un misterio y meditar sobre él.

MOYERS: Invocar un poder interior.

CAMPBELL: Hay una forma de meditación en el catolicismo, cuando se recita el rosario, la misma plegaria, una y otra vez. Eso hace que la mente se repliegue sobre sí misma. En sánscrito, esta práctica se llama *japa*, «repetición del nombre sagrado». Bloquea otros intereses y te permite concentrarte en una cosa, y a partir de ahí, según tu propia capacidad de imaginación, experimentar la profundidad de este misterio.

MOYERS: ¿Cómo podemos tener una experiencia profunda?

CAMPBELL: Teniendo un sentido profundo del misterio.

MOYERS: Pero si Dios es el dios que sólo hemos imaginado, ¿cómo podemos reverenciar lo que es nuestra propia creación?

CAMPBELL: ¿Cómo puede aterrorizarnos un sueño? Tienes que superar tu imagen de Dios para alcanzar la iluminación. El psicólogo Jung dijo una frase importante: «La religión es una defensa contra la experiencia de Dios».

El misterio se ha reducido a una serie de conceptos e ideas, y subrayar estos conceptos e ideas puede impedir la experiencia trascendente. Una experiencia intensa del misterio es lo que debe considerarse como la experiencia religiosa definitiva.

MOYERS: Hay muchos cristianos que creen que, para descubrir quién es Jesús, debes ir más allá de la fe

cristiana, más allá de la doctrina cristiana, más allá de la Iglesia...

CAMPBELL: Debes ir más allá de la imagen imaginada de Jesús. Esa imagen de tu dios se vuelve una obstrucción, una barrera. Te aferras a tu ideología, a tu pequeña manera de pensar, y cuando se anuncia una experiencia de Dios más amplia, una experiencia más grande de la que estás preparado para recibir, huyes de ella aferrándote a la imagen que hay en tu mente. Eso se llama proteger la propia fe.

Ya conoces la idea del ascenso del espíritu a través de los diferentes centros o estadios arquetípicos de la experiencia. Se empieza con las experiencias animales elementales del hambre y la gula, después el celo sexual, más tarde la capacidad física de un tipo u otro. Todos estos estadios de experiencia son acumuladores de energía. Pero después, cuando se llega al centro del corazón y se despierta un sentido de compasión por otra persona o criatura y comprendes que tú y ese otro, en cierto sentido, sois parte de una misma vida, entonces se abre un estadio enteramente nuevo en la vida del espíritu. La apertura del corazón al mundo es lo que mitológicamente está simbolizado en el nacimiento virginal. Significa el nacimiento de una vida espiritual en lo que antes era una vida animal, primariamente humana, con los objetivos puramente físicos de la salud, la progenie, el poder y un poco de diversión.

Pero ahora llegamos a algo distinto. Porque experimentar esta sensación de compasión, de armonía, o incluso de identidad con otro, o con algún principio que trascienda al yo enquistado en nuestra mente como un bien a reverenciar y servir, es el comienzo, de una vez por todas, del camino propiamente religioso de la vida y la experiencia; y esto puede llevar a la búsqueda de una experiencia plena de ese Ser supremo del que todas las formas temporales son reflejo.

Pues bien, este estadio último del ser puede experimentarse en dos sentidos: uno, dándole una forma, y otro sin y más allá de toda forma. Cuando experimentas

a tu dios con forma, ahí está tu imaginación, y ahí está dios. Hay un sujeto y hay un objeto. Pero el objetivo místico último es unirse con el dios. Con lo cual la dualidad trasciende, y la forma desaparece. Ahí no hay nadie, ni dios ni tú. Tu mente, más allá de todos los conceptos, se ha disuelto en una identificación con el terreno de tu propio ser, porque aquello a lo que se refiere la imagen metafórica de tu dios es el misterio final de tu propio ser, que es también el misterio del ser del mundo.

MOYERS: Por supuesto el punto central de la fe cristiana es que Dios estaba en Cristo, que estas fuerzas elementales de las que hablas se encarnaron en un ser humano que reconcilió a la humanidad con Dios.

CAMPBELL: Sí, y la idea básica de los gnósticos y los budistas es que eso también es cierto referido a ti y a mí. Jesús fue un personaje histórico que consumó en sí mismo la identidad entre él y el Padre, y que vivió en este conocimiento de la divinidad de su naturaleza.

Recuerdo que una vez estaba dando una conferencia en la que hablaba sobre vivir en el sentimiento del Cristo que hay en ti, y un sacerdote en el público (según me contaron después) se volvió hacia la mujer que estaba a su lado y le susurró: «Eso es blasfemia».

MOYERS: ¿Qué querías decir con lo del «Cristo que hay en ti»?

CAMPBELL: Lo que quería decir es que debes vivir no de acuerdo con tu propio sistema del yo, con tus propios deseos, sino de acuerdo con lo que podríamos llamar el sentimiento de la humanidad (el Cristo) existente dentro de ti. Hay un dicho hindú: «Sólo un dios puede adorar a un dios». Tienes que identificarte en alguna medida con el principio espiritual que representa tu dios para poder adorarlo como se debe y vivir de acuerdo con su palabra.

MOYERS: Al hablar del dios interior, del Cristo interno, de la iluminación o el despertar que viene de dentro, ¿no existe el peligro de volverse narcisista, de caer en una obsesión con uno mismo que puede llevar a una visión distorsionada del yo y el mundo?

CAMPBELL: Puede suceder, por supuesto. Es una especie de cortocircuito en la corriente. Pero el objetivo es ir más allá de uno mismo, más allá del concepto de uno mismo, hacia aquello de lo que uno no es más que una manifestación imperfecta. Cuando sales de una meditación, por ejemplo, se supone que haces entrega de todos sus beneficios, sean los que fueren, al mundo, a todos los seres vivos, sin retenerlos para ti.

Como ves, hay dos modos de pensar «soy Dios». Si piensas: «Aquí yo, en mi presencia física y en mi carácter temporal, soy Dios», estás loco y has provocado un cortocircuito en la experiencia. Eres Dios, no en tu yo, sino en tu ser más profundo, donde eres uno con lo trascendente no dual.

MOYERS: En alguna parte dices que podemos volvernos figuras salvadoras para quienes nos rodean (nuestros hijos, nuestras esposas, nuestros seres queridos, nuestros vecinos), pero nunca el Salvador. Dices que podemos ser madre y padre, pero nunca la Madre y el Padre. Es un reconocimiento de limitación, ¿no es así?

CAMPBELL: Sí, lo es.

MOYERS: ¿Qué piensas del Salvador Jesús?

CAMPBELL: No sabemos mucho sobre Jesús. Todo lo que tenemos son cuatro textos contradictorios que se supone que nos transmiten lo que hizo y dijo.

MOYERS: Escritos muchos años después de su muerte.

CAMPBELL: Sí, pero a pesar de eso, pienso que podemos saber aproximadamente lo que dijo Jesús. Pienso que los dichos atribuidos a Jesús están probablemente muy cerca de los originales. La principal enseñanza de Cristo, por ejemplo, es «ama a tus enemigos».

MOYERS: ¿Cómo puedes amar a tu enemigo sin aceptar lo que hace tu enemigo, sin aceptar su agresión?

CAMPBELL: Te diré cómo hacerlo: no señales la mota en el ojo de tu enemigo, sino la viga en el tuyo. Nadie está en posición de descalificar el modo de vida de su enemigo.

MOYERS: ¿Crees que hoy Jesús sería cristiano?

CAMPBELL: No la clase de cristiano que conocemos. Quizás algunos de los monjes y monjas que están realmente en contacto con los altos misterios espirituales se parezcan a lo que fue Jesús.

MOYERS: Entonces, ¿Jesús podría no haber pertenecido a la Iglesia militante?

CAMPBELL: No hubo nada de militante en Jesús. No encuentro nada en ese sentido en ninguno de los evangelios. Pedro sacó su espada y le cortó una oreja al sirviente, y Jesús le dijo: «Envaina tu espada, Pedro». Pero Pedro ya había desenvainado la espada y la mantuvo en alto desde entonces.

He vivido a lo largo de buena parte del siglo XX y recuerdo lo que me decían de niño sobre un pueblo que nunca fue ni ha sido nuestro enemigo. Para representarlo como un enemigo potencial, y para justificar nuestro ataque, se lanzó una campaña de odio, mentiras y denigración, cuyos ecos siguen sonando hasta hoy.

MOYERS: Y, sin embargo, se nos dice que Dios es amor. Una vez tú citaste las palabras de Jesús: «Amad a vuestros enemigos y rezad por quienes os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en el cielo. Pues él hace salir el sol sobre lo bueno y lo malo, y envía la lluvia tanto al justo como al injusto». Dijiste que ésta era la más alta, la más noble, la más audaz de las enseñanzas cristianas. ¿Sigues pensándolo?

CAMPBELL: Creo que la compasión es la experiencia religiosa fundamental, y sin ella no tienes nada.

MOYERS: Te diré cuál es para mí el pasaje más importante del Nuevo Testamento: «Creo. Ayúdame en mi incredulidad». Creo en esta realidad última, que puedo experimentar, y lo hago. Pero no tengo respuestas para mis preguntas. Creo en la pregunta, ¿hay un Dios?

CAMPBELL: Hace un par de años tuve una experiencia muy divertida. Estaba en la piscina del Club Atlético de Nueva York, donde me presentaron a un sacerdote que era profesor en una de nuestras universidades católicas. Después de nadar me recosté en una de las tumbonas y el cura, que estaba a mi lado, me preguntó:

«Señor Campbell, ¿es usted sacerdote?»

«No, padre», respondí.

Me preguntó: «¿Es católico?».

Le respondí: «Lo fui, padre».

Entonces me preguntó (y creo que es interesante que haya formulado la pregunta del modo en que lo hizo): «¿Cree en un dios personal?».

«No, padre», dije.

Me respondió: «Bueno, supongo que no hay modo de probar mediante la lógica la existencia de un dios personal».

«Si la hubiera, padre», le dije, «¿de qué valdría la fe?»

«Bueno, señor Campbell», se apresuró a decir el cura, «conocerle ha sido un placer.» Y se marchó. Me sentí como si acabara de hacer una buena presa de jiu-jitsu.

Pero fue una conversación muy clarificadora para mí. El hecho de que un sacerdote católico hubiera preguntado si creía en un dios personal significaba que él también reconocía la posibilidad de un dios impersonal, es decir, un terreno trascendente o una energía en sí. La idea de la conciencia de Buda es la de una conciencia luminosa, inmanente, que da forma a todas las cosas y a todas las vidas. Sin pensarlo, nosotros vivimos de los fragmentos de esa conciencia, fragmentos de esa energía. Pero el modo religioso de vida es vivir no siguiendo las intenciones egoístas de este cuerpo particular en este momento particular, sino de acuerdo con la visión de esa conciencia más amplia.

Hay un pasaje muy importante en el Evangelio gnóstico según santo Tomás, recientemente descubierto: «"¿Cuándo vendrá el reino?", preguntan los discípulos de Cristo». En Marcos 13, si no me equivoco, leemos que el fin del mundo es inminente. Es decir, una imagen mitológica (la del fin del mundo) se toma allí como si predijera un hecho real, físico, histórico. Pero en la versión de Tomás, Jesús responde: «El reino del Padre no vendrá según lo esperado. El reino del Padre ya está difundido en la tierra, y los hombres no lo ven». Yo te

miro ahora en ese sentido, y el resplandor de la presencia de lo divino se me da a conocer a través de ti.

MOYERS: ¿A través de mí?

CAMPBELL: Sí, de ti. Cuando Jesús dice: «El que beba de mi boca será como soy yo, y yo seré él», está hablando desde el punto de vista de ese ser de seres que llamamos Cristo, que es el ser de todos nosotros. Cualquiera que viva en relación con eso es como Cristo. Cualquiera que traiga a su vida el mensaje del Verbo es equivalente a Jesús, eso es lo que quiere decir.

MOYERS: ¿A eso te refieres al decir que te estoy transmitiendo el resplandor de Dios?

CAMPBELL: Sí, es lo que estás haciendo.

MOYERS: ¿Y tú a mí?

CAMPBELL: Y lo digo en serio.

MOYERS: Yo lo tomo en serio. Siento de veras que hay divinidad en el otro.

CAMPBELL: No sólo eso; lo que tú representas en esta conversación y lo que estás tratando de poner en claro es una comprensión de estos principios espirituales. De modo que eres el vehículo. Estás irradiando espíritu.

MOYERS: ¿Todos lo hacemos?

CAMPBELL: Lo hacen todos los que en su vida han alcanzado el nivel del corazón.

MOYERS: ¿De veras crees que hay una geografía de la psique?

CAMPBELL: Es lenguaje metafórico, pero puedes decir que algunas personas viven en el nivel de los órganos sexuales, y que no viven más que para eso. Ése es el sentido de la vida. Es la filosofía de Freud, ¿no? Después pasas a la filosofía adleriana de la voluntad de poder, que dice que toda la vida está centrada en los obstáculos y la superación de esos obstáculos. Bueno, desde luego que es una vida perfectamente buena, y ésas también son formas de la divinidad. Pero están en un nivel animal. Después viene otra especie de vida, que implica darse a otros de una manera u otra. Esto es lo que queda simbolizado en la apertura del corazón.

MOYERS: ¿Cuál es la fuente de esa vida?

CAMPBELL: Debe ser un reconocimiento de tu vida en el otro, de la vida única en nosotros dos. Dios es una imagen de esa vida única. Nos preguntamos de dónde viene esta vida, y la gente que piensa que todo tiene que haber sido hecho por alguien pensará que Dios la hizo. Así que Dios es la fuente de todo esto.

MOYERS: Pero entonces, ¿qué es la religión?

CAMPBELL: La palabra viene de *religio*, volver a unir o atar. Si decimos que hay una vida única en nosotros dos, entonces mi vida individual ha estado unida a la vida única, *religio*, reunificada. Esto lo han simbolizado las imágenes de la religión, que representan este enlace.

MOYERS: Jung, el famoso psicólogo, dice que uno de los símbolos religiosos más poderosos es el círculo. Dice que el círculo es una de las grandes imágenes primordiales de la humanidad y que, al considerar el símbolo del círculo, estamos analizando el yo. ¿Qué te parece?

CAMPBELL: El mundo entero es un círculo. Todas esas imágenes circulares reflejan la psique, por lo que puede haber alguna relación entre estos diseños arquitectónicos y la estructuración real de nuestras funciones espirituales.

Cuando un mago quiere que su magia funcione, dibuja un círculo a su alrededor, y es dentro de este círculo cerrado, esta área herméticamente cerrada, donde pueden ponerse en acción poderes que se pierden fuera del círculo.

MOYERS: Recuerdo haber leído sobre un jefe indio que dijo: «Cuando montamos un campamento, montamos el campamento en círculo. Cuando el águila hace un nido, el nido es de forma circular. Cuando miramos el horizonte, el horizonte es un círculo». Para algunos pueblos americanos los círculos son muy importantes, ¿no es así?

CAMPBELL: Sí. Pero también están en gran parte de lo que hemos heredado de la mitología sumeria. Hemos heredado el círculo con los cuatro puntos cardinales y los trescientos sesenta grados. El año oficial sumerio tenía trescientos sesenta días, con cinco festivos que no

se contaban, que estaban fuera del tiempo y en los cuales realizaban ceremonias que enlazaban a su sociedad con los cielos. Ahora estamos perdiendo ese sentido del círculo en relación con el tiempo, porque tenemos los relojes digitales, que sólo marcan una hora. Con los sistemas digitales no puedes hacerte una idea del correr del tiempo. En la Penn Station de Nueva York hay un reloj con las horas, los minutos, los segundos, las décimas de segundos y las centésimas de segundo. Cuando ves pasar las centésimas de segundo, te das cuenta de cómo se te está escapando el tiempo.

El círculo, por otra parte, representa la totalidad. Todo lo que está dentro del círculo es una sola cosa, es lo que está enmarcado en el círculo. Eso sería el aspecto espacial. Pero el aspecto temporal del círculo consiste en que lo abandonas, vas a algún sitio, y siempre vuelves. Dios es el alfa y el omega, la fuente y el final. El círculo sugiere inmediatamente una totalidad completa, en el tiempo o en el espacio.

MOYERS: Sin comienzo, sin final.

CAMPBELL: Gira y gira y gira. Piensa en el año, por ejemplo. Cuando llega noviembre, tenemos otra vez el Día de Acción de Gracias. Y después viene diciembre, y otra vez es Navidad. No sólo vuelve el mes, sino también el ciclo lunar, el ciclo diurno. Lo recordamos cuando miramos nuestros relojes y vemos el ciclo del tiempo. Es la misma hora, pero de otro día.

MOYERS: Los antiguos chinos se llamaban a sí mismos el Reino del Centro, y los aztecas decían algo semejante sobre su propia cultura. Supongo que toda cultura que use el círculo como orden cosmológico, se propone a sí misma como centro. ¿Por qué crees que el círculo constituye un símbolo tan universal?

CAMPBELL: Porque lo experimentamos continuamente: en el día, en el año, al salir de casa en busca de aventuras (una cacería o lo que sea) y volver a casa. Después, hay una experiencia más profunda, también, el misterio del vientre materno y la tumba. Si se entierra a la gente, es para que renazca. Ése es el origen de la

idea del entierro. Vuelves a poner a alguien en el vientre de la madre tierra para que vuelva a nacer. Hay imágenes muy tempranas de la Diosa que la muestran como una madre que recibe el alma de vuelta.

MOYERS: Cuando leo tus libros (*Las máscaras de Dios* o *El camino de los poderes animales* o *La imagen mítica*) suelo encontrarme con imágenes del círculo, ya sea en dibujos mágicos o en la arquitectura, tanto antigua como moderna: en los templos en forma de cúpula de la India, en los grabados paleolíticos sobre roca en Rodesia, en las piedras calendario de los aztecas, en los antiguos escudos de bronce de los chinos o en las visiones del profeta Ezequiel en el Viejo Testamento, cuando habla sobre la rueda en el cielo. Siempre aparece esta imagen. Y este anillo, mi anillo de bodas, también es un círculo. ¿Qué simboliza?

CAMPBELL: Depende de cómo entiendas el matrimonio. La misma palabra «sím-bolo» significa dos cosas reunidas. Una persona tiene una mitad, la otra tiene la otra mitad, y se reúnen. Su reconocimiento está inscrito en el anillo, en el círculo que se ha completado. Éste es mi matrimonio, ésta es la fusión de mi vida individual en una vida más amplia que es dos, donde dos son uno. El anillo indica que estamos juntos en un círculo único.

MOYERS: Cuando un nuevo papa es entronizado, toma el anillo del pescador, que es otro círculo.

CAMPBELL: Ese anillo simboliza el nombre que le dio Jesús a los apóstoles, el nombre de pescadores. Les dijo: «Os haré pescadores de hombres». Se trata de un tema antiguo, anterior al cristianismo. Orfeo es llamado «el Pescador», pues pesca a los hombres, que están viviendo como peces bajo el agua, y los saca a la luz de la superficie. Es una vieja idea de la metamorfosis del pez en hombre. La naturaleza del pez es la naturaleza más crudamente animal de nuestro carácter, y se supone que la religión debe sacarnos de ahí.

MOYERS: Cuando un nuevo rey o reina de Inglaterra es entronizado, recibe el anillo de la coronación.

CAMPBELL: Sí, porque hay otro aspecto del anillo: es un cautiverio. Como rey, estás sujeto a un principio. Ya no puedes vivir simplemente a tu aire. Has quedado marcado. En los ritos de iniciación, cuando se escarifica o tatúa a los hombres, éstos quedan unidos a los otros y a la sociedad.

MOYERS: Jung habla del círculo como *mandala.*

CAMPBELL: *Mandala* es el nombre sánscrito de «círculo», pero un círculo coordinado o designado simbólicamente de tal modo que sea el significado de un orden cósmico. Cuando se componen mandalas, se trata de sincronizar el círculo personal con el universal. En un mandala budista muy elaborado, por ejemplo, tienes la deidad en el centro como la fuente de poder, la fuente de iluminación. Las imágenes periféricas serán manifestaciones o aspectos del esplendor de la deidad.

Al hacer un mandala para ti mismo, dibujas un círculo y después piensas en los diferentes sistemas de impulsos y de valores que hay en tu vida. Posteriormente los compones y tratas de descubrir dónde está tu centro. Hacer un mandala es realizar una disciplina tratando de reunir todos los aspectos dispersos de tu vida, para hallar un centro y ordenarte con relación a él. Tratas de coordinar tu círculo con el círculo universal.

MOYERS: ¿Tratamos de estar en el centro?

CAMPBELL: Sí, en el centro. Por ejemplo, entre los indios navajo, las ceremonias curativas se llevan a cabo por medio de dibujos en la arena, que en su mayor parte son mandalas trazados en la tierra. La persona que debe ser tratada se pone sobre el mandala como una manera de pasar a un contexto mitológico con el que se identificará. Se identifica con el poder simbolizado. Esta idea del dibujo sobre arena con mandalas, y su uso para fines de meditación, aparece también en el Tibet. Los monjes tibetanos practican el dibujo sobre arena, representando imágenes cósmicas que representan las fuerzas de los poderes espirituales que operan en nuestras vidas.

MOYERS: Hay un esfuerzo, al parecer, por centrar la vida propia en el centro del universo...

CAMPBELL: Sí, por medio de las imágenes mitológicas. La imagen te ayuda a identificarte con la fuerza simbolizada. No puedes esperar que una persona se identifique con algo indiferenciado. Pero cuando le das unas cualidades que apuntan a ciertas realizaciones, la persona puede seguirte.

MOYERS: Existe la teoría de que el Santo Grial representaba el centro de la perfecta armonía, la búsqueda de la perfección, de la totalidad y la unidad.

CAMPBELL: Hay muchas versiones acerca del Santo Grial. Una de ellas es que existe una caldera de la abundancia en la mansión del dios del mar, en las profundidades del inconsciente. De lo profundo del inconsciente surgen las energías de la vida. Esta caldera es la fuente inagotable, el centro, el manantial del que brota.

MOYERS: ¿Crees que eso es el inconsciente?

CAMPBELL: No sólo el inconsciente sino el valle del mundo. Las cosas están naciendo a tu alrededor constantemente. Hay una vida que se desparrama por el mundo, y surge de una fuente inagotable.

MOYERS: Y bien, ¿qué conclusión sacas de eso, de que en muchas culturas diferentes, separadas por el tiempo y el espacio, emerjan las mismas imágenes?

CAMPBELL: Esto indica que hay ciertos poderes en la psique que son comunes a toda la humanidad. De otro modo no podrían haberse dado correspondencias tan detalladas.

MOYERS: Entonces, si encuentras que muchas culturas diferentes cuentan la historia de la creación, la historia de un nacimiento virginal o la historia de un salvador que viene, muere y renace, es que nos están hablando de algo que hay dentro de nosotros y de nuestra necesidad de comprender.

CAMPBELL: Así es. Las imágenes del mito son reflejos del potencial espiritual que hay en todos nosotros. Mediante su contemplación evocamos sus poderes para nuestras propias vidas.

MOYERS: Entonces, cuando una escritura dice que el hombre fue hecho a imagen de Dios, ¿se refiere a ciertas cualidades que todo ser humano posee, no importa cuál sea la religión, cultura, geografía o entorno de esa persona?

CAMPBELL: Dios será la idea elemental última del hombre.

MOYERS: La necesidad primordial.

CAMPBELL: Y todos estamos hechos a imagen de Dios. Ése es el arquetipo final del hombre.

MOYERS: Eliot habla de un punto inmóvil en el mundo que va dando vueltas, donde el movimiento y la quietud se unen, el eje donde el movimiento del tiempo y la quietud de la eternidad se reúnen.

CAMPBELL: Es el centro inagotable representado por el Grial. Cuando la vida llega a ser, no tiene temor ni deseo, es sólo un devenir. Pero empieza a ser, y empieza a temer y a desear. Cuando puedes librarte del temor y el deseo y volver simplemente al punto del que provienes, has dado en el clavo. Goethe dice que la divinidad es eficaz en lo vivo, no en lo muerto, en el devenir y el cambio, no en lo que ya se ha fijado. Por lo tanto, según él, la razón debe esforzarse en ascender hacia lo divino a través del devenir y el cambio, mientras que la inteligencia hace uso de lo consolidado, que es cognoscible, conocido y puede usarse para dar forma a una vida. Pero el objetivo de tu búsqueda del conocimiento de ti mismo estará en ese punto ardiente que hay dentro de ti, esa cosa que ha de suceder dentro de ti, que es inocente de lo bueno y lo malo del mundo ya devenido, y en consecuencia está libre de deseo y miedo. Ésa es la condición de un guerrero que va a la batalla con perfecto valor. Ésa es la vida en movimiento. Es la esencia del misticismo de la guerra así como de una planta en crecimiento. Pienso en la hierba... ya sabes, cada dos semanas viene un tipo con una segadora y la corta. Supón que la hierba dijera: «Bueno, al diablo, ¿para qué seguir esforzándose si nos cortan todo el tiempo?». Pero sigue creciendo. Es el sentido de la energía del centro.

Es el sentido de la imagen del Grial, de la fuente inagotable, del manantial. La fuente no se preocupa por lo que sucede una vez que ha generado vida. Lo que importa es dar y llegar a ser, y en ti también hay un punto generador de vida. Todos los mitos se ocupan de decirte eso.

En el estudio de la mitología comparada, comparamos las imágenes de un sistema con las de otro, y ambos se iluminan mutuamente porque uno acentuará y dará expresión clara a un aspecto del sentido, y otro a otro. Se clarifican entre sí.

Cuando empecé a enseñar mitología comparada, temía destruir las creencias religiosas de mis estudiantes, pero descubrí que pasaba justo lo contrario. Las tradiciones religiosas, que no significaban gran cosa para ellos, pero que eran las que les habían dado sus padres, de pronto se iluminaban con una luz nueva cuando las comparábamos con otras tradiciones, donde imágenes similares habían recibido una interpretación más íntima o espiritual.

He tenido estudiantes cristianos, judíos, budistas, un par de seguidores de Zoroastro... todos han pasado por esta experiencia. No hay peligro en interpretar los símbolos de un sistema religioso y llamarlos metáforas en lugar de hechos. Lo que hace eso es transformarlos en mensajes para tu propia experiencia y vida interiores. El sistema de pronto se transforma en una experiencia personal.

MOYERS: Me siento más fuerte en mi propia fe sabiendo que otros experimentaron las mismas ansiedades y buscaron imágenes similares para tratar de expresar una experiencia más allá del ropaje de la lengua humana corriente.

CAMPBELL: Es por eso que los payasos y las religiones extravagantes son útiles. Los mitos germánicos y celtas están llenos de figuras extravagantes, deidades realmente grotescas. Esto señala que yo no soy la imagen última, que en mí se transparenta algo. Mirad a través de mí, a través de mi forma cómica.

MOYERS: En cierta tradición africana hay una maravillosa historia sobre un dios que va por el camino con un sombrero rojo por un lado y azul por el otro. Cuando los campesinos vuelven a la aldea por la noche, dicen: «¿Has visto a ese dios con el sombrero azul?». Y los otros responden: «No, no, tenía un sombrero rojo». Y terminan peleándose.

CAMPBELL: Sí, es el dios bromista nigeriano, Edshu. Lo complica todavía más yendo primero en una dirección y luego en la contraria, y dando vuelta el sombrero también, de modo que siga siendo rojo o azul para cada lado. Después, cuando estos dos sujetos que se han peleado son llevados a juicio ante el rey, el dios bromista aparece y dice: «Es culpa mía, yo lo he hecho, y me he divertido haciéndolo. Provocar conflictos es mi mayor placer».

MOYERS: Hay una verdad ahí.

CAMPBELL: Vaya si la hay. Heráclito dijo que el conflicto es el creador de todas las cosas. Algo así puede estar implícito en esta idea simbólica del bromista. En nuestra tradición, lo hizo la serpiente en el Edén. Cuando todo estaba tranquilo y establecido, metió una manzana en el cuadro.

Cualquiera que sea el sistema de pensamiento que tengas, de ninguna manera puede incluir la vida sin límites. Cuando piensas que las cosas son de un modo determinado, llega el bromista y todo estalla, y tienes que cambiar y transformarte una vez más.

MOYERS: He notado que cuando cuentas estas historias, Joe, siempre lo haces con humor. Pareces disfrutar con ellas, aunque traten de temas extraños y crueles.

CAMPBELL: Una diferencia clave entre la mitología y nuestra religión judeo-cristiana es que las imágenes de la mitología se transmiten con humor. Eso te permite comprender que la imagen está simbolizando otra cosa. Te puedes mantener a distancia. Pero en nuestra religión, todo es prosaico, y muy, muy serio. Con Yahvé no se juega.

MOYERS: ¿Cómo explicas lo que el psicólogo Maslow llamó «experiencias cumbre», y lo que James Joyce llamó «epifanías»?

CAMPBELL: Bueno, no son exactamente lo mismo. La experiencia cumbre se refiere a momentos reales de tu vida, cuando sientes tu relación con la armonía del ser. Mis propias experiencias cumbre, las que supe que habían sido experiencias cumbre después de haberlas tenido, sucedieron todas en el atletismo.

MOYERS: ¿Ese fue el Everest de tu experiencia?

CAMPBELL: Cuando representaba a la Universidad de Columbia, corrí un par de carreras que fueron simplemente hermosas. Durante la segunda, sabía que iba a ganar aunque no había ningún motivo para que lo supiera, porque me entregaron tardíamente el testigo y el corredor que iba en la punta estaba treinta metros adelantado. Pero lo supe, simplemente, y fue mi experiencia cumbre. Nadie habría podido ganarme ese día. Eso es estar en plena forma y saberlo. No creo que en toda mi vida haya hecho nunca nada tan bien como correr aquellas dos carreras: fue la experiencia de estar realmente en plenitud, haciendo un trabajo perfecto.

MOYERS: No todas las experiencias cumbre son físicas.

CAMPBELL: No, las hay de otras clases. Pero cuando pienso en experiencias culminantes en mi vida, son ésas las que me vienen a la mente.

MOYERS: ¿Y qué hay de las epifanías de James Joyce?

CAMPBELL: Bueno, eso es algo diferente. La fórmula de Joyce para la experiencia estética es que no te lleva a querer poseer el objeto. A una obra de arte que te impulsa a poseer el objeto representado, él la llama pornografía. La experiencia estética tampoco te lleva a criticar y rechazar el objeto; a ese arte él lo llama didáctico, o crítica social en forma de arte. La experiencia estética es una mera contemplación del objeto. Joyce dice que ponemos un marco alrededor y lo vemos como una cosa, y que, al verlo como una cosa, somos conscientes de la relación entre las partes, de cada parte con el todo, y del

todo con cada una de las partes. Éste es el factor esencial, estético: el ritmo, el ritmo armonioso de las relaciones. Y cuando el artista ha sabido crear un ritmo afortunado, experimentamos un resplandor. Nos transporta al arrebato estético. Eso es la epifanía. Y esto es lo que, en términos religiosos, podría considerarse como el principio de Cristo creador de todas las cosas hecho realidad.

MOYERS: ¿El rostro del santo contemplando a Dios?

CAMPBELL: No importa quién sea. Podrías tomar a alguien a quien consideres un monstruo. La experiencia estética trasciende la ética y la didáctica.

MOYERS: En ese punto no estoy de acuerdo contigo. Me parece que para experimentar la epifanía, el objeto que contemplas pero no quieres poseer debe ser, de algún modo, hermoso. Y hace un momento, cuando hablabas de tu experiencia cumbre, corriendo, has dicho que era hermoso. «Hermoso» es una palabra estética. La hermosura es la armonía.

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: Y has dicho que está también en las epifanías de Joyce, y que se refiere al arte y a la estética.

CAMPBELL: Sí.

MOYERS: A mí me parece que son lo mismo si ambos son hermosos. ¿Cómo puedes contemplar un monstruo y experimentar una epifanía?

CAMPBELL: Hay otra emoción asociada con el arte, que no es la de lo hermoso, sino la de lo sublime. Lo que llamamos monstruos pueden ser experimentados como sublimes. Representan poderes demasiado vastos para que las formas de vida normales puedan contenerlos. Una inmensa extensión de espacio es sublime. El budista sabe cómo lograr este efecto en la construcción de sus templos, que por lo general suelen estar en lo alto de las colinas. Por ejemplo, algunos de los jardines sagrados del Japón están diseñados de tal modo que al principio sentirás una sensación de encierro, de intimidad. Mientras tanto, vas subiendo, hasta que de pronto atraviesas una pared verde y se abre ante ti un vasto horizonte, y de algún modo, con esta disminución de tu

ego, tu conciencia se expande hacia una experiencia de lo sublime.

Otro modo de lo sublime es el de la energía, fuerza o poder prodigiosos. He conocido personas que estaban en Europa Central durante los bombardeos de saturación anglo-americanos de sus ciudades... y más de uno ha descrito esta experiencia inhumana no sólo como terrible, sino en cierta medida como sublime.

MOYERS: Una vez entrevisté a un veterano de la Segunda Guerra Mundial. Le hablé de su experiencia en la batalla de Bulge, en aquel amargo invierno en que estaba a punto de llevarse a cabo el asalto sorpresa de los alemanes. Le dije: «¿Cómo recuerda aquel momento?». Y me dijo: «Fue sublime».

CAMPBELL: El monstruo vuelve bajo la forma de un dios.

MOYERS: Y monstruo significa...

CAMPBELL: Al hablar de monstruo me refiero a una presencia o aparición horrenda que hace estallar todas tus normas de armonía, orden y conducta ética. Por ejemplo: Vishnú en el fin del mundo aparece como un monstruo. Ahí está, destruyendo el universo, primero con fuego y después con un diluvio que extingue el fuego y todo eso. Tan sólo quedan las cenizas. El universo entero con toda su vida y sus vidas ha sido barrido. Es Dios en su papel de destructor. Esas experiencias van más allá del juicio estético o ético. La ética también es barrida. Mientras que nuestras religiones, que insisten más en lo humano, también insisten en lo ético: Dios es calificado como bueno. ¡No, no! Dios es horrendo. Ningún dios que haya inventado el infierno puede ser candidato para el Ejército de Salvación. ¡Piensa en el fin del mundo nada más! Pero hay un dicho musulmán sobre el Ángel de la Muerte: «Cuando el Ángel de la Muerte se acerca, es terrible. Cuando te alcanza, es la gloria».

En los sistemas budistas, sobre todo en los del Tibet, los Budas meditativos aparecen bajo dos aspectos, uno pacífico y el otro iracundo. Si te encuentras

ferozmente aferrado a tu ego y a su pequeño mundo temporal de penas y alegrías, si estás aferrándote a tu querida vida, será el aspecto iracundo de la deidad lo que aparezca. Será terrorífico. Pero apenas tu ego se rinda y renuncie, el mismo Buda de la meditación será experimentado como un portador de gloria.

MOYERS: Jesús habló de blandir una espada, y no creo que pensara en un combate de hombre a hombre. Se refería a la apertura del ego... a cortar las ataduras de la persona consigo misma.

CAMPBELL: Eso es lo que se conoce en sánscrito como *viveka,* «discriminación». Es una figura de Buda muy importante, que se muestra con una espada en llamas en la mano. ¿Para qué sirve esta espada? Es la espada de la discriminación, que separa lo meramente temporal de lo eterno. Es la espada que distingue lo eterno de lo pasajero. El tic-tac del tiempo mantiene apartada la eternidad. Vivimos en este campo del tiempo. Pero lo que se refleja en este campo es la manifestación de un principio eterno.

MOYERS: La experiencia de lo eterno.

CAMPBELL: La experiencia de lo que eres.

MOYERS: Sí, pero sea lo que sea la eternidad, está aquí, en este momento.

CAMPBELL: Y en ninguna otra parte. O en cualquier otra parte. Si no la experimentas aquí y ahora, no la tendrás en el cielo. El cielo no es eterno, es sólo permanente.

MOYERS: Ahí no te sigo.

CAMPBELL: El cielo y el infierno son descritos como algo que dura por siempre. El cielo está hecho de tiempo interminable. No es eterno. Lo eterno está más allá del tiempo. El concepto del tiempo excluye a la eternidad. Es sobre el terreno de esta profunda experiencia de la eternidad donde todos estos dolores y problemas temporales van y vienen. Hay un ideal budista de participación voluntaria y gozosa en las penas pasajeras del mundo. Donde hay tiempo, hay dolor. Pero esta experiencia del dolor se mueve sobre un sentimiento de ser perdurable que es nuestra verdadera vida.

MOYERS: Hay una imagen de Shiva, el dios Shiva, rodeado de círculos en llamas, círculos de fuego.

CAMPBELL: Es la irradiación de la danza del dios. La danza de Shiva es el universo. En su cabello hay una calavera y una luna creciente, la muerte y el renacimiento en el mismo momento, el momento del devenir. En una mano sostiene un pequeño tambor que hace tic-tac. Es el tambor del tiempo, el tic-tac del tiempo que excluye el conocimiento de la eternidad. Estamos encerrados en el tiempo. Pero en la otra mano Shiva sostiene una llama que quema el velo del tiempo y abre nuestras mentes a la eternidad.

Shiva es una deidad muy antigua, quizá la más antigua entre las que siguen adorándose hoy. Aún se conservan imágenes de él del 2000 ó 2500 a.C., pequeños sellos con figuras que sugieren claramente a Shiva.

En algunas de sus manifestaciones es un dios realmente horrendo, que representa los aspectos terroríficos de la naturaleza del ser. Es el yogui arquetípico, que cancela la ilusión de la vida, pero es también el creador de la vida, su generador, así como su iluminador.

MOYERS: El mito se ocupa de la metafísica. Pero la religión se ocupa también de la ética, del bien y del mal, y de cómo me comportaré contigo, y cómo debería comportarme contigo, con mi esposa y con mi prójimo a los ojos de Dios. ¿Cuál es el lugar y el papel de la ética en la mitología?

CAMPBELL: Hablamos de la experiencia metafísica en la que comprendes que tú y el otro sois uno. La ética es un modo de enseñarte cómo vivir como si tú fueras uno con el otro. No necesitas pasar por la experiencia, porque la doctrina de la religión te da moldes de acción que implican una relación compasiva con el otro. Te ofrece un incentivo para hacerlo enseñándote que la acción que no tiene más objeto que el interés propio es pecado. Ésa es la identificación con tu cuerpo.

MOYERS: Ama a tu prójimo como a ti mismo porque tu prójimo eres tú.

CAMPBELL: Eso es lo que has aprendido cuando lo has hecho.

MOYERS: ¿Por qué crees que hay tanta gente que siente el anhelo profundo de vivir por siempre?

CAMPBELL: Es algo que no entiendo.

MOYERS: ¿Será por miedo al infierno y a su alternativa deseable?

CAMPBELL: Ésa es la doctrina cristiana: que con el fin del mundo sobrevendrá un juicio general y todos los que hayan actuado virtuosamente serán enviados al paraíso, y todos los que hayan actuado mal, al infierno.

Este tema se remonta a Egipto. Osiris es el dios que pasó por la muerte y la resurrección y, en su aspecto eterno, estará sentado como juez de los muertos. La momificación tenía por objetivo preparar a la persona para presentarse ante el dios. Pero un detalle interesante en Egipto es que la persona que va hacia el dios debe reconocer su identidad con el dios. En la tradición cristiana, eso no está permitido. De modo que si estás diciendo que la alternativa es el infierno o el paraíso, bueno, me quedo con el paraíso. Pero cuando comprendes que el paraíso es una contemplación de la imagen beatífica de Dios... eso sería un momento intemporal. El tiempo explota, y ya ves que la eternidad no es algo que dura por siempre. Puedes tenerla aquí, ahora, en tu experiencia de tus relaciones terrenales.

He perdido a muchos amigos, y también a mis padres. Pero he llegado a comprender, con mucha, mucha claridad, que no los he perdido. Aquel momento en que estuve con ellos posee una cualidad permanente que sigue conmigo. Lo que obtuve entonces sigue conmigo, y en eso veo un indicio de la inmortalidad.

Hay una historia según la cual, Buda, encontró a una mujer que acababa de perder a su hijo y era presa de un gran dolor. Buda le dijo: «Te sugiero que preguntes por ahí a ver si encuentras a alguien que no haya perdido a un hijo, un marido, un pariente o un amigo». Es difícil comprender la relación de la mortalidad con algo que hay dentro de nosotros y que trasciende a la mortalidad.

MOYERS: Los mitos están llenos de deseos de inmortalidad, ¿no?

CAMPBELL: Sí. Pero cuando la inmortalidad es malentendida como un cuerpo que dura por siempre, se convierte en una payasada. En cambio, cuando la inmortalidad es comprendida como la identificación con lo que hay de eterno en tu propia vida ahora, es algo distinto.

MOYERS: Has dicho que toda la cuestión de la vida gira alrededor de la alternativa entre el ser y el devenir.

CAMPBELL: Sí. El devenir siempre es fragmentario. El ser es total.

MOYERS: ¿Qué quieres decir?

CAMPBELL: Bueno, digamos que te convertirás en plenamente humano. Durante los primeros años de tu vida sólo eres un niño, y eso no es más que una fracción del ser humano. En unos pocos años más estarás en la adolescencia, lo cual es otra fracción del ser humano. En la madurez seguirás siendo todavía fraccional: no eres un niño, pero tampoco eres un anciano. En los Upanishads hay una imagen de la energía original, concentrada, que fue el *big bang* de la creación que puso en marcha el mundo, consignando todas las cosas a la fragmentación del tiempo. Pero ver, a través de los fragmentos del tiempo, el poder pleno del ser original... eso es la función del arte.

MOYERS: La belleza es una expresión del éxtasis de estar vivo.

CAMPBELL: Cada momento debería ser una experiencia de ese tipo.

MOYERS: Y lo que seremos mañana no es importante comparado con esta experiencia.

CAMPBELL: Éste es el gran momento, Bill. Lo que estamos tratando de lograr, de algún modo, es que el ser del que hablamos quede representado a través del modo parcial que tenemos de expresarlo.

MOYERS: Pero si no podemos describir a Dios, si nuestra lengua no es adecuada, ¿cómo es que construimos estos edificios que son sublimes? ¿Cómo creamos

estas obras de arte que reflejan lo que los artistas piensan de Dios? ¿Cómo lo hacemos?

CAMPBELL: Bueno, eso es lo que refleja el arte: lo que piensan los artistas de Dios, lo que experimenta la gente sobre Dios. Pero el misterio último e incalificable está más allá de la experiencia humana.

MOYERS: Entonces, sea lo que sea lo que experimentemos, tenemos que expresarlo en un lenguaje que no está a la altura de la ocasión.

CAMPBELL: Así es. Para eso está la poesía. La poesía es una lengua en la que hay que penetrar. La poesía implica una elección precisa de palabras que tienen aplicaciones y sugerencias que van más allá de las palabras mismas. Entonces experimentas el esplendor, la epifanía. La epifanía es entrever la esencia.

MOYERS: Entonces, ¿la experiencia de Dios está más allá de la descripción, pero nosotros nos sentimos impulsados a tratar de describirla?

CAMPBELL: Así es. Schopenhauer, en su espléndido ensayo llamado *Sobre una intención aparente en el destino de los individuos,* señala que cuando llegas a una edad avanzada y miras atrás en tu vida, puede parecerte que ésta ha tenido un orden y plan consistentes, como si la hubiera compuesto un novelista. Hechos que cuando tuvieron lugar parecieron accidentales y de poca importancia resultan ser factores indispensables en la composición del argumento. ¿Quién compuso ese argumento? Schopenhauer sugiere que así como tus sueños están compuestos por un aspecto de ti mismo del que tu conciencia no sabe nada, así también tu vida entera está compuesta por la voluntad que hay dentro de ti. Y así como personas que has conocido aparentemente por puro azar se convierten en agentes principales en la estructuración de tu vida, así también habrás servido tú como agente, sin saberlo, dando significado a las vidas de otros. Toda la trama marcha al unísono como una gran sinfonía, y cada uno inconscientemente está estructurando todo lo demás. Y Schopenhauer concluye que es como si nuestras vidas fueran los rasgos

de un gran sueño de un solo soñador en el que todos los personajes del sueño también sueñan; de modo que todo se enlaza con todo, movido por la voluntad única de la vida que es la voluntad universal de la naturaleza.

Es una idea magnífica, una idea que aparece en la India en la imagen mítica de la red de Indra, que es una red de gemas, donde en cada cruce de un hilo con otro hay una gema que refleja a todas las demás. Todo sucede en mutua relación con todo lo demás, por lo que no puedes culpar a nadie de nada. Es, incluso, como si hubiera una única intención detrás de todo, que le diera un cierto sentido, aunque ninguno de nosotros sepa cuál puede ser ese sentido, ni haya vivido del todo la vida que se propuso vivir.

MOYERS: Pero todos hemos vivido una vida que tenía una finalidad. ¿No lo crees?

CAMPBELL: No creo que la vida tenga una finalidad. La vida es un montón de protoplasma con la urgente necesidad de reproducirse y seguir siendo.

MOYERS: No es cierto... no es cierto.

CAMPBELL: Espera un momento. De la mera vida no puede decirse que tenga una finalidad, porque mira todas las diferentes finalidades que tiene por todas partes. Pero cada encarnación, podríamos decir, tiene un potencial, y la misión de la vida es vivir ese potencial. ¿Cómo lo haces? Mi respuesta es: sigue el camino del corazón. Hay algo dentro de ti que sabe cuándo estás en el centro, que sabe cuándo estás en el rayo de luz o fuera de él. Y si te sales del rayo de luz para ganar dinero, has perdido tu vida. Y si te quedas en el centro y no ganas dinero, aun así alcanzarás tu felicidad.

MOYERS: Me gusta la idea de que no es la meta lo que importa, sino el camino.

CAMPBELL: Sí. Como dice Karlfried Graf Dürckheim: «Cuando estás en el camino, y ves que la meta se aleja más y más, comprendes que la verdadera meta es el camino».

Los navajos tienen esa maravillosa imagen de lo que llaman el sendero de polen. El polen es la fuente de

vida. El sendero de polen es el camino al centro. El navajo dice: «Ah, belleza delante de mí, belleza detrás de mí, belleza a mi derecha, belleza a mi izquierda, belleza encima de mí, belleza debajo de mí. Estoy en el sendero del polen».

MOYERS: El Edén no fue. El Edén será.

CAMPBELL: El Edén *es*. «El reino del Padre está por toda la tierra, y los hombres no lo ven.»

MOYERS: ¿El Edén *es*, en este mundo lleno de dolor, sufrimiento, muerte y violencia?

CAMPBELL: Podemos verlo así, pero sí, éste es el Edén. Cuando ves el reino difundido por toda la tierra, el viejo modo de vivir en el mundo queda aniquilado. Ése es el fin del mundo. El fin del mundo no es un hecho que ha de ocurrir, es un hecho de transformación psicológica, de transformación visionaria. No ves el mundo de las cosas sólidas, sino un mundo de esplendor.

MOYERS: Yo interpreté esa poderosa y misteriosa afirmación de que «el verbo se hizo carne» como este principio eterno que se manifiesta en el viaje humano, en nuestra cotidiana experiencia.

CAMPBELL: Y tú también puedes encontrar el mundo en ti.

MOYERS: ¿Y dónde lo encuentras si no lo hallas en ti?

CAMPBELL: Se ha dicho que la poesía es hacer oír el verbo a través de las palabras. Y Goethe dice: «Todas las cosas son metáforas». Todo lo transitorio no es sino una referencia metafórica. Es lo que somos todos.

MOYERS: Pero ¿cómo adorar a una metáfora, amar una metáfora, morir por una metáfora?

CAMPBELL: Es lo que hemos venido haciendo desde siempre: morir por metáforas. Pero cuando realmente comprendes el sonido, «AOM», el sonido del misterio de la palabra, entonces no tienes que salir a morir por nada porque ya todo está aquí. Te sientas y lo ves y lo experimentas y lo conoces. Ésa es una experiencia cumbre.

MOYERS: Explícame ese «AOM».

CAMPBELL: «AOM» es una palabra que representa a nuestros oídos el sonido de la energía del universo de la que todas las cosas son manifestaciones. Empiezas en la parte trasera de la boca, «ahh», y después «oo», llenas la boca, y «mm» cierras la boca. Cuando lo pronuncias bien, todos los sonidos vocales quedan incluidos en AOM. Las consonantes aquí están consideradas nada más que como interrupciones del sonido vocálico esencial. Todas las palabras son así fragmentos de AOM, así como todas las imágenes son fragmentos de la Forma de las formas. AOM es un sonido simbólico que te pone en contacto con ese ser resonante que es el universo. Si oyes algunas grabaciones de los monjes tibetanos salmodiando AOM, entenderás lo que significa la palabra. Es el AOM de estar en el mundo. Estar en contacto con eso y captar su sentido es la experiencia cumbre entre todas.

A-O-M. El nacimiento, el devenir y la disolución que cierra el ciclo. Al AOM se le llama la «sílaba de cuatro elementos». A-O-M... ¿y cuál es el cuarto elemento? El silencio del que surge AOM y al que revierte, y que le subyace. Mi vida es el A-O-M, pero hay un silencio subyaciendo. Eso es lo que llamaríamos lo inmortal. Esto es lo mortal y aquello lo inmortal, y no existiría lo mortal si no estuviera lo inmortal. Es necesario discriminar entre el aspecto mortal y el aspecto inmortal de la existencia. En la experiencia de mi madre y de mi padre, que ya no están, de los que nací, he llegado a comprender que hay mucho más de lo que fue nuestra relación temporal. Hubo determinados momentos en esa relación en que llegó a mi conciencia un conocimiento muy claro de lo que era la relación. Recuerdo con toda nitidez algunos de esos momentos. Los recuerdo como momentos de epifanía, de revelación, de esplendor.

MOYERS: El sentido, esencialmente, carece de palabras.

CAMPBELL: Sí. Las palabras son siempre calificaciones y limitaciones.

MOYERS: Y aun así, Joe, todo lo que nos queda a los minúsculos seres humanos es este miserable lenguaje que, aunque hermoso, nunca alcanza a describir...

CAMPBELL: Así es, y por eso es una experiencia cumbre el romper sus limitaciones, de vez en cuando, y comprender, «Oh... ah...».



Bill Moyers querría manifestar su agradecimiento a las siguientes personas por haber hecho posible la serie de televisión:

Productores ejecutivos: Joan Konner, Alvin H. Perlmutter
Productor de serie: Catherine Tatge
Productor asociado: Vera Aronow
Asesor de serie: Betty Sue Flowers
Investigación: Lynn Novick, Elizabeth Fisher, Ilisa Barbash
Ayudantes de producción: John Fariner, John Moyers
Productor ejecutivo: Douglas P. Sinsel
Editores de videotape: Leonard Feinstein, Girish Bhargaua

Filmado en la Biblioteca de Lucasfilm Ltd., Skywalker Ranch, San Rafael, California, y The American Museum of Natural History, New York City.

Producido con la cooperación de Alfred van der Marck Editions.

Una producción de
Apostrophe S Productions, Inc., en colaboración con
Alvin H. Perlmutter, Inc., y
Public Affairs Television, Inc.

La serie Moyers: Joseph Campbell y el poder del mito *fue realizada gracias a la ayuda de la Corporation for Public Broadcasting, las cadenas de televisión pública, la Fundación John D. y Catherine T. MacArthur, y la Fundación Florence y John Schumann.*